



AL  
LLEGAR  
LA  
NOCHE

JEZZ BURNING

*Al llegar la noche*

*Saga Lycos vol 1*

*Jezz Burning*

Título: Al llegar la noche  
Título de la saga: Lycos  
©2006: Jezz Burning  
©De los textos Jezz Burning  
Ilustración portada: Joana Castro del Cabo  
Revisión estilo: Isabel Gordo Palmero  
6ª edición  
Todos los derechos reservados

## *Dedicatoria*

Esto es una tarea difícil sin duda, y no me refiero a esta obra, sino a tratar de expresar la gratitud y el cariño que siento hacia todas las personas que han hecho posible que exista.

Como ya dije en su día, las palabras tienen el feo hábito de quedarse cortas cuando son necesarias, y la mente, por lo general segura de sí misma, tiene el defecto de no trabajar cuando se le ordena hacerlo con mayor intensidad. Los sentimientos también muestran un extraño modo de proceder, intensificándose en el centro de la garganta cuando ésta es más necesaria para poder articular una simple frase, y anegando los ojos en el momento más inoportuno. Sin embargo, siento que necesito hacerlo. Necesito haceros saber cuánto significáis para mí y lo mucho que valoro vuestra cercanía y cariño.

En primer lugar quiero, desde aquí, agradecer a cinco personas, cinco grandes mujeres que con su ánimo, su trabajo y su esfuerzo diario, me han apoyado desde el principio. A las administradoras del sitio web [autorasenlasombra.com](http://autorasenlasombra.com), Sofia, Mari, Eva y Nieves, que realizan una importantísima labor para conseguir que la literatura romántica sea valorada en su justa medida, haciendo llegar a las editoriales lo que verdaderamente las lectoras esperamos de ellas. Gracias chicas por esa amistad incondicional y vuestros ánimos desde mis inicios, por ese esfuerzo de hacerme llegar vuestra opinión siempre, como grandes entendidas en la materia que sois, y por aguantarme, que no es poco. Desde aquí os deseo mucha fuerza y paciencia para obtener lo que deseáis, si alguien puede conseguirlo, sin duda esas sois vosotras. Espero sepáis perdonar mi silencio en lo referente a este concurso, no quería defraudaros. Y a mi gran amiga Sonia, prácticamente mi hermana del alma, mi espíritu gemelo, por el tremendo trabajo de relectura y pulido del texto, sus magníficas sugerencias y por estar ahí en todo momento. Sin vosotras probablemente no lo hubiera conseguido. Os quiero mucho chicas, sois lo mejor que me ha pasado, las cinco puntas de mi estrella.

Y a un hombre, uno de los mejores amigos que se puede tener, un escritor que me ha guiado muchas veces por el camino correcto, que ha seguido mi trabajo desde el principio y que me ha animado siempre a seguir intentándolo. José Humberto Choza gracias por esas charlas, por tu amistad, por toda la información que me has proporcionado de tu tierra, para poder dar a luz este trabajo sin haber podido disfrutar del fabuloso paisaje mejicano. Gracias

amiguísimo mío, que Dios te bendiga a ti y a los tuyos.

A otra gran amiga, Cristina, mi Oscura, cuyos conocimientos sobre antropología me ayudaron a hacer más creíble el personaje. Gracias amiga, esto hay que celebrarlo.

También agradecer a todas las personas que con vuestra amistad os habéis interesado en mi trabajo todo este tiempo, esas almas nocturnas que me habéis acompañado en este caminar hasta el final. No os citaré a todas, pues probablemente me deje a alguien en el tintero, pero sabéis que me refiero sin duda a cada una de vosotras, templarias de mis entretelas. Os llevo en el corazón.

Gracias también a Esther del Rincón Romántico, que me dio cobijo desde el principio, haciéndome un hueco en su página y en su tiempo.

A mi marido, ese hombre maravilloso que ha sabido concederme el tiempo y la paciencia necesarias para que pudiera trabajar en este proyecto. Mi particular héroe de novela que siempre ha creído en mis posibilidades, y que me ha renovado en todo momento las esperanzas cuando yo las perdía. Ese hombre al que amo con todo mi corazón y que sólo deseaba poder ver mi anhelo convertido en algo tangible. Gracias amor mío. Y a mi hijo, que bautizó a dos de los personajes de esta novela con su pequeña y dulce lengua de trapo.

Y quiero por supuesto, hacer una especial mención a mis padres, que me enseñaron con su propio ejemplo, que para conseguir lo que se desea hay que trabajar duro, que me ofrecieron una vida cómoda, llena de felicidad y amor. Gracias a los dos, por estar ahí siempre, cuando os necesito, sin pedir nada a cambio. Os quiero mucho. Y también gracias a mi queridísima hermana. Hace años me dijiste que lo intentara ¿recuerdas? Por fin lo he conseguido.

A todos, gracias por creer en mí.

# Índice

*Prólogo*

*Capítulo uno*

*Capítulo dos*

*Capítulo tres*

*Capítulo cuatro*

*Capítulo cinco*

*Capítulo seis*

*Capítulo siete*

*Capítulo ocho*

*Capítulo nueve*

*Capítulo diez*

*Capítulo once*

*Capítulo doce*

*Capítulo trece*

*Capítulo catorce*

*Capítulo quince*

*Capítulo dieciséis*

*Capítulo diecisiete*

*Capítulo dieciocho*

*Capítulo diecinueve*

*Capítulo veinte*

*Capítulo veintiuno*

*Epílogo*

## *Prólogo*

Una mezcla de tierra, sangre y agua formaba el manto sobre el que reposaban los cuerpos inertes y sin vida de aquellos que habían luchado con ferocidad pero que habían caído bajo la superioridad del bando contrario. Torsos desnudos y con el pecho destrozado, abierto hasta mostrar las vísceras, cubrían el campo de batalla. El único sonido que podía apreciarse era el de la torrencial lluvia que seguía con su incesante repiqueteo, como si, ni siquiera el cielo, quisiera ser testigo de la terrible matanza, y deseara eliminar con ella el abominable panorama de destrucción.

Sólo uno de los derrotados seguía con vida.

Siendo sujetado fuertemente por sus muñecas con sendas cadenas que protegerían a aquellos que tiraban de su cuerpo, de un posible ataque, fue arrastrado hasta donde se encontraba el jefe de los vencedores. Gritó de dolor al sentir como sus dedos eran aplastados por los pies de sus captores para mantenerlo en aquella humillante posición.

Con los cabellos cubiertos de viscoso lodo y el rostro manchado y demudado por el odio, levantó el mentón para clavar con determinación su dorada mirada en los ojos grises del que había sido su amigo hasta poco tiempo atrás. Jamás le daría la satisfacción de mostrarse sumiso, ni ante él, ni ante nadie.

—Has cometido el mayor pecado que puede cometerse contra los de tu propia especie. Incluso la muerte sería un castigo demasiado benevolente.

—¿Y qué harás? ¿Azotarme? —preguntó con una sonrisa irónica y una negra ceja arqueada sobre aquellos ojos del color del oro—. Otros ya lo intentaron antes que tú.

—Jamás volverás a pisar estas tierras. Serás desterrado para siempre. ¡Lléváoslo!

Otras dos pares de manos acudieron prestas a cumplir las órdenes, sujetándole por los codos para levantarlo incluso antes de que pudiera sentir las suyas liberadas del peso de los que le habían mantenido en el suelo.

—¡No podrás impedirme volver! ¡Te estaré vigilando! ¿Me oyes Lycaon? ¡Jamás te librarás de mí!

El estallido de un colosal trueno le despertó jadeando de la agonizante pesadilla que le consumía el descanso.

Levantó su mano derecha para sostenerla en el aire por unos segundos. Las

marcas y heridas hacía siglos que habían desaparecido. Observó el lugar donde debería descansar su anillo, sin encontrarlo.

Desde aquel terrible día, su amuleto había dejado de protegerle. Lo había perdido y con él, toda esperanza de poder volver a ser dueño de sí mismo. Sólo tenía la certeza de que aún nadie lo había encontrado. Si así hubiera sido, sin duda lo sabría, pero el dictado de aquel que le venciera en la lucha le impedía retornar a buscarlo.

Curvó los dedos y los cerró formando un puño que apretó fuertemente. El desprecio que sentía en las entrañas, le hacía arder la sangre.

Rugió furibundo, y sus ojos chispearon con el fuego de la ira, envolviendo el dorado iris con una aureola de un rojo intenso. Su cuerpo comenzó a cambiar dando paso a su otra naturaleza, una mucho más poderosa y mortífera. No lo impidió. Lo deseaba. Deseaba que aquella parte oscura y terrible se adueñara de él y lanzó la cabeza hacia atrás aullando enérgicamente, proclamando así su dolor y su rabia.



## Capítulo uno

El gorgoteo que emitía la cafetera se había silenciado. El café estaba listo. Despegó los ojos del informe médico que recibía mensualmente. "...estado de la paciente interna: estable y controlada. Buena disposición.", leyó por segunda vez antes de dejarlo de nuevo sobre el mármol.

Tomó una taza del pequeño armario, donde las guardaba junto con unos pocos vasos. Se sirvió una buena dosis del humeante y oscuro brebaje, al que añadió una cucharadita de azúcar. Con cuidado colocó su desayuno consistente únicamente en aquella taza, sobre la repisa cerca de la ventana. Comenzó a mover el caliente líquido sin poner demasiado empeño en el gesto y bebió pequeños sorbos, siempre después de soplar para evitar quemarse.

Con los ojos clavados de nuevo en el informe, dejó la taza vacía sobre la mesa. Qué distinta era aquella valoración de la anterior que había recibido hacía un mes. Ahora por fin podría ir a verla, pensó aliviada. Debía hablar con la compañía para solicitar unos días de su permiso vacacional y así poder viajar a Los Ángeles, en California, para visitar a su madre. Desde luego, todo había sido mucho más fácil cuando había estado interna en el hospital de Distrito Federal de Méjico.

A su memoria acudió el momento en que se dejó seducir por los avances de aquella nueva clínica dirigida por norteamericanos y decidió que fuera trasladada. Debía reconocer que efectivamente estaba muchísimo mejor atendida, pero el simple hecho de saberla tan lejos de ella, le dolía en lo más profundo. El sentimiento que albergaba hacia su verdadera madre era entendido por muy pocos. Saber que estaba pasando de nuevo por uno de aquellos ataques de ansiedad descontrolada y que debido a eso, no le dejaban visitarla, le entristecía y conseguía que su humor se tornara más agrio de lo normal, hasta el punto de hacer funambulismo sobre la delgada línea de la depresión. Una situación de la que tan sólo conseguía aislarla el amor por su trabajo.

Abrió una de las hojas de la ventana, para dejar que el fresco aire de aquella mañana de ya avanzada primavera, entrara a la "pequeña cueva" como le gustaba llamar a su casa. Recordó el día en que la había comprado, hacía ya catorce años, justo cuando pocos días antes había cumplido los dieciocho y por fin se había independizado de su familia adoptiva. No es que tuviera prisa

por marcharse, Jarold y Marie jamás la trataron mal, ni siquiera habían ocultado el hecho de su adopción, habían sido muy correctos con ella pero tampoco la habían comprendido del todo. Sin duda, correcta era la palabra que definía su relación con ellos. No es que se lo echara en cara, nunca le faltó nada, su padre siempre se encargó de que tuviera todo aquello que deseaba, pero siempre había encontrado una carencia afectiva importante. Incluso entre ellos mismos, nunca vio que Jarold ofreciera ninguna clase de demostración de cariño hacia su madre, respeto y algo parecido al compañerismo sí, desde luego.

Cuando se comparaba con sus compañeras de escuela, Manon siempre había sentido que le faltaba algo que no conseguía discernir. Aun así, sus padres legales, él inglés y ella francesa de nacimiento, le habían ofrecido la oportunidad de una vida acomodada a aquella pequeña que habían acogido como parte de su propia familia y a la que bautizaron como Manon, María en francés, suponía que en consideración a la memoria de su abuela postiza.

No obstante, desde que supo el lugar donde su madre biológica estaba internada, la visitaba regularmente, e incluso a la edad de ocho años había solicitado que le dieran todas sus pertenencias. Necesitaba saber de sus verdaderos orígenes. Quizá todo aquello, fue la mixtura necesaria que la impulsó a visitarla con más asiduidad y a mirarla con otros ojos. Consiguió conocerla por pequeños detalles como unas pocas cartas y algunas fotografías viejas y desgastadas. También supo del gran parecido físico que compartían, podría decirse que ella era prácticamente una réplica de su madre. Más de una vez había llorado al borde de la cama en la que pasaba los días postrada y otras muchas veces se había devanado los sesos tratando de imaginar qué terrible hecho había conseguido que la bella mujer acabara de aquella forma, con la mirada perdida, encerrada en sí misma en algún recóndito lugar de su mente y sin comunicarse con nadie.

Años más tarde, con los mal pagados salarios que había ido ahorrando en sus trabajos temporales de verano, y algún dinero más por parte de sus padres, los cuales al principio se sintieron muy reacios a tenerla lejos de la capital y por ende de la casa familiar, pero a los que supo convencer debido a la cercanía de las universidades a las que quería optar, aquella desvencijada casita a las afueras de Durango, de dos habitaciones, donde el comedor era también el dormitorio y la cocina, era lo único que se había podido permitir. Dividiendo su tiempo entre jornadas laborales mal retribuidas y los estudios universitarios, se esforzó muchísimo por recomponer la belleza implícita,

aunque según sus conocidos, inexistente, de su propiedad. Por eso había decidido conservarla aún cuando, azuzada de nuevo, esta vez por su madre adoptiva, adquirió un apartamento más amplio y equipado en la ciudad de Méjico, muy cerca de ellos.

Debido a su trabajo, que la obligaba a viajar a menudo y por largos espacios de tiempo, muy pocas veces había podido disfrutar de aquel lugar. Pero ahora sí podía hacerlo, gracias al sorprendente hallazgo en la Sierra Madre Occidental, en el que su grupo estaba poniendo todo el esfuerzo y empeño que podían, pensó con satisfacción.

Dobló cuidadosamente el informe y lo introdujo en la carpeta donde archivaba cada una de las comunicaciones de la clínica. Tomó su agenda y anotó la futura llamada telefónica a la compañía para solicitar unos días para el viaje. En realidad, no eran necesarios demasiados, el trayecto hasta California en avión era corto, pero quería aprovechar el viaje para disfrutar de unas pequeñas vacaciones y ocupar su mente en tareas cotidianas que normalmente le estaban vetadas por el tiempo que requerían, como por ejemplo ir de compras.

Sí, pensó con una sonrisa, un productivo paseo por el Boulevard le sentaría bien. Quizá hasta aquel ejercicio conseguiría que su mente se deshiciera por una temporada de aquellas terribles pesadillas. Por lo general siempre había funcionado.

Tomó de nuevo la taza para dejarla en el fregadero y se encaminó directamente hacia el aseo. Un lavamanos provisto de un pequeño espejo, un inodoro y una ducha componían el reducido espacio al que llamaba cuarto de baño. ¡Cuántas veces había reído pensando en lo gracioso de aquella idea! Llamar cuarto de baño a aquel cuchitril era pedir demasiado a una simple frase.

Accionó el interruptor de la luz y automáticamente su reflejo apareció frente a ella. El rostro de una mujer de largo pelo castaño, labios generosos y ojos marrones, con las señales que ofrece un mal descanso nocturno, le devolvió la mirada. Con la yema del dedo índice recorrió la marca ligeramente coloreada de las ojeras.

Durante toda su vida había padecido crisis de aquellos malditos sueños, pero desde hacía unos meses atrás, se habían convertido en algo asiduo. No había noche que no aparecieran para robarle el descanso que necesitaba.

Frunció el ceño intentando recordar, sin conseguirlo, cuando habían comenzado. Lo que estaba claro es que habían empezado como rápidas

imágenes repetitivas y sin sentido alguno que conseguían despertarla en mitad de la noche sudando y con la respiración agitada. Imágenes que olvidaba prácticamente después de abrir los ojos, y que la dejaban con más ansiedad por intentar recordarlas que por el sólo hecho de haberlas tenido. A medida que había ido creciendo, aquellos oscuros sueños le habían acompañado en los momentos de más tensión, e incluso había conseguido retener en la memoria algunos fragmentos, a los que no encontraba explicación ni significado, sobre todo cuando su madre sufría alguna de sus recaídas, por lo que jamás pensó en acudir a un especialista y los achacó directamente a su preocupación por ella.

Pero esta vez era distinto, pensó mientras se acercaba un poco más al espejo y pasaba nuevamente la yema del dedo sobre la zona afectada. No podía concretar el porqué de aquella aseveración pero lo que sí estaba claro era que las nuevas pesadillas que venía padeciendo desde hacía algo más de un mes habían tomado un alarmante cariz.

Esperanzada, suspiró llenando los pulmones del aire de un nuevo día y trató de convencerse de que todo volvería a la normalidad. Su madre, ya había mejorado por lo que, como casi siempre ocurría, sus pesadillas desaparecerían. Volvería a disfrutar de un sueño reparador en pocos días. No cabía ninguna duda, resolvió mientras se retiraba del espejo.

Se desprendió del reloj de pulsera que dejó sobre el pequeño lavamanos y procedió a quitarse la ropa para tomar una buena ducha antes de dirigirse al trabajo.

Abrió el grifo, y después de algún que otro ruido de cañerías que hacía pensar que jamás llegaría a salir agua de allí, comenzó a manar caliente y abundante. Antes de dejarse llevar por aquel placer matutino, echó un rápido vistazo para comprobar que la toalla estaba en su lugar. Efectivamente allí estaba. Aunque en su pequeña casa todo estaba cerca jamás le había gustado tener que salir completamente mojada para buscar una. Ese simple hecho le restaba satisfacción al baño.

Justo en el momento en que tocaba con el pie la superficie blanca de la plataforma de ducha, el teléfono comenzó a sonar insistentemente.

—¡Maldita sea! —exclamó con un mohín de disgusto.

Por un momento cruzó por su mente la idea de no correr a cogerlo y dejar que el contestador hiciera su trabajo pero ¿y si era una llamada importante? Sabía que Aixa y Jacob comenzaban a trabajar muy temprano. Sin pensar nada más, su cuerpo reaccionó al instante, alargó la mano para tomar una toalla y se

lanzó a la carrera para levantar el auricular.

—¿Diga?

—Manon, tienes que venir lo antes posible. —le dijo Aixa. Por su voz no supo deducir si aquella urgencia era para bien o para mal.

—¿Ha ocurrido algo malo?

—No, no, pero me gustaría que vinieras antes de que lleguen todos para que puedas tener una vista completa. Hemos terminado el despeje de la zona sur.

—Eso es una magnífica noticia —comentó Manon con una sonrisa—. En menos de una hora estaré ahí.

—Estupendo. —respondió antes de cortar la comunicación.

Genial, pensó, durante su ausencia en la excavación, alrededor de dos semanas, durante las cuales ella había intentado sondear museos en busca del apropiado para exponer en un futuro, habían conseguido limpiar una buena porción del área de trabajo y por fin obtendrían algunos resultados. La compañía a la que representaba en aquel momento estaría satisfecha, y eso desembocaría en buenos ingresos para todos y magníficas recomendaciones para próximos estudios y trabajos. Muchísimo más animada volvió a dirigir sus pasos hacia el aseo.

Unos minutos más tarde y después del baño, ya se sentía una mujer nueva. No se molestó en secar el cabello, unas cuantas pasadas con la toalla y luego el cepillo bastó para estar presentable, el precioso sol, que ya brillaba alto, haría el resto. Pensó maquillarse para dar algo de color a su rostro, mientras volvía a mirar su reflejo en el espejo. Se conformó con aplicar algo de corrector sobre las ojeras y un poco de crol negro para eliminar visualmente la pequeña cicatriz en forma de media luna que partía su ceja izquierda. Siempre había odiado aquel defecto pero jamás supo cómo se lo había hecho. Un misterio más que añadir a su extraña existencia, pensó con un encogimiento de hombros.

Tomó del armario un desgastado tejero y una sencilla camiseta blanca y se vistió rápidamente, cubriendo convenientemente el cuerpo del que jamás se había sentido especialmente orgullosa.

Cogió del perchero su bolso con una mano al tiempo que con la otra se hacía con el juego de llaves que tintinearón por un momento. Aseguró las ventanas y salió echando un último vistazo a todo antes de cerrar la puerta.

De nuevo el sol de la mañana la saludó consiguiendo que parpadeara repetidamente para eludir aquellos brillantes rayos, hasta que llegó a su viejo

Jeep y tomó las gafas de sol que siempre dejaba en la guantera. Introdujo las llaves en el contacto y cruzó los dedos mientras giraba la muñeca para que arrancara. Aquel trasto cualquier día le daría una sorpresa dejándola tirada. Aunque bien pensado, tampoco debía extrañarle que el pobre vehículo diera evidentes señales de vejez.

Durante unos segundos que parecieron interminables, el motor sonó agonizante, tratando por todos los medios de ejecutar la orden que aquella pequeña llave metálica demandaba.

—Vamos amiguito, no me falles ahora —murmuró.

Como si aquel deseo hubiera sido la frase mágica que permitió a *Ali Baba* penetrar en la cueva de los ladrones, el motor comenzó a rugir y Manon pisó ligeramente el acelerador para introducir algo de gasolina y evitar que volviera a pararse.

Por fin pudo ponerse en camino y una vez recorridos los primeros metros se olvidó del coche y sus achaques, para disfrutar del paisaje como siempre hacía.

A aquella hora de la mañana el sol incidía directamente con sus luminosos rayos en los picos rocosos y prácticamente calizos de las montañas que le rodeaban, consiguiendo arrancar bellos matices al verdor del bosque que despertaba de la quietud de la noche. Dejó que sus oídos se llenaran con el cántico de las aves que volaban buscando el alimento matutino para sus familias y el sonido de la vida que comenzaba a desarrollarse a su alrededor.

Completamente distraída, dejó a la parte de su cerebro que trabajaba por inercia que se encargara de la conducción, mientras la otra parte, la que no cesaba de procesar, se llenaba con la noticia que Aixa le había dado por teléfono.

El área sur había sido una incógnita desde el principio. Lo único que hasta el momento habían conseguido descubrir habían sido restos de cuerpos desperdigados sin ton ni son. Sus trabajadores habían ido desenterrando los huesos de lo que en un primer momento habían pensado que era un cementerio un tanto extraño por la disposición. Debía repasar sus datos, pero recordaba vagamente que al menos tenía registrados unos veinticinco cuerpos, a estos habría que sumarles los encontrados los dos últimos días. Esperaba que al menos haber terminado la limpieza del área, arrojara un poco de luz sobre qué secreto exactamente guardaba la tierra.

Completamente sumida en sus pensamientos apenas le dio tiempo a reaccionar cuando, lo que comenzó siendo un bulto oscuro y sin forma,

adquirió las proporciones de un animal parado en medio de la carretera.

Dando un brusco volantazo consiguió esquivarlo y nada más pasar a su lado pisó a fondo el pedal de freno. Los neumáticos, privados en seco de su movimiento rotatorio normal, emitieron un sonoro y estridente ruido dejando a su paso oscuras marcas en el asfalto. Necesitaba asegurarse que el animal estaba sano y salvo.

En cuestión de un segundo se deshizo del amarre del cinturón de seguridad y bajó del vehículo de un salto. Unos metros atrás, un lobo de un hermoso tono miel tumbado tranquilamente en la calzada, clavaba sus ojos en ella. ¡Dios, un lobo! No podía ser un inofensivo conejito, no, ella tenía que encontrarse precisamente con un lobo.

El animal no dejó ni por un momento que sus ojos se despegaran de ella y siguiendo sus movimientos se irguió enfrentándola. Manon paró su avance. Sabía muy poco sobre ellos, pero la razón le advertía que cualquier animal salvaje hubiera salido huyendo si no presentaba heridas, y por lo que podía ver desde aquella distancia, se encontraba perfectamente. ¿Debía avanzar un poco más para asegurarse del todo?

No se dio tiempo para buscar la respuesta. Adelantó un paso más su posición, y esperó a que el lobo hiciera algún movimiento.

Efectivamente aquel animal no estaba dispuesto a que ella se acercara a él, pues nada más notar que reanudaba su caminar, agachó la cabeza, mostrándole el lomo sin dejar de mirarla, como preparándose a saltar. Un profundo y gutural gruñido, llegó hasta sus oídos. Los cánticos y sonidos de otros habitantes del bosque, que hasta aquel instante habían inundado el ambiente, parecían haber cesado para ceder protagonismo al enorme animal que la miraba como considerando la posibilidad de devorarla viva.

Durante segundos que se le antojaron horas, siguieron en aquella atípica guerra de voluntades, hasta que el lobo, levantando la parte superior del morro le mostró amenazador su legendaria mandíbula. Justo en ese momento su corazón necesitó desesperadamente hacer patente que se encontraba allí, en algún lugar dentro de su pecho, y que deseaba emigrar hasta su garganta.

Sin apartar la vista de su contrincante, comenzó a recular tratando de llegar hasta su jeep.

Dados los primeros pasos, el animal retomó de nuevo su primera posición y se recostó tranquilamente sobre la caliente carretera, pero aún manteniéndola vigilada. Manon tomó aire sonoramente, deseando templar sus nervios con aquel sencillo gesto. Siguió retrocediendo poco a poco y

despacio, tanteando con las manos a su espalda, buscando la parte de atrás de su automóvil, y tratando de no realizar movimientos bruscos que pudieran alertarlo.

Por su cerebro pasaron mil y una situaciones en las que no lograba su propósito de salir de allí. En las que el animal reconsideraba su opción de no atacarla y se lanzaba en la búsqueda de su garganta.

Por fin algo duro y metálico chocó contra sus uñas. Buscó con los dedos el punto de referencia necesario para tratar de dibujar en su mente la situación del jeep. Poco a poco consiguió llegar a la puerta y abrirla. Bien, pensó, ahora necesito un par de segundos para poder subir, segundos en los que lo perderé de vista, trata de hacerlo lo más rápido posible.

Fue el giro más rápido y ejecutado con mayor precisión de su vida. En un parpadeo se encontró sentada al volante y con los ojos clavados en el retrovisor. El espejo le devolvió la imagen de la calzada. Lo movió ligeramente, tratando de encontrar al animal sin conseguirlo. ¿Dónde se había metido? De nuevo su mente y su corazón se aliaron para conjurar cientos de imágenes en las que la sorprendía para acabar con ella. Necesitaba echar un vistazo, verificar que efectivamente el lobo no se encontraba donde lo había dejado. Respiró profundamente, reteniendo el aire en los pulmones y giró el rostro.

Cualquier rastro del animal había desaparecido en el instante que ella había necesitado para subir al jeep. El lobo no estaba allí.



## *Capítulo dos*

Una vez aparcó el Jeep en el área reservada para ello, no supo a ciencia cierta cómo había conseguido llegar hasta allí. Su mente era un hervidero de pensamientos atropellados y su cuerpo aún temblaba por la espeluznante experiencia. Ni siquiera aquellas pesadillas que la asaltaban durante sus crisis la habían dejado después en aquel estado de nervios en el que se encontraba.

Con mano temblorosa trató de introducir la llave en la cerradura, pero aquella simple acción se resistía. Furiosa consigo misma por no poder controlarse, descargó un fuerte golpe con el puño en la chapa.

Debía tranquilizarse. Respirar hondo y alegrarse, ya que lo ocurrido había terminado bien. Llenó de aire sus pulmones, dejándolo escapar poco a poco entre los labios mientras se repetía mentalmente que aquello podría haberle pasado a cualquiera. No había ocurrido nada importante, así que debía olvidarlo y seguir como si nada.

—¡Por fin has llegado! —se giró para ver como Aixa corría hacia ella con una sonrisa en los labios mientras trataba de recuperar el aliento.

Manon la miró tratando de esbozar una sonrisa, que no llegó a sus ojos, como respuesta. ¿A quién pretendía engañar? ¿A Aixa? El gesto de aquella pequeña y rechoncha mujer le dijo a las claras que no lo había conseguido. ¡Maldita sea! La gente que trabajaba para ella ya creía que era una especie de ermitaña rarita como para agregar la experiencia de aquella mañana.

Habían trabajado juntas en varias ocasiones y aunque siempre se había cuidado mucho de relacionarse demasiado con los compañeros, Aixa le caía particularmente bien. Había llegado a mantener con ella una extraña relación amistosa, por eso no deseaba engañarla contándole una historia que nada tenía que ver con lo que en realidad había pasado.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con el gesto serio. Sus ojos azules destajaban en aquella cara pecosa y el pelo teñido de rojo, corto a la altura de los hombros.

—No preguntes Aixa.

—Como quieras.

Algo más relajada, si podía llamarlo así, consiguió introducir la llave y cerrar la puerta.

—Bien, vayamos a ver la zona sur —dijo mientras guardaba de nuevo las

llaves en su bolso y emprendía la marcha —¿Habéis encontrado muchos más cuerpos?

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos.

—¿No vas a adelantarme nada?

—¿Y estropearte la sorpresa? —Le contestó sonriendo de nuevo— Jamás me lo perdonaría.

Desde luego Aixa sabía que aquel yacimiento era muy importante para ella. Le había costado muchísimo esfuerzo reunir el suficiente dinero y el apoyo de la compañía para llevarlo a cabo. Era su sueño.

Desde que acabara sus estudios en la universidad, la idea de poder dirigir un grupo de investigación en un yacimiento, había sido su meta en la vida. Podía estar muy orgullosa de haberlo conseguido en tan poco tiempo. Aquella profesión era muy competitiva y estaba cuajada de personas con mucho poder económico y político, condiciones muy ventajosas y de las cuales ella carecía.

Por suerte, ser la única que conociera Durango desde la niñez, le había servido para saber dónde dirigirse para realizar sus pesquisas de investigación, comenzar a desarrollar la idea en toda su amplitud y el plan de trabajo a seguir. Además, había contado con la inestimable ayuda de su padre, quién conocía a varias personas de la compañía. Éste, había apretado las teclas convenientes para ponerlos en contacto.

Jarold trabajaba para el Gobierno local incluso antes de su adopción y gozaba de una posición, según él la calificaba, cómoda dentro de éste. Jamás supo a ciencia cierta a qué se dedicaba con exactitud. Él nunca se lo explicó y ella nunca sintió curiosidad por saberlo.

Sea como fuere, ahora se encontraba en un momento crítico, en el que tenía que demostrar que el dinero que la compañía había invertido en su proyecto no había caído en saco roto.

Debía agradecer que los trabajos de limpieza del área sur, se hubieran llevado a cabo con fluida rapidez. La escasa vegetación de aquella zona había contribuido a que en quince días aproximadamente, se hubiera despejado metros y metros cuadrados de terreno. No había pasado así en el resto de áreas. En algunas, aún no habían podido terminar ni el desbroce de la superficie.

—Bien ¿estás preparada? —preguntó Aixa cuando llegaron justo al pie del promontorio desde el cual se dominaba toda la extensión a evaluar.

—Por supuesto.

Unos pocos pasos más y el panorama se abrió a sus ojos en un instante.

Rodeado de altos y frondosos pinos y encinos, se extendía ante ella aquello en lo que habían estado trabajando durante los últimos días. Hacia la izquierda, lugar por donde había comenzado la exhumación de los primeros huesos, se veía perfectamente las calaveras manteniendo cierta distancia entre ellas. A medida que sus ojos iban avanzado hacia el lado contrario, tanto la cantidad como la proximidad de los cuerpos la sorprendió enormemente.

—Increíble —acertó a decir cuando pudo articular alguna palabra.

—¿Qué te parece que estamos viendo?

Manon barrió de nuevo con mirada especulativa todo el terreno. Desde su posición en lo alto de aquella cima, podía verse que no todos los cuerpos estaban en la misma dirección, la colocación de muchos de ellos era dando el frente a la gran masa que avanzaba en cantidad desde la izquierda. Cuerpos frente a más cuerpos.

—Parece una escaramuza o una pequeña batalla, es lo único que se me ocurre.

—A esa misma conclusión llegamos Jacob y yo antes de llamarte. Aunque más tarde, mientras esperábamos tu llegada, Jacob me sorprendió con algo en lo que no habíamos pensado.

—¿Qué?

—Sencillamente que no hemos encontrado ningún resto de arma, ya sea de piedra, metal o cualquier otro material. ¿Con qué pelearon estos hombres? ¿A puñetazos?

—¿De cuánto datan los restos? ¿Habéis hecho las pruebas del carbono 14?

—No aún no, antes de enviar las muestras quería que vinieras. Sé que esto es muy importante para ti y pensé que gustarías de hacerlo tú misma.

—Gracias Aixa eres un encanto.

—De nada mujer —sonrió Aixa a sabiendas de que ese pequeño detalle había hecho muy feliz a su jefa. —Además —añadió quitándole importancia al hecho—, hace un calor espantoso y estoy completamente agotada, hemos llegado muy temprano para terminar esto, así que si no te importa me gustaría pasar por mi apartamento a refrescarme un poco y descansar unas horas.

—Claro Aixa, te lo has ganado —respondió divertida por la forma en que había solicitado el descanso—. Después de todo, hasta que no tengamos los resultados de la prueba y pueda llevar el informe a la compañía dudo que podamos seguir con nada más importante aquí.

—Cuando sepas algo, o si me necesitas, llámame.

—Así lo haré, descuida.

Una vez con todo el área a su merced, decidió bajar para examinarla más de cerca.

Se aseguró que portaba su cámara de fotos y material suficiente, y descendió poco a poco hasta las pasarelas flotantes que atravesaban la gran extensión de terreno. Quería acercarse sobre todo al sitio que aún no había examinado. El lugar donde la concentración de individuos era mayor.

Los tablones crujían con su avance, quejicosos de su peso, más sonoros que de costumbre debido al silencio que reinaba a su alrededor. Efectivamente y como había comprobado unos minutos antes, la concentración era mucho más alta a medida que avanzaba, hasta el punto de amontonarse unos sobre otros algo más adelante.

Caminó despacio hasta el final de la excavación donde las máquinas habían encontrado una acumulación de rocas de gran dureza y habían dejado de trabajar. Volvió a fijar la vista en la irregular superficie, intentando hallar alguna lógica.

La cantidad ingente de huesos era tal que no se podía distinguir a qué cuerpo pertenecía cada uno. Húmeros, fémures, vértebras que debían haber pertenecido a una columna completa, se superponían unos sobre otros sin orden ni concierto. Cientos de calaveras, indicaban el lugar donde, supuso, habían caído los cuerpos. Observando aquella zona dentro del área sur, algo le llamó la atención aunque su cerebro se resistía a dilucidar qué había sido exactamente.

Trató de centrar toda su atención durante unos minutos. Se esforzó en retener una buena porción de terreno en conjunto, tomando una fotografía mental, con tal de ver la solución a la incógnita que no acababa de comprender. Después descansó de nuevo los ojos en el muro de tierra desnuda que tenía justo delante.

—Es como si... un momento... —clavó la mirada tratando de verificar la conclusión a la que había llegado— Sí. Así es.

El número de calaveras colocadas hacia el lado contrario de la pared que se alzaba justo delante de ella era mucho mayor que las que estaban dirigidas en sentido opuesto. Como si defendieran algo, pero ¿qué?

—¿Qué protegíais? —formuló la pregunta en voz alta como si aquel montón de material óseo pudiera responderle.

Apoyó las manos sobre la fina baranda de la pasarela e inclinó medio cuerpo hacia fuera. Hacía muchísimo tiempo que no sentía tanta curiosidad. Por lo general cuando trabajaba en una excavación, sabía lo que podía

encontrarse pero la situación presente superaba cualquier expectativa. Manon pensó que quizá desde la plataforma, que le brindaba un nivel más alto respecto al suelo, lograría encontrar la respuesta a su pregunta.

El lugar, sombreado por la posición del sol que en aquel momento, aunque ya avanzada la mañana, aún no había alcanzado su punto más alto, se le antojó demasiado oscuro para tratar de averiguar lo que su cerebro le animaba a investigar. Cambió de opinión, quizá bajar sería muchísimo mejor. Poder observar la situación desde cerca le ayudaría.

Mientras decidía la mejor forma de hacerlo, un extraño brillo nacido desde el lado opuesto a la muralla rocosa, llamó su atención y entornó los ojos buscando el origen.

Nada. Tan sólo huesos blanqueados por sol. El calor, que ya comenzaba a hacerse patente incluso tan temprano, debía estar jugándole una mala pasada. Volvió a girar su cabeza para enfrentar la tarea de descolgarse de la pasarela y nuevamente captó el resplandor.

Decididamente no había sido su imaginación.

Adoptando una precaria posición, medio colgada de las cuerdas que hacían las veces de quita—miedo, trató de colocar la cabeza en el punto exacto donde sus ojos lograran ver aquel destello.

¡Allí estaba! Un precioso brillo de color rojizo se delató entre la multitud de huesos. Una sonrisa le iluminó el rostro. Había conseguido resolver uno de los enigmas que se le habían planteado aquella mañana, aunque no el más importante, se dijo.

El crujido de uno de los travesaños que sujetaba la cuerda de donde ella colgaba, la alertó tarde del peligro. En cuestión de un parpadeo, la ley de la gravedad efectuó su fatal desarrollo y la cuerda, ahora falta de una de las sujeciones, pareció crecer en longitud acompañada de su cuerpo, pasando de ser una línea recta a dibujar una arista. Tan sólo la punta de sus pies, conseguían evitar que el ángulo que ella misma ejercía con el suelo fuera mayor de ciento ochenta grados. Notó como gotas de sudor perlaban su frente. Sólo pensaba en evitar que aquella humedad se diera también en las palmas de sus manos y le hicieran resbalar. Con más miedo a destrozar alguna de aquellas osamentas, que a que ella misma se rompiera algún hueso, se desplazó hasta que llegó al travesaño más próximo y consiguió tocar con los pies en el suelo. Respiró profundamente, limpiando la transpiración de su frente con el dorso de la mano y miró hacia el lugar donde la madera que sujetaba el quita—miedo se había roto, anotando mentalmente dar una buena

reprimenda a los carpinteros.

Con la mente de nuevo en lo que le había llevado a pisar el terreno se encaminó en la dirección correcta con un cuidado infinito. Demasiado trabajo le había costado llegar hasta allí y evitar un destino fatal de una buena porción de huesos, como para ahora destrozar alguno a su paso.

Le llevó tan solo unos minutos localizar lo que buscaba. Escondido entre un fémur, que tomó y metió en una bolsa etiquetándola con esmero como uno de los ejemplos para la prueba del carbono, y una de tantas calaveras, extrajo un precioso y grueso anillo dorado, coronado por un enorme rubí. Era la piedra más hermosamente tallada que sus ojos habían visto nunca, y durante unos segundos perdió la noción de cuanto le rodeaba dedicándose tan solo a admirarlo.

El porqué los miembros del grupo de despeje habían pasado por alto aquel hallazgo era otra pregunta que rondaba su cabeza. Aunque teniendo en cuenta, al dorado y brillante acompañante del cielo, llegó a la conclusión de que la temperatura alcanzada en aquel área, debía ser sofocante, y decididamente debía mermar las cualidades de cualquiera que se hallara bajo su influencia.

El aleteo de una gran nube de aves que emprendieron el vuelo como si hubieran sido asustadas por algún motivo, la sacó de su ensimismamiento haciéndole volver la cabeza hacia el promontorio donde habían dejado de excavar.

Aixa le había comentado hacía unos días que había localizado una pequeña cascada justo detrás de aquella colina. Recordó el brillo de los ojos de la hermosa mujer cuando se lo explicó y decidió que una vez terminado el trabajo de recoger algunos ejemplos más para las pruebas, se acercaría a verlo con sus propios ojos. Ya habría otro momento para investigar la respuesta a las posiciones de los cuerpos. Por el momento, el tesoro que tenía entre sus manos bien valía una recompensa.

## Capítulo tres

—No podéis celebrarla, no ahora que están excavando tan cerca.

—Pero Lycaon, sabes que es la fiesta más importante de la temporada, y después de que la mayoría de ellos se han desplazado desde puntos lejanos, absolutamente todos querrán saber a qué es debido que se haya anulado.

—Lo siento Koram pero es imposible. Si tienes algún problema puedes decirles que hablen conmigo —contestó con resolución—. Y ahora vamos, el sol ya está demasiado alto y podrían vernos.

—Está bien pero...

—No admitiré que mi palabra no sea aceptada. No hay más que decir.

Su acompañante le saludó inclinando la cabeza y desapareció entre la maleza rápida y sigilosamente.

Koram no comprendía que celebrar la fiesta del encuentro podría suponer un grave enfrentamiento y no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Había puesto como excusa el área que estaba siendo investigada por aquellos antropólogos, pero en realidad, Lycaon temía un mal de otra naturaleza.

Durante la última luna, se habían producido extraños sucesos en diferentes poblaciones cercanas a Durango y no le había gustado el cariz que habían tomado aquellas noticias. Demasiadas desapariciones en poco tiempo. Aunque aun desconocía su importancia, decididamente aquello no era bueno, sin duda las autoridades habían comenzado a investigar, y aunque él pudiera meter mano en el asunto a través de sus contactos en el gobierno local, dudaba mucho que consiguiera evitar un desenlace fatal para su gente.

Miró a su alrededor deleitándose con el color del bosque a aquella hora. Pocas veces se había tomado la libertad de mostrarse en su forma oculta a la luz del día. Sólo aquellos de su manada que trabajaban para él y pocos más, conocían su rostro humano, así que era necesaria la transformación para reunirse con alguno de los componentes del grupo, aunque fuera el que él protegía. Y aunque Koram era uno de los pocos que pasaba más tiempo en su casa, era necesaria tomar la precaución de mostrarse de aquella forma en beneficio de que cualquier otro de su misma especie los viera. No ocurría lo mismo con los integrantes de otros grupos, sobre todo con los *Alfa*. Entre ellos era común y más productivo para el entendimiento que conocieran ambas facetas.

Aquella era su tierra, había costado vidas y mucha sangre, como para que ahora, por el simple hecho de celebrar una fiesta, todos los logros que había conseguido para mantener el secreto de la existencia de su raza se fueran al garete.

Estaba decidido. No permitiría a nadie que le desobedeciera, no cuando había tanto que perder. Confiaba en que Koram pudiera hacer entender al resto el riesgo de aquella absurda celebración.

Respiró profundamente tratando de calmarse, diciéndose que probablemente aquellos incidentes fueran un cúmulo de casualidades. ¿A quién pretendía engañar?

Justo cuando resolvió que ya no podía permanecer por más tiempo en aquel lugar con el sol ya demasiado alto, algo llamó su atención. Quizá fuera un movimiento extraño en la maleza, o quizá un peculiar olor a jazmín. ¿Jazmín? En aquella zona jamás había echado raíces esa planta.

Gracias al poder que le brindaba su transformación, de un rápido movimiento, saltó hacia el lugar en el que había localizado la conmoción.

Un grito salido de entre los matorrales, ante los cuales se encontraba, acabó de indicarle el lugar exacto donde se escondía lo que había llamado su atención.

\*\*\*

Manon no podía creer lo que había visto.

Creía que la criatura que había contemplado tan solo existía en sus pesadillas y en las películas de terror. Era conocido por el mundo entero que aquella clase de monstruo tan solo se evidenciaba a la luz de la luna. Mientras corría como una posesa tratando de localizar un medio de bajar de la colina y escapar de lo que la perseguía se decía una y otra vez que aquello no era posible.

Apenas le había echado un vistazo, o al menos eso creía. La verdad es que cuando sus ojos se clavaron en aquel ser de aproximadamente dos metros de altura, cubierto por entero de pelo y hablando como una persona, aunque con un tono que nada tenía que ver con el humano, no supo cuanto tiempo había pasado hasta que el animal pareció darse cuenta.

El corazón le martilleaba el pecho amenazando con explotar, sentía como la maleza le arañaba la piel con cada zancada en su alocada carrera por escapar de aquello. Sus ojos tan solo registraban árboles y árboles que parecían haber crecido en aquel lugar tan sólo para entorpecer su huida.

Jadeando, seguía corriendo como jamás lo había hecho, buscando la



posibilidad de poder escapar, pero no lo lograba. Podía masticar su propia angustia. Tenía la certeza de que aquel ser que la perseguía no tenía la más mínima intención de cesar en su carrera tras ella.

Y era condenadamente rápido.

Sus piernas ya se resentían, la subida había sido todo un ejercicio y al verse forzadas de aquella forma requerían a su dueña que parara.

Miraba continuamente hacia atrás tratando de vislumbrar con rápidos vistazos si había conseguido despistarlo, sin parar de correr. No. Allí seguía. Ganando terreno con cada zancada. Trataba de acompañar su respiración con el ritmo, acelerándolo sin forzarlo, tratando de recordar cada uno de los tontos consejos que su monitor de gimnasia les daba en la universidad, pero sólo conseguía que sus pulmones le ardieran tanto que parecía que en cualquier momento le saldrían por la boca.

Aceleró, exigiendo a su cuerpo más de lo que podía ofrecer. Sentía el avance de su perseguidor, posando sus zarpas en cada una de las huellas que ella dejaba en la tierra poco después de hacerla. Su vida estaba en juego y no estaba dispuesta a...

—¡Noooo! —gritó cuando perdió pie y sintió como su cuerpo se precipitaba irremediabilmente al suelo.

Briznas de hierba seca y hojas quedaron adheridas a su pelo. Sintió en la boca el sabor seco y metálico de la tierra rica en minerales. Detrás de ella y a sus pies, notó la presencia de la bestia que la había perseguido, cerró los ojos y apretó puños y dientes esperando su final.

Lycaon miró a la mujer. Tirada en el suelo y con el pelo enmarañado en un arbusto cercano. Sabía quién era, la conocía por las fotos del diario local de hacía unos días atrás. No recordaba su nombre pero era la mujer encargada de la excavación.

Por un momento consideró si debía matarla y terminar así con la amenaza de que encontraran más de lo debido. Por otra parte, su muerte hubiera terminado por alarmar, más si es que cabía, a la Policía. Se sentía responsable incluso de las manadas que habían viajado desde distintos países hasta allí para acudir a la celebración. Cada una de ellas tenía su propio portavoz, su *Alfa*, pero estando en aquel momento en sus tierras, era él quien debía velar por el bienestar de todos. Estaba muy claro que en las circunstancias presentes no podía permitirse ese lujo.

Hacía meses la noticia de que aquella investigación antropológica comenzaría precisamente en sus antiguas tierras no le gustó en absoluto, pero

haber tratado de impedirles en aquel momento no hubiera dado los frutos esperados. Aunque ahora... ahora que ya había llegado justo a la línea que lindaba con las que aún le pertenecían, el resultado del tema sería otro cantar.

Además matarla sería un desperdicio, pensó entre divertido y curioso, aquel redondo trasero prometía muchísimo. Lástima que aquel encuentro entre ellos hubiera acaecido en aquellas circunstancias. Le hubiera gustado mucho poder disfrutar de la visión de aquellas nalgas estando en posesión de su figura humana. Desde luego la reacción de la mujer no hubiera sido la misma.

Pero ahora no podía pensar en eso, debía resolver qué hacer con ella.

—¡Mujer! —exclamó con aquel tono de voz ronco y profundo, más parecido a un gruñido que a un sonido humano. —No os está permitido atravesar la colina, no busquéis problemas y no los tendréis.

¿Pero qué hacía? ¿No se suponía que iba a matarla? Pensó Manon, ¿le estaba advirtiendo? ¿O quizá aquel atroz monstruo salido del inframundo disfrutaba jugando con sus presas?

—¡Fuera! —gruñó Lycaon.

A Manon no le hizo falta más palabras, se irguió rápidamente y comenzó a correr sin mirar atrás.

No sabía hacia donde se dirigía pero tampoco importaba. La cuestión era salir de allí en el menor tiempo posible antes de que su perseguidor cambiara de opinión y decidiera acabar con ella.

Lycaon la siguió con la mirada hasta que por fin desapareció entre la abundancia de árboles y maleza. Cualquiera hubiera temblado, lloriqueado y suplicado en su lugar, sin embargo, aquella joven mujer no había emitido sonido alguno. A decir verdad, ni siquiera había notado que temblara, y eso le inquietaba. ¿Con qué clase de mujer había topado? No pudo menos que sentir cierta admiración.

\*\*\*

Sin fijarse demasiado en lo que estaba haciendo, aparcó el destartado Jeep al lado de su casa. No sabía exactamente cuánto tiempo había estado corriendo pero calculó que seguramente durante horas ya que el sol, en aquel momento, estaba decayendo entre las altas montañas y la luz diurna disminuía rápidamente.

Había deambulado por el bosque hasta que ya no recordó exactamente de qué huía. ¿Habría visto bien? En aquel momento no tenía la certeza de lo que sus ojos habían registrado. No podía ser que aquellas criaturas existieran. Sin duda debía ser algún gran animal, y su perseguidor un cazador. ¿Pero qué

cazador tenía aquel tono de voz? Tan sólo con recordar su sonido se le erizaba la piel.

Sentada todavía al volante, se rodeó el cuerpo con sus propios brazos, tratando de encontrar el calor que su cuerpo necesitaba.

Le dolía la cabeza, un golpeteo constante dentro de sus sienes, sin duda producido por la cantidad de pensamientos y preguntas sin respuesta que se agolpaban en su mente. Pero ya estaba en casa, pensó, su pequeño refugio. Muy pocos sabían donde vivía y ciertamente era difícil de localizar. Allí estaría a salvo.

Reposó la frente sobre el volante justo cuando sintió como alguien golpeaba su espalda. En cuestión de un parpadeo, su corazón encogido se aceleró a doscientos por hora y mientras su cuerpo era poseído por un escalofrío que le heló la sangre, de su garganta emergió un sonoro grito.

—¡Joder Manon! —exclamó Aixa aún más asustada que ella, mientras se llevaba una mano al pecho.—Menudo recibimiento.—añadió boqueando.

—Aixa —reconoció a su compañera a la vez que trataba de aquietar su ritmo cardíaco—, no te oí llegar.

—Eso es evidente. ¿Qué coño haces aquí afuera? —preguntó aún con la garganta afectada por el sobresalto.

—Acabo de llegar.

—¿No me digas? ¿Y se puede saber de dónde? Llevo horas buscándote. No estabas en la excavación y nadie supo decirme dónde encontrarte. ¿Y qué leches te ha pasado? Parece que hayas visto a un fantasma, tienes un aspecto horrible ¿Te has estado revolcando en el bosque?— preguntó mientras extraía una hoja de entre su cabello.

—¿Qué te parece si dejas de atosigarme con tanta pregunta y entramos dentro?

Sin duda Manon necesitaba que alguien cuidara de ella, pensó Aixa. La observó mientras abandonaba torpemente del coche, recogía sus cosas y se encaminaban hacia el interior de la casa. No tenía ni la más mínima idea de qué podría haberle pasado, pero jamás había visto a su compañera de aquella guisa. Por no hablar de la expresión de su rostro cuando le había golpeado la espalda para llamar su atención.

—¿Para qué me buscabas? —le preguntó sin mirarla, mientras dejaba sobre la repisa de la cocina su bolso.

—Para que me entregaras las muestras recogidas ¿recuerdas?

—Sí, tienes razón —aquella conversación mantenida a primera hora del día

parecía tan lejana— ¿Y para eso has venido hasta aquí?

—Joder Manon, sueles ser muy cerradita pero hoy pasa de castaño oscuro. ¿De verdad que no te ocurre nada? —dijo con tono de preocupación.

—En realidad sí, me ha pasado algo, pero...

—¿Pero? —la animó a continuar mientras clavaba sus ojos en ella.

No estaba segura de si explicar a Aixa todo lo ocurrido. Ella era su amiga por supuesto pero ¿comprendería todo aquello? Ni siquiera ella podía hacerlo. Su sentido común le advirtió de que quizá la explicación de su experiencia en el bosque podría introducir la idea de una razonable duda sobre su salud mental. Aixa ya tenía muy claro que ella no era una mujer muy común y aquello podría ser la gota que colmara el vaso.

—Pero nada —resolvió— Tan solo salí a dar un paseo y me perdí. Eso es todo.

—¡Ja! —exclamó— Dime una cosa Manon ¿de verdad tengo la cara de tonta por la que me tomas?

—Aixa por favor...

—Está bien, está bien. Quizá en otro momento tengas la lengua más suelta —concilió—, en realidad mi prisa por buscarte se vio motivada por otra noticia, una que no te va a gustar en absoluto.

—Canta —. La conmino a hablar mientras centraba en ella toda su atención.

A Aixa jamás le había gustado andarse por las ramas, y aunque en aquel momento hubiera dado su brazo por no tener que darle las pésimas noticias a Manon, no podía hacer otra cosa.

—Como te decía, trataba de encontrarte para que me entregaras las muestras recogidas. Después de buscarte en la excavación y no hallarte allí, me dirigí a las oficinas y encontré esto.— Adelantó una mano ofreciéndole un documento impreso por fax.

Manon leyó atentamente el papel.

Aixa pudo adivinar por qué parte del documento corrían los ojos de su compañera, observando el cambio que su semblante fue experimentando.

Cuando la había encontrado en el coche su aspecto era como el de alguien que hubiera pasado por una terrible experiencia. En aquel momento, mientras esperaba a que terminara de leer, sus ojos comenzaron a echar chispas y los labios se convirtieron en una fina línea debido a la tensión y el enfado.

—¿Pero cómo demonios se atreven a hacerme esto? —gritó enfurecida.

—Tranquila...

—¿Tranquila? —repitió airada— ¿Tranquila? ¿Cómo piensas que puedo

estar tranquila después de leer esto? ¿Y por qué? ¿Por qué dictan esta orden sin dar siquiera ninguna explicación? Esto no se hace así.

—Manon, estoy segura de que en seguida, cualquier otra compañía querrá invertir en la excavación.

—Sí pero de momento está suspendida Aixa. ¡Mierda! —estalló mientras tiraba el papel sobre la pequeña mesita auxiliar y se sentaba sobre un desgastado sillón— Ahora que habíamos conseguido algún resultado quieren retirarse.

—Con más razón, seguro que en cuanto vean los resultados in situ y tengamos los de las pruebas del carbono, recapacitan y todo volverá a la normalidad.

Su compañera estaba derrumbada, sentada con los codos apoyados en las rodillas, y la cabeza apoyada en las yemas de los dedos, buscaba en su mente el motivo por el que la compañía había decidido retirar la subvención, así tan bruscamente, sin más razones que un simple documento enviado por fax.

Aixa no sabía que decirle. Desde el momento en que el documento había llegado a sus manos, hasta que había localizado por fin a su amiga, había estado preparándose para tratar de animarla. Pero toda preparación era poca, cuando una tenía que enfrentarse a aquella situación.

—Tengo que averiguar el porqué —murmuró Manon después de unos segundos.

—Bien, es un buen comienzo —trató de levantarle el ánimo, la actividad siempre sería mejor que aquello—. Siento tener que dejarte, pero sabes que soy pésima conduciendo de noche y prefiero marcharme ya, antes que el cielo esté completamente negro. Estarás bien ¿verdad?

—Sí Aixa, no te preocupes, estaré bien —se levantó Manon resuelta—. Haré algunas llamadas y mañana tomaré las medidas necesarias.

—Estupendo, infórmame en cuanto puedas y buena suerte.

—Gracias.

Acompañó a su compañera hasta la puerta.

Aixa la miraba con ojos de ternura y compasión. La pelirroja muy presente el trabajo que le había costado a su jefa llegar hasta donde había llegado y sacar adelante aquel proyecto. Para ser sincera con ella misma, en aquel momento no la envidiaba.

Justo después de cerrar la puerta, Manon se dirigió dispuesta hacia el teléfono y marcó el número de su padre. Quizá él, gracias a sus contactos, pudiera darle las respuestas que estaba buscando.

—Hola, soy Manon —respondió cuando su padre contestó a la llamada.

—Hola cariño, ahora mismo estaba hablando con tu madre sobre ti. Pensaba llamarte.

—¿Entonces te has enterado ya?

—Por supuesto, la compañía también nos pasó una copia del memorando.

—¿Y tienes idea de por qué han tomado la decisión de suspender la excavación?

—La verdad es que no. Pensé que tú si sabrías algo.

—Acabo de enterarme, no sé más que tú.

—Bien, tranquila. Dame unos minutos, haré unas cuantas llamadas y trataré de enterarme de algo más.

—Gracias papá.

—De nada. Te llamaré en cuanto tenga información.

Sabía que su padre no le fallaría, jamás lo había hecho.

## Capítulo cuatro

La monótona voz del periodista que presentaba el noticiero en la televisión, penetró poco a poco en sus oídos hasta que consiguió arrancarla del sueño. Con el cerebro aún medio dormido, entreabrió los ojos, y trató de enfocarlos bizqueando en la brillante pantalla, mientras se sostenía sobre el codo para alcanzar el mando a distancia y apagar el aparato.

—“... *Y para terminar anunciarles que dentro de muy pocas noches, llegará el acontecimiento tan esperado por astrólogos y entusiastas del cielo. El próximo eclipse de luna promete ser todo un espectáculo en sí mismo....*”

Ojalá su único problema fuera esperar algo así, pensó recostándose de nuevo en el sofá y frotándose la frente.

Giró la muñeca y observó la esfera del reloj. Las cinco de la mañana. Su padre había dicho que la llamaría en cuanto supiera alguna cosa sobre la situación en la que se encontraba. Aunque quizá, razonó, no había averiguado nada. O a lo peor, había considerado que era demasiada mala noticia para darla tan tarde, y esperaba la mañana para encontrarla fresca después del descanso nocturno.

Como si su mente emitiera un suspiro contenido, dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. Fuera como fuera, desde luego el no tener ningún tipo de información era todavía peor.

Completamente despejada, se levantó del sofá. Se dirigía a la cocina cuando el timbre del teléfono llamó su atención. De un salto se colocó junto al aparato y sin perder un segundo descolgó.

—¿Sí?

—Manon, soy papá. Hija siento si te he despertado pero creí que te interesaría saber lo que he averiguado hasta ahora.

—No estaba dormida.

—Bien. He hablado con un conocido del responsable del proyecto en la compañía. El tipo me debía un favor y ha soltado bien la lengua.

—¿Y qué sabemos? —preguntó Manon nerviosa.

—Iré al grano. ¿Has oído hablar de Lucan Dux?

—Como no, todo el mundo sabe quién es ese tipo. Aunque no sé exactamente a qué se dedica, sus negocios deben rendirle buenos beneficios

por las riquezas de las que se rodea. La mansión donde vive es conocida por todos en Durango. Además tengo entendido que está relacionado con muchos hombres con poder en el país.

—Cierto, y además es el propietario de las tierras colindantes a la excavación.

—¿Qué estás queriendo decirme padre? —Manom ya sabía la respuesta aunque necesitaba oírla para poder creerlo.

—Según mi informador, el responsable de que la compañía haya retirado su apoyo económico al proyecto es él.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Sabes que mis fuentes son de fiar.

—Bien. Gracias padre. —sintió como poco a poco su ira se iba enfocando hacia una persona en particular.

—Manon, ten cuidado, ese tipo tiene poder suficiente para conseguir lo que se proponga, incluso hundir la reputación profesional de cualquiera.

—Papá, sabes que aún no he podido desarrollar ningún tipo de reputación, ni buena ni mala —respondió enfadada—. Este proyecto podía habérmela reportado pero por culpa de ese malnacido quizá no sea así. Me ha costado muchísimo sacar adelante todo esto como para que ahora, el simple egoísmo de un terrateniente asquerosamente acaudalado, lo tire todo al retrete de un plumazo.

—Sabes que siempre te he apoyado en todo lo que has querido hacer, y eso no va a cambiar ahora, sólo quiero que tengas cuidado.

—Lo tendré. Besa a mamá de mi parte. —Finalizó la comunicación.

Sus ojos estaban clavados en el auricular que acababa de colgar pero en realidad no veían nada. Su mente, estaba tratando de asimilar la magnitud de la información que había recibido, y trataba de averiguar la mejor forma de actuar.

Nunca había sido una mujer que se dejara amilanar y por supuesto en aquel momento tampoco lo haría. Jamás le habían gustado las medias tintas, ni los juegos de tira y afloja, así que consideró que la mejor manera de resolver el problema, para bien o para mal, era enfrentarlo cara a cara.

Volvió a mirar el reloj. Había pasado escasamente un cuarto de hora desde la última vez que le echara un vistazo. Era demasiado temprano para hacer nada aún, pero también, estaba demasiado despejada para volver a dormir. Resuelta, decidió que lo mejor que podía hacer era darse una buena ducha, y comenzar a preparar su próximo paso para resolver la situación. Sí, desde



luego que debía prepararse, la reunión que tendría lugar entre ella y el señor Dux en unas horas, requería un buen planteamiento y un buen plan de acción. Sobre todo teniendo en cuenta, que él no tenía idea de que ese encuentro se produciría.

Una vez en su particular cuarto de baño, se despojó de la ropa con la intención de refrescar el cuerpo y quizá incluso, con un poco de suerte, la cabeza. Una mente fría y despejada, razonaba muchísimo mejor. Después del esperado ruido de tuberías, comenzó a manar el agua.

Terminada la obligada visita al tal Lucan Dux, decidió que pasaría por la excavación, sin duda Aixa estaría sedienta de noticias. Sin poder evitarlo sonrió pensando en la cara que pondría su amiga cuando supiera quién estaba detrás de todo aquello. Y es que, después de todo, ¿quién lo hubiera imaginado?

Enfocó la cara hacia la alcachofa y llenó de agua su boca para expulsarla con fuerza. Trató de buscar en su memoria la imagen de aquel tipo, sin conseguirlo. Aunque había oído hablar de él, en aquel momento no recordaba si había sido en alguna revista o por mención de alguien. Sin duda debía haber sido esto último, si no recordaría alguna fotografía o algo. De todos modos, ¿qué importaba? Un capullo era siempre un capullo, tuviera la cara que tuviera.

Descorrió las cortinas y avanzó un paso para salir del plato de ducha. Aplicó un poco de aceite hidratante en su piel y, toalla en mano, se secó cuidadosamente. Envuelta en ella, recogió la ropa sucia para llevarla a la lavadora, cuando algo calló de un bolsillo de su pantalón.

Miró hacia el suelo, buscando lo que fuera que había caído y enseguida lo vio. Era el anillo que había encontrado en la excavación. Lo había olvidado por completo.

Por primera vez, su mente repasó todo lo que le había ocurrido aquel día. No podía creer que algo tan extraño y aterrador como lo que había vivido en el bosque, hubiera quedado relegado a un rincón de su cerebro. ¿Pero había pasado lo que ella creía que había pasado? No quería pensar que estaba loca, que sus pesadillas nocturnas hubieran tomado posesión de ella durante el día y completamente despierta. ¿Sería la enfermedad mental que había aquejado a su madre biológica? Sin duda aquel monstruo que había creído ver no podía ser real. Definitivamente no, se dijo, sin duda debió ser el sofocante calor y la falta de agua. Era evidente que sus ojos y su imaginación le habían jugado una mala pasada. Debía olvidarlo y no darle más importancia.

Recogió la sortija y salió del pequeño aseo. Dejó la ropa dentro del tambor de la lavadora y se sentó sobre el taburete de la cocina para observar aquel extraño trofeo.

Con un simple vistazo, se apreciaba que la joya había sido realizada con exquisito gusto. Un gran rubí, de un rojo intenso, coronaba el anillo. La intrincada talla de la piedra conseguía arrancarle los más hermosos brillos. Hizo girar el anillo varias veces entre sus dedos, para admirar el trabajo de orfebrería. Como una pieza más de los hallazgos de la excavación, debía catalogarlo, pensó. Pero había algo en él, algo que la atraía irremediablemente. Como una fuerza extraña que empujaba aquel pensamiento racional, para expulsarlo de su cerebro.

Después de pasear la mirada varias veces sobre él, lo que en un primer momento le pareció una sencilla cenefa grabada, adquirió una nueva perspectiva. Frunció un poco el ceño, tratando así de forzar la vista, con la intención de conseguir leer la corta inscripción.

—Alea jacta est —musitó.— ¿La suerte está echada?

No podía imaginar qué tipo de persona había podido grabar una frase así en una joya. Quizá alguien muy maltratado por la vida o incluso quizá un jugador empedernido. En cualquier caso, pensó mientras lo introducía en el dedo corazón de su mano derecha y lo admiraba una vez más, ahora le pertenecía. Sonrió con satisfacción. Una fugaz idea pasó por su mente y la sonrisa se convirtió en humor. Nadie conocía su existencia por lo tanto tampoco nadie lo echaría en falta.

—Qué ironía que ahora precisamente hayas llegado a mí. Justo cuando efectivamente la suerte tendrá mucho ver en mi futuro y el de mi proyecto —le habló.

Normalmente no tenía demasiado tiempo para emplearlo en ella misma, así que pasó las horas restantes dedicándolas a tareas tan cotidianas, como recoger y limpiar algo su casa, y arreglarse ella misma. Casi había olvidado el pequeño placer que aquello reportaba y una vez terminó de acicalarse, observó en el reloj que había llegado la hora de ponerse en camino en dirección a Durango, y por ende, a la casa del señor Lucan Dux.

\*\*\*

La tranquilidad, a aquella hora temprana, era una bendición. Nunca le había gustado entrar en su despacho muy entrada la mañana. Le parecía como si

desperdiciara el día sin hacer nada provechoso. Además, tampoco soportaba que el teléfono le interrumpiera constantemente. Odiaba cuando una vez conseguida la concentración necesaria, su secretaria, su ama de llaves, o quien fuese, entraba en su despacho para romper su atención sobre lo que estaba haciendo en ese momento.

Supuso que precisamente por ese motivo, Koram llamó a la puerta cautelosamente para anunciar su llegada. Lucan sonrió pues sabiendo de la reunión, no había comenzado sus quehaceres diarios.

—Adelante Koram, pasa. —respondió a la llamada.

Para su sorpresa no fue Koram quien apareció tras la puerta sino su secretaria que lo miró con ojos de consternación.

—Siento molestarle Sr. Dux, pero hay una señorita que desea verle. Le he comunicado que tenía una reunión importante en los próximos minutos pero rehúsa marcharse sin hablar con usted. Dice que es urgente.

Lucan echó un vistazo a su reloj de pulsera, Koram debía estar al llegar y no podía hacerle esperar.

—Bien Camila, ofrézcale un café mientras espera, no creo que la reunión se alargue demasiado.

—De acuerdo —respondió, mientras ya se retiraba.

—Camila —volvió a llamarla.

—¿Sí señor? —asomó la cabeza de nuevo.

—Compruebe la reserva de vuelo y hotel en Los Ángeles de los próximos días, si es tan amable.

—Por supuesto Sr. Dux, inmediatamente.

—Gracias.

Pocos minutos después nuevos toques en la puerta, esta vez más sonoros y contundentes, anunciaron su llegada. La cabeza castaña de Koram asomó un instante. Como siempre, muy cauto, echó un vistazo con sus inquisitivos ojos azul oscuro. Después traspasó la puerta, y tras cerrarla, se acercó al escritorio de Lucan tomando asiento en uno de los cómodos y lujosos sillones delante de él.

—Siento el retraso, pero me ha sido imposible llegar antes. Tuve que resolver un problema doméstico.

—¿Tu encargada de la cocina de nuevo? —su compañero y amigo, había contratado a una mujer que no dominaba el idioma y no se entendía con el resto de los sirvientes a menos que Koram hiciera de interprete.

—No. No —Koram parecía avergonzado—. Digamos, que no es bueno

mezclar el alcohol con una pandilla de jóvenes iniciados. Me destrozaron la biblioteca ¿puedes creerlo?

—¿La biblioteca? —rió Lucan— ¿Acaso se sintieron amenazados por los filos cortantes de las hojas?

—Sinceramente no sé como comenzó, pero dos de ellos iniciaron una discusión y .... Una cosa llevó a otra...

—Acabaron transformados y peleando ¿no es así?

—Así es— respondió Koram con la cabeza baja.

—Bueno, a excepción de la cantidad de dinero que te costará restaurarla, no creo que pase de ahí. Pero deberías tener cuidado, ya sabes que la impulsividad de los jóvenes unida al poder de nuestra raza no conjugan muy bien. No estamos en situación de llamar demasiado la atención.

—Está todo controlado.

—Bien. Confío en ello. —Lucan centró su atención en firmar algunos documentos que Camila había dejado el día anterior sobre su mesa mientras escuchaba a Koram.

—Hice llegar tus órdenes a los *Alfa* de todas las manadas visitantes. Algunos como Didier, no parecieron muy satisfechos con tu decisión pero creo que todos comprendieron bien la situación. Ellos, al igual que tú mismo, están muy preocupados por mantener, a salvo y en secreto, su existencia y la de su gente.

—No esperaba menos del francés, es un buen líder. Quizá un poco demasiado anclado en las viejas costumbres pero sabe anteponer las obligaciones al simple placer —anotó en su agenda recordar a su secretaria que debía extender los talones necesarios para el pago de los sirvientes de su hogar.

—Todas las demás pesquisas se han realizado sin problemas. La excavación está paralizada según tus órdenes.

—Magnífico, un problema menos por el que preocuparse.

—Yo no diría tanto —comentó Koram con un pequeño mohín.

—¿Ocurre algo que yo no sepa?

—Pues la verdad no lo sé, pero teniendo en cuenta que he visto sentada en tu sala de espera a la jefe de proyecto...

—¿Cómo? —la noticia consiguió que prestara toda su atención a su compañero, dejando de lado las firmas y vistos buenos de los documentos.

—La mujer que espera reunirse contigo, es Manon Capwell. La cabeza pensante y autora original de la idea de esa excavación. Y además es muy

hermosa— sonrió Koram provocativamente, y al hacerlo un par de atractivos hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—Sí —murmuró Lucan mientras recordaba aquel trasero prieto que había admirado en el bosque cuando ella se encontraba tirada sobre aquel manto de hierba seca.

—Ah, ya la conocías— afirmó Koram—, pensaba que ni siquiera te preocupabas de saber a quién le amargabas la vida— la pulla consiguió el efecto deseado y sacó a Lucan de sus elucubraciones.

—Vamos Koram, métete en tus asuntos. Es hora de que te largues.

—Por supuesto —respondió a la vez que se erguía en toda su estatura—. No se debe hacer esperar a una dama, siendo la señora tan... apetecible —acompañó el adjetivo con un teatral paseo de la punta de su lengua por los labios, y se marchó riendo con ganas por el gesto de enfado que comenzaba a denotar el rostro de Lucan.

¿Qué demonios hacía ella allí? Él había leído el comunicado que la compañía había hecho a los empleados de la excavación, y en ningún momento se le había nombrado a él, ni hacía referencia alguna a los motivos que había llevado a la compañía a tomar la decisión de retirar la subvención. ¿Acaso vendría entonces a solicitar su ayuda ahora que no poseían el apoyo económico necesario? Si así era, simplemente le diría que no estaba interesado en el tema y trataría de terminar la reunión lo más rápidamente posible. ¿O quizá le visitaba por otro motivo? Fuera lo que fuese lo que la había llevado hasta allí, no podía imaginarlo. En cualquier caso, en un instante saldría de dudas.

Justo cuando la puerta se cerraba tras Koram, Lucan tomó el teléfono y marcó el número interno de su secretaria.

—Camila, haga pasar a la siguiente visita, por favor.

—En seguida Sr. Dux.

Cortó la comunicación y esperó pacientemente a que la señorita Capwell hiciera su entrada.

## *Capítulo cinco*

Todo en aquella casa destilaba poder y lujo. Desde la puerta de entrada, tallada en un bloque macizo de madera de ébano, hasta la sala donde había estado esperando, decorada con suntuosos tapices y alfombras, y llena de hermosos muebles coloniales con tiradores trabajados en plata. El suelo, en un brillante y pulido mármol color chocolate, contrastaba con los altos y blanquísimos techos de escayola adornados con elaboradas cornisas.

Empleó varios minutos en observar uno de aquellos tapices que representaba un grupo de cazadores a caballo y armados hasta los dientes en una extraña cacería nocturna. Los detalles estaban tan sumamente resaltados que conseguían erizarle la piel. A su derecha, en una bellísima vitrina, pudo contemplar ejemplos de vasijas de barro con forma de canasta con asa y tres patas, decoradas con pinturas rojas y crema, las cuales reconoció pertenecientes a la cultura Guadiana. Pipas de barro, cascabeles, objetos de cobre y hachas de los indios Aztatlán, completaban la colección.

El ruido de una puerta al cerrarse la sacó de su ensimismamiento y se giró para echar un vistazo al pasillo. Un hombre joven, muy atractivo, y de una considerable estatura, salía en aquel momento del despacho del señor Dux. Debía ser la reunión que su secretaria le había mencionado. Bien, eso quería decir que ya habían terminado y era su turno.

El hombre intercambió algunas frases cordiales con la secretaria, supuso que también galantes por el sonrojo de la chica, y se marchó. Al momento sonó el teléfono. Manon alisó su falda y acomodó la chaqueta del traje color beige que había elegido para la ocasión, preparándose para el encuentro.

—Señorita Capwell, el señor Dux la recibirá ahora.

Bien, pensó, llegó el momento de enseñar los dientes. Irguió su espalda, y caminó con la cabeza muy alta, tras la secretaria.

La habitación que se abrió ante ella, era el sumun de todo el poder y ostentación que había podido observar en el resto de la casa. Mantenía el estilo decorativo de la sala anterior, pero podía notar en el ambiente algo más, algo que hacía entender, sin lugar a dudas, que el que mandaba allí era el dueño y señor de la hacienda. Conseguía que el visitante se encogiera interior e inconscientemente. Aquello hablaba de su dueño, como un hombre al que le gustaba imponer su voluntad.

Nada más cruzar la puerta, a un par de metros, dos espléndidos butacones de piel franqueaban a un hermoso y amplio escritorio, también de estilo colonial, como el resto de los muebles. Detrás de este, el sillón que Lucan Dux debía usar, cómodo, elegante y carísimo. La pared totalmente cubierta por librerías llenas de ejemplares encuadernados en pieles de diferentes texturas y colores con impresas de letras doradas, era impresionante. Al menos debía reconocer que tenía un gusto exquisito.

—Buenos días señorita Capwell ¿en qué puedo ayudarle?

La voz clara, grave y tremendamente masculina llegó desde su izquierda. Lucan Dux se encontraba frente al único y enorme ventanal que proveía de luz a toda la habitación. Ataviado con una simple camisa blanca y un impecable pantalón negro, no supo a priori como describir la imponente figura que registraron sus ojos. En aquel momento, poseía una vista de su parte trasera, pero sólo con admirar su espalda ya podía estar segura de que, de frente y más cerca, aquel hombre conseguiría acobardar hasta al más valiente guerrero.

Manon recompuso mentalmente su cuerpo y su voluntad. Aclaró su garganta, y se preparó para la batalla.

—Buenos días —respondió tratando de aplicar a su voz toda la contundencia que pudo.

Por un momento, volvió a tratar de recordar si había visto alguna fotografía de aquel hombre, pero inmediatamente descartó la idea, si así hubiera sido no hubiera podido olvidarlo. Lucan Dux no era de los que pasaban inadvertidos. Aquella larga melena negra truncada en color por un igualmente largo mechón blanco, era el detalle inconfundible para recordarlo.

—¿Y bien? —volvió a preguntar Lucan mientras hacía una pausa y se giraba para enfrentarla— ¿Va a comunicarme el motivo de su visita o debo adivinarlo?

—Soy Manon Capwell, señor Dux, la responsable y jefa del yacimiento que usted ha conseguido paralizar manipulando la compañía que nos apoyaba económicamente. La compañía en cuestión, se ha retractado del compromiso inicial que contrajo con nosotros, sin dignarse a ofrecer un motivo de peso y sin previo aviso.

¡Dios! Si aquel hombre era apuesto de espaldas, ahora que podía verle de frente era completamente demoledor.

Lo vio acercarse a ella, con pasos firmes y tranquilos, mientras clavaba los ojos sobre su rostro sin demostrar ningún tipo de emoción. En ese instante supo cómo debía sentirse la presa de una fiera fría y calculadora. A medida

que avanzaba, Manon tuvo que elevar el mentón unos centímetros para poder mirarle a la cara. El largo y brillante cabello que había admirado hacía tan sólo un momento, enmarcaba el rostro de un ángel con los ojos grises de un demonio. La nariz recta y perfecta, iniciaba un suave descenso hasta unos labios bellos y sensualmente proporcionados.

Sostuvo su mirada por unos segundos, evaluándola, colándose en su interior, y consiguiendo que Manon se sintiera como una escolar, en un mundo de adultos, realizando un intento de regañina.

—Sé quién es usted, y esa, señorita Capwell, es una acusación muy seria.

—Perdone que le corrija señor Dux, no lanzo una acusación sino que constato un hecho —contestó mientras trataba de no desviar la atención de aquella lucha por mantener la mirada del otro. También ella sabía jugar a aquel juego intimidatorio.

—¿Acaso tiene pruebas de lo que dice? —contraatacó— Algo como lo que está afirmando, puede crearle graves problemas en un juzgado.

—No necesito ninguna prueba. Tengo la absoluta certeza de que así ha sido. Y también sé que ningún periodista hará oídos sordos a los tipos de trapicheos que el gran Lucan Dux utiliza para obviar problemas.

—¿Me amenaza? —Lucan enarcó una ceja para enfatizar su pregunta.

—Oh no, jamás osaría amenazarle. Sólo le advierto de lo que haré si la situación en la que está ahora la excavación no mejora en las próximas veinticuatro horas. Yo soy una simple antropóloga que está comenzando, enfrentarme en un juzgado por injurias no me creará demasiados problemas. Pero ¿qué me dice de usted? Un poderoso hacendado, hombre de grandes y lucrativos negocios, envuelto en este tipo de no tan legales transacciones. Sin duda su reputación y sus credenciales, frente a otras futuras compañías negociadoras, se vería seriamente dañada.

Lucan seguía sin ofrecer ningún tipo de reacción. Su rostro parecía esculpido en roca. Tan sólo los ojos, que paseaban ociosamente sobre su rostro, demostraban estar dotados de movimiento. Bien, pensó Manon, las cartas ya estaban sobre la mesa, era hora de salir de allí.

—Reconsidere su decisión señor Dux, y es posible que yo también piense en reajustar el plano del proyecto y no tocar sus tierras. Pero recuerde, sólo tiene veinticuatro horas para ello —dicho esto Manon le dio la espalda y abrió la puerta para marcharse—. Que tenga un buen día.

Lucan permaneció durante unos segundos sin moverse, con el portazo aún resonando en sus oídos y las fosas nasales completamente saturadas de su olor



a jazmín. Aquella mujer era increíble. Cuando la había tenido a sus pies en el bosque, supo que no era como el resto, pero su actuación de hacía unos minutos había sido sublime.

Desde el mismo momento en que había traspasado la puerta había notado su nerviosismo. Impecablemente vestida, con un traje cuyo corte se amoldaba a aquel bello cuerpo lleno de sinuosas y llenas curvas, la mezcla del dulce perfume floral y el almizcle de su propia esencia, le había estado martirizando durante la corta discusión.

Jamás antes una hembra le había excitado sólo con su aroma, y mucho menos una hembra humana. Su olor, sin duda nada tenía que ver con las féminas que había tenido a su alcance. Había tratado de permanecer lo más alejado de ella que pudo. Pero su instinto se impuso traicionándole y tuvo que acercarse, admirarla de cerca, buscar en su interior, para verificar si como pensaba, era tan arrebatadora por dentro como por fuera. Después ya no pudo apartar sus ojos.

Sacudió la cabeza de un lado a otro tratando de deshacerse del hechizo. Aquel no era momento de enfrascarse en devaneos juveniles. Otra serie de cuestiones requerían de toda su atención. Entre ellas, la que aquella pequeña hechicera acababa de plantearle.

Jamás le había gustado tener que retractarse de una decisión que ya había tomado, pero efectivamente aquella mujer tenía más razón de la que sin duda imaginaba. Tal y como estaban las cosas, lo que menos le interesaba era llamar la atención de la prensa sobre él, así que no le quedaba más remedio que aceptar sus condiciones.

Con un simple paso se colocó al lado de su teléfono y marcó la extensión de su secretaria.

—¿Sí señor?

—Llame a Koram inmediatamente, necesito hablar con él de un tema urgente.

—Bien señor —contestó solícita— ¿alguna cosa más?

Lucan consideró por un momento la posibilidad de pedirle a su secretaria que hiciera algunas averiguaciones sobre la señorita Manon Capwell.

—No, nada más Camila, gracias— efectivamente no era el momento, pero el momento llegaría y no dejaría que se escapara otra vez de aquella forma, pensó mientras una sonrisa lobuna se dibujaba en su rostro.

\*\*\*

Había aparcado el Jeep justo en la entrada de la pequeña muralla que

rodeaba la propiedad de Lucan Dux.

Nada más ocupar el asiento del conductor, Manon, se deshizo de los zapatos de tacón y los cambió por unas cómodas zapatillas deportivas. ¿Por qué las mujeres hacen este tipo de tonterías cuando van a visitar a un hombre, por muy poco interesante que sea el tipo en cuestión? Varias veces en su vida se había planteado aquella pregunta sin encontrar la respuesta. Colocó la llave en el contacto y después de varios intentos para arrancar, por fin pudo poner el todo terreno en funcionamiento.

Para ser sincera consigo misma, no es que Lucan Dux no mereciera tales atenciones, en definitiva debía reconocer que era increíblemente atractivo. No, aún más que eso, era tremendamente seductor. Uf, no estaba segura de que existiera una palabra para definir al modelo de masculinidad que había admirado en aquella sala.

La primera imagen que tuvo de él mientras éste le daba la espalda fue impactante. Rodeado del torrente de luz que entraba por aquella ventana, parecía como si el mismísimo Dios hubiera bajado a hablar con ella. Pero jamás hubiera imaginado a un Dios con aquella fuerte y ancha espalda, y aquel trasero: perfecto, redondo y firme. Después, cuando tuvo al hombre a un par de palmos de su propio rostro, creyó morir.

¿Había observado alguna vez en su vida a un hombre más atractivo? Si así era, no podía recordarlo. Todo él estaba rodeado de un halo de poder, fuerza y seguridad, que conseguía encoger a cualquier ser vivo sencillamente con colocarse a su lado. Y por si todo aquello no fuera poco, olía maravillosamente bien, como a una mezcla de madera, bosque y algo más que no pudo identificar.

—¡Bueno basta ya! —se reprendió a sí misma.

Debía recordar también que ese mismo hombre era el causante de muchos de sus problemas y hasta que no accediera a lo que le había pedido, así seguiría siendo.

La mansión de Lucan Dux estaba mucho más cerca del yacimiento que su propia casa, así que en muy poco tiempo, Manon volvió a abandonar el coche para caminar hasta la gran tienda de loneta que hacía las veces de oficina. Seguramente allí encontraría a Aixa.

No obstante, cuando entró no encontró ni rastro de su compañera. Volvió a salir y llamó la atención del peón que se encarga de recoger las tiendas adyacentes.

Nunca le había gustado ese tipo. Apenas habían cruzado unas palabras

desde que trabajan juntos, y aunque Aixa le aseguraba siempre que era un buen, aunque silencioso hombre, había algo en él que no le infundía simpatía.

—¡Michael! ¿Has visto a Aixa esta mañana?

—Sí, está en la zona sur —contestó secamente, casi sin mirarle— comentó que quería echar un último vistazo.

—Gracias.

Efectivamente, allí estaba su amiga, recostada sobre las cuerdas de la misma pasarela de la que ella casi había caído.

—Yo que tú no me fiaría de estos carcomidos tablones —la saludó.

—¡Manon! —sonrió Aixa— Vaya te ha sentado bien la noche —comentó admirativamente al verla vestida con el elegante traje —Chica deberías usar más a menudo esas prendas, te sientan estupendamente.

—Gracias. Jamás imaginarías de donde vengo.

—Dispara.

—De la casa de Lucan Dux.

—¿Y a qué coño has ido tú a la casa de ese ricachón? —preguntó curiosa, no encontraba la conexión.

—Ese ricachón como tú lo llamas, es el causante directo de la situación en la que nos encontramos ahora mismo.

—¿Quieres decir que ha sido él quien ha hecho que la compañía...?

—En efecto —respondió Manon antes de que terminara de efectuar la pregunta.

El rostro de Aixa reflejaba toda la incredulidad que ella misma tuvo que mostrar la noche anterior cuando su padre le informó del asunto.

—Por lo visto no desea que excavemos en sus tierras —aclaró mientras señalaba con la cabeza hacia el promontorio donde las máquinas habían sido paradas.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Aixa, y Manon entendió perfectamente a qué se refería.

—Aún no lo sé. Digamos que le he ofrecido un trato y sabremos qué decide en un plazo máximo de veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro eh? No está mal —Aixa hizo una pausa mientras buscaba la forma de hacerle la siguiente pregunta —¿Se enfadó mucho?

—¿A qué te refieres?

—Pues conociéndote y sabiendo el estado en el que te dejé anoche en tu casa, imagino que no has sido muy... no sé como decirlo... ¿cortés? —intentó.

—En menudo concepto me tienes —el puchero que puso Manon hizo reír a

Aixa—. He dicho las cosas como tenía que decirlas. Tú no has tratado con ese hombre, no es como el resto. No podía dejarme amilanar.

—¿Qué quieres decir con que no es como el resto?

—¿Le has visto alguna vez?

—Pues ahora que lo dices, creo que no.

—Es el hombre más increíble que he conocido. No te puedes imaginar cómo puedes llegar a sentirte a su lado —un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Además de poseer un atractivo como jamás había visto, controla todos y cada uno de sus movimientos y emociones.

—Osea, que está como un queso —sentenció Aixa pero sus ojos demostraban interés.

Manon aguardó unos instantes mientras realizaba un gracioso gesto, como valorando aquella aseveración.

—Más bien, como una montaña de queso —concluyó realizando un movimiento con la cabeza como para reafirmarse en su resolución.

La risa estalló entre las dos amigas mientras Manon le explicaba a Aixa las proporciones y belleza física de Lucan Dux. Tras varios minutos de sonrisas, carcajadas y bromas que surgieron de los comentarios de Aixa, ambas quedaron en silencio.

—Lástima que sea un capullo integral —comentó Manon sin dar demasiada importancia a sus palabras.

—¿Y quién de esos ricachones embebidos en poder no lo es? Creen que tienen derecho a todo, incluso a privar al resto de los pobres mortales de su trabajo.

—Y hablando de trabajo ¿qué haces aquí?

—Despedirme de ellos —respondió Aixa haciendo un ademán para señalar los restos.

—Muy dramático ¿no te parece? —preguntó Manon mirando a su amiga.

—Bueno... al fin y al cabo, son la razón por la que hemos ganado el pan que nos hemos llevado a la boca hasta ahora —dijo mientras apoyaba las manos sobre la maroma que recorría el pasadizo.

—Tienes razón —concedió. Copió la pose de su amiga y perdió la mirada sobre los huesos diseminados un poco más abajo.

—Además, sigo dándole vueltas a la cabeza a aquello que comentamos ayer mismo. Si esto fue una batalla, sigo sin comprender cómo pudieron matarse unos a otros sin ningún tipo de arma.

—¿Y has conseguido aclarar algo? —se interesó.

—Pues veras, me he fijado en que todos tienen las costillas partidas por alguna parte. Ninguno de los cuerpos está intacto en la parte del tronco. Pero teniendo en cuenta la erosión y el peso de todo el material terroso y rocas que hemos retirado, no puedo afirmar nada con seguridad, sólo lanzar una hipótesis tras otra —explicó Aixa terminando con un encogimiento de hombros.

—Sea lo que sea, estoy segura que algún día caerás en la cuenta y resolverás el enigma.

Manon acompañó el comentario posando una mano sobre las de su amiga, dándole a entender la plena confianza que tenía en ella y en su potencial como profesional.

—¡Oye! —exclamó Aixa— ¡Menudo anillo!

—¿Te gusta?

—Es maravilloso —dijo mientras tomaba los dedos de su compañera y lo admiraba —un trabajo de orfebrería magnífico.

—Es cierto.

—El que te lo haya regalado tiene un gusto excelente para las joyas.

—Sí —mintió Manon.

No quería separarse de aquel anillo. Le gustaba demasiado. Si decía la verdad, se vería obligada a incorporarlo a todo lo demás encontrado. Ella lo consideraba como un trofeo personal, quizá egoísta y poco profesional pero, sencillamente sentía que le pertenecía. Además, se veía cambiada con ese anillo en su dedo. Cada vez que lo miraba, notaba una seguridad y un poder, que antes jamás había sentido en sí misma. ¿Sería cierto que las joyas conseguían aquel efecto en quien las portaba? Se rió mentalmente ante la tontería que acababa de cruzar por su cerebro. Seguridad, poder, que majadería.

—Vamos a tomar algo fresco, nos lo merecemos —invitó Manon mientras rodeaba los hombros de su amiga, sintiéndose culpable por su pequeña mentira.

El resto del día pasó sin sentir. Las horas pasaron rápidamente unas tras otra, sin apenas darles tiempo a hacer nada más interesante que charlar sobre lo que podrían hacer ambas después de cerrar por completo la excavación.

En su interior, Manon, albergaba aún una pequeña esperanza de que Dux reconsiderara su primera postura y consiguiera que la compañía volviera a apoyarles. Quizá fuera una quimera, como Aixa decía, pero algo dentro de ella se negaba en redondo a renunciar a aquella pequeña luz de futuro.

Ya avanzada la noche y de vuelta en casa, empleó unos minutos en retomar

los primeros retazos del proyecto. Todo había sido perfectamente calculado. El trabajo era completamente viable, y después, pasadas las dos primeras fases, incluso se autofinanciaba con las aportaciones de los museos y visitas turísticas a la zona. No comprendía cómo no había tenido en cuenta un bache como el actual cuando había tratado de pensar en cualquier situación, por increíble que le pudiera parecer, justo cuando todo se veía tan maravillosamente claro.

Los inicios tenían la costumbre de aparecer pintados de rosa, era el avance de las ideas las que los iban cambiando de color, a otro tono más oscuro.

Reposó las palmas de las manos sobre la mesita auxiliar, hundió las lumbares y levantó la cabeza todo lo que pudo para estirar la espalda. Llevaba demasiadas horas sin descansar. Necesitaba dormir, aunque sólo fueran unas pocas horas.

Como si el teléfono le hubiera leído el pensamiento y no tuviera intención de dejarla marchar a la cama, comenzó a sonar con insistencia.

—¿Diga?

—¿Manon Capwell?

—La misma.

—No se retire por favor, le paso una llamada.

La musiquita de turno de la llamada en espera, comenzaba a taladrarle la cabeza, cuando una voz de hombre completamente desconocida sonó en sus oídos.

—¿La señorita Manon Capwell?

—Así es ¿quién es usted?

—Soy Carlo Montesinos, soy el presidente de la Corporación para la Defensa del Patrimonio Nacional, encantado de hablar con usted. Mi compañía está enterada de que ha tenido problemas con la empresa que subvencionaba su proyecto. Nos hemos informado sobre el tema y estamos muy interesados en colaborar con ustedes, supliendo los gastos que conlleve el yacimiento y sus trabajadores.

Manon no podía creer lo que estaba oyendo. La mandíbula se le había caído como muerta, y parecía no recordar como cerrarla.

—¿Está usted ahí señorita Capwell?

—Sí, sí, aquí estoy –respondió presurosa recuperándose de la sorpresa.

—Esta misma noche pasaré un fax a su oficina para que pueda revisar el contrato y lo espero de vuelta firmado para... ¿mañana?

—Bien, lo estudiaré y así se hará –no quería parecer desesperada aunque

así fuera, era muy consciente de que daría una mala imagen.

—Estupendo. En unos días la llamaré para celebrar una reunión.

—Me parece bien. Estaremos en contacto.

—Buenas noches, señorita Capwell.

—Buenas noches, señor Montesinos.

Manon colgó el teléfono con un cuidado infinito, temerosa de que el ruido que produjera la despertara de aquel sueño.

No podía ser que la solución al problema se presentara tan pronto. Y sin embargo, así había ocurrido. Quizá, al fin y al cabo, sí tenía una estrella que la protegía, como su madre siempre le repetía por las noches cuando era pequeña.

## *Capítulo seis*

Manon llenó de aire sus pulmones. Qué maravilla que todo hubiera vuelto a la normalidad, pensó con una sonrisa dibujada en los labios. El ofrecimiento de Carlo Montesinos había llegado como una llovizna de agua fresca y limpia en campo yermo. Hacía tan solo una semana que todo parecía que acabaría en un estrepitoso fracaso, y ahora, la actividad había vuelto al yacimiento.

Efectivamente y como le asegurara por teléfono, al día siguiente, el contrato a firmar, le estaba esperando nada más llegar. Lo leyó cuidadosamente, como siempre hacía con los documentos importantes, sin encontrar nada extraño ni fuera de lógica. Añadió una última cláusula. No quería ni le interesaba tener más problemas con el dueño de las tierras adyacentes.

Un poco triste por no poder verificar, si allí donde ella misma se estaba negando la investigación pudiera encontrar algo interesante, tranquilizó su mente asegurándose a sí misma que hacía lo correcto. Estampó su firma y volvió a enviarlo al número que le había facilitado en una nota a parte.

Unas horas más tarde, todo estaba aprobado y recibieron la primera transferencia bancaria para seguir con los trabajos de prospección del subsuelo de la siguiente fase.

Podía ver a Jacob, entrando y saliendo de las oficinas, con su libreta entre las manos. Otra sonrisa acudió a sus labios, mientras apostaba a que también lucía un lápiz colocado en la oreja derecha.

A quién no localizaba era a Aixa, y tenía que hablar con ella antes de volver a su casa en busca de la maleta, para asegurarse de que estaría al tanto de las comunicaciones del laboratorio. Aún no habían terminado de datar las muestras que les habían entregado días atrás. Era muy extraño, ya que normalmente eran extremadamente rápidos cuando se trataba de este tipo de trabajos. Suponía que debían estar con más encargos de los habituales.

Hacía tres días que se le había pasado por la mente que probablemente no podría ir a visitar a su madre.

Tener que solicitar aquellos días a la compañía que acababa de adquirir las obligaciones económicas con ellos no le parecía nada ético ni profesional.

Pero lo necesitaba. Quizá fue la desesperación por saber de ella y tranquilizar su pensamiento, lo que le dio el coraje necesario para hablarlo con Montesinos.



Aprovechó su primera reunión en persona para, después de superada la indecisión, plantear su petición mientras hablaba con él, Carlo le ofreció una gran sonrisa y la posibilidad de hacerlo.

—Hola, creía que ya te habías ido —el saludo le llegó desde atrás y Manon se giró para ver a su amiga acercarse.

—Quería verte antes —le sonrió— ¿Podrás con todo?

—Desde luego. No te preocupes, tan solo son unos días, no me moriré. Tú preocúpate de disfrutar del sol y las playas de California —contestó quitándole importancia, aunque ambas sabían que no era fácil lidiar con el peso de todo el yacimiento.

Se sintió algo culpable por no haber encontrado la valentía suficiente para explicar a Aixa el verdadero motivo de su viaje. Sólo había alegado la vuelta de sus crisis nocturnas debido a la acumulación de nervios. Nadie sabía de su verdadero nacimiento y su posterior adopción. No es que se avergonzara de ello, jamás sentiría vergüenza de su verdadera madre, pero tampoco consideraba que fuera un tema que interesara a nadie más que a ella misma.

—No sabes cómo te lo agradezco —acompañó las palabras tomando de las manos a su compañera.

—No tienes por qué hacerlo, además lo hago encantada. Necesitas ese descanso, si no esas ojeras te llegarán a la barbilla —Aixa estrechó a Manon entre sus brazos. Sabía de las pesadillas que aquejaban a su amiga, y tenía la esperanza de que alejándola del estrés diario, pudiera deshacerse de su padecer aunque sólo fuera por aquellos días —. Vamos vete ya. Odio las despedidas aunque sean por corto espacio de tiempo.

—Bien ya me marchó. Despideme de Jacob y los demás.

—Así lo haré y llama nada más llegues. Tampoco me gusta estar preocupada constantemente por ti— mintió.

Esta vez fue Manon quién se fundió en un abrazo con ella, como si quisiera transmitirle todo el agradecimiento que sentía y la felicidad que la inundaba en aquel momento. La besó en la mejilla mientras le atusaba el cabello.

—Vete ya —la empujó Aixa suavemente.

Manon la soltó y caminó hacia su Jeep mientras agitaba la mano a Aixa diciéndole adiós.

—¡Y cuídate! ¿me oyes? —le gritó.

—¡Lo haré!

Tras unos minutos que dedicó a recoger sus cosas, tomó su pasaporte revisando que todo estuviera en orden. Por unos instantes, sus ojos recayeron

sobre el sello de Durango, que reproducía su bandera. Dos lobos en negros, uno delante de un roble y otro tras él. Sin poder evitarlo, un escalofrío recorrió su espalda como el anuncio de otro mal sueño.

\*\*\*

Incluso antes de cruzar las puertas detectó el olor del otro *Alfa*. Nada más entrar, divisó al egipcio sentado en la última de las mesas del local.

Quizá para un humano hubiera sido algo más difícil verle debido a la falta de luz, pero simplemente con utilizar la parte de su poder implícita en su condición, no hubo más complicación que mirar a su alrededor.

El *Alfa*, había tratado de esconder sus exóticos rasgos con la capucha de una raída cazadora de lana, que no conseguía ocultar aquellos rebeldes rizos, negros como el tizón, que caían hasta la altura de unos ojos color miel delineados por negras, largas y espesas pestañas. Su rostro de piel tostada y labios gruesos, tan parecido a los reproducidos por sus propios congéneres del antiguo Egipto, y quizá hasta por él mismo, se alzó para mirarle también.

Anpu le hizo la señal convenida, indicando así que el lugar era seguro y Lucan avanzó despacio hasta tomar asiento frente a él.

—Celebro ver que después de tanto tiempo aún luces ese arito —comentó.

Anpu recordó el día en que conoció a Lucan, tantos siglos atrás. Hacía muy poco que había sido víctima de la maldición y vagaba entre los bosques perdido, casi completamente loco. Lucan lo recogió y cuidó de él. Siempre le había llamado la atención el abalorio que llevaba en su nariz y muchas veces había tratado de convencerle para que se lo quitara. “Tu enemigo lo hará algún día”, le había dicho muchas veces. “No si antes acabo con su vida” respondía incansable cada vez.

—Nadie sobrevivió para conseguir quitármelo —contestó Anpu con una hermosa sonrisa de blancos dientes.

—El mismo presuntuoso de siempre.

La risa de ambos llamó la atención de la camarera que se acercó a tomarles nota. Caminó hasta la mesa con la cabeza gacha, acabando de anotar la petición anterior. Lucan la miró esperando que formulara su pregunta, pero ésta parecía no tener demasiada prisa. La joven mujer, mascaba chicle a una velocidad que le impresionó incluso a él. Por fin, pareció terminar con su tarea y clavó los ojos en ambos comensales mientras formaba una burbuja con la goma de mascar entre sus labios. La muchacha tardó unos instantes en recordar para qué había ido a la mesa, ya que quedó embobada mirando a un hombre y otro. No podía creer que ejemplares de semejante belleza existieran

más allá de las revistas de moda. En el momento en que la elasticidad de la golosina llegó a su límite y reventó, quedando enganchada en su nariz, pareció recordar a qué había ido allí.

—Perdón —murmuró avergonzada mientras retiraba el pegadizo chicle de su cara— ¿qué?... ¿qué van a tomar? —preguntó fijando la vista de nuevo en su pequeña libreta.

—Agua por favor —solicitó Lucan.

—Yo tomaré lo mismo.

—En seguida —contestó la muchacha girando su cuerpo pero echando fugaces miradas hacia atrás.

—¿Se repondrá? —preguntó divertido Anpu.

—Seguramente en cuanto nos vayamos —Lucan no sonreía, en absoluto le gustaba llamar la atención de aquella forma. No era bueno para ellos.

—¿Qué tal Koram? —preguntó su amigo.

—Sigue en su empeño de infundir algo de sentido común entre los nuevos iniciados *Híbridos*. Dios sabe que ya es complicado con los *Originales*, pero los novatos son aún peores.

—Tiene mucha paciencia.

—Sí, la tiene. No sé como aguanta muchas cosas —sonrió Lucan pensando precisamente en el estado en que se encontraba la biblioteca de su amigo. Hizo una pausa para mirar en derredor y prosiguió—. Vayamos al grano ¿Qué has averiguado?

—Más bien poco. El autor de las desapariciones es un tipo listo que sabe cómo borrar las pocas pistas que deja. Tan sólo tengo la seguridad de que se aloja cerca de tus tierras.

Lucan soltó un juramento entre los labios.

—No te preocupes daré con él. Durango no es tan grande, no podrá seguir escondiéndose por mucho más tiempo.

—Eso espero. No me gusta esta situación.

—Tranquilo Lycaon. Todo se solucionará pronto.

—Tenme informado de cualquier cosa.

La joven camarera llevó con un par de botellas pequeñas de agua que depositó sobre la mesa. Lucan extrajo de su bolsillo un billete y pagó la cuenta.

—Quédese la vuelta —tomó su botella y salió del local.

La noche de Los Ángeles le saludó, con sus letreros encendidos de diversos y brillantes colores, establecimientos que ofrecían cualquier tipo de productos

de renombre, llamando la atención del turista, tratando de engatusarlo para que entrara y adquiriera uno de los artículos que sus generosos escaparates mostraban.

Pero Lucan no había ido allí para eso. Su misión acababa de ser cumplida. Había ido a reunirse expresamente con Anpu, reunión que no podía celebrarse en Durango para que su amigo no fuera descubierto.

Anpu era el *Alfa* de una nueva y aún débil manada que se estaba estableciendo en California. Se había puesto en contacto con él precisamente por la lejanía territorial que existía entre ellos. Nadie los relacionaría, ni a ambos ni con la investigación que le había encargado realizar. Hasta hacía un par de cientos de años, Anpu había pertenecido a su grupo, después decidió emprender su propio camino. Era muy bueno rastreando y siguiendo pistas, y además les unía una buena amistad. Podía confiar en él y precisamente ese detalle era lo que Lucan había tenido más en cuenta para solicitar su ayuda.

Siguió su camino en dirección al hotel. La habitación que le había reservado Camila era cómoda y alejada del centro de la ciudad. Justo como a él le gustaba, pues nunca se sabía que podría pasar, era confortable y no estaba mal comunicada, aunque siempre había preferido caminar.

Anotó mentalmente felicitar a su secretaria por el hallazgo. Sí, mientras más alejado del bullicio mejor, pensó mientras miraba a un grupo de escandalosos jóvenes humanos que dejaban su vandálica marca sobre automóviles aparcados y papeleras. Olfateó el aire y el olor a alcohol llenó sus fosas nasales. Iban bebidos.

Entre el aroma que desprendían el grupo de muchachos, otro llegó hasta él. Husmeó de nuevo el aire tratando de identificarlo sin éxito. Desde luego no pertenecía a un *Alfa*. Ni siquiera a alguien de su propia especie. Pero...

Caminó despacio mientras buscaba la raíz de aquel extraño olor.

Un poco más adelante y tras doblar una esquina, se intensificó. Era una mezcla de algo pestilente y otro más dulce que creyó reconocer, pero no podía ser posible...

Aceleró el paso, introduciéndose así en una barriada de casas bajas y maltrechas. Un callejón mal iluminado y un grito de terror le dieron la bienvenida.

El conocimiento de que sus primeros pensamientos eran ciertos, fue el detonante para conseguir que dejara libre a la bestia que mantenía bajo control.

Su cuerpo comenzó a transformarse en su otro ser, aquel al que incluso el

hombre, en su desconocimiento y debido a leyendas y comportamientos indebidos, temía.

El conocido escozor en los ojos fue la primera señal de que todo comenzaba. Su oído se intensificó, registrando cada uno de los sonidos que llegaban hasta él por mínimo que fuera. La espalda se arqueó dolorosamente, destrozando cualquier tejido que encontró a su paso, a la vez que su cabeza adoptaba otra forma, más parecida a un enorme chacal que a la de un hombre. Lucan apretó los puños esperando el resto. En el mismo instante, el pecho se ensanchó y, abrió los dedos para permitir que sus manos cambiaran y se convirtieran en mortales garras que podían destrozarse cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Las articulaciones de las piernas se invirtieron, tomando un nuevo ángulo que hacía muchísimo más poderosos sus saltos. Y por último, toda su piel se cubrió de un espeso y largo pelo.

El raciocinio quedó bajo el yugo de lo meramente visceral.

Levantando la mirada al cielo, proclamó su ira rugiendo, mostrando una feroz dentadura, para llamar la atención del que se atrevía a molestar a la mujer que olía a jazmín. La Luna sería testigo de cómo le daría muerte.

\*\*\*

Manon completamente aterrorizada, no daba crédito a lo que sus ojos registraban en aquel momento. Miró a ambos lados, pero no encontró salida, se hallaba en un olvidado y mal iluminado callejón, donde tan sólo las puertas traseras de bares y restaurantes se abrían al amanecer para lanzar los desperdicios.

Con la espalda pegada a la fría y húmeda pared de ladrillos, ante sí tenía al mismo lobo con que se había topado en la carretera aquella mañana días atrás. La mantenía a raya, con el lomo levantado apunto de atacar, mirándole fijamente y enseñándole aquellos afilados colmillos. Pero ¿podía ser el mismo? Trató rápidamente de recordar los detalles y compararlos con aquel que la tenía completamente acorralada. Otro gruñido del animal consiguió que diera un respingo, olvidando en el acto todo intento de recordar.

El miedo consiguió que sus rodillas temblaran y temió desplomarse en cualquier momento. Agachó la cabeza. No podía pensar con claridad, miles de imágenes de ella misma destrozada por las mandíbulas de aquel animal, asaltaban su mente. Su cuerpo descuartizado, sangre por todas partes, pedazos de su propia anatomía por doquier.

En el mismo instante en que ya lo daba todo por perdido, un aullido que

erizó toda su piel llegó desde el final de la calle. Levantó los ojos tratando de buscar con la mirada el origen de aquel espeluznante sonido.

La sombra de algo grande se dibujaba bajo la escasa iluminación del callejón. Volvió a fijar sus ojos en el perro que la mantenía inmobilizada, el cual, parecía también atento a una amenaza que reclamaba su atención.

Olvidándose por completo de ella, el animal se giró para enfrentarlo.

La silueta avanzó velozmente, dando unos increíbles saltos unas veces y corriendo a cuatro patas otras. Manon frunció el ceño, tratando de enfocar la mirada para averiguar qué nuevo horror le esperaba. Por fin se paró bajo una de las cercanas farolas y pudo contemplarlo muy a su pesar.

Lo último que vio antes de desplomarse, fue el mismo increíble monstruo que había divisado aquella tarde en el bosque. Enorme, cubierto de pelo. Una visión atroz de algo que ella había achacado a su imaginación pero que inequívocamente pertenecía a la realidad. Sus ojos se movían de ella al perro, como considerando qué devorar primero con aquellas terribles y amenazadoras fauces.

A Lycaon no se le escapó el momento en el que Manon perdía el conocimiento y caía con un golpe seco sobre el sucio pavimento. Bien, mucho mejor que no contemplara como terminaría aquello.

El perro gruñó, llamando su atención, y tratando de ahuyentar a su nuevo competidor por la presa.

Le miró con desdén. Ya conocía al chuchó. Aquellos simples animales no llevaban a cabo acciones de ese tipo sin que se les hubiera ordenado claramente. Aspiró profundamente el olor que desprendía. No había duda de que pertenecía a Atox. ¿Pero qué demonios hacía allí? Y aún más importante ¿qué quería de Manon?

El lobo no tenía intención de darle tiempo a buscar las respuestas. En un parpadeo, bajó su parte trasera para ejercer más impulso y saltó hacia él, directo al pecho.

Levantó uno de sus brazos y agarró al animal por el cuello, justo antes de que llegara a herirle. Del morro del apresado, surgió un gutural sonido de dolor. Lycaon le miró a los ojos, considerando las opciones. Desde luego podía matarlo con tan solo apretar un poco más, era lo que merecía después de tratar de atacar a la mujer. Pero, por otra parte, devolverle el perro a Atox como advertencia tampoco estaba nada mal, así sabría perfectamente, quién había desbaratado sus planes. Decidiendo que esto último era lo mejor, lanzó el brazo hacia atrás con fuerza y el perro salió despedido y cayendo a varios

metros lejos de ellos. Se levantó con dificultad y desapareció en la noche.

Sólo entonces se permitió acercarse a Manon. A simple vista no se la veía mal herida, aún así, tenía que asegurarse.

Colocándose a su lado, se agachó y la recogió del suelo. Repasó visualmente su cuerpo, en busca de cualquier indicio de herida que pudiera haberle pasado desapercibido.

Parecía que todo estaba en orden. Sin poder evitarlo sus ojos quedaron atrapados contemplando su rostro. El rostro de aquella pequeña beldad, que le había plantado cara con temple, donde otros habían caído derrotados por sus nervios. No podía más que sentir interés y admiración por ella.

Ahora, lejos de cualquier cosa que pudiera perturbarla, relajada debido a la tranquilidad de su inconsciencia, se la veía aún más hermosa, con los ojos cerrados, la respiración lenta y los labios suavemente entreabiertos, como incitándole a que tratara de hacerlos suyos.

Notó que se movía. Comenzaba a despertar y levantaba uno de los brazos, antes caídos y lasos, para llevarlo hasta la frente.

Fue entonces cuando una alarma se disparó en su interior. Manon portaba en su mano algo que no veía desde hacía siglos. Lleno de inquietud, clavó sus incrédulos ojos en la joya que lucía en su mano derecha. No podía ser. ¿Cómo había llegado hasta ella? ¿Y cómo se atrevía a portarlo tan abiertamente? Por un momento recordó que la mujer no podía saber la magnitud del problema, que en forma de anillo, llevaba colocado en su dedo.

¿Y si se lo quitaba? Demasiado arriesgado para su propia gente, sería como devolverles a la atrocidad de siglos pasados. No, no podía hacerles eso. Sin saber muy bien cómo proceder, volvió a mirar el rostro femenino.

El dolor atravesaba la cabeza de Manon, y sentía una especie de neblina tanto en su cerebro como en sus ojos, que se resistían a enfocar correctamente. Sintió su cuerpo suspendido en el aire, sujetado por dos fuertes soportes que la mantenían lejos del suelo.

Restregó los dedos contra los párpados y trató de ver algo, cualquier cosa que le indicara donde se encontraba. Parpadeó varias veces y por fin parecieron reaccionar.

Comenzó a dibujarse ante ella una imagen. Dos hermosos ojos, de color gris oscuro como el mercurio, la miraban. El tono era poco común. Recordaba haberlos visto con anterioridad pero ¿dónde? O mejor dicho ¿a quién pertenecían?

Sin darle tiempo a encontrar un rostro donde encajarlos, su campo de

visión recobró por fin todo el ángulo y recogió la escena al completo.

Un grito de terror incontrolado arrasó su garganta. La enorme bestia había conseguido atraparla. Que Dios la tuviera en su gloria, aquella vez sí que acabaría con ella. Un nuevo grito emergió desde su interior.

Lycaon no podía dejar que despertara a medio vecindario y sin pensar dos veces lo que hacía, asestó un golpe a la mujer que la sumió en la inconsciencia de nuevo.

No le importó demasiado la expresión de espanto y el grito de terror de Manon, nada más verle. Estaba acostumbrado a que los humanos tuvieran esa reacción frente a aquella faceta. Acostumbrado a la paradoja de las reacciones que tomaban según su especie se mostrara. En cualquier caso, pensó encogiéndose de hombros, ambas eran de asombro aunque por diferentes motivos: la extrema belleza y el terror más profundo.

Lo que su paciencia no hubiera soportado en aquel momento era tratar de razonar con ella en semejante situación. Volvió a mirarla. Comenzaba a formarse una fea contusión en su pómulo y se maldijo por ello. No había querido golpearla tan fuerte. Esperaba que no fuera grave.

Suspiró profundamente. Necesitaba que estuviera tranquila, al menos hasta que la pusiera a salvo por aquella noche.



## *Capítulo siete*

Tuvo que registrar su pequeña maleta para averiguar en qué hotel se hospedaba Manon. No estaba lejos, así que le llevó pocos minutos llegar, subir a su habitación por la escalera de incendios y dejarla sobre la cama.

Antes de salir de allí, consideró avisar al servicio de habitaciones. Se acercó al teléfono cuando Manon lanzó un pequeño suspiro que le hizo cambiar de idea. No era necesario, ella estaba bien. Mejor salir de allí rápidamente antes de que volviera a verle y comenzara a gritar de nuevo como una posesa.

Deshizo el camino, y volvió a salir por la ventana para dirigirse hacia su propio hotel. Esta vez sin carga alguna, eligió hacerlo lejos de cualquier ojo indiscreto, y subió a la azotea del edificio.

En un corto espacio de tiempo se encontró en su tejado. Se deslizó silenciosamente hasta su habitación y una vez allí, volvió a tomar la forma humana. Sólo faltaría, para acabar de complicarlo todo, que por la mañana alguna camarera se llevara un susto de muerte al encontrarse a un licántropo durmiendo plácidamente en la cama.

Completamente desnudo, pensó que lo más acertado sería tomar un baño antes de acostarse y se encaminó directamente al aseo.

Un pensamiento inquietante cruzó por su mente. Probablemente Manon hubiera hecho lo mismo si hubiera estado consciente. Se hubiera desnudado, desprendiendo lenta y delicadamente cada prenda, para después, colarse bajo el chorro de agua caliente.

La imagen del trasero de Manon, así como de su rostro regado por la ducha, consiguió excitarle. Miró hacia su sexo totalmente erecto, y negando con la cabeza, abrió el grifo. Se estaba comportando como un chiquillo, y aquello no era propio en él. Debía recordar que aquella mujer, junto con el anillo que portaba en el dedo, era sinónimo de problemas. Un enfrentamiento con Atox era lo que menos le interesaba en aquel momento. No por él, sino por el bien de la manada. Ante todo se debía a su gente.

¡Mierda! Pero la había golpeado, se dijo enfadado consigo mismo. Pasado el momento, le parecía que se había excedido demasiado. Jamás había hecho nada semejante a una mujer. Precisamente él, encontraba el acto, deleznable y totalmente fuera de una mente íntegra y racional. Tenía que hacer algo por ella.

—Además —murmuró mientras volvía a echar un vistazo a su entrepierna

que no parecía querer volver a su estado natural— está claro que alguna parte de mí siente algo más que interés.

Estaba decidido, trataría de mantenerla a salvo de las garras de Atrox, y de paso, intentaría averiguar qué motivo le había llevado a Los Ángeles y que más sabía acerca del anillo. Si por casualidad Manon tenía el conocimiento de lo que significaba poseer el amuleto de un *Original*, ninguno de ellos estaría a salvo.

\*\*\*

La primera imagen que tuvo al despertar fue el techo, algo desconchado y falto de una buena mano de pintura.

Poco a poco giró la cabeza, a un lado y a otro. ¿Dónde estaba? ¿Aquello era el cielo? El estridente sonido de la alarma de un coche de policía, contestó a su pregunta. No, sin duda seguía viva. Fijó mejor la vista y sobre una de las mesillas auxiliares consiguió ver una tarjeta con el nombre del hotel. Cómo había llegado allí, era otra cuestión.

Levantó los brazos para llevarse las palmas de las manos al rostro y retirar algunas hebras de cabello que le hacían cosquillas. El suave roce produjo un dolor punzante en su mejilla derecha, hecho que consiguió que su cerebro comenzara a llenarse con el recuerdo de todo lo sucedido la noche anterior.

Había llegado al aeropuerto de Los Ángeles cuando ya había anochecido. Como su maleta era muy pequeña no había tenido que facturarla y salió de las instalaciones en pocos minutos. Tomó un taxi al que hizo parar unas calles antes de llegar al hotel que había reservado. Deseaba comenzar su descanso paseando un poco. Mientras caminaba despacio y se entretenía mirando escaparates, apareció aquel perro que comenzó a ladrarle amenazante, tanto que consiguió que retrocediera. Se podría decir que entró en aquel callejón tratando de alejarse de él.

¿Cómo un animal con el que ya había tenido un encuentro había vuelto a dar con ella en un lugar tan diferente y tan distante? Era algo que escapaba de su comprensión, y desde luego en aquel momento no estaba para elucubraciones de aquel tipo. Cuando parecía que nada podía ir peor, apareció el otro. Aquel monstruo del que había tratado de escapar en el bosque. Hecho que por otra parte, había tratado de negarse, aludiendo a una posible insolación. Desde luego no era así, era real. Tan real como ella misma, pensó con un estremecimiento.

¡Dios mío! Después de todo, los hombres—lobo existían. Ahora que sabía la verdad, llegó a otra conclusión. La razón por la que había pensado que su

primer encontronazo con él había sido irreal, se debía en parte a sus pesadillas. Aquellos malditos sueños de gritos, sangre, lucha y vísceras, que sin ton ni son la asaltaban mientras dormía. Se había acostumbrado tanto a ellos que quizá ese fuera el motivo por el que su mente demasiado lógica y terrenal trató de negar lo evidente.

No sabía si sentirse más asustada por la situación vivida, o por el hecho, de que aquellas criaturas míticas existieran de verdad. Al menos podía decir que había salido viva de dos encuentros con una de ellas.

Una luz roja se encendió en su interior. Viva sí pero ¿indemne?.

Sin pensar en el dolor que podría sentir, se levantó de la cama como una exhalación y comenzó a desvestirse rápidamente. Si no estaba equivocaba una herida de aquel ser convertía al receptor en otro de su misma especie.

Con los ojos bien abiertos y ayudada de las manos, comenzó a repasar con angustia su cuerpo centímetro a centímetro. Tan sólo después de realizar todos los pasos tres veces, y verificar que no había rastro de sangre en ella, respiró profundamente.

Mucho más tranquila, aunque no del todo, volvió a sentarse sobre la cama y trató de pensar racionalmente. ¡Ja! Que irónica resultaba ahora esa palabra. ¿Cómo se podía pensar nada de aquello, aplicando la razón? Lo que estaba claro es que... no sabía cómo llamar a la criatura... “aquello” no pretendía hacerle daño, pues había tenido dos ocasiones para hacerlo y nada había pasado. A excepción de una cosa, recordó pasándose de nuevo la mano por el rostro. ¿Por qué la golpearía?

—Bien Manon —se dijo a sí misma en voz alta como para auto—convencerse— lo mejor es seguir con los planes trazados. Has venido a ver a tu madre y eso debes hacer. Trata de vivir con lo ocurrido pero sobre todo, guárdalo sólo para ti.

Lo que tuviera que pasar pasaría, como muchas veces decía Jarold. Era la frase preferida de su padre, y desde luego, no le había ido demasiado mal en su vida.

Decidió hacer caso a su propia sugerencia y se levantó dispuesta a tomar un baño, y arreglarse para salir a pasear, comer algo y esperar a que llegara la hora de las visitas en el hospital.

Con esa idea en la mente, y una vez preparada y dispuesta a dejar la habitación, tomó su bolso. El sol ya estaba alto cuando salió a la calle.

\*\*\*

Estuvo paseando por las cercanías del hotel donde se hospedaba Manon

más de un par de horas. Comenzaba a pensar que se había equivocado en su evaluación de la salud de la mujer, quizá estaba más grave de lo que creyó en un primer momento.

Justo cuando tomó la decisión de entrar en la recepción para preguntar si había dejado la habitación, la vio salir a la calle. Vestida con un sencillo tejanos y una camisa blanca, caminó en dirección a la parada de taxis más próxima.

Decidió seguirla. Quería saber a qué había ido a Los Ángeles. Con esa idea en mente, dejó pasar unos minutos hasta que vio como entraba en un automóvil que enseguida se puso en marcha. Sólo entonces se permitió echar a correr hasta que él mismo tomó uno.

—¿Dónde iremos? —preguntó el taxista levantando la bandera.

—Siga a ese taxi —señaló Lucan.

El conductor siguió la indicación de su cliente y rápidamente estuvieron en marcha.

Lucan se relajó en el asiento trasero. Había estado muchas veces en aquella ciudad como para sentirse interesado en admirar la ruta por la ventanilla. Reclinó la cabeza hacia atrás y esperó a que el taxista le dijera que había llegado a su destino.

La curiosidad por saber adónde se dirigía Manon pudo con sus pensamientos. No imaginaba qué asunto la habría llevado a abandonar su trabajo ahora que se habían resuelto sus problemas. Que él recordara, en la ciudad no existía ningún museo que pudiera ser medianamente interesante para las pesquisas de Manon.

Entornó un poco los ojos y adivinó, por lo que vio del exterior, hacia donde se dirigían. Acababan de entrar en Beverly Hills, y por la amplia vía que tomaban imaginó que iban en dirección a Rodeo Drive, conocida por sus tiendas de alta costura y precios privativos. ¿De compras? Se preguntó. No conocía demasiado a la mujer como para suponer nada. Aún así, la idea de imaginarla gastando absurdamente cuando había presenciado la firmeza con que defendía el apoyo económico para su proyecto, no le cuadraba en absoluto. No. Decidió que Manon no era de ese tipo de personas. Debía de haber algo más. Sin duda no se había equivocado siguiéndola. Algo le decía que no perdería el tiempo, y su instinto pocas veces le fallaba.

Efectivamente y como había calculado, el taxi se detuvo en Rodeo Drive.

—El otro taxi se acaba de detener —informó el conductor.

Lucan ya lo había notado y echó un vistazo a través de los cristales. Vio

como Manon dejaba su transporte y despedía al taxista que reemprendía la marcha.

Inmediatamente pagó la carrera y abandonó el coche para dirigirse a la acera opuesta a la que había tomado la mujer. Desde allí, tenía la ventaja de poder vigilarla sin apartar la mirada y sin que ella lo notase.

Caminó durante varios minutos a un paso lento y tranquilo. De vez en cuando Manon realizaba una pausa para admirar algún diseño que los grandes y lujosos escaparates mostraban.

Lucan no despegó sus ojos de ella en ningún momento. Incluso se encontró a sí mismo admirando la forma de caminar de aquella mujer.

Aunque estaba dando un simple paseo, Manon tenía una particular forma de hacerlo. Avanzaba con una seguridad que decía mucho de ella. Por lo general, cuando alguien caminaba por placer, dejaba que sus pasos fueran sin rumbo fijo, ella no. Daba la sensación de que sabía exactamente hacia donde se dirigía en cada momento. Aquello le gustó además de confirmar sus sospechas. Sin duda Manon tenía un motivo para estar allí.

Después de más de treinta minutos de persecución, decidió que podía acercarse un poco más. El vaivén de gentes que deambulaban por el área comercial le serviría perfectamente para ocultarse. Resuelto, cruzó la carretera siempre alerta de no perderla de vista.

Ahora sólo los separaban unos pocos pasos. Estaba tan cerca de ella que sin necesidad de recurrir a su desarrollado olfato podía notar el perfume de jazmín de la mujer. Aspiró profundamente. Aquel aroma fresco y dulzón, tan suyo y a la vez tan perturbador, penetró en sus fosas nasales. Casi podía paladearlo. Se preguntó cómo sabría su piel mientras se relamía, sin duda debía ser tan dulce como su perfume.

Mientras aquella idea nublaban su mente apoderándose de sus pensamientos, vio que Manon entraba en un pequeño centro comercial. Curioseó desde la entrada. Se dirigía hacia el departamento de ropa femenina. Sin poderlo evitar, clavó los ojos en el movimiento de sus caderas al caminar. Si su trasero ya captó su interés días atrás, ahora, dotado de movimiento, conseguía que su cuerpo se tensara al instante. Tratando de pasar desapercibido, se refugió tras un grupo de mujeres que entraban en aquel momento.

Completamente relajada, Manon dedicó los siguientes minutos a deambular entre grandes mostradores, con sonrientes dependientas tras ellos, y colgadores llenos de perchas con sofisticados vestidos de gala y trajes de

chaqueta. Pocas veces había tenido la ocasión de poder lucir un vestido del tipo de los que allí se vendían, pero eso no la privaría de admirarlos.

Se acercó a un elegante y sencillo diseño de corte princesa, en seda salvaje color negro que le llamó la atención. Cedió al deseo de tocar el tejido. Era fabuloso, de una calidad excelente, tanto que, al roce con sus dedos, se le antojó una caricia. Se dijo que una mujer podía sentirse la más bella sobre la tierra tan sólo con dejar que aquella prenda la cubriera.

Cerró los ojos por un instante, dejando que aquella sensación se apoderara por completo de ella, borrando a su paso cualquier preocupación.

Las risas y cuchicheos de cuatro mujeres que pasaba en aquel momento a su lado la sacaron de su ensoñación.

—Es increíblemente guapo —declaró una hermosa rubia mientras volvía el rostro hacia sus amigas.

—Te aseguro que si fuera mío no dejaría que estuviera solo ni un segundo.

—Conociéndote diría que lo tendrías atado a la cama por el resto de sus días —el comentario arrancó nerviosas risillas a las otras tres mujeres que siguieron su camino echando furtivas miradas hacia atrás.

Curiosa, se alzó de puntillas para poder ver al hombre objeto de aquellas palabras. Las mujeres eran muy atractivas, por lo que dedujo, que aquel que había llamado su atención debía ser un ejemplar digno de la atención de cualquier fémmina.

Buscó con la mirada tratando de encontrarlo sin conseguirlo, sólo vio a más mujeres atareadas en buscar la prenda que pretendían. Encogiéndose de hombros, miró su reloj. Ya era hora de buscar un lugar donde comer algo antes de dirigirse al hospital.

Encaminó sus pasos hacia la salida cuando una fugaz imagen reflejada en un espejo llamó su atención. Paró en seco, no podía ser, sin duda sus ojos le había jugado una mala pasada. Retrocedió un paso para poder mirar directamente allí. Juraría que había visto a un hombre. Un hombre que conocía, el único hombre que había conseguido nublar su mente sólo con su presencia. Lucan Dux.

El espejo únicamente le devolvió su reflejo rodeada de más gente, el mobiliario y el magnífico género de la tienda. Negando con la cabeza por la absurda idea, continuó su camino.

Sin duda aquel hombre le había perturbado más de lo que había pensado en un primer momento. Incluso imaginaba verlo en los espejos, se rió de sí misma. Debía reconocer que no era de los que se podía olvidar fácilmente.

Era increíblemente atractivo y el poder que irradiaba era absolutamente abrumador, admitió mientras se acercaba a las puertas de cristal automáticas.

Para su asombro y desconcierto ocurrió de nuevo. Creyó entrever en el cristal un borroso y rápido reflejo que desapareció en segundos. Giró la cabeza instintivamente. De nuevo nada. ¿Se estaría volviendo loca? No podía ser que el ocupadísimo señor Dux estuviera en la misma ciudad ¿o sí? Pensándolo fríamente ¿por qué no podría ser así? Las casualidades existían y aunque no tenía idea de a qué se dedicaba exactamente, sí sabía que era un importante hombre de negocios. Sería completamente lógico que su trabajo lo llevara a una ciudad como aquella, llena de estupendas y lucrativas oportunidades. Aquella idea parecía muy convincente, y satisfecha consigo misma, salió de nuevo al exterior.

Esperó a que Manon saliera de nuevo para dejar su refugio, detrás de una enorme conífera, que decoraba la entrada del centro comercial. Debería tener más cuidado, se reprendió a sí mismo. Había estado a punto de delatarse sólo por poder observarla más de cerca. ¿En qué había estado pensando para cometer aquel error? ¡Y dos veces!

Si Varulf llegara a enterarse de aquello se reiría en su cara. Casi podía oír las carcajadas del rubio sueco retumbando en sus oídos. Él, que había sido maestro en aquellas tareas, descubierto por una simple humana. Sí, sin duda su amigo hubiera disfrutado de su torpeza, sonrió a pesar de ello. ¿Pero qué podía hacer si el instinto que debía ser su aliado lo traicionaba cuando se trataba de aquella mujer en particular? Sólo con aspirar su olor, el animal que trataba de mantener oculto durante el día, tomaba el control de sus acciones, relegando a un segundo plano toda cautela.

Conseguir conocer el destino de Manon de aquella forma le estaba resultando un trabajo más complicado de lo que quería admitir. De pronto, aquello le dio otra idea. Si no podía hacerlo ocultándose ¿por qué no revelar su presencia? Quizá estando con ella conseguiría controlarse lo suficiente. Su parte humana trataría con muchísimas más fuerzas de mantener a raya a la bestia que, en aquel momento, rugía de deseo por probarla.

Cruzó de nuevo la calle, y se adelantó unos metros para de nuevo pasar a la acera de origen y reproducir así un encuentro fortuito.

Caminó en sentido contrario, hacia la mujer, desviando la cabeza hacia otro lado. Cuando dedujo que Manon estaba lo suficientemente cerca, la miró para encontrarla observándole. En su rostro pudo ver las evidencias del golpe que le asestó la noche anterior, bastante bien disimulado por el maquillaje, y se

sintió tremendamente culpable. ¿Cómo podía haberle hecho algo así? Jamás podría perdonárselo y por Dios que encontraría la forma de redimirse por ello.

Manon notó una especie de escalofrío que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Ataviado con una camisa de lino beige, y las manos escondidas en los bolsillos de un pantalón del mismo tono y tejido, la miraba con una chispa de diversión en los plateados ojos. El largo cabello recogido en una coleta, e impecablemente afeitado... era la reencarnación del dios del placer.

—Señorita Capwell, qué extraordinaria coincidencia —la saludó componiendo un gesto de sorpresa.

—Señor Dux —respondió igualmente cordial.

Bien, pensó, después de todo parecía que no estaba loca, Lucan Dux estaba en la ciudad.



## Capítulo ocho

—¿Qué la trae por Los Ángeles? ¿Turismo? ¿Negocios? ¿Compras quizá? — preguntó.

Sus ojos captaron un brillo de rojo intenso en el movimiento de la mano femenina, al retirar unos cabellos de su rostro con un rápido ademán.

Manon se tomó unos segundos en responder analizando qué debía contestarle.

—Asuntos particulares ¿Y a usted?

—Se podría decir que lo mismo, aunque ya se sabe, —comentó poniendo los ojos en blanco por un instante— siempre hay algo que puede surgir.

—No sabía que también abarcara usted la industria textil —dejó escapar antes de darse cuenta de lo que decía, no quería parecer grosera.

—¿Por qué lo dice?

—Me pareció verle hace unos minutos en el centro comercial —aventuró.

A Lucan no se le escapó la mirada de diversión en los ojos de Manon. Aquella mujer era de una inteligencia ágil. Su forma de mantener aquella, aparentemente anodina conversación, decía mucho de ella y por todos los demonios que le gustaba de verdad. Pero no debía olvidar que era necesario llevarla a su terrero para tratar de saber más, y para conseguirlo, necesitaba tenerla a su disposición durante unas horas.

—¿De verdad? —Definitivamente lo había hecho fatal, pensó reprimiendo una sonrisa y tratando de no delatarse— ¿Y por qué no me saludó usted? Aunque la hora es la conveniente, en mi dieta no incluyo a hermosas mujeres que me dedican una porción de su tiempo.

—Cuando le busqué no le encontré, así que supuse que ya se había marchado.

—Lástima, la hubiera invitado a comer. Pero gracias a que nos hemos encontrado puedo solucionar eso, ¿le apetece acompañarme? —objetivo conseguido, pensó.

—Creo que no sería correcto —contestó Manon, aún tenía muy presente que Lucan era el responsable de que casi hubiera tenido que cerrar el yacimiento.

—Lo correcto y lo sustancialmente placentero no suelen coincidir nunca —respondió con una sonrisa traviesa.

Dios, pensó Manon, aquel hombre podía hacer derretir el polo norte con

solo sonreír. ¿Cómo encontrar la forma de decirle que no sin que se sintiera idiota por renunciar a su compañía? Cualquier mujer daría su mano derecha por pasar un rato con aquel espécimen de atractivo masculino elevado al cubo. De nuevo eligió la verdad.

—Señor Dux, tengo muy presente quién es usted y lo que casi consigue.

—Bien, lo comprendo —respondió—. Pero déjeme decirle que hay algo más que usted no tiene presente —prosiguió acercándose a ella un paso más, como si fuera a compartir un secreto inconfesable—. ¿Qué tal fue su conversación con el señor Montesinos? Supongo que su oferta fue interesante. Tengo entendido que gracias a él su proyecto vuelve a estar activo.

Le costó sólo un segundo atar cabos. El gesto de completa sorpresa que mostró el rostro de la mujer fue encantador. Le miraba con los ojos completamente abiertos y los labios ligeramente separados.

—Está... está usted queriendo decir que... —tartamudeó.

—Exacto —afirmó—, la compañía del señor Montesinos no es más que otra filial de mis negocios. Así que... creo que no es pretencioso decir que... me lo debe.

—Yo...—comenzó— no sé qué decir.

—Un simple sí, es suficiente.

Claro, pensó Manon, ahora lo entendía todo. Le parecía increíble que aquel hombre recurriera a las mismas artimañas tanto para hundirla en la miseria como para ayudarla. Sin duda, el señor Dux era un tipo complicado. Aun así, había hecho lo correcto, pero ¿habría sido por propia iniciativa o intimidado por la demanda legal de la que ella habló?

—Aún así, y ahora que sé que el señor Montesinos actuó a instancias tuyas, solamente le debo una remodelación en mi plan de proyecto inicial —respondió Manon—, así que...

—Señorita Capwell... —la interrumpió, no podía decir que aquella mujer fuera fácil de convencer.

—Déjeme terminar señor Dux —le cortó Manon muy seria—. Comeré con usted y así podremos hablar sobre el tema. De todas formas le advierto que después tendré que atender un compromiso y...

—No hay problema —respondió Lucan con una sonrisa que hizo que sus ojos chispearan—, le acompañaré.

Pasaron durante unos minutos más hasta que Lucan pareció complacido con el restaurante del Century Plaza Hotel. Sin saber porqué se encontró con la necesidad imperiosa de proporcionar placer y comodidad a aquella hermosa,

aunque dura de pelar, mujer.

Durante todo el camino había tenido que mantener cierta distancia física entre ellos. Su aroma a jazmín le volvía loco, hasta el punto de que creyó adivinar otro olor mezclado con él, uno que conseguía excitarlo tanto como para olvidar su naturaleza. Si hubiera cedido a la necesidad de tocarla seguramente su autocontrol hubiera bajado la bandera roja y habría saltado sobre ella para hacerla suya a toda costa. ¡Maldición! ¿Por qué demonios tenía que ser precisamente la mujer que portaba el amuleto de Atrox?

Manon miró a su alrededor, admirando el lujo que se advertía en cada detalle del magnífico hotel. Nada más entrar, los atendieron, y por la forma en que se dirigían a Lucan, imaginó que, o bien no era la primera vez que entraba allí, o su condición de empresario era conocida mucho más allá del territorio mejicano.

Tenía que concederle que su primera valoración había sido algo equivocada.

Efectivamente era un hombre que desprendía poder, seguridad y fuerza, que podía conseguir amilanar al más valiente de los guerreros con tan sólo mirarlo, pero ahora que lo había encontrado más relajado, también observó que era un hombre con un particular sentido del humor. Mucho mejor así, pensó.

Aprovechó a echarle un buen vistazo mientras hablaba con el gerente, que advertido de su presencia en el hotel, había salido a saludarle.

Su estatura ya conseguía que se sintiera muy poca cosa, algo nuevo para ella pues era alta para la media femenina. El suave tejido de lino de su camisa, marcaba su ancha y poderosa espalda, cayendo suelta hasta el inicio de sus caderas, donde un trasero prieto y bien formado era acariciado por la tela del holgado pantalón. Las mangas recogidas a medio antebrazo, dejaban al aire músculos fuertes que prometían unos brazos duros como el hierro forjado. El largo pelo, recogido en la nuca por una pulcra coleta, parecía haber sido amaestrado para que cada cabello permaneciera en su lugar. Estaba claro que debía haber sido moldeado a semejanza de un dios. No pudo reprimir el pensamiento de cómo reaccionaría si le viera desnudo, y notó como sus pezones se endurecían sólo con imaginarlo.

Clavando la mirada en sus propios zapatos para ocultar su sonrojo, recordó por unos segundos las bromas y diabluras que habían soltado por la boca, Aixa y ella misma, aquella tarde después de la reunión con él.

También acudió a su mente el comentario de la rubia del centro comercial,

sin duda, si estuvieran en otras circunstancias, ella tampoco dejaría que un tipo así abandonara su cama.

—¿Le incomoda alguna cosa señorita Capwell? —la pregunta de Lucan la pilló por sorpresa. Ensimismada en sus propios pensamientos no había notado que había vuelto a su lado y la miraba con atención.

¿Qué si la incomodaba algo? Todo él la mantenía en vilo.

—No —mintió.

—Por favor, si son tan amables... —solicitó el gerente haciendo un ademán para que le acompañaran.

Tomaron el ascensor hasta la última plata, para acceder al restaurante.

Acondicionado en un estilo minimalista pero con un gusto exquisito, el local abarcaba absolutamente toda la extensión de aquel piso. La mesa que les habían preparado, estaba situada frente a un gran ventanal que les proporcionaría una maravillosa vista panorámica.

En cuanto estuvieron convenientemente acomodados, el gerente, con un ademán, llamó la atención de un camarero que acudió solícito entregándoles sendas cartas.

Mientras Lucan hacía su pedido rápidamente, Manon echó un vistazo y sin saber qué comer, se inclinó por ordenar lo mismo que su acompañante.

—¿Tomarán vino? —preguntó el camarero, mientras recogía las cartas de manos de ambos comensales.

—Sí —respondió Lucan adelantándose a la posible respuesta negativa de Manon— ¿qué nos recomienda?

—Permítanme sugerirles un Marqués del Puerto, Rioja del 95, que importamos para nuestros clientes exclusivos.

—Soberbio —aceptó Lucan con una sonrisa.

—Yo no suelo beber —comentó Manon una vez que el camarero había desaparecido.

—Una copa mientras come no le hará ningún daño y créame cuando le digo que el caldo merece ser probado.

—Está bien —concedió— de nuevo se saldrá con la suya.

—Siempre lo hago —respondió con una mirada que no pudo interpretar.

La arrogancia de la respuesta prometía cosas que no quería imaginar. Trató de centrar sus pensamientos en como derivar la conversación en algo más productivo y a la vez inofensivo.

Afortunadamente el camarero reapareció, concediéndole así unos minutos más, y realizó el ritual de la cata del vino. Lucan dio su beneplácito y

procedió a servir para después volver a marcharse.

—Le agradecería que me informara dónde comienza el límite de sus tierras para poder recalcular el plano del proyecto.

—¿Jamás se relaja, señorita Capwell? —preguntó Lucan mientras se recostaba en la silla, pasando un brazo por encima del respaldo. Se llevó la copa a los labios y tomó un nuevo sorbo.

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo a que llevamos ya mucho tiempo hablando, estamos compartiendo una comida y aún no me tutea.

—Yo puedo decirle lo mismo —dijo Manon arqueando una ceja.

—*Touché* —le sonrió volviendo a sentarse correctamente, con la espalda erguida. La amplitud de sus hombros casi le privaba de ver lo que había tras él.

—Lo haré siempre que usted también lo haga —concedió ella.

—De acuerdo... Manon.

Nada más oírle pronunciar su nombre supo que no había sido una buena idea. Las sencillas sílabas que lo formaban, vestidas con el tono grave y sugerente de Lucan, le produjo un placentero escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Con respecto a no dejarte llevar y relajarte un poco, ya se me ocurrirá algo —prometió Lucan.

—Perdone pero... Perdona —se corrigió ante la mirada reprobatoria de Lucan—, pero desde que te he encontrado no estoy haciendo otra cosa que dejarme llevar.

—¿Eso crees? —se acercó un poco más a la mesa, atento a la respuesta de ella.

—Desde luego —afirmó muy segura— apenas te conozco y sin embargo estoy comiendo contigo.

—Eso no cuenta —negó volviendo a echarse hacia atrás mientras dejaba que uno de sus brazos colgaran de nuevo detrás del respaldo y apoyaba la muñeca del otro en la mesa mientras sostenía la copa de vino. Parecía que aquella postura le gustaba especialmente—. Prácticamente te obligué a aceptar.

En aquella posición, la camisa se abrió ligeramente mostrando una porción de su pecho. Manon no pudo resistir mirarlo y lo que vio confirmó sus pensamientos. Lucan era poseedor de un cuerpo de infarto. Su pecho carente de bello, y en el cual descansaba un hermoso medallón de plata con un grabado de dos animales corriendo, se veía duro, suave y bronceado. Un

pectoral creado para brindarle las más lascivas caricias.

La llegada de los platos fue su salvación, pues se dio cuenta entonces, que había estado perdida, con la mirada fija, en aquella porción de piel masculina más de lo que debía. Aún así supuso que Lucan se había percatado, pues no dejaba de mirarle.

—Llevas un bonito medallón —comentó tratando de formular una excusa para ocultar su desliz ¿Tiene algún significado para ti?

Su comentario encendió la luz de alarma en la mente de Lucan. Por un momento había pensado que Manon no sabía nada en absoluto acerca del poder de los amuletos. La había investigado un poco y no había conseguido encontrar nada que insinuara ni siquiera un mínimo conocimiento sobre ello. Precisamente porque sabía perfectamente que los datos se podían manipular, había decidido seguirla. Pero después de su comentario... Era imprescindible que lo supiera todo sobre ella. ¿Y si sabía qué suponía ser poseedora de uno? ¡Dios! No quería ni pensarlo.

Aquella mujer le gustaba mucho y aunque siendo humana no podría llegar con ella a donde desearía, una parte de él se revelaba ante la idea de tener que matarla.

—No —mintió.

Manon notó cierto cambio en la actitud de Lucan. Una tirantez suavemente disimulada en su rostro le indicó que quizá había tocado un tema delicado.

Había tratado de mantener un diálogo distendido de algo completamente anodino, y sin embargo, parecía que había conseguido todo lo contrario. Se maldijo mentalmente por la metedura de pata y trató de concentrarse en comer algo de los succulentos platos.

Apenas intercambiaron algunas frases más. Incluso en los postres, mientras degustaban una pirámide de chocolate blanco rellena de trufa helada, que también se encargó de pedir él por ambos, el silencio fue la nota común entre ellos.

Lucan cayó en la cuenta del malestar de Manon por su silencio. Alguien que tuviera algo que ocultar, por ejemplo, el conocimiento de un secreto de la magnitud del talismán, no ofrecería aquella postura de suave inquietud debido a su falta de tacto al contestar. Aquel pensamiento unido al hecho de su negativa al aceptar que la hermosa mujer, que sentada justo delante de él y que sin saberlo azuzaba constantemente su parte más salvaje, fuera en realidad una pérfida bruja sedienta de poder, creó la necesidad de tratar de volver a ganarse su atención.

—También tu anillo es muy hermoso —dijo al fin con una sonrisa.

La afirmación pilló desprevenida a Manon, que por un momento no supo a qué se refería. Siguió la dirección de la mirada de Lucan hasta la joya que descansaba en su dedo.

—Sí que lo es —concordó admirando ella también la piedra que desprendía magníficos brillos al movimiento de su mano.

—¿Un regalo? —tanteó Lucan. Quizá el haber sacado el tema a colación conseguiría arrojar un poco más de luz sobre el asunto.

—No —aclaró—, podría decirse que vino a mí de una forma peculiar— sonrió recordándose colgada de las cuerdas de la pasarela y a punto de caer.

¿Qué habría querido decir? Otro enigma que añadir al saco, pensó Lucan. ¡Dios! Aquella mujer lo volvería loco.

—¿Y qué me dices de tu medallón? —preguntó Manon tratando de ser cortés y evitando así el tener que explicar cómo se había hecho con la joya— ¿es un regalo?

Lucan se quedó pensativo por un momento, buscando la mejor respuesta a la pregunta. ¿Un regalo? Jamás había pensado en su talismán como un regalo. Como un triunfo, como una recompensa, como un tributo a los tiempos en los que tuvo que ser su esclavo, quizá sí, pero nunca como un regalo.

—Digamos que también vino a mí de una forma peculiar.

La respuesta hizo sonreír a Manon tímidamente. Aquel hombre le gustaba más de lo que estaba dispuesta a tolerar ya que su intuición le decía que aunque era increíblemente atractivo, educado, galante y seductor, se escondía un aspecto algo extraño bajo aquella dorada piel aterciopelada, algo que no podía definir con seguridad pero que se le antojaba oscuro y peligroso.

—¿Qué son esos dos animales del dibujo? —preguntó Manon tratando de centrar su mente de nuevo en una conversación segura.

—Lobos. Dos lobos.

—¡Es cierto! Es el mismo diseño de la bandera de Durango ¿no es verdad? Que tonta soy, no me había dado cuenta hasta ahora. La falta del roble me despistó.

Sí, así era. Él mismo había modificado el dibujo original del medallón para esconder otro diseño, uno que le recordaba constantemente el día mismo de su maldición. Su necesidad de portarlo siempre, para su propia seguridad, le había obligado a hacerlo. De otra forma, jamás hubiera reunido el valor suficiente para poder colgarlo alrededor de su cuello.

—Me pareció buena idea reproducir aquí el mismo dibujo. Después de

todo, tiene algo que ver con mis antepasados. Hace muchos siglos hubo una batalla en los terrenos que ahora excavas.

—Cierto ¿sabes alguna cosa más acerca de ella?

—Muy poco —mintió—. Sé que estás realizando un buen trabajo y si consigues esclarecer algo de aquella reyerta me gustaría que lo compartieras conmigo. Siento que no cumplí con mi cometido de investigar yo mismo.

—Cuenta con ello —respondió Manon con una sonrisa de entendimiento.

Cuando les sirvieron el café, Manon echó un vistazo a su reloj. El horario de visitas ya había comenzado en el hospital, debía despedirse de Lucan y cumplir con el cometido que le había llevado hasta Los Ángeles. No deseaba salir tan tarde de la clínica como para que la sorprendiera la noche. Aunque era una idea absurda, se resistía a repetir la experiencia vivida la noche anterior. Con una vez había sido más que suficiente, pensó mientras limpiaba la comisura de los labios con la servilleta, preparándose para decir adiós.

—Muchísimas gracias por la comida Lucan, ha sido muy agradable y un placer poder compartirla contigo, pero he de irme ya —informó a su acompañante con una sonrisa de agradecimiento.

—Te acompañaré.

—No es necesario —declinó.

—Te acompañaré —repitió Lucan dando más énfasis a sus palabras.

—No lo entiendes... yo... te lo agradezco de veras pero a donde voy no es agradable ir de visita.

—No me importa, iré contigo.

—Por favor Lucan —rogó Manon. Aunque aquel hombre le atraía de una forma que no comprendía, al fin y al cabo era un desconocido, extremadamente guapo pero un desconocido—. Ha estado bien, me ha encantado conocerte un poco mejor pero... dejémoslo aquí ¿de acuerdo?

Manon decidió no darle la oportunidad a contestar y tomó su bolso para salir del restaurante. Entró en el ascensor para volver a la planta baja y salió del hotel en dirección al hospital.

\*\*\*

El Century City Hospital de Los Ángeles no era como la gente solía imaginar. Por lo general cuando se hablaba de estos lugares situados en tan conocidas áreas, se tendía a pensar en grandes y lujosos centros de salud, llenos de iluminados y laberínticos corredores. Desde luego, no era el caso del edificio que tenía ante ella. Sin ser demasiado grande y rectangular, se alzaba al comienzo de la avenida Heath.



Miró hacia arriba. La fachada parca en decoraciones de ningún tipo y cuajada de ventanas, como multitud de ojos que la vigilaban acechantes, le dejó una sensación fría en las entrañas, que nada tenía que ver con la temperatura cálida y veraniega que reinaba en el exterior.

Realizó un ligero movimiento con la cabeza, como queriendo relegar aquel inquietante pensamiento a un segundo plano y penetró en el edificio dispuesta a ver a su madre. Ella había ordenado el cambio de hospital precisamente por sus instalaciones, así que había llegado la hora de comprobar “in situ” si todo aquello que le habían prometido, y que había visto por fotografías, era cierto.

Consultó el número de la habitación que ocupaba en el mostrador de información, donde un par de solícitas y sonrientes recepcionistas realizaron la gestión diligentemente y le informaron incluso por donde acceder al área. Siguiendo las indicaciones, rápidamente localizó el letrero que rezaba con el título de psiquiatría clínica.

A diferencia del resto de especialidades, aquella zona estaba extrañamente tranquila. Sólo el sonido de sus propias pisadas la acompañó por el pasillo. Un par de enfermeros, completamente absortos en sus notas, pasaron junto a ella sin reparar en su presencia, cuando giraba una esquina para encontrar los ascensores. Se fijó en el letrero luminoso que había encima de cada uno de ellos antes de pulsar el botón.

Trascurrieron unos minutos más hasta que uno se abrió. Apretó el número cinco y esperó.

Justo cuando las puertas se cerraban y tan sólo quedaba un pequeño espacio que las separaba, una mano masculina impidió que terminaran su trabajo, consiguiendo asustar a Manon que dio un respingo ante la inesperada interrupción. De nuevo las puertas comenzaron a retroceder y la imponente figura de Lucan Dux llenó el espacio entre ellas.

—¿Qué parte del “no” no entendió? —preguntó Manon enfadada volviendo a usar con él la fórmula más cortés y que también delimitaba perfectamente hasta dónde estaba dispuesta a permitirle llegar.

Lucan no contestó.

Cuando dejó el restaurante y tomó la decisión de continuar con su vigilancia, no imaginó que sus pasos le llevarían precisamente allí. ¿Qué relación tenía ella con el delicado secreto que él había tenido que salvaguardar años atrás? Esperaba con todo su corazón que nada, pero tenía que asegurarse, ahora más que nunca, qué demonios sabía ella acerca de su raza.

—Ya te dije que te acompañaría —respondió Lucan secamente, mientras la puertas se cerraban tras él y el ascensor comenzaba a ascender.

—Y yo te dije que no era necesario.

—Esta ciudad no es segura y me siento responsable de tu seguridad al haberte encontrado —no era exactamente una mentira pero tampoco toda la verdad.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Manon exasperada, poniendo los ojos en blanco.

—Dime Manon —solicitó Lucan mirándola a los ojos— ¿qué has venido a hacer aquí?

—¿Qué demonios se supone que se viene a hacer aquí? —explotó—. He venido a ver a un familiar Lucan. ¿Qué creías? ¿Qué estaba loca? Pobrecita Manon —se burló—, vamos a cuidarla porque está como un cencerro.

—Lo siento —respondió Lucan aunque Manon no pudo leer la misma disculpa en sus ojos.

## *Capítulo nueve*

La ira proveía y Manon recibía. La crispación que sentía motivada por la inesperada reaparición de Lucan, conseguía que cada una de sus terminaciones nerviosas, así como sus músculos, se encontraran en tensión incontrolada. ¿Cómo se atrevía aquel hedonista prepotente y mal educado a no respetar su decisión, por otro lado explícita, de no querer ser acompañada? Jamás antes había tenido que lidiar con semejante situación. Por supuesto, no es que no quisiera que Lucan supiera dónde iba y a qué, no, no se trataba de eso, sino de que el acto en sí era algo completamente privado. Era entre ella y su madre.

Durante todos los años en los que había tenido conocimiento del hecho, había tratado el tema con celo. Era su madre, y ella su hija, nadie más se había preocupado por ella. Nadie más había llorado al borde de su eterna camilla preguntándose el porqué, el motivo por el que Dios Todopoderoso le había privado de una vida normal.

Le había negado el cuidado de la mujer que le había dado la vida. ¿Por qué demonios había tenido que seguirla? ¿Por su seguridad? ¡Ja! Los hombres que siembre habían demostrado tal arrogancia ante ella habían recibido a cambio su total desprecio. Ya había pasado la época en que las tímidas féminas no podían salir a la luz del día sin acompañante. ¡Por todos los santos!

—Márchate.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque yo así lo deseo. No quiero tu protección o lo que sea que me brindas —declaró iracunda.

—¿A quién tienes ingresado aquí? —volvió a preguntar.

—¿Qué demonios te importa? ¡Fuera de aquí! ¡No te corresponde estar aquí, no tienes derecho! —exclamó al borde del grito, con el cual, se ganó una mirada reprobatoria de parte de un par de enfermeras que hacían la ronda.

Acalorada por la excitación y avergonzada por el espectáculo que ofrecían, Manon giró sobre sus talones y continuó su avance por el pasillo, dejando atrás a Lucan, para entrar en la habitación donde se encontraba su progenitora.

Lucan la observó hasta que hizo lo que él temía que hiciera, desaparecer tras la puerta de la habitación donde estaba Gea. ¡Cuán equivocada estaba aquella mujer! Le importaba, por supuesto que le importaba y tenía todo el

derecho a estar allí. Sobre todo en aquel momento.

Un atisbo de tristeza arraigó con fuerza en su corazón. En lo más profundo de su alma había albergado la esperanza de que Manon no tuviera nada que ver con todo aquel embrollo, que tan solo hubiera sido un desliz del caprichoso destino el encontrarla en su vida de aquel modo y bajo aquellas circunstancias. Y aún en aquel momento, al borde del precipicio, deseaba, con el ansia del que se ahoga bajo una capa de espeso aceite, que la relación entre Manon y Gea no fuera importante.

La entrada al cuarto donde su madre se encontrada postrada en la camilla brillante y metálica, era siempre descorazonador. Pero en aquel momento, justo después de la discusión con Lucan y aún con la sangre bullendo por el enfado, resultó un choque mucho más duro para sus sentimientos.

Allí jamás recibiría el dulce y cálido saludo de recibimiento por parte del ser querido. Allí jamás tendría la esperanza de ser rodeada por unos amorosos brazos que la acunaran y le dijeran lo mucho que le habían echado de menos. Sus labios jamás la llenarían de besos ni expresarían todo el amor y el cariño que ella misma sentía, incomprensiblemente para algunos, en su corazón. Nadie nunca comprendería aquello. Nadie sabría hasta qué punto significaba para ella aquel lazo que la unía a una mujer tan cercana para ella y a la vez tan desconocida. Por eso, su mismo inconsciente, se negaba a compartirlo con nadie.

Con cuidado se deshizo del peso de su bolso. Lo depositó despacio, sobre una pequeña mesita en el lado opuesto de la habitación, tratando de no entorpecer con ello el pacífico y bendito silencio que reinaba en el ambiente, únicamente enturbiado, mínima y cadenciosamente, por el pitido que emitía el aparato que controlaba las pulsaciones de la paciente.

Sólo entonces se acercó a ella. Inclinandose sobre su rostro mientras le acomodaba un mechón de cabello tras la oreja. Depositó un ligero beso en su mejilla, en un intento por demostrarle el cariño que sentía hacia ella, de que supiera cuanto le importaba, de que sintiera que no estaba sola.

Acercó una silla y se acomodó a su lado tomándola de la mano.

No dijo nada. No era necesario hablar. No tenía sentido hacerlo. En su extraño mundo interior, seguía con la mirada fija en algún punto impreciso del techo. Perdida, ni siquiera conmovida por la muestra de cariño. Nada la perturbaba.

—Estoy aquí madre – musitó. Apretó imperceptiblemente el contacto de su mano buscando esperanzada algún reconocimiento en el infructuoso gesto.

Lucan que había abandonado su lugar en el pasillo y ahora se encontraba silenciosamente en el hueco de la puerta, recibió la noticia como un puñal que se clavara profunda y dolorosamente en el centro de su alma.

La tremenda revelación le impactó con tal dureza que se recostó sobre el marco, sintiendo como su corazón bombeaba a un ritmo frenético. No podía creerlo. No podía ser cierto. Ella había dicho que su visita era a un familiar. Él, en su ignorancia, había imaginado que debía ser quizá una sobrina, aunque jamás supo de que Gea tuviera hermanos al que deber tal consanguinidad. ¡Por todos los demonios! Era su madre. Y él un estúpido al pensar que la aparición de Manon en sus tierras era una simple coincidencia. Un error del destino. Ahora lo sabía.

Manon era mucho más de lo que parecía. Escondía en su interior la sangre poderosa de su raza. Y le había mentado. No solo ella, también su contacto en el gobierno local, al ocultarle el hecho de que Gea había llevado a término un embarazo. Mucho esfuerzo había hecho falta para ocultar a Gea y su secreto del resto del mundo. Y ahora Manon estaba allí, su hija, el fruto de su vientre se revelaba ante él para poner en peligro todo aquello que él protegía.

La furia comenzó entonces a tomar terreno sobre el raciocinio. Sintió en los ojos el conocido escozor de la metamorfosis. El salvaje animal que escondía en su interior intentaba abrirse paso en él. Trató de aferrarse al conocimiento del lugar donde se encontraba y controlar así el impulso mientras apretaba los puños fuertemente.

En un titánico esfuerzo por mantener la compostura y no evidenciar en lo más mínimo la lucha que se libraba en su interior, se acercó a ella.

—Manon, debes acompañarme —dijo en un tono de voz que no admitía réplicas—. Ahora.

Si Manon había sentido ira hacia unos instantes, no se podía comparar con la furia que sintió cuando Lucan pronunció la orden. Notó como la fuerza del enfado se anudaba en su vientre y emergía hasta su cerebro con la rapidez de una mezcla explosiva líquida. Apretó la mandíbula y abandonó la mano de su madre, irguiéndose y girando hacia él para encararlo.

En ese mismo instante, el sonido del aparato de control de pulso comenzaba a emitir un pitido más rápido y sonoro. Alarmada, clavó los ojos en la oscura pantalla de dígitos verdes.

Olvidando al instante a Lucan y su prepotencia, salió al pasillo demandando la atención de un médico.

Lucan no prestó atención a la pantalla, aunque su rostro demostraba el

mismo terror que si estuviera contemplando el Apocalipsis. Sus ojos, se encontraban trabados en los de Gea, que luchando por la lucidez, destilaban reconocimiento y una dura acusación teñida de oscuro miedo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el doctor acercándose a la paciente, interponiéndose, sin saberlo, entre la silenciosa y tremenda batalla que mantenían las miradas de Lucan y Gea.

—Lo siento doctor pero no lo sé. No... —trató de explicarse angustiada mirando hacia todos los lados y a ninguno en particular.

—No se preocupe —dijo el facultativo mientras echaba un vistazo a las pupilas de su madre.

Manon vio incrédula como su madre trataba de moverse y de emitir guturales sonidos. Luchaba desesperadamente por levantar los brazos mientras el doctor le decía que estuviera quieta y relajada, y le volvía a colocar las manos sobre la superficie blanca de la camilla. Incluso imaginó que intentaba señalarle algo.

Un par de enfermeras entraron rápidamente portando una bandeja abarrotada de material clínico. Ahora debido a las reducidas proporciones de la estancia, la habitación estaba abarrotada de personal.

—Salga fuera por favor —solicitó una de las enfermeras.

—Pero yo... soy su hija... necesito saber si...

—No se preocupe, todo está controlado. Por el bien de la paciente es necesario que nada le influya. El hospital se pondrá en contacto con usted.

Y sin decir nada más, le ofreció su bolso y los acompañó al pasillo para cerrar la puerta tras ellos.

Agarrada con fuerza a su bolso, como si fuera un pequeño madero salvavidas en su naufragio, Manon permaneció parada unos instantes. Con la cabeza hundida entre los hombros, el pelo le caía en cascada alrededor el rostro impidiendo que Lucan viera sus ojos.

Se la veía como a una pequeña niña abandonada a su suerte, olvidada por el resto del mundo. Aun sabiendo ahora lo que significaba la existencia de Manon, Lucan no pudo menos que albergar un sentimiento que nada tenía que ver con lo que la situación le demandaba. Incomprensiblemente sintió que necesitaba abrazarla, protegerla, decirle que todo saldría bien, que él le ayudaría. Aquellos dos pensamientos tan contrarios; la obligación y el deseo, lo que su cerebro ordenaba y lo que su corazón anhelaba, lo estaban torturando de una forma desgarradora. Se sentía en un cruce de caminos con abismos a ambos lados.

Manon, aún junto a la puerta ahora cerrada, tomó la determinación de que permanecer allí más tiempo no solucionaba el problema. Su madre no mejoraría por el hecho de que ella esperara eternamente a que lo hiciera. El médico se encargaba de su bienestar, debía confiar en sus conocimientos y su experiencia. Aún así, una parte de ella se resistía a abandonarla, a dejarla sola en aquella situación rodeada de personas que no significaban nada.

—Manon —la llamó Lucan recordándole su presencia.

Levantó la cabeza despacio y clavó los ojos duramente en el hombre que la miraba con una expresión tan estéril como la habitación en la que se encontraba su madre.

—Ya has conseguido saber lo que querías, así que ahora, déjame en paz de una jodida vez —le contestó con un tono de voz contundente, a la par que sus ojos, antes de comenzar a caminar para abandonar la clínica.

## Capítulo diez

Una *Híbrida*. Ella era una *Híbrida*. ¡Por todos los demonios! ¿Cómo no lo había descubierto antes? Incluso aquel olor que había detectado, y que lo volvía loco, mezclado con su perfume de jazmín lo gritaba a los cuatro vientos. ¡Maldito idiota! Hasta su forma de comportarse, comúnmente tranquila y aislada, se truncaba en cuando husmeaba cualquier cosa que pudiera poner en peligro algo suyo. Exactamente igual que todas la hembras de su especie.

Lucan resopló fuertemente tratando de quitarse de encima el peso de los razonamientos que cada vez más, le gritaban su estupidez desde dentro. Comenzó a caminar lentamente hacia la salida.

Ya habían pasado unos largos diez minutos desde que Manon se había marchado airada y dolida. Los diez minutos más reveladores y más largos de su vida, en los que pensamiento tras pensamiento lo atravesaban agujoneando e insultando la poca inteligencia que ahora creía tener. Pensamientos contrapuestos de necesidad y obligación. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer, besarla apasionadamente mientras la mataba? ¿Poseerla con todo el deseo que rugía en su interior mientras le arrancaba el corazón?

En el exterior comenzaba a notarse las primeras señales del anochecer. Soplaban una suave brisa que refrescaba las calles del intenso calor del día. De vuelta en Rodeo Drive, los turistas paseaban tranquilos pasado ya el peligro de insolaciones o quemaduras producidas por el sol. Lucan los observó por un momento deseando poder ser uno de ellos aunque solo fuera por unos minutos. Anhelando verse libre de todo aquel cúmulo de situaciones que hacían su vida complicada.

La alusión a aquellas complicaciones trajo a su mente el momento exacto en que comenzaran. La tarde en que vio a Manon por primera vez y todo lo sucedido después.

Suspiró notando un peso en su alma. No era la primera vez que bregaba con situaciones difíciles. Había conseguido sacar a su gente de problemas durante siglos, y siempre airoso. Incluso cuando tuvo que tomar la decisión de privar a Gea de la conciencia. Se había dicho, quizá para aquietar su espíritu, que la mujer sólo era un daño colateral frente al bienestar de muchos.

Por aquel entonces creía que todo había quedado atado y limpio el rastro.



Mucho esfuerzo había costado conseguir un contacto en el gobierno local que mantuviera a Gea donde debía estar, aislada, viva pero completamente privada del raciocinio y del uso de la palabra. Lo último que podía imaginar es que varios años más tarde aparecería una hija. Una *híbrida*. Una mujer que se cruzaría en su camino por azar, excitando sus más bajos instintos, aquellos que pensaba olvidados, y portando el anillo de Atrax. ¿Cómo había podido ocurrir? ¡Por todos los santos que su contacto tendría que rendir cuentas sobre eso!

—Vaya, vaya, vaya ¿mira a quién tenemos aquí?

—Márchate Varulf, no estoy para bromas –contestó Lucan antes incluso de tener al enorme licántropo a la vista.

—¿Y cuando lo estás? Hace siglos que no te tomas un descanso. –comentó.

Lucan lo miró de arriba abajo. Varulf, o el sueco como lo llamaban algunos, era uno de los ejemplares más raros que había visto. Con el cabello rubio como la miel y los ojos de un verde vivo, era un demonio que ostentaba un poder y una fuerza como pocos. Tan alto como él mismo, no recordaba exactamente cuando se habían conocido, desde luego hacía muchísimo tiempo, pero Varulf no era de los que se unían demasiado tiempo a una manada, quizá debido a que los otros machos tampoco estaban muy contentos de tenerlo cerca. Las hembras se comportaban de un modo extraño cuando Varulf andaba rondando, quizá debido a su rostro indudablemente masculino o simplemente por aquel aire a seductor irreverente que despedía.

—Algo de lo que deberías tomar ejemplo –contestó Lucan seriamente

—Lycaon Dux, el eterno padre de todos nosotros –recitó Varulf imitando una burda oración mientras lanzaba la mirada al cielo.

Lucan gruñó a modo de respuesta.

—Ciertamente estas tenso –sonrió Varulf satisfecho— ¿a qué es debido?

Aquella simple pregunta desencadenó una tormenta de pensamientos y recuerdos en su cerebro. De pronto todo aquello parecía muchísimo más complicado de explicar que si tuviera que dar una clase magistral sobre la teoría de la relatividad.

—Es muy largo de explicar y no tengo tanto tiempo –contestó eludiendo una respuesta más compleja—. ¿Qué haces tú por aquí? Qué pregunta más tonta –se respondió a sí mismo—, huelo a hembras cercanas.

—Así es –respondió Varulf con una sonrisa lobuna—, ¿te animas? La noche es joven Lycaon... y las mujeres exquisitas –comentó al paso de un par de bellos ejemplares.

—Bien, buena suerte con la cacería.

—Siempre la tengo —se despidió yendo tras ellas.

Varulf desapareció tan sigilosamente como había aparecido. Mujeres, ese era el único tema que importaba al dorado sueco. Sonrió a pesar de sí mismo, pues también, precisamente una mujer, era el motivo de sus propios pensamientos.

\*\*\*

La neblina parecía no terminar nunca. El cielo, envidioso de la vida en la tierra, parecía querer hacerse con ella a toda costa, y extendía sus dedos blanquecinos hasta ella con tensión. Los londinenses sólo disfrutaban de unas pocas horas de luz brillante. Unos escasos rayos de sol antes de que aquel manto agobiante volviera a hacer acto de presencia. Odiaba aquel clima sin vida, sin brillo, apenas sin sol. Echaba de menos su tierra adoptiva, aquella que le había sido negada a pisar. ¡Pero que Dios se pudriera en el infierno si alguna vez dejaba de intentar volver!

—Señor.

Atrox se giró para enfrentarle. La imagen del gran licántropo a contra luz era sobrecogedora. Con el cabello negro como el tizón y rasgos marcadamente masculinos, su rostro permanecía oscurecido y tan solo el brillo dorado de sus ojos decía que le miraba fijamente.

—¿Alguna noticia interesante?

—Sí, señor. Creo que la información que traigo le interesará sobremanera.

—Déjame adivinar —comentó Atrox apático, enfrentando de nuevo la ventana y, dejando vagar la vista por el paisaje—. Lycaon ha desistido de dirigir su manada y se ha largado al monte a llevar una vida solitaria y lúgubre —sonrió sin humor. Sabía de sobras que aquello era completamente imposible, Lycaon jamás haría una cosa así.

—No, señor —sonrió el visitante conociendo perfectamente el humor de su señor—, es algo mucho mejor. Es sobre el amuleto.

Sólo la mención de aquel objeto ya consiguió captar toda la atención de Atrox que abandonó su posición para acercarse, totalmente interesado en el tema.

—¿El amuleto de Lycaon? ¿Acaso lo ha perdido? —preguntó.

—No mi señor. No el amuleto de Lycaon sino el suyo mi señor. Su anillo ha sido encontrado.

Un aluvión de sentimientos atropelló su alma y su mente en aquel momento.

Tanto dolor soportado, tanto sufrimiento pasado, tan solo por aquel maldito anillo. Tantos años perdidos en su búsqueda después de su obligada huida. Y ahora, precisamente ahora había aparecido.

—¿Quién? —preguntó agarrando al hombre por los hombros y zarandeándolo con más fuerza de la necesaria. El brillo dorado de sus ojos se había acentuado adoptando un tono rojizo y la voz adquirió un tono más grave y aterrador— ¿Quién lo tiene? ¿Quién lo ha encontrado?

—Una mujer, se llama Manon Capwell y es la responsable de una excavación que se está realizando en las antiguas tierras de Lycaon, al límite de las que aún conserva —el informador soltó el párrafo de corrido, el miedo era un irresistible incentivo.

Atrox soltó al hombre, olvidándolo en el acto.

Una mujer. Capwell, aquel apellido no le decía absolutamente nada. ¿Quién podría ser?

¡Su amuleto! ¡Y en tierras de Lycaon! Aquello no era bueno, no era una buena noticia. Era la peor de todas. De todo lo que podía ocurrir, que Lycaon se hiciera con su anillo era lo que más le aterrorizaba. Debía hacer algo y rápido. Tenía muy en mente su destierro y lo que podía ocurrirle si ponía un pie en Durango, pero cualquier cosa que pudiera pasar, sería poco comparado con el poder que Lycaon tendría sobre él si se apoderaba de su amuleto.

En dos pasos estuvo junto al teléfono, descolgó y marcó rápidamente.

—Beth, necesito un billete de avión, debo ir a Durango lo más rápido que puedas y avisa a los nuestros de que voy hacia allí. Diles que me pondré en contacto con ellos antes de embarcar.

—Sí señor.

Volvió a colocar el auricular en su lugar y se pasó las manos por el rostro, con la intención inconsciente de aclarar las ideas, mesándose el cabello a su paso. Tenía que hablar con Thor antes de partir para que se hiciera cargo de todo durante su ausencia. Comenzaba a caminar hacia la puerta cuando sus ojos recayeron sobre el informador que aún se encontraba en la sala, en un rincón, mirándole fijamente, calculando en qué momento debía salir corriendo de allí.

\*\*\*

Siempre le había parecido increíble que cada ciudad tuviera su propio olor, su propio aroma que la proclamaba como única. Pero era cierto. Nada más poner los pies en tierra, al desembarcar, así lo constató.

Pocos minutos hicieron falta para que se encontrara en las bandas de

reclamo y recoger su pequeña maleta, pero su equipaje no parecía tener la misma prisa en aparecer.

Las obras de modernización y ampliación del aeropuerto creaban serios retrasos en varios departamentos. Después de más de media hora de espera, las bandas azules comenzaron su andadura y los primeros bultos aparecieron tras la pequeña abertura cubierta por gruesas tiras de plástico negro.

Arrastrando por fin su equipaje, caminó rápidamente atravesando el blanco y reformado ambulatorio, mientras a su alrededor viajeros y familiares, se ofrecían afectuosos abrazos de bienvenida.

Nadie la esperaba a ella.

En el exterior, una gran cola de taxis con puertas amarillas, esperaban pacientes iniciar sus carreras a demanda de aquellos que los necesitaran.

En un par de intentos cruzó la carretera para llegar hasta la zona de aparcamientos donde había dejado su Jeep al partir.

Aunque tenía pensado no comenzar a trabajar hasta un par de días después, estaba ansiosa por llegar a su pequeña casa para descansar, y hasta quizá pensar en todo lo sucedido. O quizá no. No tenía claro si era mejor para ella tratar de analizar todo lo vivido o dejarlo estar y olvidarlo por completo. Cuando llegara lo decidiría.

Ya se imaginaba relajada en su destartado sofá, quizá con un té frío sobre la pequeña mesa auxiliar, las persianas a medio abrir, y el televisor encendido creando un rumor suave y ronroneante invitándole a dejarse llevar por el sopor que la ayudaría a retomar fuerzas.

Unos metros más adelante divisó el viejo todo terreno y hurgó en su bolso en busca de las llaves y la tarjeta de pago. Tuvo que invertir más de lo necesario en ello pues los bolsillos estaban repletos de papeles y cosas que se le antojaron inútiles. Una vez estuviera en casa, debía invertir unos minutos en revisarlo y extraer todo aquello que había ido guardando y que ahora le estorbaba cuando debía buscar algo, se dijo.

Montó en el vehículo sin ni tan siquiera pensar en meter la maleta en el portaequipajes, simplemente la dejó caer en los asientos traseros y metió la llave en el contacto. El primer intento de arrancarlo fue completamente infructuoso. El motor emitía una serie de ahogados ruidos que no le gustaron en absoluto.

Volvió a intentarlo, esta vez pisando un poco el acelerador para tratar de inyectar algo de combustible. Pareció funcionar y una sonrisa de alivio apareció en su rostro para borrarse a los pocos segundos junto con la completa

negativa del motor a realizar su trabajo.

—¡Maldito cacharro! —exclamó mientras dejaba caer un puño sobre el volante. —Vamos amigo, ahora no —animó volviendo a intentarlo sin éxito.

En su concentración por tratar de que el Jeep funcionara no se percató de que otro vehículo se había parado a su lado.

Lucan observó a Manon luchar contra lo evidente: su todo terrero había pasado a mejor vida. Lanzaba golpes al volante y al salpicadero, entre intento e intento de arrancarlo, siseando palabras malsonantes, con el cabello alborotado y cansancio en la mirada.

Verla en aquella situación, enfadada por algo que se escapaba de su control, le hizo sonreír a su pesar. Desde luego no era una mujer que se dejara amilantar, eso ya lo había vivido en sus propias carnes. Aunque también sabía que puesta en una situación contraria a la realidad que ella conocía era incapaz de racionalizarla.

¿Cómo, por todos los diablos, conseguiría saber por fin si ella era consciente el poder del amuleto que aún portaba en su mano? No tenía la seguridad de hasta donde llegaba su conocimiento del secreto de su raza, de su propia condición, ahora que sabía quién era su progenitora.

Manon era una *Híbrida* y si ella no lo sabía, él tenía la obligación de explicárselo, con todo lo que aquello supondría, si no lo hacía y un *Infectado* lo descubría, podría estar en grave peligro. Pero primero, debía conseguir que ella confiara en él. Debía acercarse a ella y pedirle perdón por lo sucedido en la clínica. Por mucho que le costara, sin aquella disculpa, Manon jamás le ofrecería nada más que desprecio.

—¿Problemas? —preguntó Lucan después de bajar la ventanilla ahumada de su coche.

Aun concentrada en su quehacer, Manon reconoció aquella voz grave y atrayente que causaba una sensación muy extraña en su interior.

—Una pregunta bastante tonta teniendo en cuenta lo evidente —respondió sin girar la cabeza para mirarle.

—Puedo ayudarte —dijo más como información que como ofrecimiento. Esperaba que fuera ella quién tomara la mano que le tendía.

—¿Sí? Vaya eres un hombre muy completito —ironizó—. No gracias, no quiero tu ayuda, ya tuve bastante de ti hace unas horas.

—Soy consciente de que no estuve muy acertado contigo, pero espero que esa Manon que conocí mientras comíamos sepa darme una segunda oportunidad. Déjame llevarte a casa.

—Ni lo sueñes —respondió Manon sin pensar.

La mujer se lo ponía más difícil de lo esperado. Lucan no sabía muy bien cómo actuar, jamás antes había estado en aquella situación con una mujer, en otras más complicadas sí, pero no así, siendo completamente libre, habiendo pasado siglos desde su maldición, siendo totalmente dueño de sus actos y decisiones. El recuerdo del juramento que se hizo una vez, volvió a su mente con palabras de fuego, jamás dejaría que la situación con una mujer enturbiara sus pensamientos y su proceder.

Bajó de su coche para acercarse a ella. Nunca había utilizado su físico para tratar de conseguir lo que deseaba, pero tenía muy presente las reacciones de las mujeres ante su cercanía a lo largo de su vida. Lo deseaban. El olor que desprendían sus feromonas así se lo gritaban a los cuatro vientos.

Incluso Manon acusaba el mismo comportamiento.

Un pensamiento de incomodidad cruzó por su mente por un instante, y lo relegó a un segundo plano al instante siguiente, ya tendría tiempo de sentirse culpable más tarde. Por otro lado, y si debía ser sincero con él mismo, si había habido alguna hembra que había captado su atención y había provocado en él deseo sexual, desde luego esa era Manon. La fiera que llevaba en su interior y que debía sujetar con mano de hierro, daba fe de ello.

—Manon —la llamó por su nombre colocando una de sus manos sobre las de ella que aferraban el volante con tozudez—, déjame ayudarte.

La calidez de su piel era exquisita. Nada más producirse el contacto había sentido una chispa eléctrica recorrerle el cuerpo. Sintió como una vocecilla en su interior que le pedía que no se alejara, urgiéndola a seguir tocándole, prometiendo un placer como nunca había conocido.

Una ráfaga de aire le devolvió el control de sus pensamientos y retiró las suyas al momento. En la zona donde la había tocado Lucan, se instaló un desolador frío de abandono. Sus manos la habían abrasado por dentro, encendiendo una necesidad irracional, un apremio extraño por mantener el contacto, por.. ¡Oh Dios! eso era peligroso, tenía que serlo.

Intentando poner más distancia entre ellos, Manon se las arregló para bajar del coche. Tomó su equipaje y comenzó a caminar, resuelta, en busca de uno de los taxis que había visto a la salida del aeropuerto.

—¿Huyendo de nuevo? No creí que fueras de ese tipo de mujer —la azuzó.

La pulla causó el efecto esperado y frenó su avance para encararlo.

—No estoy huyendo Lucan. Es sólo que no deseo tu compañía ¿tan duro te resulta? — contestó enfadada.

—Bien —aceptó mientras llegaba hasta ella y la tomaba por un brazo— en ese caso, déjame que me despida como es debido.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo ya se había apoderado de su boca. Aquellos labios, que prometían ofrecer un dulce sabor, le compensaron con mayores placeres de los imaginados. Era almíbar de los dioses, era ambrosía fresca y recién elaborada. La saboreó por completo, derrumbando su resistencia primero para después llevarla con él hasta ahondar el beso, dando y tomando a la vez.

Manon no pudo pensar en nada más. Rodeada por los poderosos brazos de Lucan mientras la paladeaba con fruición, sintió como su voluntad se doblegaba frente a la exigencia de su beso. Se dejó llevar, mientras sentía que todo su cuerpo se entregaba a él con un abandono que quizá, si hubiera sido consciente, la hubiera hecho enrojecer.

Su lengua jugueteaba con ella, la acariciaba por dentro, la marcaba como suya. El deseo de saber más, de conocer más de aquel hombre, de ofrecerse por entero a él, creció en su interior, quemándola, abrasando cualquier otro pensamiento para no dejar nada más que la necesidad de satisfacerle, reduciendo a cenizas el dominio sobre sí misma.

Supo el momento en que Manon se rindió a sus demandas. Tuvo la certeza en el mismo instante en que ella le rodeó el cuello atrayéndolo más a su boca, tratando de obtener mayor porción de aquella deliciosa droga que nublaba sus pensamientos. Entonces cayó en la cuenta de que ya no manejaba la situación. Había pasado de dominar a ser dominado.

La entrepierna le dolía por la excitación y su demonio particular trataba por todos los medios de salir a la superficie. Le gritaba que la poseyera, que la hiciera suya que la tumbara de espaldas y se enterrara en ella hasta perderse en el gozoso abismo del placer. El conocido escozor en los ojos le avisó. Trató de resistirse pero el deseo era tan fuerte, que todo pensamiento racional amenazaba con quedarse fuera de contexto. Debía acabar con aquello en seguida si no quería estropearlo todo.

—Vamos Manon te llevaré a casa —le susurró al oído con voz ronca, impidiéndole así la visión de sus ojos que se habían tornado demasiado extraños para pasar por humanos.

\*\*\*

Sólo cruzaron un par de frases para informarle sobre el camino que debía tomar antes de que el silencio se instalara por completo entre ellos. El

deportivo negro de Lucan, un Aston Martin Vanquish, era todo lo cómodo y rápido que prometía, devoraba kilómetros y curvas velozmente, guiado por su dueño que manejaba el volante con destreza.

Manon lo observó atentamente mientras conducía. Le hubiera gustado verle los ojos para tener una ligera idea de si todos sus sentidos estaban puestos en la carretera como aparentaba, pero unas gafas oscuras se lo impedían.

Aun bajo los efectos del beso de Lucan, se sentía extraña.

La lógica aplastante le decía que no debía volver a permitir aquello porque no era seguro, y sin embargo, tenía muy presente el anhelo que su corazón guardaba y que le gritaba exactamente lo contrario. Se había sentido tan bien entre sus brazos, tan segura, tan protegida, y a la vez, tan deseada. Incluso podía imaginar que Lucan sentía algo por ella.

Y además estaba su sabor ¡Dios que bien sabía aquel hombre! Aún podía notar en su paladar resquicios de bosque fresco, libre y salvaje.

Volvió a echarle un vistazo fugaz mientras notaba como se sonrojaba sin poder evitarlo. Sintió una pequeña picazón en las puntas de los dedos, deseando poder tocarle, asegurarse de que era cierto, que él existía y que la había besado de una forma como nunca antes lo habían hecho, haciéndole perder cualquier sentido de la realidad para concentrarse totalmente en él, para convertirse en el completo centro de su existencia.

¡Por todos los santos que debía estar como un cencerro!, pensó mientras movía ligeramente la cabeza negando ¿Se sentía atraída por aquel pedazo de animal insensible que ahora la llevaba a casa sin ni siquiera haberle dedicado una sola mirada después de besarla de aquella forma? ¿De aquella bestia que le había llevado hasta el borde mismo de una furia que jamás había sentido hacia ningún ser humano? ¿De aquel que casi sepulta su reputación profesional recién estrenada? Sin lugar a dudas, debía estar loca, más loca de lo que imaginaba.

Aludiendo en el pensamiento a su salud mental, otra serie de vivencias que había querido olvidar, relegándolas al subconsciente, convenciéndose a sí misma de su irrealidad, afloraron al instante. Cerró los ojos fuertemente tratando de expulsarlas de nuevo de su cabeza. Aquello no podía haber pasado, se recordó, sin duda debió ser algún tipo de pesadilla. Después de aquellas apariciones ella siempre había despertado. Aunque debía reconocer que si así era, debía padecer algún tipo de amnesia pues no podía recordar qué demonios había estado haciendo antes de despertar. Por que sin duda, tuvo que hacer algo ya que una de las veces no despertó en el mismo lugar. Sí, la



amnesia era algo mucho más creíble además de poderse englobar dentro de una especialidad. Eso sí podía existir, se dijo más convencida, aún así y teniendo en cuenta el historial de su madre biológica, lo más recomendable sería consultar con un profesional. Sí, afirmó visiblemente, debía hacerlo y lo haría.

Lucan, lejos de tener los cinco sentidos dedicados a conducir, estaba completamente atento a todos y cada uno de los movimientos de Manon, la excitación de su cuerpo así lo corroboraba. Había estado en silencio durante todo el camino, encerrada en sí misma y sus cavilaciones. Pensamientos que por otra parte, y habiéndola estado observando, no debían ser demasiado agradables.

No la conocía bien como para afirmar que fuera una tendencia habitual en ella, pero sí sabía que no le gustaba en absoluto verla de ese modo. La prefería enfadada, chispeante y viva antes que envuelta en aquel mundo únicamente suyo y que aparentemente le hacía daño. Sorprendentemente, no le hacía ninguna gracia que Manon sufriera ningún tipo de mal, ni siquiera el infringido por ella misma.

—¿Sabes que es muy divertido observarte mientras piensas? —comentó Lucan sin apartar la mirada de la carretera— Casi se puede adivinar lo que estas pensando con sólo mirarte unos instantes.

La mención de sus pensamientos consiguió que de nuevo aquel vergonzante calor se instalara en sus pómulos, y trató de evitar que Lucan lo advirtiera, girando ligeramente la cabeza para mirar por la ventanilla de cristales oscurecidos. Reconoció el paisaje, ya estaban cerca de su casa.

—¿Sabes que tienes una odiosa costumbre de entrometerte en lo que no te incumbe? —respondió Manon sin mirarle y sin ninguna emoción en su respuesta. —Casi se podría decir que vives para ello.

—Vamos mujer, no pretendía encender de nuevo tu ira —se disculpó.

—No lo has hecho.

—Me alegro porque tu ira es lo último que quiero encender —la miró mientras hablaba, con una sonrisa de medio lado en el rostro, tenía que conseguir algún tipo de reacción en ella —me gusta más dedicar mi tiempo a encender otro tipo de cosas más interesantes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Manon sin darse cuenta de lo que decía.

—Por ejemplo esa pequeña hechicera que sabe cómo llevar a un hombre hasta el límite con sólo besarle, y que te empeñas en esconder condenadamente bien.

Aquel comentario sí que captó toda su atención. El ligero rubor que aún teñía sus mejillas alcanzó cotas impensables. ¡Joder!, pensó, si se proponía que se sintiera como una niña frente a un desliz prohibido e inconfesable lo estaba consiguiendo. ¿Pero qué esperaba? Ella era una mujer adulta, con deseos y necesidades adultas. Giró la cabeza, entreabriendo la boca para contestarle, pero un dedo de Lucan, colocado a tiempo en sus labios, se lo impidió.

—Hemos llegado —le informó, absorta como estaba en sus ultrajados pensamientos no había notado que Lucan había parado el coche a unos metros frente a su casa.

De nuevo, sentir el tacto de Lucan en sus labios, consiguió devolverla por un instante y sutilmente, a aquel estado de libre abandono. ¡Por todos los demonios, tengo que alejarme de aquí! Pensó antes de salir del coche sin dirigirle una sola mirada. Abrió la puerta trasera, tomó su maleta, y volvió a cerrar de un golpe seco para, seguidamente, caminar resuelta los pocos metros que la separaban de su hogar.

Lucan la observó mientras caminaba y rebuscaba en su bolso las llaves. El movimiento de aquel trasero en forma de corazón, era un conjuro que anulaba cualquier otro pensamiento en él, y no cesó de mirarla hasta que desapareció tras la puerta.

Tenía muy presente el problema que podía representar Manon, un problema cuya solución ahora le resultaba muy apetecible. Siendo humana, como creía que era, estaba fuera de toda consideración establecer una relación con ella, quizá por ese motivo ni siquiera lo había pensado seriamente. Pero ahora... ahora que tenía la absoluta certeza de que era una *Híbrida*, se le atojaba totalmente concebible. Debía hacerla suya. Manon tenía que pertenecerle. De aquel modo Atrox jamás se atrevería a ponerle las manos encima y él obtendría las dos cosas que deseaba, mantener la paz entre su gente mediante la posesión del anillo y recuperar su tranquilidad mental mediante la posesión de su cuerpo.

Tomada la decisión se sintió satisfecho, aunque no por completo ya que le hubiera gustado poder disfrutar de nuevo de aquellos apetecibles labios en un beso de despedida, rió ante el pensamiento. Volvió a centrar su interés en la carretera y reemprendió la marcha.

El rugido del potente motor indicó a Manon el momento exacto en el que Lucan se marchó, y únicamente entonces, dejó escapar el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

Lo primero que le llamó la atención cuando por fin pudo centrar su mente en otra materia que no fuera la atracción totalmente irracional por Lucan, fue el contestador automático. El pequeño chivato brillaba con su sempiterna luz roja, pero en aquella ocasión intermitentemente, haciéndole entender que tenía mensajes grabados que requerían ser escuchados.

Sin darle tregua a su cerebro y así anulando la posibilidad de que pudiera volver a centrarse en temas en los que no le interesaba ahondar, al menos por el momento, se abalanzó sobre el pequeño botón negro para accionar el mecanismo que iniciaba la retahíla de mensajes. Nada más terminar el sonido del rebobinado, el aparato emitió el pitido que daba comienzo al monólogo incesante que guardaba en su interior.

La primera voz que escuchó fue la de su madre. “Manon, hija, soy mamá, hace mucho que no me llamas ¿estás bien? Bueno... tu padre me habló de no sé qué problema de propiedades de las tierras de la excavación ¿se ha solucionado ya? Llámame cariño, o mejor, ven a casa este fin el semana, te prepararé tu plato preferido ¿vale? Un besito hija y hasta pronto”. Piiiiii, tap tap, “Manon, soy Aixa, supongo que te gustará saber que ya han terminado las pruebas del Carbono 14, esta tarde iré a recoger los resultados. En cuanto los tenga te vuelvo a llamar.” Piiiiii, tap tap, “¿Hola? ¿Euan? Soy Hector, llámame esta noche, tengo el teléfono de un par de maravillas que te gustará conocer”. Piiiiii, tap tap, “Manon, soy Carlo, Carlo Montesinos, sé que estas de viaje, pero trata de ponerte en contacto conmigo cuando vuelvas. No es demasiado urgente, pero se trata de un tema que es necesario resolver y no me gustaría dilatarlo demasiado. Un saludo”. Piiiiiiii, tap tap, “Manon, soy papá, tu madre me ha dicho que vienes el fin de semana a comer casa, bien, si es así ya hablaremos, un beso hija”. Piiiiii, tap tap, “Euan, soy Hector, ¿Por qué no me llamaste capullo? En fin, es igual, tú te lo perdiste. Un abrazooo”. Piiiiii, tap tap, “Manon, soy Aixa, llámame en cuanto llegues. Es importante”. Piiiiii, tap tap, “¿Aún o has llegado? Bueno verás es que ya tengo los resultados pero hay algo que no comprendo. Debe haber un error, algo que se nos escapa. No lo entiendo de veras, se supone que estas cosas no fallan, pero... bueno, que me llames ¿vale?” Piiiiiiiiiiii tap tap tap.

Había salido de viaje muchas veces pero jamás había tenido tal cantidad de mensajes en sólo un par de días. Aquello era de locos. Bien, lo primero era marcar prioridades de llamadas.

Aixa, desde luego, parecía estar muy preocupada por algo, los informes con los resultados sin duda. Qué extraño, no entendía qué podía ser, pero tampoco

deseaba adelantar acontecimientos, la llamaría en primer lugar.

Después su madre. Ciertamente la tenía un poco abandonada desde que iniciara el proyecto, se recriminó. Si se había tomado unos días para ir a ver a su progenitora, también podía desplazarse el fin de semana para ir a mimar un poco a la que cuidara de ella durante tantos años.

La tercera llamada sería para Montesinos, ya que no tenía idea de quién podía ser aquel Euan ni el que lo llamaba, el tal Héctor.

Antes de enfrentarse a Aixa y su incansable charla, decidió que lo mejor sería refrescarse un poco. No se molestó en ir al baño, usó el grifo de la pequeña cocina para lavarse la cara con agua fría. Aquel sencillo gesto le sentó de maravilla y volvió, esta vez algo más animada, junto al teléfono para marcar el número de su compañera.

—¿Diga? —contestó su amiga al primer tono.

—Aixa, soy Manon, acabo de llegar.

—Manon, de verdad tendrías que comprarte un móvil, al menos sería más sencillo contactar contigo y no tener que esperar a que llegues a casa. ¿No se te ha ocurrido pensar que la excavación podría requerir de tu atención para algún asunto urgente? No sé, algo serio, ya sabes. Desde luego sería muy conveniente que te compraras uno, para casos así...

—Vale Aixa por favor, ve al grano —la cortó, cuando se embalaba no tenía fin—, como te he dicho acabo de llegar y estoy algo cansada.

—¡Oh! perdona —aunque su petición de disculpa no sonó como tal.

—¿Qué era eso que te tenía tan preocupada? —le preguntó sin dar importancia al tono herido de su amiga.

—Preocupada no es la palabra, sino más bien mosqueada.

—Explícate —pidió Manon.

—Verás recogí los resultados del Carbono 14. Y hay algo que no me cuadra en absoluto.

—¿Qué?

—Pues como tú y yo constatamos en el yacimiento, aquello no era ni mucho menos un cementerio. Quiero decir, que no se usaba el terreno para enterrar a los muertos, sino que allí hubo una batalla.

—Sí, además ahora tengo la certeza de que así fue —comentó recordando la información que le había proporcionado Lucan.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Alguien me lo dijo.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No importa.

—Sí importa.

—¡Aixa! —le llamó la atención.

—Está bien, está bien —se dio por vencida—. El caso es que, si así hubiera sido, lo más lógico es que los combatientes fueran hombres lo suficientemente jóvenes como para luchar ¿no es así?

—Sí, pero ten en cuenta que según la fecha de que daten, quizá no tiene porqué ser la tónica general. Además, se sabe con certeza que existieron grupos de tribus antropófagos de indígenas en la Sierra Madre.

—Lo sé, pero ¿te resulta lógico que daten de fechas tan dispares como cientos de años de diferencia?

—¿Cientos?

—Varios cientos.

—¿Estás segura? —la pregunta era completamente retórica, Aixa no afirmaría algo así si no hubiera verificado tal información antes.

—Por completo. Cuando leí el informe llamé al laboratorio y me explicaron que habían realizado la prueba varias veces ya que ellos estaban tan alucinados como yo.

Manon se quedó callada por unos instantes tratando de buscar una explicación racional a aquel enigma.

—¿Manon estás ahí?

—Sí, sí, perdona Aixa, estaba pensando ¿Podría ser que nos encontremos con un lugar donde se hayan producido dos batallas con esos varios cientos de años de diferencia?

—No.

—¿No?

—Imposible. Yo pensé lo mismo y animada por ese pensamiento de que nos encontráramos con dos enfrentamientos diferentes, tomé varias muestras más de diferentes zonas del área, llamé de nuevo al laboratorio y estuvieron de acuerdo en hacer las pruebas con urgencia. Los resultados de las últimas muestras aún nos han dejado más anonadados si cabe.

—¿Qué quieres decir?

—Manon cada muestra databa de un siglo diferente.

—¡Dios! —exclamó, lo que Aixa le estaba contando no tenía sentido.

—Exacto ¿Pero quieres saber algo todavía más extraño?

—¿Aún hay más? —preguntó Manon sin poder creerlo aún.

—Cuando estuve deambulando por el área, me fijé en algo que se nos había

pasado por alto.

—Por dios Aixa, suéltalo ya si no quieres que me dé un ataque.

—¿Recuerdas que estuvimos divagando sobre cómo se habían matado aquellos hombres? ¿Recuerdas que nos extrañó sobremanera que no hubiera armas de ningún tipo?

—Sí

—Creo que tengo la respuesta.

—Aixa por el amor de Dios no me tengas así.

—Recogiendo las muestras me di cuenta de un detalle que comparten todos y cada uno de los torsos. Absolutamente todos tienen las costillas perforadas a la altura del corazón.

—¿Quieres decir que se los arrancaron?

—Premio.

Manon tuvo que sentarse cuando notó que las piernas comenzaban a flaquearle. ¿Pero qué demonios habían encontrado? Miles de preguntas se agolpaban en su cabeza, preguntas a las que por el momento le era imposible contestar.

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar —respondió Manon—, después de la bomba que acabas de soltar.

—Quizá debí esperar a contártelo mañana. Lo siento.

—No, no, has hecho bien. Es importante. ¿Se lo has dicho a alguien más?

—Aún no.

—Mejor, no lo hagas, al menos hasta que tengamos más datos al respecto y podamos elaborar una hipótesis que se sostenga. Mañana pasaré por allí en cuanto pueda.

—De acuerdo, allí estaré. Que descanses— se despidió Aixa antes de cortar la comunicación.

¡Ja! Como si descansar fuera posible después de lo que acababa de escuchar. Se recostó sobre el sofá sin mirar a ningún sitio en particular. En su mente rugía un huracán de información que giraban a una velocidad vertiginosa.

## Capítulo once

Antes de entrar en el aeropuerto Atrox llamó a sus contactos en Durango. Aunque hacía mucho tiempo que no pisaba su tierra, jamás la hubiera dejado abandonada del todo. Se había asegurado de dejar allí el máximo número de fieles a él para que lo mantuvieran informado y alerta de cualquier situación. Así, y a su demanda, le habían explicado que la tal señorita Capwell, había aterrizado unas horas antes en Méjico, procedente de Los Ángeles. Por lo visto había ido a visitar a alguien enfermo. Hasta ahí no encontraba nada extraño. Lo que le puso de un humor de mil demonios fue enterarse de que la habían visto acompañada de Lycaon. Desde luego, estaba haciendo lo correcto arriesgándose a trasladarse hasta su antigua tierra.

La sala de espera frente a la puerta de embarque no estaba demasiado concurrida. Bien, mucho mejor para él, el avión no estaría lleno y eso reducía las posibilidades de que alguien ocupara un asiento junto al suyo y tuviera que soportar algún tipo de charla pesada y anodina que para nada podría interesarle.

Atrox, se acercó a uno de los ventanales desde donde se podía observar el incesante quehacer de los trabajadores del aeropuerto. A su espalda el rumor de los que, como él, esperaban subir al avión. Una conversación en concreto, aunque susurrada, llamó su atención sobre el resto.

—¿Has visto a ese? —preguntaba una voz femenina.

—¿Quién? —preguntó a su vez su compañera.

—El que está ahí. Ése —imaginó un tierno y suave dedo de mujer apuntándole— el que está de pie frente al cristal, con el pelo largo ondulado y negro.

—¡Guau menuda pieza! —Exclamó admirativamente— Está buenísimo. Qué pedazo de hombre, tiene un cuerpazo desde luego. ¡Dios quién lo pillara!

—¿Verdad? ¿De dónde habrá salido?

—Del mismísimo infierno señoritas —contestó muy seriamente Atrox que se había girado y agachado para clavar sus dorados ojos directamente en ellas y dejándolas mudas de inmediato.

En aquel momento los altavoces sonaron llamando a embarcar a los pasajeros rumbo a Méjico.

Atrox paseó unos segundos más la mirada sobre las dos mujeres, quienes

sorprendidas y con la boca abierta no acertaban a pronunciar una sola palabra más.

Con una maliciosa media sonrisa volvió a erguirse despacio y se dirigió a la puerta para entrar en el grisáceo finger.

Sus pasos resonaron huecos dentro del inmenso tubo de plástico. Un par de metros más atrás, oía a las dos mujeres que parecían resistirse a apartar sus ojos de él. Cansado y hastiado de su cuchicheo decidió acabar con ello.

—¡Buuu! —exclamó girándose rápidamente para enfrentarlas y pillándolas desprevenidas.

La pareja dio un respingo asustada y pasaron delante de él completamente indignadas mientras Atrax se reía sin humor.

\*\*\*

Angustia. Una loca carrera para salvar la vida. Sangre. Visceras frescas y abiertas. Miedo. Cuerpos seccionados. Calor. Gritos. Terror. Más sangre y más cuerpos. Bestias salvajes que desollaban otras bestias. Esas eran las imágenes que acechaban los sueños de Manon, mientras todavía sobre el mismo sofá donde hubiera charlado por teléfono con Aixa horas antes y aún anclada al auricular, se convulsionaba presa de las pesadillas.

Completamente asustada y ahogando un grito en la garganta despertó desorientada. Un instante después consiguió calmarse al darse cuenta de que estaba a salvo en su casa. Aún con la respiración jadeante dejó el auricular en su lugar y se masajeó la cara tratando de apartar de ella los últimos resquicios de aquellos odiosos sueños que la privaban del descanso que necesitaba.

Maldita fuera Aixa y sus informaciones de última hora.

Seguro que gracias a ella había tenido de nuevo esas pesadillas que deberían haber desaparecido tras visitar a su madre. Siempre ocurría, siempre había conseguido librarse de ellas durante bastante tiempo después de verla. Pero claro, la conversación mantenida con su compañera justo antes de quedarse dormida debía hacer sido el detonante perfecto para de nuevo soñar aquellas atrocidades.

El macabro pensamiento de un campo de batalla lleno de cuerpos a los que el corazón les habían sido arrancados del pecho, era una imagen nada recomendable para irse a dormir, pensó meneando la cabeza como regañándose a sí misma.

¿Batalla o batallas? Sin duda debieron ser varias ocurridas en el mismo lugar, pero ¿por qué Lucan sólo aludió a una?



Él era poseedor de un gran conocimiento de sus tierras, así que sin duda, debía saber también que más de un enfrentamiento se había llevado a cabo allí. ¿O quizá no lo sabía? ¡Dios todo lo referente a aquel hombre suscitaba en ella un montón de preguntas sin respuesta! Era sencillamente irritante.

Aunque si era sincera con ella misma, debía reconocer que besaba increíblemente bien. Había conseguido que olvidada por completo donde se encontraban. ¡Y qué forma de moverse en su boca! No recordaba ningún hombre que la hubiera explorado de aquella manera, seguro que no había dejado ni un solo hueco por acariciarle con su húmeda, suave y caliente lengua. Y aquella forma de tocarla, marcándola. Su cuerpo se estremeció al recordarlo y sintió como los pezones se le endurecían al instante. ¡Madre de Dios los labios de aquel hombre deberían estar prohibidos! Pensó tratando de quitarse de aquella forma un poco de culpabilidad moral para volver a la realidad.

Recordó que no había cumplido con todas las llamadas que debía realizar. Miró su reloj. Era muy entrada la noche y todos debían estar durmiendo.

A primera hora de la mañana se pondría en contacto con Montesinos, se prometió. También debía recordar llamar a su madre, sin duda debería estar preocupada ya que no le comunicó su decisión de tomarse unos días libres y mucho menos de que fuera a viajar. Pobre Marie, siempre pendiente de todo el mundo y sin recibir nunca la misma consideración, pensó cariñosamente mientras se volvía a recostar sobre el sofá.

Encendió el televisor. Nada que ver excepto una supuesta vidente que anunciaba un eclipse próximo. Le vino a la memoria un vago recuerdo de que ya había oído algo parecido días atrás. Nunca había disfrutado de uno total, debía ser algo digno de ver. Quizá, si lo recordaba la noche señalada, se asomaría para presenciarlo, pensó antes de caer de nuevo en el sopor.

Notaba el cansancio del viaje y la falta de descanso en cada fibra de su ser y volvió a dormirse, esta vez esperando no soñar.

El nuevo día pasó más rápido de lo que le hubiera gustado. La llamada a Montesinos no sirvió para mucho, ya que su secretaria le informó de que había salido para una reunión urgente y que no volvería hasta el día siguiente. Aunque le preguntó el motivo de la llamada del jefe, ya que era así como la muchacha se refería a él, ésta no tenía ninguna información ni indicaciones al respecto, así que simplemente pidió que le dejara una nota para informarle que ya estaba localizable para que él se pusiera en contacto con ella en cuanto tuviera la oportunidad.

La llamada a su casa fue de mucha más duración. Su madre, Marie, estaba encantada de poder hablar con ella. Como siempre, le explicó mil y una anécdotas ocurridas durante los días anteriores, hechos que por otra parte, no le interesaban pero que escuchaba atentamente para no herirla. Después de hacerle prometer mil veces que comería con ellos al fin de semana siguiente, por fin la dejó cortar la comunicación.

Después de llamar a una compañía de automóviles para alquilar un vehículo y al mecánico para indicarle dónde se encontraba su traicionero Jeep, la productividad vino como siempre acompañada por su cita con Aixa.

Ésta casi la vuelve loca poniéndola al día de todo lo ocurrido y volviéndole a explicar cada uno de los pasos que había dado en lo referente a las pruebas de las muestras.

—Creo que Jacob sospecha que ocurre algo raro —le dijo su compañera en un susurro cuando vieron que éste les saludaba con una sonrisa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Manon en el mismo tono mientras contestaba al saludo con un cariñoso gesto.

—Me preguntó si había notado algo sobre la rotura de las costillas de algunos individuos.

—¿Y qué le contestaste?

—Que debido a las condiciones a las que están expuestos los restos es muy lógico.

—Una respuesta tonta ¿no te parece?

—Ya sabes... a preguntas tormentosas, respuestas con chubasquero.

—Ya, de todas formas no creo que por esa pregunta tormentosa como tú la llamas tenga que sospechar nada. Te estás volviendo una sicótica desconfiada.

—¡Ja! Pues mira que vienes tu bien... por cierto ¿qué tal fue?

Por un momento Manon no supo a qué se refería su amiga hasta que recordó que Aixa no sabía nada de su encuentro con Lucan.

—¿Las mini—vacaciones? Bien, bueno todo lo bien que cabe esperar —respondió eludiendo el episodio realmente vivido en la clínica. No le apetecía tener que responder al aluvión de preguntas que caerían sobre ella si comenzaba a explicarle todo lo que había pasado.

Aunque no pudieron resolver mucho más del enigma que se les había presentado, Manon no tuvo la sensación de haber perdido el día ni mucho menos. Volver a estar entre su gente y poder ensuciarse las manos con aquella tierra tan querida y sobre la que había puesto tantas esperanzas, fue como un tónico tranquilizador.

Antes de volver a casa, esperó a que todo el mundo se hubiera marchado para poder emborracharse a solas de la magnífica vista del yacimiento.

El crepúsculo ya teñía con bellos matices el despejado cielo, desde el naranja hasta el violeta, donde hasta solo hacía unas horas el sol había sido el rey indiscutible.

Después de varios minutos de observar sin pensar en nada, y disfrutando del panorama que ofrecía aquella árida y tenuemente iluminada herida abierta en el corazón del bosque, realizada para dejar al descubierto todos los secretos que guardaba, llegó a la conclusión de que por muchos problemas que se presentaran les haría frente con toda la fuerza que pudiera. Aquel era su proyecto, su futuro y el de todas las personas que tenía a su cargo, entre ellas Aixa. No podía menos que pagarles con el mismo arrojo y dedicación que ellos mostraban en su trabajo.

Lucan había resultado ser un duro y atractivo competidor al principio, que luego le ofreció una tregua, pensó mientras se dirigía hacia el coche de alquiler.

Había algo en él que conseguía erizarle la piel. Sus ojos, pensó, aquellos plateados y brillantes ojos que transmitían un poder y una fuerza como jamás había visto. Precisamente por ese motivo, era mucho mejor tenerlo como amigo que como enemigo.

¿Se engañaba a sí misma y anteponía aquel pensamiento infantil frente a la evidente atracción física que sentía hacia él? Era muy posible, se encogió de hombros y dibujó una sonrisa en los labios, pero en todo caso ¿qué más daba? Empezaba a estar cansada de ser siempre la fuerte. Ella era una mujer normal que había logrado salir adelante a fuerza de empeño y duro esfuerzo, eso era cierto ¿pero qué precio había tenido que pagar? Había cargado a sus espaldas obligaciones y deberes que pesaban demasiado, quizá ya era momento de dejar de lado los resquicios de esos pocos miedos y su antigua determinación de permanecer sola frente a todo. Ya iba siendo hora de dejarse ayudar. Quizá ya había llegado el momento de abrir su corazón y permitir la entrada a aquellos que la rodeaban. Quizás, aquel era el día en que debía olvidar el pasado y pensar en su futuro personal, dando rienda suelta a todo lo que sentía. Tan sólo quizás, debía hacer caso a lo que Lucan le pidiera, dejar salir a aquella hechicera que tanto le había gustado, y por otra parte, tanto había disfrutado ella, se dijo mientras arrancaba el coche y emprendía la marcha hacia su hogar.

Cuando Manon desapareció de su vista, Lucan deshizo el camino que había

realizado para observarla. Desde la posición elevada que ofrecía la cima más alta de sus tierras y armado con unos binoculares, había visto como el yacimiento había ido perdiendo su actividad diurna. Poco a poco todos los trabajadores habían ido marchando hasta que sólo una figura había permanecido allí.

Aún se preguntaba por qué había caído tan bajo y había acudido como un cachorro encaprichado a observarla arropado por el anonimato. Debía verificar que se encontraba a salvo, se dijo para aquietar su espíritu, pero aquella afirmación era muy diferente de lo que realmente sentía cada vez que la tenía cerca.

Recordó a Varulf y su cacería de hembras, como él las llamaba. Su amigo se habría reído en su cara si hubiera sabido de su comportamiento en lo referente a Manon.

El sueco había compartido con él una parte de su vida en la que Lucan no quería saber nada de mujeres, tanto era el dolor y el odio ciego que albergaba hacia aquella que le transformara en lo que ahora era. Por ese motivo, tenía la certeza de haber hecho lo correcto cuando lo encontró un par de noches atrás, no decirle absolutamente nada había sido lo mejor.

Pero Manon era harina de otro costal. Con ella no se sentía amenazado si no más bien como un loco depredador. Él, que había enseñado a otros como controlar a aquel ser salvaje que atenazaba su alma. Él que había sido maestro a la hora de sujetar con mano de hierro la bestia que se escondía en cada uno de los miembros de su raza, se había encontrado en la tesitura de tener que colocarse unas gafas de sol para ocultar sus ojos. Aquellos ojos que le delataban como algo muy diferente a un ser humano. Había tenido que cerrar sus puños ante la necesidad de saltar sobre ella, arrancarle las vestiduras y tomarla brutalmente. Había tenido que comerse el deseo de hundirse en su calidez y saciarse de ella cuando, como un ladronzuelo nocturno, le había robado aquel beso.

La deseaba. ¿Para qué negarlo? ¿A quién pretendía engañar? Pero no sólo eso. No sólo quería su cuerpo, deseaba a la mujer completa. La necesidad que había logrado descubrir dentro de él distaba mucho de una simple atracción física. Quería poseerla por entero. Quería que ella le perteneciera completamente. Y lo conseguiría de una forma u otra.

Nada más entrar en la casa, Koram le salió al paso y caminó durante un instante a su lado. Lucan lo miró de soslayo. El joven licántropo tenía la misma expresión de un inocente que se prepara para enfrentarse a un jurado.

—¿Alguna buena nueva? —preguntó Lucan cuando notó que su amigo no se decidía a hablar.

—No sé si considerarlo de esa forma —dijo nervioso, la información que tenía que darle a Lucan no le pondría de buen humor.

—Dispara —le animó con un gesto amistoso, tratando de quitar un poco de aquel ceño fruncido que mostraba.

—Acabo de hablar con Anpu —aventuró.

—¿Ya ha llegado?

—Sí, llegó aproximadamente un par de horas después de ti —añadió viendo la posibilidad de poder escurrir el bulto— Está aquí, creo que él podrá explicártelo mejor que yo.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Lucan, esta vez con algo más de urgencia.

Si Anpu se había arriesgado a ir hasta su casa, la información que pretendía darle debía ser de máxima importancia.

—Te espera en tu despacho —informó Koram.

—¿Alguien le ha visto entrar?

—No.

—Bien —Lucan se dirigió hacia allí con paso rápido y el joven respiró dejando escapar con el gesto el peso que había sentido en el pecho hasta aquel momento.

Cruzó prácticamente corriendo los pocos metros que le separaban de la puerta de su despacho. En un rápido giro de la mano la abrió y entró, cerrando de nuevo tras él.

Encontró a Anpu cómodamente sentado en uno de los sillones frente a su escritorio.

—Koram me ha dicho que estabas aquí —dijo Lucan dándole un amigable golpe en el hombro. Éste sonrió y se quitó la capucha que había mantenido en su lugar incluso dentro de la casa, dejando al descubierto sus oscuros y rebeldes rizos.

—Imaginé que lo haría. He notado cuando has llegado y evidentemente veo, por tu rapidez en acudir, que también te ha hablado de la urgencia. Por supuesto si no fuera así, no estaría aquí —añadió antes de que Lucan le recordara que no era recomendable que les vieran juntos.

—Confío en tu criterio Anpu.

—Bien, siéntate, las noticias que traigo no te van a gustar —y por su mirada ambarina supo que así sería.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has descubierto algo?

—De lo que me encargaste exactamente no. Pero me soplaron que aquella mujer que mantenías en la clínica ha escapado. Supuse que si te tomaste tantas molestias en mantenerla allí, te interesaría saberlo.

Aunque visiblemente Lucan pudo controlarse y no mostrar la conmoción que la noticia le había provocado, una vena pulsante en su cuello mostraba a las claras que evidentemente la información le había afectado.

—Creo que te dejaré a solas Lucan —su amigo lo conocía lo suficiente como para saber que era mejor marcharse— si descubro alguna cosa más te informaré al instante.

—Gracias Anpu.

El egipcio se despidió con un gesto. Volvió a colocar la capucha en su lugar, cubriéndose la cabeza y salió del despacho silenciosamente.

Nada más cerrarse la puerta, Lucan dejó vía libre a su ira estampando un fuerte golpe sobre la pulida y brillante mesa. ¡Maldito fuera su Dios! ¡Gea había escapado! La madre de Manon estaba libre y junto con ella la posibilidad de que pudiera descubrirles a todos. ¿Por qué demonios tenía que ocurrir aquello precisamente en aquel momento? Justo cuando había aceptado los sentimientos que albergaba con respecto a Manon. ¡Maldito fuera! Exclamó para sí mismo mientras tiraba una pila de documentos pulcramente ordenados. Sentía como si el destino volviera a reírse de él. Ahora no solamente se interpondría entre él y Manon sino que además, todos los que estaban a su cargo corrían un grave peligro.

Sintió como el monstruo de su interior se removía furioso, los ojos le escocían terriblemente y adivinó que en aquel momento estaba muy próximo a la transformación. Tenía que calmarse. Aquellos que vivían en su casa no tenían por qué pagar su furia, y después de todo, algo le decía que él era el culpable de lo que estaba ocurriendo. Su instinto pocas veces le fallaba, y la escena vivida en la clínica le volvía a la mente una y otra vez. Estaba seguro de que Gea de alguna forma le había reconocido.

Bien, trató de controlar la respiración, ¿qué paso podría dar Gea? Conociendo todo lo que a ella misma le había ocurrido, sin duda trataría de encontrar a su hija y avisarla. Tenía que impedirlo. No podía permitir que Manon se enterara de su condición de aquella forma. A su memoria volvió la imagen de la mujer aterrorizada ante su alter—ego y más tarde inconsciente en sus brazos. No, no lo permitiría.

## *Capítulo doce*

La mesa auxiliar se encontraba abarrotada de documentos, planos y contratos por revisar. Manon, completamente absorta en sus quehaceres, se inclinó para coger el vaso de refresco y tomar un buen sorbo, cuando unos suaves golpes en la puerta llamaron su atención. Miró el reloj, extrañada de que alguien fuera a visitarla, volvió a dejar reposar el vaso sobre la única esquina vacía de la mesa. Aixa había dejado completamente claro que se marchaba a su casa y que se verían al día siguiente en el yacimiento y su padre siempre llamaba por teléfono antes de ir a visitarla, así que no se le ocurría quién podría requerirla a aquellas horas.

Se levantó despacio y se acercó lo suficiente para escudriñar el exterior por la pequeña mirilla. Afuera estaba muy oscuro. La pequeña lamparilla que solía iluminar la entrada debía tener la bombilla fundida y anotó mentalmente cambiarla por la mañana.

No parecía haber nadie al otro lado. Achacando el ruido al viento, que aquella noche soplaba con genio, o a algún pequeño animalillo que rondara los alrededores, se alejó de nuevo en dirección a su labor.

Antes de volver a acomodarse frente a sus papeles, de nuevo sonaron un par de golpes, esta vez más contundentes, consiguiendo ponerla nerviosa al instante.

Se giró una vez más hacia la puerta hasta plantarse frente a ella.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sin poder evitar que su voz adquiriera un tono tembloroso.

Una alarmada voz femenina contestó en un susurro: —Manon, ábreme por favor. No puedes imaginar... es muy urgente que hable contigo.

Algo más relajada, al escuchar la voz de una mujer, aunque no del todo, Manon llevó sus manos a la llave que siempre dejaba puesta en la cerradura cuando estaba en casa, para girarla y dejar que entrara.

Abrió la puerta despacio. El viento rugía furioso entre las ramas de los árboles y algunas hojas volaron hacia el interior de su casa, cayendo en el suelo.

Comenzaba a pensar que su mente le estaba jugando de nuevo una mala pasada cuando la figura de una mujer apareció en la entrada y sin darle opción a poder verla del todo, entró con resolución apartándola a un lado, para cerrar

la puerta tras ella.

La mujer iba ataviada de un modo extraño, prácticamente oculta por un largo tejido de la cabeza a los pies.

—Veo que eres una mujer cuidadosa, me alegro de ello, pero he de decirte que no deberías abrirle la puerta a cualquiera en los tiempos que corren —la regañó mientras echaba de nuevo la llave para asegurar la entrada— es muy peligroso.

—¿Quién es usted? —preguntó Manon paralizada, el olor de la mujer le resultaba conocido pero era imposible que correspondiera a aquella con la que lo identificaba.

—Manon —la mujer la llamó por su nombre una vez más. Ésta giró para enfrentarla y retiró de su cabeza aquel largo tejido que había usado para protegerse del frío— ¿así es como te pusieron verdad? —le preguntó retóricamente mientras la miraba tiernamente con una sonrisa en el hermoso rostro— Sí, así es como él te llamó.

Por fin Manon pudo ver el rostro al completo de la mujer que hasta aquel momento sólo había visto muy de vez en cuando pero en circunstancias muy diferentes.

Conmocionada dio un par de pasos hacia atrás, no podía creer lo que sus ojos veían. No podía dar crédito a aquella imagen, sencillamente era imposible.

—Manon, hija mía —dijo Gea adelantando un paso y con los brazos extendidos hacia ella.

—No... puede... —Manon no acertaba a encontrar las palabras para expresar lo que en aquellos momentos sentía.

Miraba a su madre, aquella mujer a la que jamás imaginó ver consciente, aquella mujer que hacía un par de días había dejado en la clínica mental mientras los doctores la sedaban de nuevo. La misma mujer de la que durante toda su vida jamás había podido disfrutar y de la que tenía la certeza de que siempre sería así.

Sin embargo, allí estaba. En su casa, en su salón, frente a ella, con la expresión turbada y una mirada de urgencia en aquellos ojos tan parecidos a los suyos.

—Manon —volvió a decir Gea comprensiva— imagino lo que ahora debe estar pasando por tu mente. Sé que es muy difícil de aceptar que yo esté aquí. La verdad es que ni yo misma me lo acabo de explicar, pero no tenía otra opción. Tenía que venir. Tenía que hablar contigo. Debo advertirte del peligro.



—¿Del peligro? —acertó a pronunciar.

—Sí —continuó Gea que había logrado captar su atención por fin— tienes que salir de aquí. Es imperativo que abandones esta casa. Inmediatamente.

—¿Pero qué...?

—No hay tiempo para explicaciones. Debemos irnos —la cortó antes de que pudiera terminar de expresar su desconcierto.

Volvió a mirar su rostro, aquel bello rostro que había contemplado sereno tantas veces y que ahora le devolvía una mirada inquieta, activa, llena de vida.

No podía pensar. Su cabeza no daba con la solución. Su madre no debería estar allí. Ella no estaba bien ¡Era una enferma por todos los santos! Debía avisar a la policía.

Puso en marcha su decisión y agarró el teléfono con firmeza.

—¿Qué haces? —preguntó Gea.

—Llamar a la policía —anunció.

—¡No! —exclamó su madre nerviosa mientras se abalanzaba sobre ella y le hacía retornar el auricular al aparato— No. Ellos... ellos no son de fiar. Les pagan ¿sabes? Esos... —comenzó a explicar con una expresión de total repugnancia en la cara que Manon no pudo menos que preguntarse a quién se refería— Esos... seres, les pagan. ¡Oh sí! Están comprados, ellos y mucha más gente con poder. Extienden sus garras hasta lo más alto Manon. No puedes confiar en nadie.

—No entiendo ¿quiénes son ellos? —preguntó al fin.

Gea la tomó de las manos y la llevó junto a ella, lejos de las ventanas y de la puerta, las cuales miró para comprobar por enésima vez que estaban convenientemente cerradas, antes de anunciar en un susurro: —Los hombres— lobo hija mía. Ese mismo que te acompañaba el otro día durante tu visita. Aquel que entre los suyos es conocido como Lycaon.

Con cada palabra que su madre decía, Manon cada vez entraba en un estado de incredulidad y completa sensación de irrealidad, que la desbordaba hasta límites que creía imposibles.

Llegados a aquel punto, su cerebro se negaba por completo a racionalizar absolutamente nada, como si una perfectamente ordenada biblioteca hubiera sido víctima de un terremoto que la hubiera desmantelado, cambiando el orden y la serenidad por el más profundo caos. No podía pensar. Su mente ofrecía el mismo estado de shock que se podía advertir en su rostro, sin darle otra opción que no fuera seguir escuchando.

—Sé que todo esto es muy difícil de asimilar —continuó su madre—.

Imagino que ahora mismo no puedes creer lo que trato de explicarte. Pero por todos los Dioses que es la verdad. ¿Por qué crees que me encerraron Manon?

»Durante mi juventud en Inglaterra, tuve la desgraciada mala fortuna de conocer a uno de ellos. Parecía un hombre normal, incluso era agradable y cariñoso conmigo. Hasta que un día las cosas cambiaron. No es momento de explicarte cómo ocurrió hija, pero me violó. Y aún puedo dar gracias de seguir viva. Abusó de mí, dejándome feas cicatrices y embarazada.

»Cuando ofrecía mi versión de los hechos fui acusada de locura y me internaron en un sanatorio. Ya se sabe cómo funcionan las cosas en una población pequeña, nadie quiere escándalos que atraigan a curiosos. Después me trasladaron aquí, a este país, supongo que con la intención de alejarme del lugar donde había sucedido todo para que cayera en el olvido. El embarazo duró cuatro meses, el mismo tiempo que el embarazo a término de una perra —explicó agachando la cabeza con pesar—. Tiempo durante el cual yo seguí tratando de hacerme escuchar, de advertir a aquellos que quisieran saber, de la presencia de aquellos abominables seres —continuó, volviendo a mirarla—. Pero nadie quiso dar crédito a mis palabras. Después de todo ¿quién dentro de una clínica mental cree a una interna?

»Había sido catalogada clínicamente como enajenada mental y consiguieron que me drogaran para mantenerme con la boca cerrada. Fue Lycaon el que consiguió todo eso, y fue también él, el que consiguió que me trasladaran. De vez en cuando lograba emerger del estado en el que me dejaban las drogas pero nunca lo suficiente como para tratar de escapar, hasta hace dos noches. La noche siguiente a tu visita.

Manon escuchaba con los ojos fuera de órbita y la boca medio abierta en un gesto extraño. Había oído cada palabra que le había dicho su madre, tratando por todos los medios de seguir el hilo de la explicación.

—Hija mía ¿te encuentras bien? ¿Crees que podrás coger rápidamente algunas cosas y acompañarme? Tenemos que salir de aquí. Gracias a Dios aún no te ha hecho nada pero no debemos darle una nueva oportunidad —añadió mientras miraba hacia varios puntos de la casa, buscando sin duda, ropa o cualquier cosa que pudiera necesitar.

—¿A quién te refieres? —preguntó Manon sin mover un solo músculo.

—A Lycaon por supuesto ¿a caso no has oído todo lo que te he explicado? —preguntó Gea muy nerviosa y angustiada.

El ruido de un motor poderoso se oyó en el exterior y Manon contempló como el rostro de su madre, cambiaba de la urgencia al horror en un segundo.

Sin darles tiempo a reaccionar, un gran estruendo acompañó el asalto a su casa. La puerta, desprendida de sus goznes, cayó estrepitosamente sobre el suelo levantando una levísima capa de polvo en el acto. Tres enormes y aterradores monstruos hicieron su entrada y prácticamente llenaron la estancia con su espeluznante presencia.

El aliento o cualquier llamada de auxilio quedó atrapado en las gargantas de las dos mujeres, que paralizadas por el miedo, miraban a los tres licántropos, que a su vez, las miraban a ellas, con los ojos inyectados en sangre y las mortales fauces entreabiertas.

Uno de ellos, el de color gris, el más alto y corpulento, se adelantó un paso y Manon hubiera jurado que leyó una sonrisa de placer en la mueca grotesca que se instaló en lo que debían ser sus labios, justo en el instante en que los otros dos alzaban las peludas cabezas para emitir un sonoro aullido.

Un gorgojeo gutural los interrumpió y Manon advirtió azorada que una cuarta bestia se les había unido. Más alto incluso que los anteriores, de pelaje negro como una noche sin luna, tan sólo rota la negrura por un mechón de color blanco que nacía en medio de la cabeza, sus ojos brillaban de una forma espectacular. Lo que no vio fue que aquella nueva monstruosidad había sido el motivo de la interrupción de la jocosa llamada lobuna.

Gracias a Dios había llegado a tiempo, pensó Lycaon a la vez que acallaba de una vez y para siempre el aullido de aquellos dos malditos, hundiendo sus zarpas desde atrás y agarrando sus corazones fuertemente, para arrancarlos de un poderoso tirón. Podía notar en ellos el olor de Atrox.

—¡Vamos protegeos! —les gritó, con voz grave y antinatural, a las mujeres que seguían con la mirada clavada en la entrada y sin mover un solo músculo.

Las dos bestias desprovistas de corazón, cayeron al suelo con un golpe seco, sólo entonces los ojos de Manon se movieron lo suficiente para observar completamente alucinada la transformación que se producía en ambos. Los dos cuerpos, que un instante antes, habían sido dos gigantes y grotescos monstruos peludos, ahora yacían sobre el suelo de su casa como dos hombres completamente desnudos y normales.

Lo que acababa de presenciar fue la chispa necesaria para accionar sus impulsos y su instinto protector. En un abrir y cerrar de ojos, tomó del brazo a su madre y de un tirón, hizo que la acompañara para refugiarse detrás del sofá, desplazándolo en el mismo movimiento ayudada del brazo libre, para usarlo de parapeto.

Manon pensó que era imposible que una criatura de aquella envergadura se

moviera tan rápidamente, pero la bestia gris, alertada por lo que acababa de ocurrir, giró en torno a sí misma para enfrentarse a Lycaón, quién aún con los palpitantes órganos de los desafortunados en sus manos, le devolvió la mirada desafiante.

—Amarok, márchate si no quieres correr la suerte de estos *Infectados* – dijo Lycaon mientras lanzaba a sus pies los sangrantes corazones de los caídos.

—Tú Lycaon, uno de los *igvyi wahya*<sup>III</sup> no deberías perder tu tiempo y energías en esas dos humanas.

—No lo repetiré Amarok, vete ahora si quieres conservar tu vida. ¿Ofrecerás a caso tu muerte a Atrox? No creo que la merezca.

Manon observó horrorizada cómo aquel que respondía al nombre de Amarok, se tomaba a la ligera la advertencia lanzada por el negro licántropo, y saltaba rápidamente para lanzar seguidamente una fuerte patada en el pecho de su contrincante, tirándolo al suelo. Con la fuerza ejercida, el monstruo gris también se vio trastabillando hacia atrás y golpeándose contra el mueble repleto de libros y compact disk. Con el golpe recibido el pequeño reproductor de música se puso en marcha, lanzando al aire los fuertes acordes de Planet Hell de Nightwish, tomando así el lugar de una loca orquesta que pusiera la banda sonora a una apabullante escena.

Amarok se recuperó en un instante y se lanzó sobre Lycaon. Éste anticipándose a las intenciones de la enorme criatura, levantó sus cuartos traseros y los utilizó como un muelle poderoso que volvió a lanzar al atacante hacia atrás, dándole así el tiempo suficiente para ponerse en pie.

Ambas criaturas se encontraron entonces una frente a otra. Observándose, midiendo la fuerza y el poder del otro, buscando un punto flaco al que atacar.

Realmente Lycaon prefería no tener que matarle. Amarok era un *Original*, igual que él, nacido en la tribu Cherokee, tan sólo sabía de él que debió ser maldito por una Inuit. Lo que le debiera a Atrox para estar a sus órdenes se escapaba a su entendimiento.

Siempre había odiado el momento en el que había tenido que dar muerte a alguno de su raza, fuera de su manada o no. Los *Infectados* eran otro cantar. Si era sincero consigo mismo los prefería muertos, ya que debido al monstruo en el que el humano herido se había transformado, apenas quedaba un ápice de aquella humanidad en ellos. Eran simples bestias sin razón ni entendimiento, máquinas vivas de matar que ponían en peligro a todos.

Trataría de no acabar con él, de todas formas le venía muy bien que Atrox

supiera que no le iba a ser fácil hacerse con el poder del amuleto.

Echó un rápido vistazo hacia el sofá donde se escondían Manon y Gea. Odiaba que la mujer tuviera que presenciar aquello. Le hubiera gustado tener la oportunidad de explicarle todo de otra forma, que hubiera tenido tiempo para asimilar qué era él y qué era ella. Quizá más tarde, cuando la tuviera completamente a su merced en su propia casa, se prometió.

El rugido furioso de Amarok llamó su atención en el momento justo de esquivar un poderoso zarpazo dirigido a su pecho.

Lycaon ágil en sus movimientos, lo esquivó con soltura, agachando su cuerpo, mientras aprovechaba el avance imparable del brazo de su contrincante que dejaba al descubierto su propio pectoral, para lanzar su garra en pos de hundirse en él.

La gran bestia gris sintió cuando el inicio de las garras de Lycaon se clavaba en su pecho a la altura del corazón y colocando una fuerte y enorme pata en el estómago de éste, se lanzó hacia atrás, consiguiendo deshacerse del agarre.

Amarok, valorando la fuerza y la destreza en la lucha de Lycaon, pareció decidir entonces que el enfrentamiento no iba a ser igualitario. Sin duda su contrincante era mucho más poderoso que él, condición que desembocaría en su propia muerte.

—Quizá este no sea el momento Lycaon. Pero habrá otros —dijo antes de lanzarse al exterior de un rápido salto para desaparecer en la oscuridad de la noche.

Todavía jadeante por la pelea, y una vez comprobado que Amarok se había marchado para no volver, se giró hacia las mujeres para verificar que estaban sanas y salvas.

Estando seguro de que el peligro había pasado, al menos por el momento, se relajó para volver a tomar la forma humana.

Manon, aún tras el sofá, observó horrorizada como aquella enorme bestia negra de ojos como el mercurio que había luchado ferozmente, echaba la cabeza hacia atrás y acompañaba la transformación con un fuerte rugido. Se convulsionó y retorció dolorosamente mientras desaparecía para quedar tan sólo un hombre. Un hombre al que conocía. Un hombre al que había besado perdiendo en el acto toda conciencia de realidad. En ese justo momento, vio relucir sobre su pecho un redondo y llamativo medallón.

Lucan Dux completamente desnudo, con la frente perlada de sudor, la respiración agitada y los ojos llenos de determinación la miró desde el centro

de su desmantelado salón. Se acercó a ellas para retirar el viejo sofá y dejarlas salir.

—Debemos irnos —les dijo a ambas.

Pero Manon, lejos de escuchar lo que les había dicho, estaba sumergida en una vorágine de pensamientos y recuerdos enterrados en una parte de su cerebro que hasta el momento se había negado visitar. Aquellos brillantes ojos gris oscuro mirándola. Aquellos mismos ojos que una vez contemplara entre la neblina de la semiinconsciencia. Entonces y sólo entonces, tuvo la certeza de lo que ella misma se había negado hasta la saciedad, aquello que ella había achacado a una enfermedad mental inexistente, había ocurrido de verdad. No estaba loca y el descubrimiento de la perfecta salud mental de su cerebro la llenó de seguridad en sí misma.

Sin pensar dos veces en lo que hacía, se irguió con ira y lanzó un fuerte puñetazo al rostro de Lucan. Éste completamente alucinado, y cubriéndose la zona afectada con una mano, la miró sin comprender mientras Manon se dirigía hacia lo que quedaba de su armario para tomar algunas ropas. Entonces recordó. Él mismo le había asestado un golpe a su pómulo la noche que la encontró en aquel callejón de Los Ángeles.

—Supongo que lo merezco —comentó a Gea que miraba a su hija con una sonrisa en los labios.

Para la mujer, el hecho de que Lucan hubiera salvado la vida de su hija en aquel momento, valía una tregua, aunque por supuesto no su perdón. Así que con la cabeza muy alta y sin prestarle más atención, siguió los pasos de Manon con la intención de ayudarla.

\*\*\*

Para cuando Amarok llegó a las cuevas del Cerro de Remedios, antiguas minas, que ahora consistían en una serie de salas y habitaciones convenientemente equipadas y subterráneas, todas conectadas entre sí que generalmente usaba su grupo, éste aún no había llegado.

Tuvo tiempo suficiente para limpiar la herida del pecho, ya prácticamente cerrada, y enfundarse un tejano y un chaleco de piel, fresco y cómodo. El moreno indio, cepilló el largo y lacio cabello para recogerlo en una coleta que sujetó usando la goma adornada con una pequeña pluma gris moteada que siempre utilizaba.

Permaneció unos segundos frente al espejo. El rostro alargado y de frente despejada, presentaba una ligera sombra de barba y sus profundos y rasgados ojos negros, le devolvieron la mirada mientras pensaba cómo explicaría lo

ocurrido.

Acomodado más tarde en uno de los grandes sillones de la sala central, pensó que informar a Atrox sobre el fallo de los planes no iba a ser tarea sencilla.

El gran licántropo era conocido por su incapacidad para entender las circunstancias que podía llevar al fracaso de cualquier plan.

Era sabido por todos, las veces que había dado muerte a más de uno a sus órdenes cuando no habían cumplido con su cometido. Pero tenía la esperanza de que comprendiera que la aparición de Lycaon había torcido la balanza sin remedio.

—Has vuelto pronto —saludo Atrox desde la entrada de la cueva —¿dónde está la mujer? ¿La has traído contigo o le has dado muerte?

Amarok prefirió quedarse cerca de la puerta. Su cuerpo, delgado y fibroso, alerta ante cualquier ataque imprevisto.

—Digamos que la noche no terminó como esperábamos.

—¿Qué? —preguntó enfadado Atrox sin esperar respuesta mirando directamente a los negros ojos del otro— ¿Qué quieres decir Amarok? ¿Qué eres tú, un poderoso *wahya* o el espíritu de un simple y asqueroso *gihli*?<sup>[2]</sup> —le insultó usando su propio dialecto— ¿Qué diría tu padre al saber que su hijo no ha sido capaz de cumplir con su cometido?

Amarok sintió como la ira se adueñaba de él. Atrox no tenía ningún derecho a nombrar a su progenitor, ni usar su memoria para hacerle sentir como un sucio perro. Pero debía serenarse, no estaba en posición de conseguir el respeto de su interlocutor, no en aquel momento, cansado por la pelea, con su poder de regeneración bajo mínimos después de haberse concentrado en cicatrizar la herida de su pecho y habiendo faltado a su palabra de conseguir la joya.

—Lycaon apareció en la casa de la mujer, además ella no estaba sola cuando llegamos, había otra mujer —saber que Lycaon había sido el responsable del fallo en la captura o muerte de la señorita Capwell consiguió redimir de parte de la culpa al indio.

—¿Otra mujer? ¿Quién?

—Lo ignoro.

Atrox caminó por la sala despacio, considerando la información.

—¿Humana?

—¿Cómo?

—¿También era humana?

—Sí, lo era, o al menos eso creo, no tuvimos tiempo de observarlas demasiado.

—Está bien Amarok, márchate —lo despidió Atrox.

—Hazme llamar si me necesitas *Nunhynuwi* —dijo antes de marcharse.

Atrox se dejó caer en el mismo sillón que antes ocupara Amarok, dejando escapar un sonoro resoplido de exasperación.

Lycaon tenía el don para aparecer en el momento menos oportuno. ¡Maldito fuera! ¿Por qué demonios tenía que interferir entre él y su amuleto? ¿Acaso él no poseía el suyo desde hacía siglos? ¿Había olvidado lo que significaba para un *Original* tenerlo en posesión? ¿Su igual ya no recordaba lo que significaba poder alzarse con aquel trofeo símbolo indiscutible de la victoria sobre la derrota más inadmisibile de uno mismo? Evidentemente tenía que saberlo, pensó con los puños cerrados fuertemente, tratando así de mantener a raya, la ira que dejaba escapar al peligroso animal que guardaba en su interior.

Sin duda Lycaon tenía muy claro lo que la joya significaba, al menos lo que significaba para él, y quería impedir que la tomara costase lo que costase. Era imprescindible que la recuperara.

Estaba en tierra prohibida para él, concretamente en una tierra casi controlada por Lycaon y su gente. No podía arriesgarse a otro enfrentamiento directo con su manada pues podría resultar contraproducente. Bien, se dijo, había llegado el momento de actuar con astucia. Lo prioritario en aquel momento era encontrar su punto débil. Más adelante consideraría la opción de acabar con el problema... de raíz.

Cuando llegó a esta conclusión dejó que su cuerpo se relajara por completo y sonrió satisfecho.



## Capítulo trece

Cuando entró en casa de Lucan, Manon experimentó una sensación extraña. Fue algo difícil de precisar. Ya había estado allí, ya conocía parte de la casa, al menos aquella que vio cuando fue al despacho de Lucan aquella mañana, pero en el momento actual, la situación era completamente diferente.

Ahora conocía a su propietario, sabía de su secreto, tenía pleno conocimiento de lo que era y lo más inquietante de todo es que no le importaba en lo más mínimo. El descubrimiento y la aceptación de aquel aspecto oculto de su anfitrión, le dio, si cabía, mucha más tranquilidad mental de la que hubiera imaginado.

Reconoció que hubiera sido muy hipócrita consigo misma si no fuera así, después de todo, Lucan, o Lycaon, o como fuera que se llamara en realidad, le había salvado la vida en varias ocasiones. Y no sólo la vida propiamente dicha, pensó, también su proyecto profesional recordó.

Después de lo ocurrido en su salón, Lucan había salido en busca de algo de ropa que debía llevar en su coche y las esperó fuera pacientemente para llevarlas allí. Tan sólo les dijo que dadas las circunstancias era lo mejor y más seguro.

En cuanto llegaron, las acompañó hasta las habitaciones, indicándoles al punto donde podían refrescarse. Y, sin más explicaciones, desapareció dejándolas solas.

Después de tomar una larga y placentera ducha, que le sentó de maravilla a su cuerpo privado de descanso, entró en la habitación escogida para ella y encontró a su madre sentada en el borde de la cama.

—¿Me crees ahora verdad? No estoy loca Manon —le dijo tratando de afianzar su postura.

—Sí, te creo y ruego que me perdones por no haberlo hecho antes pero...

—No importa —la cortó Gea— era de esperar. Se supone que estas cosas... estos seres no existen.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—La verdad es que no acabo de comprenderlo. Generalmente son muy cuidadosos y estrictos en todo lo referente a las medicaciones y los tranquilizantes —comentó—. La noche que siguió a la tarde en que viniste a visitarme, una enfermera a la que no había visto nunca vino a ponerme la dosis

diaria. Aunque prácticamente todo el tiempo estaba drogada, siempre que tocaba la administración de la dosis tenía la lucidez necesaria para comprender cualquier cosa y reconocer a las personas —Gea advirtió la pena en la mirada de su hija y entendió que debía pensar en que todas sus visitas habían sido en vano— Y aún así, aun estando drogada —le explicó— parte de la realidad la absorbemos, aunque no podamos demostrar emoción alguna Manon. He disfrutado de cada una de tus visitas, hija mía.

Saber que su madre había notado cuanto lamentaba su situación y el cariño que le prodigaba a su manera, le causó un aluvión de sentimientos.

Aquella mujer era su madre, su verdadera madre. No despreciaba ni por un momento el amor que Marie le había demostrado siempre, por supuesto también la quería, le debía todo lo que era y en lo que se había convertido. Pero ver a la mujer que debería haber ocupado ese puesto en su vida, la mujer que tantas veces, al verla postrada en la blanca camilla de la clínica, había imaginado junto a ella en los momentos más importantes, poder hablar con ella, poder sentir sus caricias, sus abrazos, su preocupación, cuando había pensado que eso jamás ocurriría... le llenó el corazón de una esperanza inmensa.

Básicamente eran unas desconocidas pero existía un lazo invisible que las unía, un vínculo intangible que gritaba a los cuatro vientos que ellas eran madre e hija, la relación más pura que existía sobre la faz de la tierra.

—Continua por favor —pidió Manon al notar que su madre había parado de hablar y la miraba con expresión preocupada.

—Supongo que la enfermera nueva se equivocó y me puso menos dosis de la requerida —explicó.

Manon advirtió que su madre no se encontraba cómoda hablando de aquello.

—No es necesario que lo expliques si no lo deseas.

—No —negó sinceramente—. No es eso. No me molesta explicártelo pero no me resulta agradable... ya me entiendes.

—Desde luego —concedió Manon mientras tomaba asiento a su lado.

—El caso es que aunque noté en mi cuerpo los efectos del tranquilizante no me privaron del movimiento ni de la capacidad mental. Comprendí que habían cometido un error, un error que sería mi salvación si actuaba con diligencia y astucia.

»Esperé hasta que terminaron de atender al resto de los internos y los pasillos quedaron en silencio. Imaginé que las enfermeras no hacían guardia

constante por las noches, después de todo estábamos drogados, ninguna podía pensar en que alguno de nosotros escaparía. Me deslicé lo más silenciosamente que pude por los pasillos, siempre alerta para no ser descubierta, hasta que encontré la habitación que usan de archivo. Busqué el mío y encontré tu dirección. Robé algo de dinero y escapé.

Manon pasó una mano alrededor de la cintura de Gea, y esta agradecida, le acarició el rostro.

—¡Oh Manon! No puedes imaginar lo que significa esto para mí. Haberte encontrado, poder responder a tus preguntas, poder tocarte por mi misma —le dijo con lágrimas en los ojos.

—No llores madre. No es momento de lágrimas sino de alegría —le dijo tomándole el rostro entre sus manos para tratar de animarla y borrar de ella la amargura que sentía —ahora estamos juntas y eso es lo que cuenta.

—Pero tú tienes tu vida Manon, una vida en la que probablemente yo no encaje.

—¿Mi vida? ¡Ja! ¿Qué vida? Todo lo que concebía como normal está ahora patas arriba —ironizó—. No te preocupes madre, yo haré que encajes.

Después de aquella aseveración ambas mujeres sintieron que efectivamente un milagro se había realizado. Quizá la experiencia vivida había sido terrible pero había merecido la pena, ya que ahora se tenían una a la otra.

Por fin ocurrió lo que Manon había deseado cada vez que había ido a visitar a su madre. Gea la miró aún con los ojos húmedos por las lágrimas y la envolvió con sus brazos, fundiéndose en un abrazo con el que Manon imaginó que toda su vida no había tenido lugar y que volvía a ser una niña arropada por el amor y los cuidados de una verdadera madre.

\*\*\*

Al principio había pensado que era lo mejor para todos, incluso que él se sentiría mucho mejor sabiendo que Manon estaba sana y salva en su casa, que iluso había sido. El hecho de saberla bajo su mismo techo, de oler aquel atrayente aroma a jazmín, de oír sus pasos en la habitación contigua a la suya, lo estaba volviendo loco.

Nada más indicarles sus respectivas estancias, había sentido la necesidad de alejarse. Bueno, si era sincero consigo mismo, más bien se había sentido obligado a marcharse. Se lo debía a Gea, en pago por todo el daño que le había hecho.

Pero ahora, ahora que tan sólo una pequeña pared los separaba se le hacía

difícil pensar en otra cosa que no fuera tirarla abajo. Había percibido cada uno de sus movimientos, había oído incluso cuando ella tomaba una rápida ducha, y por todos los demonios que había tenido que salir al exterior para no caer en la tentación de entrar en el aseo y poseerla.

Imaginarla desnuda, bajo el agua templada, mientras enjabonaba deliciosamente su cuerpo, había conseguido que perdiera el férreo control con el que sujetaba su transformación, y furioso por su debilidad, había salido a los jardines que rodeaban la casa tratando de poner distancia entre ellos.

Unos minutos más tarde y tras ordenar a Koram que enviara a alguien para retirar los cuerpos de la casa de Manon, las señales del monstruo en su cuerpo habían desaparecido pero no así su furia por no poder controlarse.

Desde hacía siglos que aquello no le sucedía. ¡Por todos los diablos parecía un simple novato! Tenía que buscar la forma de poder mantenerse sereno o jamás podría estar el tiempo suficiente a solas con ella para poder aclarárselo todo. Ella lo merecía, merecía al menos aquella explicación y el conocimiento de lo que era.

Estaba muy claro que Manon no sabía nada en relación a su mundo, a su raza, y por ende tampoco conocía el poder que guardaba el anillo que descansaba en su dedo. Ahora más que nunca, era necesario que hablara con ella. Que entendiera la situación en la que se encontraba, el peligro que la acechaba, pero sobre todo, era necesario que supiera lo que era y las opciones que ello conllevaba.

A su favor contaba que después de todo, la única reacción que Manon había mostrado después de presenciar la lucha de dos licántropos en su propia casa, se había resumido en un simple puñetazo, pensó mientras sonreía. Sin duda aquello debía ser la señal de que había superado con creces el temor que la hacía perder el conocimiento.

Lucan abandonó el sillón que adornaba una esquina de su propia habitación, resuelto a llevar a cabo su encuentro con Manon. Después de todo, lo peor que podría ocurrir es que aún estuviera enfadada con él.

Sabía que no estaba dormida pues la había oído caminar por la habitación.

Salió sigilosamente al pasillo, tratando de no despertar al resto de los que, en aquel momento, ocupaban otras estancias, pero sobre todo teniendo extremo cuidado de no alertar de su pretensión a la otra mujer que dormía unas puertas más allá. No deseaba un nuevo encuentro con Gea, no antes de tener aquella conversación con Manon sin que su madre interfiriera.

Pensó en dar unos golpecitos en la puerta para avisarla de su presencia,

pero desechó la idea al instante, cualquier sonido podría alertar a Gea y todo su plan se iría al garete.

Agarró el brillante y fresco pomo metálico y comenzó a abrir para encontrarse cara a cara con Manon que le miraba con expresión confundida.

—¿Ocurre algo? —le preguntó usando un tono bajo.

Lucan, llevándose un dedo a los labios, le indicó que permaneciera en silencio. Cuando Manon evidenció que comprendía, con un ademán la instó a que le siguiera. Su propia habitación era más segura, ya que se encontraba más alejada de la de Gea.

—¿Necesitabas alguna cosa? —preguntó Lucan una vez que ya estuvieron a salvo de oídos indiscretos —¿No puedes dormir?

—Pensaba llenar la jarra de agua en el aseo cuando te encontré al otro lado de la puerta. Esta vacía y pensé que no tenía sentido tener una en la habitación sin poder usarla —dijo Manon mostrándole el objeto en cuestión. Estaba nerviosa, y los nervios le hacían decir tonterías como aquella. ¡Por Dios si Aixa pudiera verla!

—Ha debido ser un descuido del personal, lo siento, no volverá a suceder.

Lucan la recorrió con la mirada. Se la veía increíblemente hermosa con el pelo revuelto y aún algo húmedo, y vestida con aquella informal camisola roja.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Manon, inquieta ante el silencio de Lucan. Éste reaccionó lo suficientemente a tiempo como para no revelar su devaneo mental.

—No, sólo... Creo que debemos hablar —dijo por fin—. Siéntate por favor.

Manon se acercó al lugar que más cercano le quedaba, la cama, sin saber que ese simple e inocente gesto consiguió que Lucan sintiera todavía más su presencia, hasta el punto de imaginarla tumbada allí, bajo él. Pero la extrañeza de que Manon se comportara de aquella forma, tan increíblemente tranquila después de haber visto y vivido todo lo ocurrido aquella misma noche, consiguió que su curiosidad por saber que pasaba por su mente ganara a su deseo de poseerla.

—Supongo que debes estar enfadado —comentó ella, al ver la incertidumbre en los ojos de Lucan, y añadió— por el golpe.

—¡Oh no! No, en todo caso soy yo el que debería pedir disculpas —dijo recordando el incidente— Debería haber buscado otra solución, pero en aquel momento y bajo las circunstancias que ya conoces...

—Sí —afirmó clavando los ojos en su regazo.

—De eso quería hablar contigo Manon —le dijo mientras se acercaba a ella unos pasos pero siempre tratando de mantener una distancia. No quería asustarla, sólo captar su atención—, tienes que saber el porqué del peligro que has corrido esta noche y el que aún corres.

—Imaginaba que había un motivo pero no se me ocurre... —dijo mientras paseaba la mirada sobre la jarra de cristal que aún sujetaba entre sus manos.

—Es ese anillo que llevas, el que encontraste en la excavación —dijo indicándole con la mirada la joya.

—¿El anillo? —preguntó alzando la mano en el que lo lucía.

—Sí. Es un potente amuleto que pertenece a otro de mi especie —ella le miró sin comprender—. Su propietario se llama Atrox, y lo perdió en una batalla que nos enfrentó por la propiedad de unas tierras.

Manon seguía la explicación y su cerebro comenzó a atar cabos.

—Cuando dices unas tierras, supongo que debes referirte al área donde estamos excavando ¿no es así? Es allí donde lo encontré —dijo muy interesada mientras dejaba la hermosa jarra a un lado, colocándola suavemente en el suelo.

—Sí, así es.

—¿Qué ocurrió allí exactamente?

—Como te dije una batalla, un sangriento enfrentamiento por el poder. Esas tierras han pertenecido a mi raza desde hace siglos y Atrox trató de hacerse con ellas y controlarlas. ¿Nunca te has preguntado el significado de las banderas Manon? Mira bien la de Durango, son dos lobos ¿lo comprendes ahora? Nos pertenecía. Esas tierras guardan en su interior una especie de templo, un lugar de reposo y curación para los míos. Aunque hace mucho que ya no se utiliza —dijo con un deje de nostalgia—. Por eso no podía permitir que siguieras ampliando el área —explicó—, si lo hubierais descubierto, hubiera sido fatal para los míos, todo hubiera salido a la luz y, nosotros aún vivimos gracias a ese secretismo. Dios sabe el horror que sufrimos durante la Inquisición y los años oscuros.

—¿Por qué Atrox deseaba esas tierras? Comprendo lo que me has explicado pero no logro entender...—solicitó Manon clavando la mirada en su rostro.

Lucan la miró a los ojos, aquellos dulces ojos castaños. Había pensado que le sería mucho más difícil explicarle a Manon todo aquello, sin embargo, la innata curiosidad de la mujer le ayudaba a hacerlo, aunque hablar de Atrox jamás le resultaba agradable.

—Atrox jamás aceptó su transformación —comenzó—. Hacerse con su amuleto le costó siglos de esclavitud. Aún así, después trató de seguir con su vida como si nada hubiera ocurrido. Llegamos a estas tierras con los primeros barcos que partieron de Europa allá por el siglo quince. Y aunque guardaba en su interior un recelo evidente hacia el género femenino, causante de su maldición, cometió el error de enamorarse de una joven. Era la primera familia que se instaló aquí después de que los capitanes españoles Cristóbal de Oñate y José de Angulo descubrieran el territorio, casi cincuenta años después de nuestra llegada.

»No sé exactamente como ocurrió pero le descubrieron y la propia familia mató a la mujer acusándola de ser una prostituta que había copulado con un demonio —Manon comprobó la tristeza que denotaba el rostro de Lucan mientras hablaba—. En otro tiempo fuimos amigos y traté de ayudarle a superarlo, pero el problema no terminó ahí.

»La historia de lo ocurrido, corrió de boca en boca, como una llama hambrienta de una explosión, y fuimos perseguidos. Tratamos de refugiarnos, de volver al anonimato, pero muchos murieron víctimas de aquellos humanos. Después vinieron los años oscuros, los años en que se instaló aquí la religión católica y con ella sus miserias, sus persecuciones y sus bestiales asesinatos. Nos persiguieron casi hasta la exterminación. Lo atraparon. Sufrió lo indecible, lo torturaron hasta casi matarlo. Pero consiguió escapar. Después de aquello nunca volvió a ser el mismo, perdió el control.

»Trató de levantar a los nuestros contra ellos, pero los *Originales*, los puros, jamás han sido violentos. Una parte de nosotros es aún muy humana. Él sin embargo, lo tomó como una afrenta personal, quería vengarse. Yo no podía permitir que aquello ocurriera y me enfrenté a él. Consiguió hacerse con el favor de los *Infectados*. Esos desechos harían cualquier cosa por obtener lo único que les complace, la sangre y la carne. Los huesos que tu encontraste, son los restos de aquella batalla entre mi gente y los de Atrox.

Ella le había escuchado en silencio, tratando de ponerse en el lugar de ambos, de Lucan y Atrox y llegó a la conclusión que aunque efectivamente en su interior se agazapaba una bestia con un gran poder y fuerza, su lado humano era mucho más potente de lo que ellos imaginaban. Todos, absolutamente todos los motivos que habían llevado a uno y otro a aquella situación, eran el resultado de lo único que los distinguía de los animales, los sentimientos.

—Después de aquello —continuó Lucan— Atrox fue desterrado. Se marchó a Inglaterra y ha permanecido allí durante siglos, con otros de nuestra misma

raza.

»Varias veces he tenido que viajar a Europa por diferentes motivos, motivos de los que no me siento muy orgulloso, ciertamente, pero necesarios para mantener el secreto de los nuestros. Yo fui quién trasladó a tu madre a estas tierras, avisado por el *Alfa* de Londres, quien como yo trata de controlar todo lo que ocurre en su territorio. Éste pensó que era necesario hacer desaparecer a Gea de Europa y accedí a traerla conmigo por la amistad que nos une. Ni siquiera sabía que estaba embarazada. Pensamos que debía haber sido atacada por algún integrante de la manada que Atrox comenzaba a formar a las afueras de la capital. A él jamás le preocupó el hecho de que el mundo supiera de nuestra existencia —añadió a modo de disculpa, sabía que nada tenía que ver con la explicación que ella le había solicitado pero se sentía en la necesidad de pedirle perdón por todo aquello— sentía casi repugnancia por el género humano que tanto le había hecho sufrir —continuó—. Gracias al inglés, he sabido también que Atrox jamás ha perdido el contacto con lo que sucede aquí. Así es como supo del anillo. Y ha venido a recuperarlo.



## Capítulo catorce

Manon volvió a fijarse en la joya al oír que la mencionaba. Era hermosa sí, pero no entendía qué poder podría guardar para que Atrox se arriesgara a pisar de nuevo el país para hacerse con ella.

Notó la inquietud de Lucan. Era obvio que no se sentía muy cómodo explicándole todo aquello y se sintió agradecida con él por hacerlo. Debía reconocer que se había equivocado por completo con él. Era mucho más honesto de lo que había imaginado en un primer momento.

Sintió la necesidad de dirigir sus pensamientos a otra cosa que no fuera Atrox.

—¿Tú también posees uno? —preguntó.

—¿Un qué? —preguntó Lucan desconcertado.

—Un anillo.

—No —sonrió mientras respondía, le hizo gracia ver que ella se interesaba por él—, no un anillo, pero sí un amuleto, todos los *Originales* estamos ligados a uno, aunque desafortunadamente no todos han podido hacerse con él.

—¿Y cuál es tu amuleto? ¿Qué es?

Lucan la miró a los ojos, observándola atentamente, buscando qué era lo que la motivaba a preguntar aquello. No es que desconfiara de la mujer pero los años y la experiencia le habían enseñado a actuar de aquella forma, la mejor cuando se trataba de proteger el secreto de los suyos. Sólo cuando estuvo seguro de que la simple y limpia curiosidad de la mujer era la causante, se acercó a ella y sentándose a su lado, le mostró de nuevo el medallón que colgaba de su cuello.

—Es muy hermoso —susurró mientras lo giraba entre sus manos y lo observaba con todo detalle.

Quedó embelesado mirando los movimientos de los dedos de Manon mientras giraba y estudiaba el plateado colgante.

Sus fosas nasales se llenaron con la fragancia que ella siempre desprendía y sólo en aquel momento fue consciente de la situación desde que entraran en sus aposentos. Estaba a solas con ella, nadie podía interrumpirlos, la tenía a su merced y la deseaba de una forma dolorosa.

Se había prometido a sí mismo que ella le pertenecería, aunque se resistía a tomarla sin que al menos ella supiera a qué se enfrentaba. El trabajo estaba

hecho. Ahora ella le conocía y gracias a todos los santos había entendido.

Un sutil y descuidado roce de los dedos en su pecho fue la chispa que su fuego necesitó. La erección que sintió fue arrolladora.

—No soy un monstruo Manon —le dijo Lucan captando la atención de la mujer al momento.

Manon le miró a los ojos, perdiéndose en aquella profundidad plateada y naufragando en un mar de mercurio líquido que la arrastraba sin remedio.

—Lo sé —contestó.

—Nunca hubiera interferido en tu proyecto sin una buena razón —se disculpó.

—Lo sé.

Lucan tomó su rostro entre las manos, aquel bello rostro que tantas veces había deseado acariciar después de haberla besado. Aún recordaba su sabor, como la ambrosía de los dioses, dulce y almibarada.

—Jamás te haría daño.

—Lo sé.

Un reguero de calor líquido recorrió el cuerpo de Manon al contacto con las manos de Lucan. De nuevo, aquella sensación de abandono la invadía, dejándola lánguida, consiguiendo que sintiera sus músculos como mantequilla blanda, completamente moldeable, totalmente entregada a los deseos de aquel que le sostenía el rostro, acunándole, acariciándole suavemente.

En lugar de la seguridad y la fortaleza que tantas veces había leído en sus ojos, ahora Manon sólo encontró tristeza y una tremenda soledad, la misma tristeza y soledad que ella había sentido en más de una ocasión.

—Ahora sabes lo que soy, pero no me tengas miedo —le susurró y más que pedir, a Manon le pareció que suplicaba.

Lucan, como hombre, y gracias a la posición de poder que había conseguido, podía ser muchas cosas, pero las utilizaba para proteger a su gente. En su forma animal, podía matar con la misma efectividad que la más mortífera arma, sin embargo, le había salvado la vida y la protegía. Sabía muchas cosas sobre él, todo lo que le había dicho y lo que no había mencionado, pero también tenía la certeza que por encima de aquello que podía ser y hacer, albergaba dentro de él un simple corazón, tan humano como el suyo propio.

Necesitó hacerle saber todo, lo que pensaba, cómo lo comprendía, lo que su alma sentía, pero no encontraba las palabras adecuadas. Siguiendo su instinto y las sensaciones que experimentaba cada vez que Lucan le tocaba, se

acercó a sus labios y le besó. Fue una simple caricia, sincera e inocente, un leve roce desprovisto de todo erotismo, pero que poco a poco fue ganando terreno sobre lo meramente casto.

Lucan sintió los labios de Manon como la gloriosa libertad para un preso que había estado condenado en una celda fría y aislada. La rodeó con sus brazos, sedientos de tocarla y tomó de su boca todo aquello que ansiaba, exigiendo, reclamando todo lo que desde hacía tanto tiempo no había vuelto a disfrutar.

El beso de Lucan despertó en ella aquella antigua magia que ya había sentido la primera vez que la besó. Notó como si su cuerpo se diera por vencido, como si su alma la abandonara para buscarle, para unirse a él, como si le perteneciera desde el principio de los tiempos. Sus labios la acariciaron, prendiendo en ella la frágil llama que escondía para convertirla en un fuego vivo, como si cada centímetro de su cuerpo fuera besado al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Necesitaba tocarle, saber que realmente aquello estaba ocurriendo, que no era una loca fantasía.

Enterró los dedos en su abundante cabello, dejando correr finas hebras entre ellos, sintiéndolos deslizarse como hilos de negra seda, para después aferrarse a su nuca y acercarlo aún más a ella.

Pero sus manos necesitaban más. Sin poder controlarse las dejó que recorrieran el camino que el destino marcaba. Las dejó vagar a sus anchas, colándose bajo su camisa, buscando aquella tersa y dorada piel que tantas veces había imaginado acariciar.

Lucan se apoderó de sus pechos, notando como se endurecían con su contacto aun bajo la fina tela de la camisola. Toda ella estaba hecha para él, y su misma esencia lo sabía y lo gritaba a los cuatro vientos.

Manon ya no era dueña de sí misma. Su cuerpo y su mente estaban completamente dedicados a su necesidad y a satisfacer a aquel que la apremiaba. Se sentía completa y maravillosamente liberada, como jamás antes había experimentado. Deseaba dárselo todo y ofrecerle todo el placer que pudiera proporcionarle.

Sus dedos siguieron el camino hasta encontrar su dura e inhiesta masculinidad y se cerraron en torno a él.

El escozor en los ojos de Lucan le indicó que estaba próximo a la transformación. Las caricias de Manon eran como la llamada de la hembra alfa en la noche de luna llena, nublaba su mente y enturbiaba su raciocinio, tirando

por tierra todo lo que quedaba de su parte humana.

Durante tanto tiempo había estado controlando su ansia que ahora corría el riesgo de perderse en la vorágine del deseo que le consumía. Necesitaba hacerla suya en aquel momento. Necesitaba aplacar con urgencia a la bestia que amenazaba con tomar el control. Pero Manon no se merecía que eso ocurriera, no aquella vez, y respirando entrecortadamente recurrió a los últimos retazos de voluntad que le quedaban.

—Te deseo Manon —susurró Lucan contra sus labios mientras seguía depositando leves besos sobre su rostro, tratando de que comprendiera—, me vuelves loco. Te deseo desde la primera vez que te vi, tan hermosa y orgullosa, tan fiera y tan segura de ti misma, defendiendo lo tuyo con uñas y dientes. Comprende que llevo demasiado tiempo deseándote, demasiado tiempo anhelando tocarte y hacerte mía. Trato de controlarme pero me resulta muy difícil, el animal que anida en mi podría derrumbar mis defensas y...

Si sus palabras fueron dichas para tratar de hacerle entender el riesgo que corría si seguía así, fueron interpretadas de otra forma muy distinta. A Manon aquellas frases se le antojaron como un hermoso hechizo que le proporcionaba más seguridad en sí misma. Deseaba a Lucan aunque en su interior una pequeña vocecilla le decía que estaba cometiendo una locura, pero era una locura maravillosamente bella.

—Shss, no digas nada más —le contestó ella, mientras se apartaba un poco de él y se descubría, quedando tan sólo con la ropa interior blanca que siempre utilizaba.

Le rodeó el cuello con sus brazos y le besó profundamente. Lucan no pudo menos que rendirse a sus demandas, apartando a un lado todo lo demás, cualquier problema, cualquier peligro, cualquier cosa que no fueran ellos dos, no tenía cabida en aquel momento. El descubrimiento de aquella revelación extinguió por fin cualquier temor que Lucan albergara dentro de sí.

Sin dejar de mirarla un instante, se irguió para deshacerse de su ropa, quedando completamente desnudo frente a ella.

Manon, aún sentada sobre el lecho, paseó su mirada sobre aquel cuerpo duro y tremendamente masculino, un cuerpo hecho para el placer. Ya había tenido la oportunidad de verle así, tan hermoso en su desnudez, pero había sido muy distinto, ahora podía gozar y deleitarse con cada detalle.

Era increíblemente fuerte y bien formado. Sus músculos parecían cincelados en noble madera tostada. Los poderosos brazos enmarcaban un amplio pecho antesala de un vientre fuerte y ondulado. Sus piernas como

imponentes columnas griegas, nacían en una cadera estrecha y moldeada, y su sexo, tenso y erguido le prometía secretos placeres.

Había dejado deliberadamente que Manon le mirase durante unos minutos. Así conseguía que ella se acostumbrara de alguna forma a él y obtendría el tiempo suficiente para poder retomar el control. Pero la mirada de Manon, había conseguido encender cada centímetro de piel que ella había recorrido con sus ojos. Si esa mujer era capaz de hacerle sentir así tan solo con mirarle que Dios le ayudara cuando le tocara.

Lo tomó de las manos, acercándolo a ella. Curiosa, acarició el viril torso masculino. Lo notó caliente y terso al tacto y sintió un escalofrío de gustosa anticipación. Deseó probarlo y acercó la boca a él, a su vientre, depositando suaves y húmedas caricias con sus labios.

Lucan luchó contra la necesidad de tumbarla inmediatamente y hundirse en ella, hacerlo suponía un error que jamás podría perdonarse, y cerró los ojos y los puños fuertemente mientras Manon seguía con aquella deliciosa tortura, orando al cielo para que pudiera mantener a la bestia, que se agitaba poderosa, con unos pocos retazos de voluntad.

Completamente ajena a la lucha que se libraba en el interior de su amante, y después de haber saciado su curiosidad con los labios, probó su piel con la lengua. Sabía a bosque, a viento y libertad, sabía a algo salvaje y hermoso. Notó un leve roce del miembro masculino entre sus pechos y Lucan dejó escapar un involuntario gemido. Lo rodeó con sus manos para proporcionarle el mismo tratamiento, pero él se lo impidió.

Jamás había estado con un hombre. No tenía la experiencia necesaria para saber si lo que hacía le proporcionaba el placer que ella deseaba darle, y buscó sus ojos tratando de encontrar allí la respuesta.

Lo que vio en ellos, lejos de asustarla, la sorprendió. Sus pupilas ya no eran como hacía unos minutos, ya no eran humanas. Su limpio color gris plateado se había tornado turbio y brillante, como una tormenta eléctrica a punto de explotar. Destilaban tal pasión y deseo urgente que sintió como si toda ella se deshiciera en pequeñas e insignificantes migajas.

Lucan notó su indecisión pero no estaba dispuesto a dejar que se sintiera intimidada por nada del mundo, y sonrió a pesar de sí mismo al descubrir cuanto le importaba.

Tomándola por los hombros la obligó a tumbarse y se apoderó de nuevo de su boca.

Ella relegó al olvido hasta la más minúscula inquietud en el mismo instante

en que sintió el cuerpo de Lucan sobre el suyo. De nuevo todo su ser clamaba unirse a él con más intensidad aún. La mente vedada al todo lo externo a aquella habitación. Sólo existían ellos y lo que estaban a punto de compartir.

Se devoraron uno al otro, buscando en cada momento una nueva porción de piel que acariciar, que venerar con mimos y besos. Lucan saboreó sus pechos, lamiéndolos hasta sentirlos completamente duros, tomándolos en sus manos para masajearlos a placer, sintiendo como se amoldaban perfectamente a sus palmas. Manon notaba la dura virilidad presionando entre sus piernas y clavó los dedos en su trasero para sentirlo aún más apretado a ella.

—¡Dios Manon! Tengo que hacerte mía. Ahora —exclamó Lucan con voz grave y ronca, casi a punto de perder el férreo control que había estado tratando de mantener a raya.

Dejando ir todos sus demonios se enterró en ella de un embate fuerte y seguro. Manon dejó escapar un amortiguado grito de dolor que Lucan acalló con sus labios, mientras comenzaba a moverse dentro de ella.

Sabía que habría dolor, pero también sabía que no volvería a suceder y se relajó dejando fluir las ondas de placer que comenzaba a sentir por todo su ser. Lucan estaba en todo su cuerpo, besándola, acariciándola, poseyéndola, marcándola a fuego, instándola a que alcanzara un placer que cada vez sentía con más intensidad.

Su rostro demudado por las sensaciones que experimentaba, era el cuadro más bello jamás pintado. Su cuerpo completamente entregado a él era la más hermosa escultura jamás realizada.

Pronto los jadeos llenaron la habitación, dando testimonio veraz del gozo que ambos sentían. Formando una fabulosa figura de dos amantes enredados en la más bella y antigua danza, buscando la perfección. Acompañados por aquel canto de sirenas, aceleraron el ritmo hasta perder el sentido de la realidad, dejándose llevar y alcanzando la cúspide al unísono, cayendo en el vacío más profundo unidos en un solo ser.

\*\*\*

La quietud de la noche fue interrumpida por un par de motores potentes. Dos motocicletas de gran cilindrada hicieron su aparición en la entrada de la casa de Manon.

Los dos individuos que las conducían, abandonaron su montura y tras verificar visualmente que nadie más andaba por los alrededores, procedieron a dirigirse hacia el hueco abierto de la puerta.

—¡Qué peste! No hay nada que huela peor que un *Infectado* muerto — comentó uno de ellos incluso antes de entrar.

—No estoy de acuerdo.

—¿No? ¿Crees que hay algo que huela aún peor?

—Sí, dos *Infectados* muertos —ambos rieron ante la respuesta admirando los dos cuerpos muertos y con la espalda abierta nada más cruzar la puerta.

—Bueno cuando terminemos con ellos ya no contaminarán el aire con su asqueroso aroma.

—Busca sus corazones, recuerda lo que nos dijo Koram, no debemos dejarlos para que alguna alimaña se alimente de ellos, y ponte los guantes antes de tocar nada.

—Joder, Lycaon se lo ha pasado bomba ¿eh? —comentó mientras paseaba la mirada por el destartado salón— Me gustaría saber exactamente lo que pasó aquí.

—Nos informará de ello cuando lo crea conveniente, Cayén. No cuestiones al jefe, te irá mucho mejor.

—Ser considerado aún un *Iniciado* es una mierda ¿durante cuánto tiempo tuviste que esperar para que se te concediera un rango superior Itanón?

—No hay un tiempo fijo para eso —contestó—. Pero ten paciencia, cuando sea el momento y lo merezcas Lycaon te lo concederá, es un *Alfa* justo.

Los dos licántropos arrastraron los cuerpos de los caídos hasta el exterior, colocándolos uno encima del otro a una distancia prudencial de la casa.

Itanón, extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta de piel, un cuadrado y brillante encendedor de gasolina, lo prendió y lo lanzó sobre los desgraciados *Infectados* muertos, al instante comenzaron a arder vigorosamente.

—En unos segundos sólo quedarán de ellos sus huesos —comentó mientras lanzaba a la pira los dos corazones que su compañero había encontrado— ¿qué demonios haces?

Cayen, inquieto, husmeaba el aire mientras caminaba unos pasos hacia la pequeña loma cerca del lugar. Sin hacer caso de la pregunta de su superior, comenzó a correr hacia arriba.

—¿Has visto algo? —preguntó Itanón que le había seguido azuzado por la curiosidad.

—Aquí había alguien —respondió mientras tomaba un poco de tierra y se la llevaba a la nariz para olisquearla.

—Koram me comentó que esos eran gente de Atrox —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza hacia la fogata que ya reducía sus llamas.

—Esos, puede ser —aseveró Cayén volviéndose a poner en pie y sacudiéndose las manos—, pero el que ha estado aquí desde luego no lo era.

—¿A qué te refieres?

—Que era un humano y ya sabes la aversión que tiene Atrox a los humanos.

—Humano —repitió Itanón— supongo que a Lycaon le gustará saberlo. Acabemos con esto y vayamos a informar.

\*\*\*

No podía despegar los ojos de ella. Sabía que no era un sueño, no podía serlo.

Ya ni recordaba exactamente qué significaba soñar, hacía siglos que su maldición le prohibía ese pequeño escape de lo cotidiano. Ella era real, pero la realidad conseguía que fuera aún más maravilloso.

Si alguna vez, alguien le hubiera dicho que volvería a compartir su cama con una hembra, sencillamente no lo hubiera creído y hubiera desechado esa absurda idea con una risotada. Pero ahí estaba ella, durmiendo junto a él, en su lecho.

Después de hacerle el amor, Manon había quedado dormida casi al instante, sin duda completamente agotada, tanto física como emocionalmente.

Aquel día, había tenido que lidiar con demasiadas cosas, había tenido que aceptar que su realidad, la realidad que ella había dado como cierta hasta aquel momento de su vida, no era tal y como ella creía. Se había enfrentado a la verdad de las historias de terror que usaban los mayores para asustar a los niños. Había tenido que dar como ciertos muchos mitos, muchas mentiras y algunas verdades.

Lucan retiró con la yema de los dedos un fino mechón de cabello que le caía sobre el rostro, colocándose cariñosamente para que no le molestara. Ella murmuró algo y no pudo menos que sonreír.

Se la veía tan dulce, tan bella y a la vez tan frágil, tan terriblemente mortal que no pudo evitar un escalofrío. ¿Qué haría si algo le ocurriera? Tenía que protegerla, salvaguardarla de cualquier peligro, se sentía tremendamente responsable de su seguridad y ahora mucho más. Ahora había descubierto lo que realmente sentía. Ahora sabía con seguridad que la amaba. Sí, estaba enamorado de ella como un colegial, pensó sonriendo por la felicidad que sentía.

En ese instante, la respiración de Manon se hizo más ligera y rápida, como si estuviera realizando un gran ejercicio. Algo incomodaba su sueño,



balbuceaba incoherencias y una fina capa de sudor empezó a perlar su frente. Preocupado por su bienestar, Lucan la rodeó con su brazo, ofreciéndole así algo que le hiciera sentir protegida y segura. Pero lo que fuera que Manon soñaba lo interpretó de modo muy diferente, y su reacción no fue la esperada.

Despertó inmediatamente, incorporándose hasta quedar sentada, aterrorizada y completamente desorientada.

—Tranquila Manon —trató de serenarla mientras sentado a su lado la abrazaba—. No pasa nada, no pasa nada, sólo ha sido un sueño, nada más que un sueño.

La voz de Lucan pareció devolverle algo del sosiego que la pesadilla le había robado y se relajó sobre su pecho aún con la respiración agitada.

—Parecía tan real...

—Pero no lo era, tranquila, respira, estoy aquí, contigo. Ven, acuéstate y cuéntamelo, es una buena forma de olvidarlo por completo, de exorcizar los miedos.

Trató de tranquilizarse siguiendo el consejo de Lucan que la acurrucó contra sí y esperó paciente a que ella estuviera dispuesta a hablar.

—Es algo que me ocurre desde hace años. No puedo hacer prácticamente nada por evitarlo. Aunque hay temporadas en las que el sueño desaparece, vuelve de nuevo y últimamente muy a menudo.

—¿Y siempre es el mismo sueño? —preguntó interesado.

—Básicamente sí, aunque en los últimos días parecen haber subido de intensidad. Es como una pelea, siento el miedo, el dolor, la sangre, las vísceras, aunque jamás he podido saber quiénes eran los contrincantes.

—¿Nunca?

—Nunca hasta hoy —y un tono de pesar se notó en su voz—. Esta noche ha sido algo diferente porque sí he visto un rostro. El tuyo.

Lucan reflexionó unos instantes. Sabía perfectamente de lo que estaba hablando Manon. Otros híbridos como ella habían experimentado el mismo sueño. Aunque por supuesto, su propia aparición en las pesadillas de esa noche, debía ser producida por lo ocurrido durante el día.

Aquello no hacía sino empeorar las cosas. Había llegado el momento de ofrecerle las explicaciones que Manon merecía, y el conocimiento que le permitiría decidir sobre su futuro, pero en aquel momento existía la posibilidad de que ella no entendiera.

Él tenía otra opción, la de dejar a su madre aquel penoso trabajo. Pero no estaba seguro de cuanta información disponía Gea acerca de las vicisitudes de

su raza, y una explicación llena de lagunas de información tampoco era productiva para ellos.

No, si había una posibilidad de que Manon comprendiera qué estaba ocurriendo y qué era ella en realidad, debía ser él quien proporcionara ese conocimiento. ¿Quién mejor que un *Original* para hacerlo?

—Te has quedado callado —apuntó Manon. No quería que pensara que era una niña tonta y asustadiza—. No te preocupes, sé que no significa nada.

—No estoy preocupado —mintió—. Sólo estoy tratando de buscar la mejor forma de explicarte algo.

—¿Qué? —preguntó buscando sus ojos, que aun en la oscuridad, brillaban de una forma excepcional.

—¿Jamás te has preguntado el por qué de esos sueños que te asaltan?

—Sí, sí lo he hecho, pero jamás encontré una respuesta satisfactoria así que lo dejé por imposible. Supongo que debe haber más personas que los padezcan así que...

—La hay. Hay una explicación Manon. Pero para que la entiendas primero debes saber algo más —Lucan hizo una pausa y prosiguió—. No todos los licántropos somos formados de la misma manera.

—Sí me explicaste lo de los *Infectados*.

—No, no, no me refiero a esos.

—No te entiendo.

—Verás, a los *Infectados* ni siquiera los aceptamos como uno de los nuestros. Ellos son hombres mordidos por uno de nosotros. Sólo con una mordedura profunda se convierten en esa escoria.

—¿Por qué los odias tanto? No creo que ellos quieran ser mordidos.

—Te sorprendería saber en qué proporción sí quieren. Son humanos que cegados por el poder y la fuerza de los nuestros, nos rondan, nos persiguen, nos colocan en situaciones comprometidas hasta que les atacamos. Lo desean tanto que ponen en peligro sus propias vidas y las de otros para conseguirlo. No les importa nada, excepto su deseo. Y una vez lo consiguen se convierten en bestias sin raciocinio, son ellos los que han conseguido que entre los humanos se nos tema. Ellos son el motivo de todas esas historias horribles acerca de criaturas que atacan a hombres, mujeres y niños.

—Entiendo.

—Existen clases de licántropos —continuó.

—¿De qué clase eres tú?

—Yo soy un *Original*.

—¿Qué os diferencia?

—Fuimos creados de diferente forma.

—Me estas asustando. No entiendo qué tiene que ver esto con mis pesadillas.

—Tranquila y escúchame. Los *Originales* somos la causa directa de una maldición.

—¿Estás hablando de... magia?

—¿Después de lo que has visto te extraña? —la pregunta era pura retórica y no esperó a que le contestara—. Estoy hablando de magia sí, pero no de una magia común, no la magia de tres al cuarto que ves en televisión, sino de una magia antigua, ancestral, una magia que data de tiempos inmemoriales. Gracias a Dios, con el paso del tiempo se ha ido perdiendo ese conocimiento, y sólo unos pocos saben de ella hoy en día. Es un hechizo complicado en el que se han de unir dos almas, una animal y una humana. El amuleto guarda el poder de dominar esa alma animal.

—Lucan.

—¿Sí?

—¿Qué edad tienes? —parecía extraño pero hasta ese momento esa simple cuestión había carecido de importancia para ella, ni siquiera había pensado en ello.

—Creo que alrededor de los quinientos cincuenta.

—¿Crees? ¿No estás seguro? ¿No sabes la edad que tienes? Es increíble.

—Manon cuando se llevan tantos años como yo en mi situación, lo increíble pierde el significado.

—Entonces ¿eres inmortal?

—No, no lo soy. Envejecemos y morimos como cualquier ser vivo, aunque muchísimo más despacio. Pero volvamos a lo importante. Otra clase de licántropos son los *Híbridos*. La diferencia entre los *Originales* y los *Híbridos*, es que los segundos nacen. Son la descendencia entre licántropos y humanos.

## Capítulo quince

Aún no había amanecido. Sólo la diáfana luz de los faroles exteriores, entraba por las ranuras de las persianas. Todo estaba en silencio, excepto la respiración tranquila y regular de su pareja en la habitación cercana, el momento perfecto para repasar los acontecimientos que ya habían ocurrido por si debía modificar su plan.

Dedicó los minutos siguientes a aquella tarea y cuando hubo terminado se sintió satisfecho pues todo estaba saliendo a pedir de boca.

Bueno, casi perfecto, pensó mientras recordaba la situación vivida cerca de la casa de ella, esa rareza mezclada, lo que ellos llamaban *Híbrida*.

Había esperado mucho tiempo pero la espera y el esfuerzo que había empleado en ello, había merecido la pena. Al final, como había imaginado desde el principio, ellos la habían encontrado.

Se había ocultado en la cima de la colina cercana, detrás de unos altos arbustos para tener una buena vista del terreno y poder crearse una idea general de lo que había ocurrido. Justo cuando oyó el ruido de las motocicletas de aquellas dos criaturas supo que debía largarse de allí. Pero la curiosidad pudo con él y tuvo que aguardar unos segundos más mientras vigilaba atentamente, con sus binoculares, cada uno de los movimientos de los dos engendros.

Después, cuando sacaron al exterior los cuerpos de dos tipos muertos y los amontonaron como basura decidió que no podía retratar más la marcha. Recogió cuidadosamente sus cosas y se retiró, despacio, sin hacer ruido, ellos podían oír cualquier sonido por mínimo que fuera.

Era normal que la gente corriente no notara lo que eran en realidad pues se comportaban como verdaderos humanos, pero a él no podían engañarles. Él sabía qué clase de carroña eran. Eran abominaciones de la naturaleza que debían ser exterminadas, y él..., él estaba allí para llevar a cabo aquella honrosa y heroica tarea. Salvar a la humanidad, matándolos a todos.

\*\*\*

Ya está, ya estaba hecho. Había cumplido con su deber como mejor había sabido. Jamás se le había dado bien dar malas noticias, ni tener que explicar a nadie las controversias y complicaciones que envolvían su mundo,

precisamente por ello, de ese tipo de quehaceres se encargaba Koram. Pero Manon bien merecía el esfuerzo. Era de ley que él le ofreciera aquella información y así había hecho.

Ahora ella se había quedado inquietantemente silenciosa, no sabía que pensar ni cómo actuar. Decidió que la mejor forma de hacerlo era darle su tiempo, sin duda había sido un duro golpe y debía reflexionar.

Reflexionar no era lo que Manon hacía exactamente. Su cerebro bullía de actividad, recordando la conversación que había tenido con su madre.

En su mente toda la información que le acababa de proporcionar Lucan se entremezcló con la que le diera su madre formando un cóctel explosivo. Las palabras que escuchara en su momento de boca de su progenitora se repetían constantemente, una y otra vez... “Durante mi juventud tuve la desgraciada mala fortuna de conocer a uno de ellos... me violó... abusó de mí, dejándome cicatrices y embarazada”.

Lucan sintió como Manon se incorporaba para volver a sentarse. ¡Dios! Recordaba el momento exacto en que su madre se lo explicara, pero en aquel momento no sabía, no podía saber que ella...

—Entonces... —balbuceó—, entonces yo..., yo soy...

—Sí, lo eres —verificó Lucan moviéndose para colocarse a su lado—, y de ahí vienen tus pesadillas, es la forma en que la parte animal retenida que anida en ti, se manifiesta. Tú naciste con las dos almas dentro de ti, la animal y la humana.

—Ella me lo dijo, pero no le di importancia. ¡Por todos los santos! Ella es humana y yo pensé que...

—No debes inquietarte Manon. Eres una mujer normal a menos que decidas lo contrario. Yo te ayudaré a...

—¿Qué no me inquiete? —estalló furiosa sin dejarle terminar, aquello era de locos—. ¿Cómo puedes decir que no me inquiete? ¿Qué hay de mi vida? ¿Qué hay de lo que yo quiero? ¿Qué pasará ahora? ¿Tendré que atacar a la gente para alimentarme? ¿Tendré que estar pendiente de los ciclos lunares y encerrarme cuando le toque el turno a la luna llena y mi cuerpo se transforme en un... en un...?

—Monstruo —terminó Lucan con tristeza.

—Sí —contestó antes de que pudiera darse cuenta de lo que había hecho—. Lo siento Lucan —rectificó en un tono más bajo, tratando de arreglar su metedura de pata—, no quería...

—No pasa nada —dijo antes de salir de la cama.

Manon oyó como se vestía en la oscuridad y segundos después abandonaba la habitación.

Maldita fuera ¿cómo podía ser tan estúpida? Lucan se había sentido insultado y no sin motivo. Después de que él le salvara la vida, le ofreciera su casa, su protección, incluso después de haber compartido con él su cama, ella le había pagado su bondad insultándole. No había hecho otra cosa que preocuparse por ella y tan solo había recibido a cambio rechazo y ofensas.

Sintiendo un gran peso en el corazón, notó como la garganta se le endurecía por el esfuerzo de reprimir el llanto.

Él no tenía ninguna obligación con ella y sin embargo allí estaba ¿Por qué tenía que ser todo tan condenadamente complicado? ¿Por qué le había tocado a ella aquella prueba? Se preguntó mientras hundía la cabeza entre el hueco de sus palmas, notando como las lágrimas afloraban a sus ojos.

Y para colmo, ella lo había estropeado tontamente. Él le había dicho que tendría que elegir, recordó. Quizá hubiera una esperanza, quizá aún no estaba todo perdido y podría recuperar su vida. Pero ese pensamiento se esfumó en el mismo instante en que, tendiéndose de nuevo en el lecho, sintió a su lado el calor que había dejado el cuerpo de Lucan.

Su vida, pensó con ironía y tristeza, mientras acariciaba las tibias sábanas y las lágrimas resbalaban por sus mejillas lenta pero inexorablemente. ¿Qué vida? Hasta que conociera a Lucan, había sido un caminar solitario y aburrido, únicamente amenizado por el trabajo. Así es como había llenado el hueco que otros utilizaban para el amor, la familia, los amigos. Menuda vida. Anodina en todos los sentidos hasta que apareció él.

Ya había estado tratando de saber qué albergaba su corazón, pero hasta aquel momento no lo supo con absoluta seguridad. Le amaba. Sí, le amaba y ahora lo sabía, estaba completamente segura de ello.

Lucan había traído problemas consigo, de eso no cabía duda alguna, pero al fin y al cabo, no era un hombre normal, pensó mientras se encogía de hombros.

Y ella tampoco, recordó.

Ese simple pensamiento iluminó su ánimo, primero muy suavemente hasta que lo vio todo mucho más claro.

Resuelta, se limpió del rostro los húmedos surcos dejados por el llanto, borrando cualquier duda que pudiera quedar en su cerebro con aquel sencillo gesto. Culpar a Lucan y a ella misma, o a nadie, no solucionaba nada. Debía afrontar la verdad tal y como era. No hacerlo, o llorar por algo que estaba fuera de su alcance arreglar, era como faltarse a sí misma.

Se disculparía. Debía ofrecerle una disculpa a Lucan por su torpeza. Dios sabía que no había querido decir lo que él había interpretado y esperaba que lo entendiera.

En ese momento deseó saber más, conocer más a fondo su vida, cómo había sido, qué le había ocurrido para merecer semejante maldición. Deseaba que él le explicara detalles de su raza, de su mundo, de todo lo que le rodeaba. Quería aprender y quería que fuera él quien que le enseñara. Y deseaba también poder decirle, que fuera lo que fuera que implicara tomar una decisión con respecto a ella, siempre optaría por estar con él.

Observó como pequeños rayos de luz comenzaban a filtrarse tímidamente por las rendijas de las persianas. Amanecía, comenzaba un nuevo día y Manon sonrió al pensar que también, con el alba, empezaba una nueva vida, la suya.

\*\*\*

Cuando Lucan hubo salido de su habitación, había sentido la necesidad de respirar un poco de aire fresco y se había dirigido directamente a los extensos jardines que rodeaban la casa.

Paseó por ellos escasos minutos, pero seguía habiendo algo en su interior que le hacía sentir como un preso, y sin pensarlo dos veces, dejó la hacienda, con la esperanza de dejar atrás aquella sensación. Una larga caminata por el bosque le sentaría bien, pero aquella inquietud, aquella opresión dentro de él seguía en su empeño de no abandonarlo.

Pensó que dejar a Manon durante unas horas sería de ayuda para ambos, ella necesitaba pensar en su nueva situación y él..., él simplemente necesitaba salir de allí.

Recordó las palabras de Manon y reconoció que le habían hecho daño. Nada más oírla había sentido como si el corazón se le desgarrara en dos. Apretó el paso inconscientemente, como intentando adelantar a aquellos hirientes pensamientos.

Muchos años le había costado aceptar su nueva condición y desde el momento en que lo había hecho, nunca más había vuelto a pensar en ello. Pero ahora, ahora que Manon había declarado su sentir, Lucan volvía a encontrarse con el fantasma del inconformismo, y se sentía furioso consigo mismo por ello.

Se sentía como un idiota. Un estúpido que se había saltado su propia regla de no volver a entregar su corazón, de no volver a relacionarse tan estrechamente con los humanos, y ahora sufría las consecuencias. ¿Por qué demonios se le había ocurrido que las cosas podían cambiar? Nada cambiaría,

él seguía siendo un licántropo, un hombre—lobo, un come—niños, un devora—hombres a los ojos de los humanos, aunque todas aquellas historias fueran completamente falsas.

Sin prestar atención al camino, de pronto se encontró frente a la entrada del santuario. Como siempre que se encontraba frente a ella, el paisaje lo sobrecogió.

Aún cuando el manto nocturno no se había retirado, la imagen era tan bella que conseguía cautivar a aquel que supiera observar. La gran, y rugiente cascada caída rabiosamente sobre el pequeño lago, rodeado de salvaje y vibrante vegetación.

Irrracionalmente le dio la espalda por un momento, como si con aquel gesto se repudiara a sí mismo y todo lo que significaba. ¡Por Dios que él amaba a Manon! Pero su maldición se interponía y no podía hacer nada por solucionar aquel problema. Todo su poder no servía de nada frente aquello.

Volvió a encarar la bajada hacia la entrada y se encaminó hacia ella, buscando un poco de paz para su espíritu.

Hacía tan solo unos días, la idea de que ella comprendiera su propia condición, y la esperanza de compartir una vida, le había parecido tan sencilla y tan factible que no se había parado a pensar en los problemas que podrían surgir.

Nada más penetrar en las antiguas dependencias de los *Alfa*, sintió que parte del pesar le abandonaba, permitiéndole relajarse.

Respiró profundamente dejando que el aroma a tierra le reconfortara y templara sus nervios por completo.

Todo estaba como siempre, él se había encargado de que el lugar permaneciera intacto, con la tonta esperanza de que quizá algún día pudiera compartir aquellas estancias con alguien, con una pareja que al igual que él, sintiera la necesidad de aislarse de la incomprensión humana. Nuevamente estúpido por ello, se dijo a sí mismo.

Pero aquel pensamiento más que enfurecerlo de nuevo consiguió entristecerlo.

Paseó la mirada sobre el rústico mobiliario, y cedió al impulso de pasar la mano acariciando el más cercano. No es que hubiera vivido tiempos felices allí, pero su memoria guardaba un buen recuerdo de aquel lugar y los días en que sus problemas no tenían más importancia que la riña entre dos integrantes de su manada.

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared desnuda, buscando



la total comunión entre su naturaleza y la madre tierra, y sin poder evitarlo, a su mente acudió el rostro de Manon, dulce, tierna, e increíblemente hermosa. No hizo absolutamente nada por rechazar aquel pensamiento. Había tratado de explicarle lo mejor que había sabido todo aquello que debía saber, le había hecho el amor apasionadamente, y sin embargo, aún sentía que ella guardaba en su interior un temor contra el que no podía luchar, ya que aquello a lo que temía era a ella misma, y hasta que no encontrara la forma de eludirlo jamás podía ser feliz, tomara la opción que tomara.

Como híbrida podía decidir qué vida llevar. Podía decidir si continuar siendo una humana normal, vivir y morir del mismo modo que cualquier ser, o podía, aceptar su otro yo, y convertirse a su raza, siendo uno más de ellos. Pero sintiendo miedo de sí misma, la sola idea de saber lo que su origen guardaba podría destruirla de cualquier forma. Debía ser sincero consigo mismo, si él había necesitado décadas para aceptarse, debía concederle a Manon al menos el mismo tiempo.

Deseaba poder ayudarla, demostrarle que no tenía nada que temer, llenar de esperanza su futuro, decidiera el destino que ella decidiera. Aunque, pensó con tristeza, optara por alejarse de él. Tanto la amaba que estaba dispuesto a protegerla a cualquier precio.

Sintió dentro de su ser que ya había amanecido, no necesitaba de ningún reloj ni aparato que midiera el tiempo para saberlo, simplemente tenía la seguridad de que así era, y efectivamente, el sol ya estaba completamente visible entre las montañas cuando salió al exterior.

Realizó el camino de vuelta tranquilamente. Manon aún seguiría durmiendo ya que no lo había hecho en toda la noche y debía estar exhausta.

Cuando traspasó el vano de la puerta, la propiedad ya estaba en plena actividad. Los jardineros realizaban su trabajo antes de que el calor fuera tan fuerte que no permitiera laborar bajo el sol, y dentro de la casa, los encargados de la limpieza y organización iban de aquí para allá realizando sus quehaceres.

Necesitaba una ducha, pero decidió esperar a que Manon despertara, no quería perturbar su sueño ni su descanso por ello, así que optó por dirigirse hacia su despacho. En el trayecto se encontró con Koram que caminaba hacia él.

—Ven conmigo, tenemos que hablar —recordó. Debía informar a Koram de la presencia de Gea y Manon.

—Te estaba buscando, también yo tengo información para ti —anunció.

Cuando estuvieron al resguardo de su despacho, Koram se acomodó en uno de los sillones y esperó a que Lucan hiciera lo propio, pero éste, para su sorpresa, prefirió seguir de pie frente a la ventana.

Durante unos minutos ambos permanecieron en silencio, Lucan con la mirada perdida en el horizonte y Koram sin quitarle la vista de encima. Por lo general, su jefe enfrentaba cualquier tema directamente. Jamás antes lo había visto de aquella guisa, abatido y como si hubiera salido de las mismas entrañas de la tierra; sucio y desaliñado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Koram extrañado.

—Debo pedirte que incrementes en la medida de lo posible la seguridad de la casa, tenemos invitadas, dos para ser exactos —dijo sin apartar la mirada del exterior.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Quiénes?

—Manon, la mujer de la excavación y Gea, su madre.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Koram elevando la voz y levantándose automáticamente del sillón— ¿Te das cuenta del peligro que corremos con dos humanas en la casa?

—No te preocupes, no son humanas —explicó Lucan sin alterar ni un ápice su tono de voz.

—¿Qué demonios son?

—Híbridas. Bueno, al menos Manon sí lo es.

—Definitivamente sí, estás loco —afirmó Koram—. Si tuvieras un ápice de cordura las echarías de aquí de inmediato.

—¿Acaso lo hice contigo Koram? —y esta vez sí que le miró al formular la pregunta.

—Ellas son hembras —respondió como si eso lo explicara todo—. Sólo por ese motivo ya son dos problemas con piernas en potencia.

—No lo serán. Yo me encargaré personalmente de ellas.

—Espero que al menos tengas una razón plausible para haberlas traído aquí.

—Por supuesto, como sabes, Atrox las persigue.

—¡Dios Lycaon! —los ojos azul oscuro chispeaban de alarma.

—¡Dios no tiene nada que ver! —dijo terminante—. Koram, necesito de la colaboración de todos en esto.

—Bien, como siempre la tendrás. Te debo mucho Lucan y lo haré aunque no

comparta tu decisión. Pero espero que hayas pensado en lo que puede derivar esto.

—Koram, existen otros motivos —dijo sin querer aclarar del todo el tema. A nadie le importaba sus sentimientos más que a él, aún así, decidió que Koram debía saber de la existencia del anillo— Manon posee el amuleto de Atrox, lo encontró por casualidad y no tiene ni idea del poder que guarda, si Atrox la encuentra la matará para volver a recuperarlo.

—Comprendo —no sabía el porqué del asalto a la pequeña casa de aquella mujer pero ahora todo encajaba. En la situación en la que se encontraba, Atrox no habría mandado un ataque sin tener una buena razón para ello.

—He de pedirte que hagas llamar a Anpu y Varulf e invitarlos a pasar aquí una temporada. Aunque negociaré con él si la situación lo requiere, en caso de tener problemas necesitaremos de toda la ayuda de la que dispongamos.

—Bien, así lo haré —. Había momentos en los que no entendía a Lucan, y sin duda, aquel era uno de ellos. Tener a dos hembras en la casa y hacer llamar a Varulf era traerse los problemas gratuitamente —Pero...

—Sin peros, Koram —Lucan volvió a girarse hacia el ventanal—. Sé perfectamente lo que estas pensando, pero Varulf es de los mejores en la lucha y no prescindiré de él.

—Está bien.

—¿Qué era eso que querías decirme? —preguntó Lucan recordando que su amigo había expresado su deseo de comentarle algo.

—Mandé un par de los nuestros para hacer desaparecer los cuerpos de la casa de la mujer.

—De Manon —le corrigió.

—Sí, como quieras —dijo Koram renuente.

—¿Y?

—Realizaron lo ordenado satisfactoriamente.

—Perfecto.

—Hay algo más —informó.

—Dispara.

—Cayén e Itanón, rastrearon la presencia de alguien que vigilaba los alrededores.

—Alguien enviado por Atrox sin duda, ¿lo capturaron?

—No, consiguió escapar, cuando Cayén notó su presencia, ya se había largado. Y tampoco era un licántropo. Era un humano.

Lucan, no habría imaginado nada parecido. La noticia le pilló

completamente por sorpresa.

—¿Un humano? —preguntó extrañado acercándose a Koram.

—Así es.

—¿Y qué demonios buscaba? —quiso saber.

—No han podido averiguarlo, dejó el lugar limpio de polvo y paja, tan solo pudieron rastrear el suelo.

—¡Mierda! No me gusta. No me gusta en absoluto —exclamó mientras se mesaba el cabello hacia atrás— Estad alerta e investigar el asunto. No dejéis cabos sueltos.

—De acuerdo —concordó Koram mientras se levantaba para abandonar el despacho e ir a cumplir con las órdenes.

—Y Koram —añadió Lucan justo antes de que se cerrara la puerta.

—¿Sí? —volvió a asomarse.

—Mantenme informado de cualquier detalle.

## *Capítulo dieciséis*

Atrox se paseaba arriba y abajo inquieto, tratando de encontrar respuestas a las dudas que lo asaltaban. Acababan de darle algunos datos acerca de la mujer que poseía su amuleto.

Manon Capwell, le habían dicho que se llamaba. Era la directora de un yacimiento cercano a las tierras de Lycaon. Sin duda debía ser el lugar de la antigua batalla. Sí, allí lo perdió. Y allí mismo, tuvo que encontrarlo ella.

Lycaon debía saber que la mujer poseía el amuleto, de otra forma no comprendía el porqué de su intromisión. Y ahora, para colmo, según decía su informador, la tenía en su propia casa. ¿Hasta ahí podía llegar Lycaon para hacerse con el anillo? ¿Hasta poner en peligro la seguridad de los suyos? No podía creer que su rival hubiera cambiado tanto. ¿Qué otro motivo tendría?

De pronto una idea absurda cruzó por su mente. ¿Quizá...? No, no podía ser. No estaba dispuesto a aceptar aquella idea como válida. Lycaon no podía sentir nada por ella... ¿o sí? —pensó entrecerrando los ojos.

Miró la foto de la revista científica que le habían proporcionado. Tenía que reconocer que era guapa, una mujer muy hermosa. Hacía muchos años había conocido a otra mujer así, recordó con tristeza y dolor.

Lanzó la foto sobre una mesa, alejando con aquel gesto, cualquier recuerdo dañino que le desviara de los planes trazados.

\*\*\*

Supuso que Lucan no volvería a entrar en su habitación hasta que ella la abandonara, y así lo hizo. Después de todo, necesitaba algo de ropa y darse una buena ducha.

Una vez refrescada y vestida, bajó al salón para encontrarse con su madre que lo observaba todo a su alrededor con curiosidad.

—Buenos días madre.

—¿Buenos días? ¿Has mirado el reloj chiquilla? Son más de las doce —le informó Gea mientras caminaba hacia ella sonriendo— ¿Has dormido bien?

—Sí —mintió.

—¡Señoras! Si son tan amables de acompañarme, les indicaré el lugar donde podrán tomar un tentempié. El señor les está esperando.

Ambas mujeres atendieron al anciano que las había llamado. Y después de

un encogimiento de hombros a la par, lo siguieron sin mediar palabra.

El comedor era amplio y bien iluminado, siguiendo el mismo estilo decorativo que reinaba en toda la casa, rústico pero indudablemente elegante.

La gran mesa de madera maciza que presidía la estancia, estaba repleta de apetitosos alimentos servidos en bellísima y fina vajilla de porcelana, sobre un par de manteles de color beige. Alrededor de la mesa, las sillas, más semejantes a sillones por su envergadura, estaban realizadas en mimbre color miel y parecían realmente cómodas.

Manon sintió como su estómago gruñía furioso, hasta ese momento no había notado lo hambrienta que estaba.

—Adelante, sentaos y comed. Armando no perdonará que no probéis bocado —les dijo Lucan desde el otro extremo de la habitación.

A simple vista, parecía que no había ocurrido absolutamente nada. Se le veía endemoniadamente atractivo como siempre, ataviado con unos vaqueros y una camisa blanca muy liviana. Entre las manos sostenía una taza de café.

—¿Tú no comerás con nosotras? —preguntó Manon.

—Ya lo hice —contestó—. Llevo levantado desde hace horas.

Manon recibió el comentario como un jarro de agua fría, apartó la mirada de él, no sin esfuerzo, y se acomodó frente a la mesa.

—Es lógico —comentó Gea, sentándose junto a su hija—, siendo lo que eres, supongo que prefieres la oscuridad para alimentarte ¿verdad? Además te debe ser más fácil matar una vez convertido.

—¡Madre! —exclamó consternada.

—No pasa nada Manon. Tu madre alberga ciertas ideas equivocadas con respecto a nosotros —dijo y después de unos segundos de silencio continuó—. Gea, te recuerdo que tu propia hija alberga parte de nuestra naturaleza en su ser, no te recomiendo que pongas en contra tuya a esa mitad.

—¡Maldito monstruo! —escupió Gea indignada—. No fue elección mía que así ocurriera —añadió poniéndose en pie para encarar la disputa.

—¡Es suficiente! —exclamó Manon enfadada.

—Pero él... —comenzó Gea.

—No quiero oír una palabra más —sentenció Manon—. Parecéis dos adolescentes. Arreglad vuestras diferencias de una vez por todas, hablando a solas o como mejor os plazca. Y tratad de poneos en mi lugar ¿cómo os creéis que me siento yo?

—Tienes razón —se excusaron ambos.

Después de varios minutos sin que ninguno se atreviera a decir ni una sola

palabra. Lucan se acercó a la mesa en el momento en que Manon se levantaba.

—Tengo que ir al yacimiento.

—¿Es necesario? —preguntó Lucan.

—Sí.

—Bien, te acompañaré.

—No, no hace falta, yo...

—Insisto. No debes ir sola.

—De acuerdo —Manon sabía que no conseguiría nada discutiendo con él sobre ese tema, tenía la batalla perdida ante de comenzar siquiera.

En pocos minutos ambos estuvieron listos para partir. Manon se despidió de su madre con un ligero beso en la mejilla, y le hizo un gesto a Lucan para hacerle saber que ya podían irse. Aún se sentía dolida por la escena del comedor. ¿Cómo era posible que ninguno de los dos se diera cuenta de que lanzándose aquellas pullas sólo conseguían herirla?

Como el yacimiento estaba cerca, Manon optó por ir caminando. Tenía que hablar con él, y compartir un cubículo cerrado y relativamente pequeño para charlar sobre aquel tema no era la mejor idea. Aliviada porque a Lucan también le pareció bien, se hicieron con sendas cantimploras y emprendieron la marcha a buen paso.

El sol, aún alto incluso a tan avanzada hora, no tardó en agobiar a los paseantes con la temperatura de sus invisibles y múltiples brazos.

Lucan lanzaba rápidas y constantes miradas a su acompañante, que bebía pequeños sorbos de agua fresca cada vez más a menudo.

—Ven, iremos por otro camino más resguardado del sol, sígueme.

Manon obedeció al instante, ni siquiera se le ocurrió no seguir su consejo, Lucan debía conocer miles de formas de llegar al área sur, después de todo, aquellas eran sus tierras.

El camino elegido fue una grata sorpresa. Un estrecho y sombreado sendero a través del bosque, que ofreció a Manon la oportunidad de disfrutar de todo el esplendor de la tierra, altos y frondosos árboles, espesos matorrales y un sin fin de flores que adornaban el camino.

—Qué hermoso es todo esto —comentó sin mirarle, absorta totalmente en la belleza que la rodeaba, devoraba con avidez todo aquello que sus ojos registraba mirando hacia todos los lados.

—Sí —contestó y la sujetó por un brazo frenándola mientras que lanzaba la otra mano hacia delante para agarrar la cabeza de una serpiente impidiendo su avance y una posible mordedura— es muy hermoso, y también letal. Una Reina

Negra, no quedan muchas por esta zona. Afortunadamente.

Manon observó como Lucan arrojaba la serpiente hacia el lado contrario sin hacerle ningún daño, su madre se hubiera sentido seguramente conmovida con aquel gesto, pensó.

—¿Te vas a pasar la vida salvando la mía? —lanzó la pregunta antes si quiera de darse cuenta de que lo hacía.

—Sí.

La sincera respuesta la abrumó tanto que Manon no supo que decir. Sintió como la temperatura de su rostro subía rápidamente y dio gracias al calor reinante, ya debía estar irremediablemente ruborizada y su vergüenza pasaría algo más desapercibida.

En unos pocos minutos más llegaron a la meta. La mayoría de los trabajadores debían estar en su descanso para la comida y Manon aprovechó para echar un buen vistazo a toda la extensión, comprobando in situ que todo funcionaba perfectamente.

Seguida siempre por Lucan llegaron hasta la gran carpa y encontraron allí a Aixa enfrascada en las tareas propias de su trabajo.

—¿Nunca descansas? —la saludo Manon con una sonrisa.

—¡Manon! —exclamó Aixa olvidando por completo lo que estaba haciendo y lanzándose a sus brazos al momento. La estrujó fuertemente hasta que Manon pensó que perdería la respiración, para después, separarse y mirarla a los ojos con el rostro lleno de reproches— Me tenías preocupada ¡mira que no llamarme! No sé si debería darte besos o una buena paliza —dijo muy enfadada mientras la soltaba por completo y movía un dedo acusatorio frente a ella.

—Pero si hablamos ayer y...

—Sí claro, hablamos ayer cuando llegaste ¿recuerdas? ¡Ayer por la tarde! Y después de toda la información que te di, deberías haberme llamado esta misma mañana.

—Lo siento pero... —no sabía cómo explicar a su compañera todo lo que le había ocurrido, sin duda la tomaría por loca y...

—No estaba en condiciones de hacerlo —terminó Lucan sacándola del atolladero.

Aixa que aún no había reparado en que Manon no había llegado sola, quedó completamente sorprendida al ver a la formidable pieza masculina que acompañaba a su amiga.

Con los ojos como platos y la boca desencajada, Aixa le miraba embobada.

—La montaña de queso —murmuró.



—Lucan Dux, es un placer —se presentó ofreciendo la mano para saludarla.

—Su placer es todo mío —dijo sin pensar estrechando la mano de Lucan que reprimía una carcajada. Manon le dio un pequeño codazo y por fin Aixa reaccionó— Quiero decir... oh perdón —se sonrojó y le soltó—. Quería decir que el placer es todo mío.

Manon ahogó una pequeña y traviesa risa ante el desliz de su amiga. Ver a la enérgica y siempre charlatana Aixa en aquel estado era lo más cómico que había visto en su vida.

—Supongo que debes tratar de vuestros temas, así que creo que daré una vuelta por aquí fuera si no os importa —expuso Lucan algo incómodo por la situación.

—De acuerdo —contestó Manon.

—Bien, tómate tu tiempo y avísame cuando termines.

—Así lo haré.

—Encantado de conocerla Aixa —se despidió y sin más ceremonias salió de la tienda.

Manon se acercó entonces a la mesa repleta de documentos e informes para ponerse al día de las últimas novedades pero Aixa no parecía muy dispuesta a acompañarla.

—Bueno, bueno, bueno —ronroneó.

Manon la miró. Aixa la contemplaba de arriba abajo, parada frente a ella y con los brazos cruzados sobre el pecho

—Ya puedes empezar.

—¿Qué es lo que puedo empezar? —preguntó Manon volviendo los ojos de nuevo al documento que tenía entre las manos.

—Realmente me tienes por tonta ¿verdad?

—Jamás pensaría algo así —respondió Manon con una sonrisa.

—¡Eso! ¡Ríete! Pero no te dejaré leer ni un documento más —decretó, quitándole el papel a su compañera de las manos—, hasta que no me expliques con pelos y señales lo que hay entre tú y ese... ese... uff no sé cómo llamarlo, jamás imaginé que existiera un tipo como él ¿tú has visto lo bueno que está?

—No hay nada que explicar —respondió con una sonrisa en los labios.

—Mientes.

—No lo hago —se evadió borrando la sonrisa de su rostro.

—Sí lo haces, Manon te conozco hace años y no eres buena mintiendo.

—Bueno, está bien —aceptó Manon—, hay algo, pero es complicado de explicar.

—Cuando se trata de tipos como ese, siempre lo es.

—Esta vez es más de lo que puedes imaginar.

—Puedes intentarlo —volvió a contraatacar.

Manon sabía que no podía confesar a su amiga la situación en la que se encontraba pero tampoco quería mentirle inventando una historia que nada tuviera que ver con la realidad.

—Aixa, no puedo explicártelo, no ahora, por favor —pidió Manon.

—Está bien, pero prométeme que en cuanto puedas hacerlo, lo harás.

—Te lo prometo.

Después de arrancarle aquellas palabras, Aixa accedió por fin a trabajar. La puso al día de todo lo ocurrido durante el viaje, repitiendo de nuevo todo aquello que le dijera por teléfono.

Manon la escuchó paciente, tratando de mostrarse sorprendida cada vez que debía hacerlo, aunque para ella, después de lo vivido y de lo que le narrara Lucan, todo estaba completamente claro.

Varias veces estuvo a punto de bajar la guardia y explicar a su compañera lo que sabía, pero aquella información ponía en peligro demasiadas cosas, entre ellas, su relación con Lucan y a ella misma.

Las horas pasaron sin sentir, enfrascada en el trabajo. Leyó y revisó cada uno de los documentos, organizó los nuevos trabajos que comenzaban a realizarse en el área norte una vez terminados los de limpieza. Para cuando acabó, las horas de la tarde ya se habían consumido y comenzaba el ocaso.

Aixa se había marchado una hora antes, así que recogió todo y salió de la tienda buscando el paradero de Lucan con la mirada. No tuvo que esperar demasiado hasta que lo vio aparecer por su derecha.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí.

—Bien. Nos vamos.

Como varias horas antes, cuando hacían el camino hasta allí, Lucan emprendió la marcha de regreso esperando que ella le siguiera.

Comenzó a caminar detrás de él pero odiaba aquella situación. Necesitaba hablar con él, aclararlo todo. Después de haber conocido qué tan tierno podía ser, después de haber compartido con él tantas cosas, de haber hecho el amor, aquella guerra de silencios le hería más profundo que ninguna otra cosa que le hubiera pasado en su vida.

Lucan la oía caminar unos pasos más atrás. Deseaba poder aminorar, caminar a su paso, quizá abrazarla y volver a recordar así cada una de las

caricias que había gozado la noche anterior. Tenía que hablar con ella, pero no sabía cómo comenzar. Quizá una disculpa sería la mejor forma pero jamás antes había tenido que pasar por aquello y no sabía cómo hacerlo.

—¿Sabes? Recuerdo la primera vez que te vi —comentó ella acelerando el paso y colocándose a su lado, tomándolo por sorpresa— Creo que no fue muy lejos de aquí.

Sí era cierto, pensó sonriendo. Recordaba perfectamente el día en que tuvo que perseguirla por medio bosque, y el momento en que ella había caído de bruces, ofreciéndole con ello una sexy visión de su trasero.

—¿Te ríes? —preguntó mirándole.

—Me sorprende que te acuerdes.

—No hace tanto como para que lo haya olvidado.

—Desde luego que no, pero que yo sepa tu estado en aquel momento no era precisamente lúcido.

—Tienes razón.

El incómodo silencio se volvió a instalar entre ellos por unos instantes, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a que durara demasiado tiempo.

—Lo siento —se disculparon a la vez, y ambos rieron ante la ridícula escena.

—No quise molestarte con aquello que dije, no fue mi intención herirte —comenzó Manon—. No creo que seas un monstruo.

—Sé que tus palabras no fueron dichas para hacerme sentir mal. No te preocupes ya está olvidado —dijo Lucan acercándose a ella y tomándola por el talle—. Soy yo quien debe disculparse contigo por ser tan brusco. Lo siento, no pensé que...

—Está bien. No pasa nada —aceptó Manon perdida ya en aquellos ojos plateados.

Sintió como todos sus músculos volvían a relajarse al contacto con el cuerpo de Lucan y era arrastrada irremediabilmente atraída hacia su boca. Ya casi podía saborear el salvaje sabor de sus labios cuando Lucan alzó el mentón y depositó un leve beso en su frente.

—Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Algo confundida por la actitud de Lucan, permaneció aún un instante parada en el camino, sólo su voz, llamándola de nuevo, consiguió sacarla de su ensimismamiento.

—¡Vamos! Quiero que estemos allí antes de que llegue la noche, algo antes del crepúsculo.

La tomó de la mano y ejerció un pequeño tirón para animarla a caminar. Por fin reaccionó y le siguió a paso ligero, animada por la alegría que él mismo mostraba.

En unos minutos llegaron a una pequeña cima. Le resultaba conocida. Sí, desde luego que sí, ella ya había estado allí, pensó una vez que la visión completa de la cascada se abrió ante sus ojos.

—Ya he visto esto, aunque es cierto, es bellissimo.

—Sé que has debido verlo, sin duda de aquí debías venir el día que te encontré, pero no es esto lo que quiero mostrarte sino lo que esconde —informó con una traviesa sonrisa en los labios. Si Lucan ya era atractivo aún sin mostrar sentimientos, cuando lo hacía era completamente irresistible.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a enseñarte qué hay tras la pared rocosa de tu excavación.

—¿Por aquí?

—Exacto, hay dos entradas, una en esa pared que se cerró hace muchos años tratando de evitar lo que casi tu consigues, y otra aquí, tras la cascada. Dejamos ésta abierta pues es mucho más difícil de localizar.

Sin decir nada más, la ayudó a descender y en poco tiempo consiguieron llegar al pequeño remanso de agua del fondo.

—Pégate a mí si no quieres terminar nadando, está muy resbaladizo.

Siguiendo los pasos de Lucan, atravesaron la cortina de agua sólo con alguna que otra salpicadura en las ropas, nada que pudiera molestar, es más, se sintió agradecida pues aún cuando el sol ya estaba cayendo todavía hacía mucho calor.

La gran entrada a una cueva fue lo primero que vio. Sin soltarla ni un momento, Lucan caminó unos pasos hacia adentro y se agachó como buscando algo que Manon no lograba ver debido a las sombras. Encontró lo que buscaba, una especie de palanca oculta tras unas rocas colocadas estratégicamente para ese fin, y la accionó. Al momento una serie de suaves luces se encendieron iluminando el camino de entrada.

Avanzaron varios metros hasta llegar a un lugar donde el pasadizo se dividía en varios más.

—¿No se verán las luces desde fuera?

—No, la intensidad de la iluminación está perfectamente calculada para que eso no ocurra. Mira, cada pasillo lleva a una sala diferente, como las estancias de cualquier casa, y cada sala está equipada con todo lo necesario, aunque naturalmente no encontrarás aquí nada especialmente moderno —aclaró

sonriendo.

—¿Qué es esto exactamente?

—Unos lo llaman el Santuario debido a los poderes curativos que se le atribuyen, otros la Casa Alfa, otros simplemente la Cueva. Yo lo considero mi verdadero hogar.

—Pero tú ya tienes un hogar.

—Tengo una casa que me permite vivir cómodamente frente a los humanos, pero este lugar... Aquí viví durante muchos años, cuando era necesario permanecer oculto, cuando éramos perseguidos. Vuelvo aquí cada vez que siento la necesidad de sentir la tierra. Ven te lo mostraré.

Tomaron otro de los pasillos hasta llegar a una gran sala circular iluminada tenuemente.

Manon miró a su alrededor, maravillada ante la magnitud de aquella red de cuevas. La sala en la que estaba, mostraba una serie de grabados en sus paredes, en los que se podía ver licántropos en diferentes situaciones, unas veces luchando, otras realizando algún tipo de celebración... Ahora entendía el porqué Lucan no podía dejar que aquello se descubriera.

Una gran hilera de sillería, de trabajada mampostería, rodeaba el lugar, y en el centro, elevado en tres escalones, un altar finamente tallado realizado en la misma madera.

—¿Qué es esto?

—La sala de los ritos —respondió Lucan.

—No sé si preguntarte más acerca de eso —comentó con humor.

—No te asustes, nuestros ritos pocas veces tienen que ver con la sangre. No mutilamos, ni rajamos, ni nada por el estilo. Como te expliqué, pasamos a ser lo que somos mediante la magia, y esa misma magia es la que utilizamos aquí.

—Todo esto es muy hermoso Lucan, gracias por mostrármelo —le dijo abrazándole y mirándole a los ojos—. Puedes estar seguro de que jamás os delataré. Tu secreto y el de tu gente está a salvo conmigo, después de todo, yo soy casi uno de vosotros ¿no es así?

—Así es.

Manon reposó su cabeza en el pecho de Lucan, rodeada por sus fuertes brazos, y dejó que el ritmo de su corazón la acunara suavemente. No supo si se sintió así por estar en aquella cueva, pero lo que sí supo y se reafirmó en ello, fue que su lugar estaba junto a Lucan. Él era todo lo que necesitaba, y que aún sin saberlo, había estado buscando durante toda su vida.

—Lucan.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

Lucan sabía qué era aquello que Manon quería saber. Ya le había explicado todo, todo menos una cosa, y pensó que había llegado el momento de que ella también lo supiera. Si quería que alguna vez le aceptara completamente, debía explicarle aquello que hasta el momento había callado.

—Deseas que te explique el porqué de mi maldición ¿no es así? —le dijo manteniéndola aún abrazada, no deseaba soltarla por nada del mundo.

—Sí.

—En realidad yo no nací como hombre en este país. Soy francés de nacimiento —aclaró—. Me enamoré de la mujer equivocada, una mujer pretendida por otro hombre. Un hombre con poder.

»Ella era una rica heredera, por aquel entonces yo hacía las veces de mercader y visitaba su casa asiduamente. Manteníamos nuestra relación en secreto para no perjudicar su posición y no fomentar las habladurías de la gente. No negaré que fueron tiempos hermosos. Hasta que un día, ese hombre supo de nuestra relación. Fue entonces cuando contrató los servicios de una vieja bruja, una de tantas que viajan de lugar en lugar ofreciendo su magia para cualquier fin.

»Me maldijo, convirtiéndome en lo que soy pero sin la ayuda del amuleto para controlar mis transformaciones, por lo que cada vez que la luna emergía mi cuerpo se transformaba en una aberración sin la capacidad de pensar, un demonio sin raciocinio. Me recluyeron en una cueva, lejos de cualquier centro poblado. Un agujero pequeño y frío, cerrado por una fuerte reja, en el que ni siquiera podía ponerme en pie, y del que sólo salía para cumplir las órdenes de mi amo. Me vi obligado por el medallón a matar a muchísimas personas, gentes de todas clases y estatus sociales. Hasta que aquel malnacido por fin obtuvo todo el poder que deseaba. Durante años estuve encerrado, visitado nada más que por aquel mismo hombre una vez por semana para alimentarme lo suficiente para mantenerme vivo, pero no para que me diera las fuerzas necesarias para escapar.

»Me volví prácticamente loco. Perdí la cuenta del tiempo que pasé allí. Pensé que jamás lograría la libertad hasta que la naturaleza me brindó un golpe de suerte. Conseguí hacerme con una buena presa, un animal que sujeté con las pocas fuerzas que me quedaban, y al que devoré sin miramiento alguno una vez transformado en bestia. Su carne y su sangre fueron el combustible que necesité para derribar aquella verja y escapar.

»Durante años vagué por la campiña francesa, alimentándome de animales cada vez que sentía la necesidad de hacerlo, y amarrándome cada noche a un árbol ayudado por las cadenas que pude llevarme de aquella celda, para no herir a ningún ser humano. Rezando porque aquellos eslabones fueran lo suficientemente fuertes como para que la bestia que anidaba en mí no pudiera romperlos.

»Cuando hube recuperado parte de mi cordura y reuní las fuerzas suficientes para ello, volví al poblado con la vaga esperanza de encontrar a mi amada. En una taberna me informaron que se había casado con aquel hombre y que la maltrataba. No podía creerlo, una furia ciega crecía dentro de mí con cada palabra que escuchaba y sin pensarlo dos veces fui a la casa donde vivían para vengarme del hombre que había arruinado nuestras vidas.

»Conseguí colarme en la casa y hablar con ella. Cuando la vi, tan llena de cardenales, tan destrozada, tan arruinada su belleza, desee matar a quién le había hecho tanto daño. Lo hubiera matado en el acto con mis propias manos, incluso sin necesidad de mi transformación. Ella fue quién expuso la necesidad de actuar con inteligencia. Con su ayuda, obtendría el medallón que me otorgaría el poder sobre mí mismo.

»Aquella misma tarde, ella le engatusó para compartir el lecho. Se ofreció a él por primera vez de buen grado tan sólo para robarle el amuleto. Yo creí morir durante aquellas horas. Mi cerebro no paraba de atormentarme con las imágenes de aquel hombre mancillando su cuerpo, el cuerpo que yo amaba y al que había venerado tantas veces.

»Antes de que comenzara la noche volví a visitarla según lo acordado y me dio el medallón, pidiéndome que me marchara, pero yo no podía hacerlo, no podía dejar que aquel mal nacido siguiera respirando y lo maté. Le arranqué las entrañas aquella misma noche y disfruté haciéndolo, me regocijé con el mismo acto del asesinato, pues para mí más tenía que ver con la justicia.

Manon seguía abrazada a él, compartiendo el dolor que destilaba cada palabra pronunciada, sintiendo la tristeza fluir por todo su cuerpo, llorando igual que aquellos plateados ojos, aquel terrible pasado.

—Después la llevé conmigo. Nos alejamos todo lo que pudimos del lugar, y vivimos un par de años en el anonimato del bosque, hasta que murió debido a las contusiones y heridas internas que tenía por las palizas que había estado soportando durante tanto tiempo.

—La amaste mucho ¿no es así?

—Sí la ame —corroboró— pero durante esos últimos años me di cuenta de

que todo había cambiado. Ninguno de los dos éramos los mismos. Yo me había convertido en un maldito y ella... ella, temía a todos los hombres. Nunca pudimos recuperar aquello que nos arrebataron.

»Después, cuando ella murió, volví a caminar solo. Dando pie, con mi maldición, al mito entre los lugareños de la existencia de un monstruo que devoraba hombres y niños a su paso cada vez que la luna llena emergía en la noche. Cuando comenzaron a aparecer grupos para darme caza me marché del país. Me enrolé en un barco que partía hacia nuevas tierras casi desconocidas y desaparecí. En ese barco conocí a otro como yo, Atrox, quién también intentaba escapar de su pasado.

Lucan había terminado su narración pero se resistía a soltarla, no quería perder su contacto. Temía que si lo hacía, ella se desvanecería y volvería a estar viviendo en la oscuridad de aquellos años. Se le antojó que era su salvavidas, el ancla que lo amarraba al presente.

—Lo siento —dijo Manon. Se sentía culpable por haber preguntado aquello y haber conseguido con ello que Lucan rememorara tan dolorosos recuerdos.

—No tienes nada de lo que disculparte Manon.

—Pero yo te hice esa pregunta y...

—Igualmente debías saberlo y yo necesitaba explicártelo.

Ella bajó los ojos, ocultando su rostro en el hueco del cuello de Lucan, se sentía terriblemente mortificada por ser la causante de todo aquello. Y para colmo, recordó, le había insultado. Aunque ya habían aclarado ese punto necesitó hacerle saber lo que sentía.

—Te pido perdón de nuevo por lo que dije.

—Ya está olvidado —le dijo tomándole el rostro entre las manos para mirarle a los ojos.

—Yo... te amo —Manon dejó resbalar aquellas palabras sin apenas darse cuenta de que sus pensamientos habían tomado posesión de su boca.

Lucan sintió que toda su alma, ese alma que creía perdida, estallaba en mil pedazos rompiendo las barreras que él mismo se había impuesto, llenando de calor y alegría su interior, consiguiendo que cada fibra de su ser bailara regocijante. Ya nada podía hacerle daño jamás. No permitiría que ella se marchara, por fin era suya, y nada ni nadie se la arrebataría.

Aquella declaración había escapado de sus labios con la naturalidad que daba la verdad, con la libertad que mostraban las palabras cuando dejaban hablar al corazón por encima de la razón. Pero Lucan permanecía envuelto en silencio. Le pareció sentir que se había acelerado el ritmo cardiaco, pero lo



achacó enseguida a la imaginación.

Había cometido otro error, pues él no sentía lo mismo por ella, estaba segura ¿cómo podría después de todo lo que le había hecho y dicho?

—Quizá no debería habértelo dicho —dijo sin poder evitar un deje de tristeza en la voz— no quiero convertirme en un lastre. Entiendo que tienes tu vida y...

—¡Dios Manon! No sabes cuánto te amo yo —dijo estrechándola aún más fuerte contra él—. No sabes cuando he sufrido al pensar que tu no sentirías lo mismo por mí. No imaginas las veces que me he devanado los sesos imaginando la forma de conseguir que te dieras cuenta de lo significabas para mí. Desde el mismo momento en que te vi supe que ibas a cambiar mi vida y no me equivoqué. Te amo Manon, te amo como nunca antes he amado a nadie.

Y era completamente cierto. Sí, por Valerie había matado, pero por Manon se sentía capaz de caminar por el mismísimo infierno si ella así lo pidiera.

Le levantó el rostro con las manos y vio lágrimas en sus ojos que retiró con los labios, besándolas una a una, bebiendo el salado temor y la amarga tristeza para hacerlos desaparecer por completo de sus vidas. Él crearía una nueva para ellos dos. Le brindaría todos y cada uno de sus días, la amaría hasta el final de los tiempos.

Manon buscó sus labios y ambos se fundieron en un beso abrasador que reavivó cada centímetro de sus cuerpos. Sus bocas hambrientas se devoraron con avidez, entrelazando sus lenguas, queriendo unir al otro cada fibra de su ser.

Él la levantó sin esfuerzo y la llevó, sin dejar de besarla, al centro de aquella bella sala, para depositarla sobre el altar, aquel lugar de culto de su raza.

Ya no existía para ninguno de los dos, nada más que no fuera el cuerpo del otro, sus mentes ya no concebían otro pensamiento que la búsqueda de la satisfacción del ser amado, de mostrarse el amor que albergaban en su interior, y la necesidad de ofrecerse.

Aguijoneados por el deseo, las ropas desaparecieron en segundos, dejando expuestos los cuerpos para embeleso del otro.

Lucan la besó como si la vida le fuera en ello. Acarició cada centímetro de aquella hermosa piel, reverenciándola, amándola, lamiéndola y arrancando bellos jadeos de la garganta de Manon que se retorció de deseo bajo su peso urgiéndolo a que la poseyera. Pero él no tenía prisa, deseaba ofrecerle todo, deseaba proporcionarle todo el placer que ella pudiera obtener.

Abandonó su boca para degustar sus pechos. Aquellos deliciosos montes coronados por pezones rosados y extremadamente duros por la excitación. Los introdujo en su boca y jugueteó con ellos, lamiéndolos, dejando pasear sus dientes sobre ellos, deleitándose con cada nuevo escalofrío que recorría el cuerpo de su amada. Los martirizó hasta que Manon pidió clemencia con la respiración tan agitada que apenas pudo articular las palabras necesarias.

Paseó la lengua por su vientre, saboreando su piel y embriagándose con su olor a jazmín, aquel perfume que lo había vuelto loco desde el día en que la conociera. Su sexo también desprendía aquel dulce aroma y hundió el rostro en él para tomarlo en su boca, para beber su elixir, para tomarla por entero y prepararla para hacerla suya.

Manon creyó morir de placer. La lengua de Lucan se movía en su interior de una forma que jamás hubiera creído posible y pequeñas descargas eléctricas comenzaron a recorrer su cuerpo iniciando el ascenso al clímax.

Lucan notó las primeras señales del orgasmo y frenó su avance, reteniéndola en ese estado durante unos segundos, dándole tiempo a recuperarse de nuevo, para más tarde, hacerle volver a andar el camino junto a él. Deseaba poder contemplarla mientras la fuerza del placer los encontraba a ambos.

Ella le reclamó a su lado y él la cubrió con su cuerpo, volviendo a besarla. Manon saboreó el sabor salvaje de él junto con su propio ser, una mezcla que la excitó aún más y consiguió hacerla sentir más audaz. Aquella vez ella también le probaría.

Consiguiendo que giraran sobre ellos mismos, Manon quedó sentada encima de él. Sin saber exactamente que hacer decidió que lo mejor era imitar sus movimientos, así que llevada por su propio instinto y aquella idea, comenzó a besar y a acariciarle el pecho. Se maravilló ante la tersura y suavidad del cuerpo masculino. Notó en la punta de su lengua las tetillas endurecidas y siguiendo su instinto lamió la zona con movimientos circulares. Se deleitó sintiendo en las yemas de los dedos cada depresión que formaban los músculos de su vientre. Amó cada porción de piel hasta llegar a la dureza de su miembro.

Pensó que Lucan le impediría seguir como la vez anterior, y le miró un momento buscando alguna reacción contraria a lo que se proponía hacer. Su rostro demostraba hasta qué punto gozaba de cada caricia, y el conocimiento de ser ella la causante de aquel placer, la llenó de orgullo y satisfacción. Animada por todo ello, lamió toda la longitud del sexo y lo introdujo en su

boca. Un sonoro gruñido llegó a sus oídos, señal inequívoca de lo que sentía él. Dejó que éste resbalara por sus labios, acariciándolo con ellos, besándolo de aquella forma tan íntima y saboreándolo cada vez, lamiéndole zigzagueante en toda su longitud hasta llegar a la tersura de la brillante punta.

Cuando hubo estado satisfecha, se colocó a horcajadas sobre su duro cuerpo, dejando que el extremo de su virilidad descansara en la entrada misma de su sexo.

Lucan echó mano de todo el control que aún le quedaba. Sentía como la bestia amenazaba con tomar parte de él y apretó los puños fuertemente contra sí. El placer que Manon le ofrecía era infinito. ¡Dios, la amaba más que a su vida!

Ella notó como se tensaba y sus ojos registraron alertados, la fuerza que Lucan ejercía en sus puños.

—¿Te hago daño? —preguntó tímida. Lucan era mucho más que un hombre y no sabía si...

—No mi amor, pero no sé si podré contenerme demasiado tiempo. No quiero asustarte —Manon comprendió al instante lo que quería decir.

—No lo harás Lucan, libérate, hazlo por mí.

Aquellas palabras fueron la llave que desató todos los diablos del infierno.

Los ojos de Lucan se transformaron, cambiando ligeramente su aspecto y su color a un gris más profundo y brillante. Los dientes, antes como los de cualquier ser humano, tomaron la forma y la longitud de un depredador y sintió bajo ella, como una potente energía recorría todo su cuerpo inyectando poder en sus músculos.

Lucan la sujetó por la cintura y la obligó a tumbarse de espaldas, haciéndose un hueco y arrodillándose entre sus piernas. Después colocó sus manos, en aquel momento más parecidas a zarpas, en sus caderas alzándola, levantándola hasta él, y empujó para hundirse dentro de ella de un fuerte embate que la llenó por completo, para después volver a salir y enterrarse en ella nuevamente. Se sintió rodeado de aquel apretado y caliente terciopelo y creyó morir para renacer otra vez con cada penetración.

Cada vez que la llenaba, Manon sentía como el placer crecía rápidamente, llevándola otra vez a un ascenso irremediable, a la cima de aquella fastuosa cumbre a la que la urgía llegar.

Él aceleró el ritmo impuesto, exigiendo a sus cuerpos cada vez más, ofreciendo a su vez todo de sí hasta que sintieron como un pequeño ojo de huracán se originaba entre ellos, creciendo en intensidad, llenando cada

espacio con cada nueva íntima caricia. El orgasmo compartido fue arrebatador.

Manon gemía adulando con sus roncos jadeos los oídos de Lucan, que incapaz de controlarse por más tiempo, lanzó la cabeza hacia atrás emitiendo un sonoro rugido mientras ofrecía a su amada la esencia misma de la vida.

## *Capítulo diecisiete*

—Debemos hablar con ella —dijo Manon.

Lucan luchaba amodorrado por mantenerse despierto. Abrazado a Manon, tumbados sobre el altar, jamás, en toda su vida después de la maldición, había gozado de tanta paz.

La vida se le antojaba incluso más sencilla, los problemas no tenían el mismo peso que hacía unos días, todo era muchísimo mejor ahora que Manon estaba junto a él.

—¿Con quién? —preguntó amodorrado mientras jugueteaba acariciando con la punta de la lengua la oreja de su amada.

—Con mi madre. Ella tiene que saber cómo eres en realidad. No podemos dejar que siga tan equivocada con respecto a ti o los tuyos.

—¿Sólo por eso? No me importa la opinión que tenga tu madre al respecto. Siento todo lo ocurrido con ella pero...

—Pero a mí sí, Lucan —insistió captando al momento toda la atención de su compañero—. Deseo que hables con ella, que le hagas comprender. Ha sufrido mucho y creo que merece al menos una explicación. Lo que ella decida después es cosa suya.

—¿Es importante para ti? —por ella andaría sobre brasas encendidas si se lo exigiera para ser feliz.

—Sí.

—Entonces lo haré.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Cómo que gracias? —dijo divertido mientras apoyaba la cabeza sobre una mano para observarla mejor—. Esto te costará algo querida mía —rió.

—¿Pretendes que te pague? —preguntó sonriendo, comenzaba conocer a Lucan y sus travesuras.

—Ajá.

—¿Puedo preguntar cómo?

—No —sonrió de lado, mientras deslizaba la punta del dedo índice sobre uno de sus pechos consiguiendo que el pezón se irguiera al instante—. Ya te pediré lo que quiero cuando lo crea conveniente. Por el momento —añadió mientras se retiraba y se ponía en pie para recoger las ropas de ambos—

deberíamos regresar.

—Tienes razón.

No podía calcular la hora que era con exactitud pero debía ser tardísimo pues en el exterior ya era bien entrada la noche. Odiaba tener que dejar aquel remanso de paz y amor para tener que enfrentar el día a día, pero era necesario.

A Manon el camino de vuelta se le antojó demasiado corto. Hubiera jurado que aquella misma tarde, cuando caminaban hacia el yacimiento, el paseo había durado más del doble, y se preguntó si Lucan tenía algo que ver con eso. Sonrió enternecida, pues quizá, él había querido darles más tiempo para tratar de arreglar las cosas.

La quietud de la noche le resultó encantadora, digna de un cuento de hadas. Envuelta por la espesura del bosque y con la compañía de Lucan se sentía libre, maravillosamente desinhibida y completamente viva.

Unos metros antes de llegar a los límites de la hacienda, algo en el ambiente cambió. De pronto la noche perdió su belleza y su encanto produciéndole escalofríos y desasosiego. No supo concretar exactamente qué la inquietaba pero estaba segura de que algo no marchaba bien.

Lucan pareció percibir lo mismo. La tomó por el brazo y la colocó tras de sí muy alterado, gesto que le indicó que estaba en lo cierto.

Asustada, siguió cada indicación que éste le ofreció por señas.

—¿Ocurre algo? —preguntó en un susurro.

—Sí. Lo huelo. Y no me gusta —calló por unos instantes mientras lo observó husmear el aire—. Alguien se acerca, no te asustes es amigo.

Unos segundos más tarde apareció un gran hombre—lobo de color pardo que se paró frente a ellos, y los miró alternativamente como considerando qué debía hacer.

—Varulf puedes confiar, ella es una de nosotros, una híbrida —le informó Lucan.

—Recibí el aviso de tu subordinado pero supongo que llegó demasiado tarde. Han atacado tu casa. Ha habido muertos —habló con aquel tono que aún conseguía helarle la sangre.

Lucan notó como Manon se tensaba ante aquella información.

—¿Había alguna mujer entre ellos?

—No vi a ninguna hembra.

—¿Koram?

—No, Koram está muy mal herido pero se recuperará con la ayuda de

Anpu. Lo mencionó cuando se puso en contacto conmigo.

Manon atendía en silencio cada reacción de los machos. Aquel al que Lucan había llamado Varulf, no apartaba los ojos de ella excepto cuando se dirigía a su compañero.

—Atacaron por sorpresa, desde dentro creo —explicó.

—Imposible, todos estaban alerta, incluso la servidumbre.

—Nada es imposible Lycaon. El que haya preparado esto ha sido muy meticuloso. Deberías escoger con más cuidado en quién confías.

—¡Sé perfectamente quienes me son leales! —exclamó Lucan furioso.

—Entonces, si estás tan seguro, es que tienes un grave problema con alguien más.

El gran licántropo se giró para emprender la marcha de nuevo. Unos pasos más adelante volvió la cabeza para mirarles.

—Ten mucho cuidado. Estaré por aquí si me necesitas —y de un poderoso salto desapareció en la oscuridad.

De nuevo solos, Lucan la tomó de las manos como para infundirle ánimos y valorar en qué estado se encontraba ella.

Manon le miró a los ojos, inquieta, buscando en la mirada de Lucan algo a lo que aferrarse. Si como había dicho, no había encontrado hembras, ¿dónde estaba su madre?

Sin mediar una palabra más, se pusieron en camino, rumbo a la casa, temiendo lo que pudieran encontrar allí. Aquellos pocos metros que los separaban de la entrada parecían interminables. Más que andar corrían con la desesperación que brinda el desconocimiento.

El caótico espectáculo que se abrió ante sus ojos, nada más traspasar el umbral, la llenó de ansiedad.

Todo se encontraba en silencio, el silencio atroz que sigue a la muerte. Y había muerte, tal y como les anunciara Varulf.

Hallaron varios cuerpos a los que se les había arrancado el corazón en diferentes estancias. Los iniciados que había contratado como servidumbre estaban todos muertos, los habían atacado uno a uno, silenciosa y mortalmente. Sangre y vísceras esparcidas por doquier. La visión misma del festín del demonio en el infierno.

Lucan no soltó a Manon, hasta que no estuvo completamente seguro de la ausencia del causante de aquella terrorífica escena. Fueron los minutos más largos de su vida, necesitaba saber que su madre estaba bien, y a salvo escondida en algún rincón de la casa, pero Lucan no estaba dispuesto a que

corriera ningún peligro.

—Lucan por favor —le recordó.

—Está bien, vamos.

Nada más sentirse libre corrió como alma que lleva el diablo a la habitación de Gea. Lucan la seguía de cerca, sin perderla de vista ni un solo instante y alerta ante cualquier ataque.

—¡Madre! —llamó incluso antes de llegar —¡Madre! ¿Estás ahí?

Abrió la puerta y ahogó un grito de horror que quedó prisionero en su boca, negándose a responder a sus demandas de emitir cualquier sonido.

Sobre la cama cubierta de sangre, con una herida abierta en el cuello que sangraba profusamente, se encontraba uno de ellos.

Manon trastabilló hacia atrás chocando con el pecho de Lucan que la apartó, colocándola de nuevo tras él, escudándola con su cuerpo.

—No te muevas de aquí. En su estado puede ser peligroso —le advirtió.

Tras asegurarse de que Manon permanecería quieta, bajo su vigilancia, pero lo suficientemente retirada, Lucan se acercó despacio a la agonizante criatura. La increíble bestia trató de rugir y un gran borbotón de sangre emergió de su garganta.

—Amigo mío. Soy Yo, Lycaon —dijo colocándose junto a él pero alerta ante cualquier ataque. Éste pareció entender y se relajó de nuevo, incapaz de plantar batalla—. Te pondrás bien —le aseguró tras examinarle—. Me encargaré de que Atrox pague por esto con creces.

Koram tuvo un momento de lucidez en el que reconoció la voz del que le hablaba y trató de responder, pero con ello sólo consiguió que de la herida manara más sangre que calló sobre el suelo para unirse a la gran mancha roja y viscosa que ya existía allí.

—No intentes hablar. Conseguirás empeorar las cosas —aconsejó Lucan.

Koram entendió y se relajó cerrando unos enormes ojos azul violáceo. Manon se fijó entonces en su pecho, si no hubiera sido por el suave movimiento de su pectoral, cualquiera hubiera dicho que estaba muerto.

—¿Lycaon? —una voz masculina con acento extranjero, le llamaba desde la planta baja de la casa.

—¡Arriba Anpu! ¡Sube rápido!

En un abrir y cerrar de ojos, un hombre moreno de ojos casi amarillos, ataviado como si hubiera salido directamente de cualquier gueto americano, apareció al final del pasillo.

Al verla, éste no pareció extrañarse y siguió adelante, dando por hecho que



no la consideraba una amenaza.

Nada más entrar en la habitación se retiró la capucha que le cubría la cabeza y quedó al descubierto una espesa mata de cabello negro y rizado.

—¡Dios! ¿quién ha hecho esto?

—Sin duda los enviados de Atrox ¿quién si no? —respondió Lucan—. Anpu necesito que le lleves de inmediato al Santuario, ha perdido mucha sangre, pero es fuerte y sobrevivirá, solo necesita de tu ayuda.

—De acuerdo.

Sólo entonces Lucan se retiró del lado del convaleciente para acercarse a Manon.

El egipcio, sabía que la forma más rápida de trasportar al pesado licántropo hasta la cueva era pasando él mismo por la transformación. Sin pensarlo dos veces, se deshizo de aquella raída chaqueta gris y se la entregó a Lucan.

—Cuídamela —le pidió.

—Claro.

Acto seguido, se apartó de ellos unos pasos. Dejando caer los brazos a ambos lados, lanzó la cabeza hacia atrás y se relajó. Respiró profundamente, los ojos cambiaron de forma y color, y enseguida todos los huesos de su cuerpo comenzaron a contorsionarse y crujir. Brazos, piernas y tronco adoptaron dimensiones enormes mientras destrozaban el tejido de las ropas a su paso y se cubría de abundante y largo pelo castaño, las finas manos se agrandaron y se convirtieron en tremendas zarpas de afiladas uñas, y el hermoso rostro aniñado se deformó por completo para tomar la forma de la cabeza de un feroz chacal.

Terminado el proceso, la gran bestia se acercó a la cama y tomó el otro cuerpo en sus brazos con una delicadeza que Manon no hubiera creído capaz en semejante criatura.

De una fuerte y potente patada rompió los cristales de la gran ventana cercana al cabezal y desapareció por el hueco abierto.

—Tenemos que buscar a mi madre —urgió Manon muy nerviosa.

—Gea no está aquí, si hubiera estado ya habría salido de su escondite al oírnos —dijo muy a su pesar.

—¡No! ¡No es posible! ¡Ella tiene que estar aquí, en algún sitio... escondida! —gritó a ninguna parte y a todas en general— ¡Madre!

—¡Manon! —la tomó por los hombros y, mirándola a los ojos, trató de hacerla entrar en razón— ¡No está! —y solo cuando consiguió que aceptara lo

evidente prosiguió —Está claro que para eso vinieron.

—¿Por ella? No tiene sentido ¿qué podrían querer de ella? —preguntó angustiada. Su cerebro no quería aceptarlo pero en lo profundo de su corazón sabía que Lucan tenía razón.

—Es obvio que debieron confundirla... contigo.

La verdad la golpeó con fuerza, dejándola casi sin aliento. ¡Dios! Había encontrado a su madre para perderla de nuevo. Y todo por su culpa.

El agujero negro que había ido tomando forma en su pecho subió por su garganta y salió al exterior en forma de lágrimas de impotencia. Su madre, que había escapado para alertarla del peligro que corría, ahora había caído en manos de aquel que la perseguía.

—¡Oh Dios, Lucan! —se derrumbó— Si le pasa algo jamás me lo perdonaré.

—Tranquila amor mío, no dejaré que le ocurra nada —la consoló mientras la abrazaba.

\*\*\*

Lo primero que sintió, incluso antes de abrir los ojos, fue un dolor lacerante en tobillos y muñecas. Sin duda alguna, aquel que había irrumpido en la habitación y la había golpeado desde atrás, a traición, sin darle opción a presentar pelea, había aprovechado la situación para atarle manos y pies impidiendo que escapara cuando recuperara la conciencia. ¿Quizá los de la clínica la habían localizado? Imposible, no les creía capaz de actuar así.

Abrió los ojos. Se encontraba tumbada de costado sobre un raído colchón. Ante ella sólo vio una pared que antaño debió ser blanca pero que en aquel momento mostraba un feo color gris debido a la suciedad que la cubría.

Una fuente de luz a su espalda, lanzaba su propia silueta en forma de sombra en aquella misma pared. Levantó un poco la cabeza, intentando ver algo más de la estancia, tratando de localizar a su captor.

Su instinto le dijo que aún en peligro, aquel que la había secuestrado no tenía pensado matarla, al menos no por el momento, si así hubiera sido ya lo habría hecho. Este pensamiento de infundió ánimos y trató por todos los medios de deshacerse de las ligaduras, pero lo único que consiguió fue hacerse más daño. Estaba claro que debían quererla para algún propósito, sin duda relacionado con Lycaon. Aquellas bestias nunca traían nada bueno.

El chirriante sonido de una puerta le advirtió que había dejado de estar sola. Se oyeron unos pasos, de un solo individuo dedujo, después un clic y algo de aire comenzó a soplar. Había accionado un ventilador.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

El tipo parecía no tener prisa en contestarle y tan solo oyó como deslizaba una silla por el suelo hasta su espalda. Echó la cabeza hacia atrás tratando de ampliar su campo de visión y ver al responsable de su captura, sin conseguirlo.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —volvió a preguntar.

—¿Eres Gea verdad? La que fue violada por un licántropo —dijo—. No hace falta que contestes, sé que lo eres. Te conozco. Gracias a mí conseguiste escapar de la clínica, fui yo quien consiguió que equivocaran la dosis para que recuperaras la conciencia. Sabía que escaparías y tratarías de reunirte con ella, con tu hija, esa fulana medio perra que pariste —rió ante los repetidos intentos de la mujer por soltarse—. No te molestes, no conseguirás desatarte. Llevo demasiados años planeando esto como para haber cometido un error tan estúpido.

—¿Quién coño eres y qué quieres de mí? —preguntó furiosa.

—No te des tantos aires —contestó burlón—. No eres tú quien me interesa. Tú ya has servido a tu propósito, igual que tu hija. Lo quiero a él y a todos los que son como él. Dime ¿él está con ella verdad? Sí, estoy seguro de ello. Por todo lo que ha montado yo diría que hay algo más que simple amistad ¿no es así?

—¡No te diré una mierda! —exclamó furiosa.

Las carcajadas de aquel malnacido le sonaron como las que podría emitir el mismo demonio.

—¡Aaaah! Claro que sí. Esos monstruos pueden oler a una perra en celo a kilómetros. Se atraen, como las moscas al estiércol. Contaba con ello. Estaba seguro de que ocurriría. Aunque no pensaba que pasaría tan rápidamente. No puedo quejarme ¿verdad? Esto simplifica mucho más las cosas, terminaré con mi cruzada mucho más rápidamente de lo que imaginaba.

—¡Vete al infierno! Lycaon se encargará de que así sea.

—Me sorprende que después de lo que te hicieron aún confíes tanto en semejante abominación.

—Sólo confío en que acabará contigo, de eso no me cabe ninguna duda.

—Ya veremos, ya veremos. Me encantará ver en qué situación y con qué ánimos se encuentra ere asqueroso chuchó después de que acabe con la vida de su amada en sus propias narices. Al fin y al cabo, ella también es una de ellos y como tal, tendrá el mismo final.

\*\*\*

—Traigo un mensaje urgente de Lycaon —le informó uno de sus hombres.

Atrox no se sorprendió, imaginaba que ya estaría informado de su presencia en el país, y después de la actuación de los suyos en casa de aquella hembra, debía estar algo... incómodo, sonrió pensativo. Había tratado de imaginar la forma en que se las ingeniaría para ponerse en contacto con él y ahora tenía la respuesta, pensó mientras miraba el sobre que le tendían.

Tomó la carta de manos del mensajero y con un gesto le indicó que se retirara. Levantó la solapa y extrajo un pequeño papel con un número de teléfono.

—Siempre tan enigmático —murmuró irónico con un gesto burlón en el rostro.

Se acercó al aparato y marcó. No tuvo que esperar demasiado para oír como respondían al otro lado de la línea, era la voz de Lycaon.

—¡Amigo mío! Qué maravilla poder hablar contigo después de tantos años —se mofó Atrox.

—Basta de estupideces Atrox, devuelve a la mujer sana y salva, ahora, esta misma noche.

—Un momento. Creo que me he perdido algo, aunque la historia promete.

—No te hagas el ingenuo, no te pega. Has atacado mi casa, has matado a mi gente y has secuestrado a una mujer. Pagarás por todo ello.

—Veamos, confieso que me hubiera encantado ser el artífice de semejante actuación, pero siento comunicarte que no ha sido así —la información debió conmocionar a su interlocutor pues no emitía sonido alguno— ¿Lycaon? ¿Aun estas ahí o se te ha comido la lengua el gato?

Sin duda Atrox estaba diciendo la verdad, pensó Lucan, era demasiado egocéntrico como para atribuirse el trabajo de otro. Lo conocía lo suficiente como para saber que cuando él atacaba, disfrutaba después regodeándose de su osadía. Si aseguraba que no había tenido nada que ver, así había sido.

—Está bien, Atrox, estaremos en contacto.

—Ha sido un autentico placer conversar contigo, no olvides llamarme de vez en cuando querido, echaba de menos tu dulce voz —dijo con entonación de falsete mientras reía para después cortar la comunicación.

Lucan colgó el teléfono y miró a Manon que esperaba inquieta alguna información acerca del estado de su madre.

La miró a los ojos tratando de encontrar las palabras necesarias para comunicarle la difícil noticia. No sabía cómo decirle que no tenía ni idea de

quién la retenía ni el motivo. Ella era una mujer inteligente, y comprendería que estaba haciendo lo que podía, no debía engañarla con vanas esperanzas.

—No ha sido él.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Contempló como ella trataba por todos los medios de mantener la compostura. El mentón tembloroso, los labios apretados en una fina mueca, y sus ojos, llenos de lágrimas, se resistían a romper la presa y dar rienda suelta al llanto.

—El responsable de esto, lo ha hecho por alguna razón, tarde o temprano se pondrá en contacto con nosotros. No dejaré que le ocurra nada a Gea, te lo prometo —le dijo tratando de darle algo a lo que aferrarse mientras la abrazaba y sentía como por fin se dejaba llevar por la necesidad de desahogarse.

Y más valía a aquel malnacido estar preparado para enfrentar a la muerte, pues era lo único que encontraría a cambio.

## *Capítulo dieciocho*

El sol comenzaba a despuntar ya por el horizonte cuando Lucan terminó de dar sepultura a los muertos. Había quemado los restos así como sus corazones para evitar que cualquier otro ser vivo se alimentara de ellos, para después enterrar las cenizas. Manon había caído en un sueño profundo hacía unas horas, completamente agotada, después de devanarse los sesos pensando en quién había podido ser el causante de todo aquello sin conseguir dar con ninguna respuesta plausible. Él por su parte, había descansado un rato, y justo cuando se había asegurado que ella dormía tranquila, se había atrevido a dejarla sola el tiempo suficiente para encargarse de que al despertar no encontrara de nuevo la muerte para recibir un nuevo día.

Cuando colocaba algunas piedras para señalar el lugar de yacimiento eterno del último de los caídos, Varulf apareció acompañado de Anpu que mostraba evidentes señales de cansancio y debilidad, prácticamente era el sueco quién lo mantenía en pie.

—Te has empleado a fondo —señaló Lucan.

—Pero ha merecido la pena, Koram está prácticamente reestablecido, una noche más y algo de alimento y volverá a ser el de siempre.

—Gracias Anpu, no sé como agradecértelo.

—No es necesario, tú habrías hecho lo mismo por mí.

—No te quepa duda.

—¡Oh! me encanta toda esta camaradería pero Anpu no es precisamente una dulce damisela ligera como una pluma, así que si no os importa, seguid esta conversación dentro, donde pueda quitármelo de encima —dijo Varulf visiblemente incómodo.

—Yo también te quiero hermano —le dijo Anpu con una mueca en los labios que pretendía ser una sonrisa.

—Pasad dentro. Varulf llévalo arriba a alguna de las habitaciones vacías y que descanse.

—Sólo necesito sentarme un rato —comentó Anpu mientras lo conducían dentro.

—No amigo mío, debes descansar bien, te necesito completamente repuesto. Después hablaremos de todo.

—¿Alguna noticia de Atrox? —preguntaron ambos.

—Sí, pero lo primero es lo primero, descansad, más tarde os lo contaré

todo.

Viendo que no soltaría prenda, Varulf y Anpu se encaminaron hacia arriba, siguiendo el consejo de Lucan.

El rubio sueco ayudó a su viejo amigo a subir las escaleras y enfilear el pasillo. Justo cuando abrían la puerta de una de las habitaciones, Manon salía de la inmediatamente contigua.

—Hola de nuevo, encanto —le saludo Varulf.

Manon observó de arriba abajo a la pareja. Reconoció a Anpu, aquel tipo de rasgos decididamente egipcios que había ayudado al otro licántropo. Sin embargo, el alto y rubio ejemplar que le devolvía la mirada de un verde claro de forma totalmente insultante no le sonaba de nada. Ataviado con un pantalón negro y un jersey muy ajustado del mismo color que marcaba un pectoral fuerte y desarrollado, y dejaba al aire unos brazos sin una pizca de grasa, parecía esperar alguna reacción de reconocimiento de su parte.

Al sueco, el gesto de desconcierto de la mujer, le indicó que no tenía ni la más mínima idea de quién era.

—Nos conocimos anoche, aunque claro yo no presentaba la misma imagen que ves ahora —explicó mientras le guiñaba un ojo.

—Déjala en paz Varulf, está con Lycaon —le advirtió Anpu.

—¿Con Lycaon? —rió el sueco—. No puedo creerlo, anoche los vi juntos pero no imaginé que... pero claro, que tonto soy, ¿qué iba a hacer Lycaon sino con tan bella dama paseando por el bosque? En fin, todos cometemos errores, cuando te canses de ese vejestorio házmelo saber, estaré encantado de enseñarte lo que puedo hacer por ti.

—Sí —respondió Manon algo enfadada por el atrevimiento del rubio y la falta hacia Lucan, mientras pasaba a su lado en dirección a la planta baja— será interesante saber si te desenvuelves tan bien en otros ámbitos como con la lengua.

—Te sorprendería saber lo que puedo hacer con ella cariño —oyó que le respondía jactancioso desde atrás.

—¿Has probado a metértela en el culo? —contraatacó mientras desaparecía de la vista de ambos.

—Uno a cero, set y partido —sentenció Anpu visiblemente divertido.

—Es bonita y rápida. Me gusta. Lycaon ha tenido suerte al dar con ella.

La mañana pasó más lenta de lo que Manon hubiese querido. Procuró mantenerse ocupada, recogiendo los destrozos y tratando de recomponer la belleza de la casa de Lucan, mientras éste realizaba las mismas tareas en

diferentes habitaciones y se encargaba de hacer averiguaciones acerca del paradero de Gea, sin obtener resultados.

A primera hora de la tarde Varulf y Anpu se les unieron para comer.

Anpu había recuperado gran parte de su apostura y estaba hambriento, así que Lucan esperó a explicarles su conversación con Atrox para cuando degustaban el postre.

—Así que Atrox rechaza su autoría —comentó Anpu.

—Sí, y le creo —respondió Lucan mientras tomaba un sorbo de agua.

—Conociendo la forma de actuar de Atrox, debe estar que muerde, no creo que le haya gustado mucho enterarse de que se le han adelantado —comentó Varulf sonriendo.

—No tiene ninguna gracia —le regañó Manon.

—Quizá no para ti cachorrita, pero sin duda yo sí se la encuentro —respondió Varulf, para después volver a prestar atención a Lucan—. Supongo que ahora pensará que existen dos amenazas potenciales que se interponen entre él y su objetivo, tú y quien sea que ha hecho esto.

—También he pensado en eso —dijo Lucan.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Anpu.

—Por ahora lo único que podemos hacer es esperar. Por la forma en la que tuvo que actuar, sospecho que el artífice del asalto sabía muy bien lo que se hacía y confío en que se ponga en contacto conmigo para hacerme saber qué es lo que quiere a cambio.

El resto de la tarde pasó rápidamente y enseguida el sol comenzó a esconderse para dar paso a la oscuridad. Manon paseaba arriba y abajo, tratando de seguir manteniendo la mente ocupada.

Lucan y Varulf, sí que especularon con varias hipótesis acerca de lo ocurrido, siendo cada una más complicada y rebuscada que la anterior, hasta el punto de llegar a ser casi incomprensibles. Anpu se limitaba a escucharlos y a mover la cabeza negativamente, mostrando su disconformidad.

Estando ya la noche avanzada, Lucan se acercó a la entrada de la casa y esperó la llegada de Koram, tal y como Anpu predijo.

No pasó mucho tiempo hasta que éste apareció. Completamente repuesto de sus heridas, caminó hasta la casa como si no hubiera ocurrido nada.

El recibimiento fue efusivo y realmente emocionante a los ojos de Manon. Exceptuando a Varulf que siguió recostado en el sofá mientras observaba la escena, los otros dos abrazaron al recién llegado, dándose sonoros golpes de afecto en la espalda. Se notaba claramente que Lucan sentía especial cariño



hacia el joven licántropo y éste correspondía de igual forma.

—Yo... —comentó inquieto sin saber muy bien cómo explicarse, por lo general no le faltaban las palabras cuando hablaba con Lucan— no sé cómo pudo ocurrir.

—Tranquilo Koram, nadie te culpa.

—¡Maldita sea! Ni siquiera pude verle la cara a ese cabrón.

—Ya nos encargaremos del responsable llegado el momento.

Pasados unos minutos y algo incómodo por los cuidados que, Lucan y Anpu de igual forma, trataban de ofrecerle, se retiró hacia la parte superior con la excusa de revisar los últimos documentos recibidos de los diferentes negocios que regentaba su jefe.

—Déjalo Lycaon —sugirió Anpu cuando Koram ya había desaparecido de la escalera— es normal que esté abrumado, aún es relativamente joven y seguramente sienta su orgullo herido por no haber podido proteger tu casa como él cree que debería haberlo hecho.

—Tonterías, le podría haber sucedido a cualquiera de nosotros.

—Sí, pero él no lo concibe así y se siente responsable. Dale tiempo, es lo suficientemente inteligente como para llegar a esa conclusión solo.

—De todas formas me gustaría explicarle algunas cosas respecto a...

—Sea lo que sea que quieras explicarle igual ahora puedes, parece que el pimpollo se lo pensó mejor —le cortó Varulf que miraba de nuevo hacia la parte superior de la escalera por donde aparecía Koram con un papel en la mano y visiblemente alterado.

Saltó los escalones de tres en tres y llegó junto a los otros en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? —preguntó Lucan tomando el documento que Koram le tendía.

—Acabo de verlo entre las comunicaciones recibidas por fax —informó Koram.

Lucan miró la hora en la que fue enviado. El dichoso papel había estado en la bandeja de recepción del aparato desde aquella misma mañana; se recriminó a sí mismo duramente por ser tan descuidado, habían perdido mucho tiempo que podían haber empleado en planear la estrategia a seguir. Ahora ya era imposible recuperar ese tiempo precioso, se dijo, y sin más, adoptó una postura más práctica y comenzó a leer la pulcra y mecanografiada nota.

*“A la atención de aquel al que llaman Lycaon. A estas horas debe*

*estar preguntándose quién es el responsable de las muertes y la desaparición de la mujer, créame esa no es la pregunta que debe hacerse, pues lo único que conseguirá es perder el tiempo. Llevo demasiado planeando esto como para cometer errores tan estúpidos. Ahora mismo lo importante no es quién soy, sino lo que quiero a cambio ¿no es así?*

*Todo será muy sencillo si siguen mis indicaciones. Mañana por la noche se producirá un eclipse total de luna, momento en el que según mis investigaciones, los de su raza carecen por completo por espacio de esos preciosos minutos, de sus poderes sobrenaturales. Durante dicho acontecimiento realizaremos el intercambio de la mujer por esos objetos que guardan su maldición, los amuletos que rigen su total y absoluta obediencia. Deseo todos y cada uno de los que usted posea, así como los de aquellas criaturas que estén bajo su mando.*

*El lugar será en El Soldado, a unos metros tras el conjunto de cabañas turísticas. Si no se presenta o no obtengo lo que quiero, Gea morirá.*

*No juegue conmigo, entré en su casa una vez y puedo volver a hacerlo.”*

—¡Maldito hijo de una perra sarnosa! —exclamó Varulf furioso.

—¡Si le pongo las manos encima...! —comenzó Koram.

—De nada sirve ahora lanzar improperios, debemos pensar en las posibilidades que nos quedan y en cómo enfrentar esto para recuperar a Gea sin perder nada por el camino.

—Tienes razón Anpu, hemos perdido el tiempo sin saber que nos había llegado esta comunicación, lo menos que podemos hacer ahora es pensar en las opciones que tenemos —dijo Lucan.

—¿Pero quién demonios es? —intervino Manon muy nerviosa.

—No podemos saberlo, pero una cosa está clara, él sí sabe quiénes somos nosotros y quién es tu madre. Según afirma, nos ha estudiado, conoce el valor de los amuletos, y verdaderamente está en lo cierto respecto a cómo nos afectará el eclipse total, habla de nosotros como si él no perteneciera a nuestra raza, lo que me lleva a pensar que es un humano —respondió Lucan de nuevo para continuar— probablemente el mismo que detectaron Cayén e Itanón.

—Osea, que básicamente estamos jodidos —Koram se daba por vencido antes de tiempo.

—Habla por ti pimpollo, yo no pienso darle mi amuleto, antes prefiero morir que servir de esclavo a un estúpido humano —escupió el sueco retirándose hacia la puerta.

—¡Varulf! —llamó Lucan—. No puedes marcharte ahora, te necesitamos. Ninguno de nosotros piensa ofrecer los amuletos gratuitamente —el enorme rubio pareció considerarlo unos minutos y volvió sobre sus pasos—. Tenemos otro as bajo la manga que este tipejo no espera, uno particularmente guerrero.

—¿Atrox? —adivinó Anpu.

—Exacto.

—Definitivamente estás loco —afirmó Varulf.

—Quizá, pero estoy seguro de que cuando informe a Atrox sobre el asunto y le ofrezca recuperar su amuleto a cambio de su ayuda en esto, no dudará en acudir.

—Si yo fuera Atrox, aprovecharía la debilidad que ahora presentas para atacarte y recuperar lo que es mío —expuso el sueco.

—¿Y enfrentarse a una lucha innecesaria para perder más miembros de su manada cuando puede obtenerlo sin derramamiento de sangre? No, él sabe que dispongo de licántropos mucho más fuertes y más leales, además de tener el apoyo de otros *Alfa*.

—¡Por todos los demonios sólo es un humano! Yo solo puedo terminar con él de un zarpazo.

—Sí Varulf, pero es un humano que además de tener a Gea, tiene conocimientos acerca de nosotros, no creo que te lo pongan tan fácil como para acercarse lo suficiente a ti y recibir ese zarpazo.

Manon había dejado a los cuatro decidir sobre el plan a seguir. La situación era realmente complicada aunque a simple vista pareciera lo contrario. La solución que proponía Lucan se le antojó la más ventajosa, pues además de obtener el apoyo de su rival y con ello una tregua, también solucionaba otro problema, el suyo concretamente. Por un momento contemplo el anillo que aún portaba en su mano. Si Atrox obtenía el amuleto la dejaría en paz.

Buscó los plateados ojos que había aprendido a amar y sus miradas se cruzaron, éste le sonrió adivinando sus pensamientos, y corroborando que estaba en lo cierto. El simple contacto visual la llenó de calor y la reconfortó con el conocimiento de que Lucan velaba por su bienestar incluso en los momentos más complicados. Realmente la amaba, ahora tenía la completa seguridad de que así era.

A Koram no le habían pasado desapercibidas las miradas entre su jefe y la

mujer y comprendió al instante lo que Lucan se proponía.

—Estoy de acuerdo con Lycaon, informar a Atrox es la mejor opción – admitió.

Anpu, que había permanecido en silencio durante toda la discusión, aceptó con un gesto de la cabeza dando su consentimiento. Automáticamente todas la miradas confluyeron en el rubio sueco a la espera de su decisión.

—¡Está bien! Creo que estáis todos como cabras, y eso solamente, conseguirá que acabéis muertos, pero os ayudaré –con una sonrisa de satisfacción Lucan palmeó la espalda de su amigo y añadió:— Sé donde encontrar a algunos de la manada de Atrox, arreglaré una entrevista entre vosotros para mañana a primera hora.

—Gracias Varulf.

—Recuerda dárme las cuando estemos todos ardiendo en el infierno –dijo antes de salir de la casa.

\*\*\*

Varulf aparcó la Harley frente a la puerta y le aseguró el mecanismo antirrobo. Tenía mucho cariño a su Night Train como para perderla tontamente. Aquella zona del extrarradio era conocida por los robos y las desapariciones frecuentes. A ninguna persona de bien se le ocurriría pasear por aquellas calles, así que todos los transeúntes que podían verse eran vulnerables de ser delincuentes en potencia.

Aun a tan tardía hora, el local estaba abarrotado. Varulf supuso que era muy normal ya que sólo existían un par de tugurios de aquel tipo en todo Durango. Nada más traspasar la puerta, registró el sonido de un televisor que retransmitía un partido de fútbol, sin duda grabado y que hacía las delicias de un grupo de hombres sentados a una mesa delante del aparato. Más borrachos que sobrios, vitoreaban cualquier pase que los jugadores efectuaban, con gritos, silbidos y largos tragos de cerveza.

Un par de parroquianos sentados en altos taburetes lo miraron de arriba abajo, y Varulf los saludó con un movimiento de cabeza. No les conocía de nada, nunca antes los había visto por allí, pero hacer como que ya se habían visto, era la mejor forma de que tampoco se fijaran demasiado en él. La triquiñuela funcionó y pronto volvieron a centrar su atención en el partido.

El dueño, con un paño grisáceo y de apariencia pegajosa que parecía no despegarse jamás de su mano, limpiaba la barra con fruición. Sonrió ante la ironía de que aquel tipo se preocupara tanto de mantener curiosa aquella parte

del bar, cuando no recordaba haber visto jamás la misma intención en el resto del local... ni en el paño, pensó.

Caminó hacia el fondo, donde sabía que existía una tupida cortina que separaba la parte en la que ahora se encontraba y que se usaba para tomar alguna copa que otra, y el otro lado, donde se ofrecían servicios más interesantes.

Tras aquella oscura cortina, se abría un amplio abanico de posibilidades para aquel que deseara pasar un buen rato entretenido. Desde juegos, en los que podías apostar hasta a tu propia madre, hasta prostitutas con las que pasar una agradable velada.

Entre los asistentes de aquella noche, Varulf reconoció a un tipo que se ganaba la vida vendiendo estupefacientes y otro del que se decía que tenía algo que ver con la trata de blancas charlando con un integrante de la policía local como si se conocieran de toda la vida.

—Buenas noches —saludó Manuela, la hermosa aunque ya no demasiado joven mujer que se encargaba de las copas— ¿qué va a ser?

—Un tequila.

—¡María! Ponle un tequila al sueco —ordenó—. Hacía mucho que no te veía por aquí rubito.

—He estado ocupado.

—¿Y qué te trae esta noche por este antro de depravación? —preguntó coqueta sonriéndole. Varulf pensó que aquel simple gesto le quitaba años de encima.

—Negocios.

—Claro, como a todos ¿no es así? —y comenzó a marcharse pero él se lo impidió.

—¿Has visto a esos dos tipos altos y de pelo rojizo que vienen de vez en cuando? Ya sabes... esos que parecen gemelos.

—Aquí tienes guapo —una preciosa jovencita morena, con un generoso y lleno escote, le sonrió mientras depositaba el pequeño vaso de tequila y un platito con sal y limón sobre el mostrador.

Varulf se relamió observando el contoneo de caderas de la joven mientras se alejaba.

—¿Y qué si los he visto? —dijo Manuela y en su voz detectó un deje de celos— Para mí sois todos iguales.

El sueco la tomó por el brazo y la acercó más a su cuerpo duro y bien formado, mientras sus labios se torcían en una traviesa sonrisa. Manuela pensó

que aquel tipo era la reencarnación de un ángel caído, oscuramente hermoso como el mismo pecado.

—Dime si los has visto y quizá luego te muestre cuan diferente soy yo del resto —le susurró e introdujo la punta de la lengua en el oído femenino.

—Están aquí esta noche —confesó mientras se estremecía— dentro, con Paloma.

Lo había imaginado. Aquellos dos tipos iban y venían de Londres a Méjico, ejecutando las órdenes de Atrox, y cada vez que estaban en Durango no dejaban de visitar el local de Manuela. Apartó un poco a la mujer y tomó el vaso de tequila entre los dedos. Después de untarse la lengua con la sal, lo engulló de un trago y se levantó mientras saboreaba la rodaja de limón.

—Gracias preciosa, ahora anda con tus otros clientes, no podemos dejar que se muestren enfadados por tu falta de atención.

—¿Y qué hay de esa demostración que me has prometido? —preguntó Manuela ronroneante.

—No recuerdo haberte prometido nada, solo dije que quizá lo haría, y ciertamente no será esta noche.

—¡Maldito perro! —le insultó Manuela enfadada.

—Sí, eso he oído —le dijo antes de encaminarse hacia la salida.

Sentado sobre la motocicleta, no tuvo que esperar demasiado hasta verlos aparecer. Escupió la cáscara de limón que aún tenía entre los labios y caminó tras ellos, acompasando su paso al de la pareja. Cuando hubieron torcido la esquina, Varulf se colocó entre los dos y les pasó un brazo sobre los hombros, dejando colgar sus manos sobre sus pechos. Los dos grandes licántropos pelirrojos lo reconocieron al instante.

—¿Qué quieres sueco? —preguntó uno de ellos malhumorado.

—Sólo pasear un rato con vosotros, querido amigos —sonrió a ambos—. ¿Qué pasa? ¿Paloma no hizo bien su trabajo? —ambos individuos mostraban una mueca extraña entre el disgusto y el desconcierto.

—Déjate de tonterías y ve al grano.

—Está bien. Al colega con el que estoy ahora le gustaría tener una reunión con vuestro jefe.

—¿Con Atrox? —se extrañó uno.

—¿Y quién es tu colega? —preguntó el otro.

—Un viejo amigo de tu jefe, Lycaon.

Al oír mencionar al enemigo de Atrox, los dos enormes individuos trataron de atacar a Varulf, lanzando los brazos hacia atrás, pero antes de que pudieran

hacer nada, el sueco les miró a ambos meneando la cabeza y emitiendo un simpático sonido negativo, que consiguió frenarlos en seco y desconcertarlos aún más. Luego paseó la mirada, de un rabioso verde debido a la semitransformación, sobre sus pechos, donde los dedos transformados ahora en garras, apuntaban directamente a los corazones para destrozarlos.

—Decidle que le espera en la cascada del Santuario al despuntar el día para tratar un tema que le interesará sobremanera ¿habéis comprendido? — Esperó a que los dos asintieran y después se alejó de ellos de un potente salto —. Siento no poder seguir con esta entrañable reunión pero tengo algo de prisa, ya sabéis, los que sí tenemos especial fama entre las mujeres andamos muy ocupados.

Los dos aludidos se giraron para tratar de atraparlo pero Varulf ya había montado en su moto y corría velozmente por la carretera en dirección a la casa de Lucan.

\*\*\*

El sol comenzaba a despuntar y los suaves primeros rayos acariciaban dulcemente las copas de los árboles más altos, cuando los cuatro licántropos llegaron junto a la cascada.

Lucan se masajeó los ojos tratando de despejar la mente. Antes de partir, había mantenido una intensa discusión con Manon, la cual se obcecaba con la intención de acompañarles, algo en lo que no estaba dispuesto a ceder.

Trató de hacerle ver las cosas de diferente forma, intentó por todos los medios asustarla con tremendas suposiciones de sangrientas reyertas en las que podría perder la vida, pero ella prefería estar allí para presentar batalla a permanecer encerrada esperando una vuelta que quizá no llegaría.

—¡Esto, en parte, es por mí! No puedes pretender que no haga nada al respecto, que me quede cruzada de brazos esperando tu vuelta a saber en qué condiciones —le había dicho furiosa.

—Y yo no estoy dispuesto a volver contigo muerta. ¿Cómo piensas pelear? ¿Con qué? No tienes ninguna posibilidad frente a uno de nosotros ¿no lo entiendes? Te quedarás aquí y no hay nada más que discutir. Ahora que te he encontrado no te perderé, no de esta manera, no si yo puedo evitarlo.

Y después de aquello se había marchado dejándola al cuidado y vigilancia directa de Itanón y Cayén, los cuales se mostraron honrados ante tamaña responsabilidad.

Ahora se preguntaba si había hecho bien dejándola allí. Se sentía mal

consigo mismo por haber tenido que hablarle tan duramente. Lo más probable era que a su vuelta, Manon aún siguiera enfadada, pero la prefería furiosa que muerta.

—Ahí llegan —anunció Anpu, señalando el lugar por el que comenzaron a aparecer cuatro ejemplares, con un movimiento de cabeza.

—Estad alertas ante cualquier movimiento extraño —advirtió Lucan mientras se adelantaba unos pasos para recibirlos.

Atrox, ataviado completamente de negro como si guardara un luto permanente, venía acompañado de Amarok el indio y los dos pelirrojos gemelos berserkers.

—¡Buenos días queridos amigos! ¡Qué gusto me da verles! —exclamó Atrox en un tono inequívocamente irónico, al llegar a la altura del grupo de Lucan— Lycaon, Varulf, tú debes de ser Koram ¿no es así? Y por último aunque no menos importante, el gran Anpu —saludo a todos mientras parodiaba una reverencia—. ¡Cuánto honor!

—Deja las payasadas para quién no te conozca Atrox y centrémonos en lo importante —advirtió Lucan.

—Cree que esto es tan desagradable para mí como sin duda lo es para ti —contestó en un tono mucho más bajo y serio del que había utilizado antes, para añadir después a viva voz esbozando una sonrisa— ¡Pero siempre hay que ver el lado bueno de las cosas! ¿no es así?

Aun con los esfuerzos de Atrox por hacerse el gracioso, el resto de los asistentes a la reunión permanecían con el rostro completamente controlado, sin mostrar ningún tipo de emoción.

A ambos lados de Atrox, los berserkers, con los brazos cruzados y las piernas separadas no apartaban la vista de los ojos de Koram y Anpu, que a su vez, franqueaban a Lucan a izquierda y derecha. Detrás de estos, Varulf tenía la mirada vigilante en Amarok, el cual había optado por tomar una posición algo más retirada, cubriendo la retaguardia a unos metros detrás de Atrox. La tensión que se respiraba era increíblemente agobiante.

—Bien, dame mi anillo y nos marcharemos tan tranquilamente como hemos llegado.

—No te cité aquí para eso.

—Entonces ¿me has hecho perder el tiempo inútilmente? —preguntó mientras arqueaba una ceja y acercaba el rostro al de Lucan. Su voz grave y ruda, ya no destilaba la ironía de hacía unos instantes, y sus ojos dorados despedían chispas de un fuego amenazante.



—¡Dios nos libre! —exclamó Lucan imitando los anteriores ademanes de Atrox—. Tengo algo que proponerte a propósito de tu amuleto.

—Te escucho —la postura que adoptó, exactamente igual a la de los gemelos, le dio a entender a Lucan que efectivamente estaba interesado en lo que tenía que explicarle.

—Supongo que no es necesario que te explique que la mujer que está conmigo ahora encontró tu amuleto, todos sabemos hasta donde llegaste para intentar hacerte con él.

—No puedes recriminarme eso Lycaon, después de todo no ocurrió nada ¿no es así? —y echó un ligero vistazo hacia donde se encontraba Amarok.

—Lo que no sabes es que hay alguien más interesado en obtener tu precioso anillo —continuó— aún no sabemos quién es, pero ha raptado a la madre de Manon y a cambio de su vida exige los amuletos de todos nosotros.

—¿Y a quién le importa una simple y estúpida humana?

—A mí me importa.

—¡Bien! —aplaudió Atrox con una media sonrisa que duró un parpadeo—. Y estamos aquí para decirme que cambiarás mi anillo por esa mujer —terminó.

—No exactamente. Como te he dicho quiero proponerte un trato.

—Termina.

—No sé quién es ese tipo pero está versado en todo lo que nos concierne. Es peligroso simplemente por ese motivo. Nos ha citado en El Soldado. Esta noche.

—Esta noche hay un eclipse total Lycaon.

—Lo sé, y ese tipo también lo sabe. Si me ayudas con esto te devolveré tu amuleto.

—Entiendo.

Atrox calló unos instantes y caminó unos pasos hacia el precipicio, desde el cual podía contemplarse la caída del agua.

Pensaba las opciones que le quedaban y si debía o no aceptar. Lycaon se lo estaba poniendo muy fácil, sería sencillo acudir, echarle esa mano que según él necesitaba y obtener a cambio lo que quería. Era tan sencillo que le olía mal. Pero no podía dejar pasar aquella oportunidad. Si le tomaba por idiota, comprobaría cuan equivocado estaba. Casi podía sentir ya el peso del anillo en su dedo.

—Está bien, iré. Tendrás mi ayuda —dijo mientras se encaminaba de nuevo hacia Lucan—. Pero más vale que cumplas tu palabra, sino tendrás dos problemas de los que preocuparte esta noche.

—Jamás he faltado a mi palabra Atrox, tú mejor que nadie deberías saberlo.

\*\*\*

Manon paseaba arriba y abajo del salón, esperando la llegada de Lucan.

Hacía un par de horas que se habían marchado, cuando el sol aún no había salido. El astro ahora estaba muy alto y aún no habían vuelto.

Había tratado de sentarse en varias ocasiones, de pensar y confiar en su fuerza y su poder, pero Atrox sin duda estaría en posesión de las mismas condiciones. La espera la estaba volviendo loca, consumiendo los poquísimos nervios que le quedaban, rememorando la lucha que pudo contemplar en su propia casa pero esta vez con un final muy diferente y aterrador.

Se asomó a los ventanales por enésima vez, oteando el camino por donde debían llegar mientras se restregaba las manos una y otra vez inconscientemente, como si con aquel gesto pudiera dar celeridad a las manecillas de su reloj de pulsera.

Por fin cuando la idea de salir en su busca comenzaba a tomar forma en su cabeza, una larga cabellera negra coronada por un mechón blanco, acompañada por otras dos morenas y una rubia, anunció la llegada del grupo. Sólo entonces pudo respirar profundamente y se encaminó hacia la puerta para recibirle. Inmediatamente los dos licántropos que Lucan había dejado para su seguridad se interpusieron en su camino.

—Lycaon ya ha llegado —les anunció.

—Bien, así podrá liberarnos de nuestra responsabilidad en cuanto cruce la puerta —le respondió el más alto de los dos, dejando claro que no dejarían de hacer el trabajo encomendado hasta que el mismo Lucan se lo ordenara.

—Sois unos... —no pudo terminar la frase pues la puerta se abría en ese momento para dar paso a los recién llegados.

—¿Qué son? —preguntó Lucan que había oído el comienzo de la frase inacabada, mientras entraba y la tomaba entre sus brazos, feliz de volver a verla.

—¡Gracias a Dios estáis bien! —exclamó Manon, sonriendo y abrazando a su vez a Lucan.

Completamente ajenos a todo excepto a ellos mismos, se besaron, saboreando la paz del espíritu en la boca ajena, olvidándose de todo lo que les rodeaba, paladeando la inquietud que habían sentido el uno por el otro, acariciándose, aquietando el furioso latido de sus corazones.

Manon sintió el conocido cosquilleo que le advertía que estaba a punto de perder la capacidad de controlarse, mientras sentía la dureza del sexo de Lucan en el bajo vientre.

—¡Ejém! —exclamó Varulf llamándoles la atención sobre el resto.

Ambos recuperaron el sentido y se separaron. Manon, completamente avergonzada por el espectáculo que habían ofrecido bajó la cabeza hasta clavar los ojos en sus zapatos, tratando de ocultar así el sonrojo que su rostro debía mostrar, a juzgar por el calor que sentía en las mejillas.

—Vosotros dos —llamó muy serio a Cayén e Itanón—, ya podéis retiraros, os haré llamar si os vuelvo a necesitar—. Ambos inclinaron la cabeza señalando que habían entendido y se retiraron al instante—. Y el resto ¿no tenéis nada mejor que hacer?

La pregunta había sido dicha con la intención de echarlos de allí, y aunque no consiguió imprimir en ella el tono de voz adecuado a tal fin, ya que un esbozo de sonrisa asomó entre sus labios, el resultado fue el esperado.

Varulf, sin mostrar reacción alguna ante lo presenciado, se dio la vuelta para encarar las escaleras y comenzó a subir pausadamente. Koram, reprimió una carcajada sin conseguirlo del todo volviendo a salir al exterior, y Anpu, quién sí reía abiertamente, siguió los pasos del sueco hacia las habitaciones.

Nada más quedarse solos, Lucan tomó a Manon de la cintura y prácticamente la arrastró, empujándola con su propio cuerpo desde atrás, hasta la puerta más próxima para cerrarla tras ellos, atrapándola entre ésta y su torso. Sus ojos, ya cambiados por los efectos que la excitación le habían producido, la miraban hambrientos y ella sintió como si perdiera fuerzas y se convirtiera en pura gelatina, blanda y moldeable.

Poco importaba que se encontraran en el comedor, no se concedieron tiempo apenas ni para pensar en lo que hacían, solo la ley del deseo imperaba sobre ellos, agitando sus respiraciones y acelerándoles el pulso. Sentía el cuerpo masculino apretado contra ella, su miembro duro se revelaba preparado a la altura de su vientre, calentándola, incitándola a que siguiera su juego, pero no la besaba, tan sólo se limitaba a mirarla, a derretirla con aquellos hermosos ojos como el metal. Pensó que si se acercaba un poco más a su rostro, si borraba los pocos centímetros que separaban sus bocas, podría incluso mascar el deseo que retenían.

Los dedos de Lucan se cerraron en torno a la fina camisola que la cubría y la desgarró de un fuerte y rápido tirón, dejándola prácticamente desnuda. Sin romper el contacto visual, lanzó la arruinada y fina prenda al suelo que cayó

lentamente, para a continuación, encerrar sus descubiertos pechos con las palmas. Sopesó los hermosos globos gemelos y los masajeó hasta que los pezones se endurecieron como dos dulces y redondeados caramelos. Sin poder ya resistirse a probarla, paseó su lengua por el cuello femenino hasta llegar al pequeño lóbulo que mordisqueó suavemente, arrancando suspiros de anticipación.

Una de sus manos descendió lentamente, rozando la sensible piel del abdomen produciéndole escalofríos, encontrando la depresión de su ombligo y más abajo, hasta llegar al lugar donde Manon se sentía palpar.

Utilizando los pulgares como ganchos, bajó la ropa interior que cubría su sexo, agachándose frente a ella en el proceso. Era su forma de adorarla, de reverenciarla, de mostrarle desde aquella posición el poder que ejercía sobre él. Había encontrado a su diosa, la deidad a la que ofrecerse y por la que vivir o morir, la misma razón de su existencia.

Le acarició los pies, los besó, los lamió y los mordió para luego comenzar su andadura de nuevo hacia arriba, dejando correr las yemas de los dedos por sus piernas, hasta frenar el avance de nuevo entre los rizos de su feminidad.

Los fríos pantalones de piel de Lucan, se calentaron de nuevo al instante al contacto con sus extremidades inferiores. Esto unido a la forma intensa en que le miraba, con determinación en el rostro y algo más que no comprendía, conseguía que se sintiera sumamente excitada. Notaba su entrepierna húmeda y pulsante, clamando por obtener satisfacción.

Él realizó movimientos circulares enredando sus dedos entre la seda negra de su vello. Manon se mordió el labio inferior sólo para arrastrar los dientes por el hasta soltarlo, sintiendo su corazón bombear alocadamente, poniendo los ojos en blanco, alzando la pelvis buscando aquella insinuación de caricia. Justo entonces Lucan la besó, introduciendo su lengua sedienta en la cremosa boca femenina a la vez que enterraba un par de dedos dentro de su sexo, y degustaba el primero de sus gemidos. Siguió martirizándola así, hundiendo sus dedos en ella y alternando el gesto con caricias sobre el pequeño botón que unía sus pliegues, besándola como si la vida le fuera en ello.

Ella jadeaba con el placer que precede al éxtasis, sujetándose a sus poderosos hombros para no caer pues sus piernas ya no la sujetaban, hasta que el orgasmo la encontró de una forma demoledora que la arrastró hasta un abismo infinito en el que Lucan la recibía entre sus brazos.

Su beso se tornó más dulce y tierno y Manon le abrazó ofreciéndole todo su corazón en el gesto.

—Ha sido maravilloso Lucan —le susurró contra los labios.

—Aún no he terminado contigo —respondió este con voz ronca, tirando de ella y colocándola sobre la mesa.

La dura superficie se cubrió en una fina capa de vaho alrededor de donde hacía contacto con su cuerpo. Toda ella irradiaba calor, un calor sofocante producido por todas las emociones que ahora podía leer en los ojos de Lucan.

De la misma forma que hiciera desaparecer su camisola, destrozó la tela de la camisa que le cubría en un segundo, y la fina piel de sus pantalones obtuvo el mismo tratamiento, sólo que a diferencia de ella, Lucan no llevaba nada bajo él. Quedó completamente desnudo en un instante y dio un paso para colocarse entre sus piernas que ahora colgaban separadas esperándole.

Enredó sus dedos en el largo cabello castaño y tiró suavemente hacia atrás, obligándola a arquear la espalda y a levantar el rostro. En aquella postura sus pechos quedaban por completo a su disposición. Acto seguido, acercó los labios para pasear la lengua por la garganta, dejando un rastro de lava líquida a su paso. Lamió el inicio de sus senos, allí donde comenzaba a formarse el hermoso canal que los separaba, para luego dedicar su atención a cada uno de ellos. Mientras, ayudado de las manos, acariciaba la fina y sensitiva piel del interior de sus muslos, acercándose lentamente al lugar en el que Manon comenzaba a sentir de nuevo los estragos que la excitación provocaba en su cuerpo.

Las dos veces anteriores que habían hecho el amor, Lucan había sido tremendamente tierno y cuidadoso, había tratado en todo momento de contener su necesidad hasta el extremo de sufrir increíblemente. Ella lo sabía, sabía que mantener el control le había costado la misma vida. Pero aquella vez, aquel momento, él se mostraba diferente, más dominante, más atrevido, más sensual, recordándole la forma en que la besara por vez primera, y debía admitir que le gustaba. El simple pensamiento, consiguió que ella misma sintiera la urgencia de mostrarle que también podía hacerlo, que era capaz de ofrecerse de la misma forma que él le mostraba.

Sin darse más tregua, alargó sus propias manos y lo tomó del miembro, acariciándole con audacia, rozando la suave y brillante punta, practicando pequeños y suaves tirones dándole a entender cuanto deseaba sentirlo dentro de sí.

Lucan dejó escapar un amortiguado gruñido. Con las mandíbulas apretadas y los parpados cerrados, parecía buscar la forma de no saltar sobre ella y clavarse en su sexo bestialmente. Pero lejos de asustarse, Manon sabía que él

jamás le haría ningún daño, y sonrió pícaramente sabedora de que lo que estaba haciendo le complacía. Tanto era así, que tomando su boca la besó profundamente, mientras dejaba que el extremo de su verga acariciara la entrada misma de su ser.

Le cogió los pies y los llevó hasta su espalda, haciéndole entender que deseaba que le rodeara con las piernas, y tomándola por las caderas la elevó. El beso se tornó más salvaje, más feroz, prácticamente se devoraban uno al otro, tratando de obtenerlo todo, de ganar la batalla incluso utilizando sus dientes.

Lucan la sujetaba con facilidad, cargaba con ella prácticamente en vilo, sus formidables brazos la mantenían atada a él sin necesidad de que ella entrelazara los brazos alrededor de su cuello. Naufragando en la brumosa niebla del deseo, sólo notó que habían cambiado de lugar cuando sintió la fría pared contra su espalda que se calentó rápidamente al contacto con su piel. Enredó los negros cabellos de Lucan entre sus dedos, urgiéndolo a que la besara con más intensidad.

Sin poder demorarlo por más tiempo, Lucan se dejó llevar por su propia necesidad y de un fuerte embate, se hundió en ella profundamente sintiendo como su miembro era rodeado al instante por su caliente humedad. El placer fue instantáneo y ambos gimieron contra sus propios labios, dando la bienvenida al inicio de la liberación.

Manon completamente fuera de control, clavó los dedos en los fuertes hombros masculinos. Las penetraciones eran contundentes, firmes, imponiendo su propio ritmo cada vez, y cada embestida arrancaba un nuevo jadeo de sus bocas, creando un nuevo lenguaje para decirse sin palabras cuanto se amaban.

Los primeros espasmos del orgasmo los encontró, prometiendo incluso en sus inicios una explosión de sensaciones. Lucan aceleró la cadencia y vigorosidad de los embates, hundiendo el rostro entre sus cabellos, aspirando el aroma a jazmín de su amada, emborrachándose con su perfume, alimentándose de sus deliciosos gemidos. Hasta que el clímax llegó de una forma devastadora, arrolladora, envolviéndolos en un huracán de sensaciones y emociones, confundiendo sus almas hasta hacerlas una.

Con las respiraciones agitadas y aún unidos, se abrazaron con fuerza.

Lucan se resistía a dejarla en el suelo, deseaba poder tenerla así para siempre, completamente pegada a él, cerca de su corazón. Manon entendió sin necesidad de decir nada, ella albergaba dentro de sí el mismo pensamiento y, sonriéndole tiernamente, le acarició el rostro. Notó como aun reacio a soltarla,

la volvía a apoyar sobre la mesa con infinito cuidado.

Pasaron varios minutos en silencio, aún abrazados, aún desnudos aunque tremendamente felices. En sus oídos todavía resonaban los últimos jadeos de placer compartido. Se amaban y ambos eran conscientes de que así era.

Era bien entrado el mediodía y la necesidad de llenar sus estómagos se impuso. Optaron por satisfacerla ofreciéndose uno al otro, pedazos de frutas de una gran fuente que siempre decoraba el aparador.

—Supongo que todo ha ido como esperabas —adivinó Manon.

—Así es —contestó sonriendo mientras acercaba los labios a una jugosa fresa que ella sostenía entre los dedos.

—¿Entonces contamos con la ayuda de Atrox?

—Sí, a cambio de su amuleto —ambos quedaron con la mirada anclada en la joya.

Lucan no sabía cómo pedirselo, pero de lo que estaba completamente seguro era de que no quería que ella lo llevara puesto más tiempo. Cada vez que miraba la mano femenina y contemplaba el anillo de su rival en el dedo, un escalofrío de ira le recorría el cuerpo. Sencillamente no quería verlo ahí.

Ese anillo representaba demasiadas cosas, la maldición de Atrox, el poder y la fuerza sobre un licántropo y sobre todo muertes. Las muertes de todos aquellos que habían caído víctimas de la esclavitud que encarnaba.

Muchas veces él mismo había tratado de separarse de su propio medallón, llevarlo al cuello y verlo cada día, era una carga muy pesada para una conciencia ya tan vieja. Pero el miedo, el atroz temor a que alguien pudiera encontrarlo y volver a utilizarlo como asesino, podía más que la repulsión hacia el objeto en sí mismo.

—Manon —la llamó buscando sus ojos— ¿confías en mí?

—Por supuesto.

Y sin decirle nada más extendió su mano frente a ella. Manon entendió rápidamente y comprendió lo que Lucan le pedía. Sin pensarlo dos veces, extrajo el anillo de su dedo, lo depositó en la masculina palma y rodeó sus dedos acompañándole el gesto hasta cerrarla.

—Te amo.

## *Capítulo diecinueve*

—Lycaon mira eso —advirtió Anpu.

Lucan estaba muy preocupado. Antes de partir hacia El Soldado, le había perdido la pista a Manon. Habían vuelto a discutir sobre si ella debía ir o no. Y como la vez anterior Lucan se negaba en redondo a que se pusiera en peligro de aquella manera. Después de eso, Manon había subido las escaleras hacia el piso superior y ya no volvió a verla.

Varulf le hizo cambiar de idea cuando estuvo a punto de dejarlo todo por buscarla. Si no acudía, Atrox se lo tomaría como un insulto y el otro tipo mataría a Gea, por no hablar de que podría preparar otro asalto a su casa. Le había dicho que no se preocupara que Manon estaría bien, con Itanón y Cayén haciendo guardia, no podría ir a ningún sitio.

Giró la cabeza ciento ochenta grados para ver qué era lo que había llamado la atención de Anpu. Aún en la oscuridad, su coche, su Vanquish, se movía apreciándose una ligera oscilación en la parte trasera.

—Hay algo en el maletero —sentenció mientras caminaba de nuevo hacia el automóvil, llave en mano.

A medida que se acercaba, un pensamiento nada agradable se iba formando en su mente. La idea, aunque se le antojaba imposible, fue corroborada por un ligero y dulzón aroma que flotaba en el ambiente y el cual emergía de precisamente de allí.

—¡Por todos los diablos! —Exclamó abriendo la portezuela—. ¡Manon! ¿te has vuelto loca? —la ayudó a salir del pequeño cubículo mientras ella no paraba de toser y boquear, debido a la falta de oxígeno a la que había estado expuesta—. ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Te paraste a pensarlo siquiera? ¡Has podido morir ahí! —siguió regañándola enfurecido.

—Es...mi madre...tenía que... venir —consiguió decir entre jadeos.

—¡Maldita sea! Ya hemos discutido eso —dijo mientras trataba de buscar una solución—. Debería darte una buena tunda y mandarte de vuelta a casa.

—No pienso irme.

Y ahora que la tenía allí, tampoco Lucan deseaba que se marchara. Sabía que el hecho de que ella estuviera presente suponía un riesgo, pero el poder vigilarla él mismo, de tenerla allí, con él, a su lado, calmaba a la fiera interior que había sentido rugir aquella misma mañana cuando la había dejado en casa



para salir hacia la reunión con su rival.

—¡Lycaon! —llamó su atención Koram indicándole la llegada de Atrox.

—Vaya, vaya, vaya ¿problemas maritales? —les saludó mirando a Lucan con una media sonrisa en los labios. Después pareció decidir, que mirar a la mujer era mucho más interesante, y la observó de arriba abajo— ¿no nos vas a presentar?

—Soy Manon Capwell —se presentó ella misma ofreciendo su mano antes de que Lucan pudiera decir nada. Aquel era el que había intentado matarla, no le mostraría debilidad alguna, le pagaría con la misma frialdad y control que él demostraba.— Y usted debe de ser Atrox.

—En efecto —dijo estrechando la mano ofrecida.

Manon se fijó en él. Era tan alto y fornido como Lucan. Compartían el mismo color de cabello, negro como la misma noche. Su rostro parecía esculpido por un artista, aunque indudablemente masculino. Al igual que su compañero, era extremadamente hermoso, pero sus ojos eran completamente diferentes, éstos eran dorados, de puro oro líquido.

—Qué agradable sorpresa ver que tu mujer tiene más agallas que tú, Lycaon—dijo aún con la misma sonrisa decorando su rostro y sin soltar la mano femenina.

—Es suficiente —rugió Lucan separándolos—. Tenemos que darnos prisa.

Tomó a Manon de la muñeca rudamente y comenzó a caminar hacia las cabañas para turistas, arrastrándola con él. Sabía que había tenido una reacción completamente irreflexiva, Atrox no podía sentir ningún tipo de atracción hacia ella, sin embargo, una quemazón celosa en su interior había crecido en intensidad desde el momento que sus manos se tocaran, y sencillamente, había sentido la necesidad de terminar con aquel contacto.

A su espalda, Atrox reía a carcajadas y comentaba algo en susurros con Amarok, el cual también comenzó a reír. Había dado a su enemigo algo de lo que mofarse, pero bien merecía la pena, pensó echando un ligero vistazo hacia atrás para mirar a Manon, la cual trataba de seguirle el paso a trompicones.

Una hilera de bungalows de madera, con la parte delantera salpicada de mesas y largos asientos, a ambos lados de cada una, era el sitio ideal para disfrutar unos días en plena naturaleza. En aquel momento, a la luz de la luna, con una capa de densa niebla de un palmo de espesor en la superficie y frente al acontecimiento que tendría lugar, a Manon se le antojó sencillamente tétrico y digno de cualquier historia de Poe.

—¿Has encontrado algo? —preguntó a Varulf, el cual salía de la última de

las pequeñas construcciones.

—Nada. No hay ni un alma.

—Bien, entonces vayamos detrás —anunció mirando hacia el cielo— ya es casi la hora.

Tras la hilera de cabañas, existía un claro alumbrado por focos, de unos quince metros de ancho, calculó Lucan. Hasta donde la luz permitía ver, aquella zona parecía pensada como lugar de recreo para niños. Unos metros más allá, y lejos del círculo luminoso que imprimían los focos en el césped, comenzaba la zona boscosa de abundantes pinos y alto follaje. No pudo saber de cuanto espacio se trataba exactamente pues la brillantez de la luz frontal se lo impedía.

Esperó a que el resto de los asistentes llegaran hasta donde ellos estaban e hizo el ademán de seguir adelante.

—¡No continúe avanzando! —exclamó una voz desde la oscuridad cuando el grupo se encontraba prácticamente en medio del claro, iluminados por los cuatro costados.

—Está usando un megáfono de mano, no creo que esté demasiado lejos —comentó Atrox.

Todos frenaron su caminar al momento. Lucan tiró de Manon nuevamente, esta vez para colocarla tras él, ofreciendo su cuerpo como escudo ante cualquier ataque inesperado. Atrox, a su lado, buscaba incesante con la mirada el origen de la voz. Varulf y Amarok, uno a cada lado de los *Alfa*, giraron sus cuerpos para cubrir los francos, mientras que Anpu y Koram, buscaban a su vez un lugar donde pudieran ocultarse si las cosas se ponían feas.

—Mal lugar para una emboscada ¿eh pimpollo? —le dijo Varulf a Koram sin mirarle, no le hacía falta hacerlo para saber que el joven intentaba encontrar a más hombres apostados entre el follaje.

—Vete a la mierda sueco —respondió éste.

—Callaos los dos —ordenó Lucan.

—¡Bienvenidos caballeros! Aunque no sé si debo referirme a ustedes con ese término —dijo de nuevo la voz.

—Esa voz —comentó Manon pensativa y preocupada, mientras movía la cabeza negativamente.

—Viene de allí —concluyó Atrox mirando justo al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucan a Manon— ¿Le conoces? ¿Sabes quién es?

—Me resulta muy familiar, pero no puede ser, sin duda estoy confundida,

pero... —aquella voz le resultaba más que familiar, la conocía a la perfección, pero el simple pensamiento le resultaba inconcebible. No podía ser, debía estar equivocada, sus oídos debían jugarle una mala pasada, sin duda el megáfono alteraba el tono del malnacido consiguiendo que su voz pareciera como...

—¿Pero? Cualquier pista podría servirnos de ayuda Manon. Piensa.

Aquello tenía sentido, pensó Lucan, que Manon reconociera la voz realmente respondía a alguna de las incógnitas que se había planteado con respecto a la identidad de aquel tipo.

Que se hubiera referido a Gea con la familiaridad con que lo hizo en la nota que les envió, ya le había advertido que se trataba de alguien que sabía quién era la mujer, por lo tanto, también era probable que supiera quién era Manon, que la conociera. El individuo había mencionado también que había pasado mucho tiempo estudiándoles, sabía demasiado sobre ellos, conocía detalles como lo del eclipse y cómo les afectaba, sin duda alguna, debía conocer el pasado de Gea.

—¡Queremos ver a la mujer! ¡Debemos asegurarnos que está viva antes de seguir con esto! —gritó Lucan, debía darle tiempo a Manon para que reaccionara de una vez por todas.

Durante unos segundos interminables, las miradas de los siete quedaron atrapadas hacia el frente. Solo el viento, completamente ajeno a todo, pasó juguetón entre ellos, revolviéndoles el pelo y la ropa, y creando remolinos espectrales en la niebla que cubría el suelo.

Algo pareció moverse más allá de la zona iluminada.

Manon forzó la vista hasta donde pudo para tratar de ver algo de lo que ocurría tras aquella barrera de oscuridad, pero todos los esfuerzos fueron en vano.

—¿Qué demonios está haciendo? —dijo Koram lanzando la pregunta a nadie en particular.

Atrox, atento a todo cuando pasaba gracias a la experiencia que los años le habían proporcionado le contestó seguro de lo que decía.

—Mira al cielo chico, allí encontrarás la respuesta.

Koram siguió la indicación de Atrox y alzó el mentón para buscar la luna. El eclipse total estaba a punto de empezar. Estaba haciendo tiempo para asegurarse que ellos no podrían cambiar de forma para atacarle.

—Ese cabrón es muy listo ¿verdad? —volvió a decirle Atrox cuando notó que Koram había entendido.

Justo en el momento en que la sombra de la tierra cubrió la luna, un par de figuras emergieron de la oscuridad; una alta y delgada, arrastraba a la fuerza a otra de menos estatura pero que luchaba con todas sus fuerzas por desasirse de las ataduras.

Cuando por fin llegaron al área iluminada, revelándose así, los rostros de las dos personas, Manon ahogó un grito de incredulidad que quedó atrapado en su garganta, arañándole las entrañas.

—¡No! —exclamó llevándose las manos a la boca. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. La terrible idea que hasta ese momento había estado tratando de esquivar en su mente, diciéndose a sí misma que era imposible, se revelaba ante ella de forma desgarradora.

Lucan, sin poder saber qué pasaba, miraba al hombre alto y delgado que sujetaba con un brazo la cintura de Gea y la amenazaba, armado con un cuchillo que apuntaba directamente al cuello. Maniatada, amordazada sin duda, por los sonidos guturales que emitía, y con la cabeza cubierta por lo que parecía un saco, Gea se retorció intentando escapar de su captor.

—¿Lo reconoces? —le preguntó mirándole ahora a ella. En sus ojos pudo leer el desconcierto producido por la sorpresa y un terrible dolor.

—Es... Jarold. Mi padre. Mi padre adoptivo —dijo sin poder creerlo incluso habiéndolo nombrado.

Lucan, tomado completamente por sorpresa buscó una confirmación en los ojos de su compañera.

—Que conmovedor —comentó Atrax sin denotar sentimiento alguno y sin apartar la vista del agresor.

—¿Estás segura? —volvió a preguntarle.

Pero Manon no podía responder. La conmoción que sentía en todo su ser, le negaba cualquier movimiento. Sentía el alma destrozada y el corazón sangrante. El hombre al que había querido como a un verdadero padre, aquel que había cuidado de ella, que le había dado todo lo que tenía y en lo que se había convertido, el mismo hombre al que recurría siempre que tenía un problema con la certeza de que obtendría la ayuda necesaria, resultaba ser un completo desconocido que amenazaba la vida de otra de las personas más importantes para ella, y que pretendía obtener la esclavitud de aquellos que le habían protegido y salvado.

Lucan volvió a detener la mirada en aquel hombre, buscando la respuesta a la pregunta lanzada, y comprobó que éste también miraba a Manon sin apartar la vista de ella.

—¡Me has reconocido! ¿verdad Manon? Ahora te estarás preguntando el porqué. Es algo que se te escapa ¿verdad? Como tantas otras cosas... —comenzó mientras seguía sujetando a Gea fuertemente—. No puedes saberlo, en realidad tú no tienes la culpa, sólo has sido una víctima más de todos ellos —explicó refiriéndose a los licántropos.

—¿A qué demonios te refieres? —preguntó de pronto Manon entre furiosa y destrozada.

Sin saber de dónde había encontrado las fuerzas para hablar, necesitaba saber, tenía que comprender todo aquello o se volvería loca. Creía que los cambios en su vida habían terminado el día que descubrió quién era ella, y ahora sentía que la ira se apoderaba de todo su cuerpo al ver cuán equivocada estaba.

—Eres una híbrida Manon, la abominación que dio a luz esta mujer —dijo señalando a Gea, como si aquella afirmación pudiera explicarlo todo—. No puedo dejar que la historia se repita de nuevo.

Aquellas palabras encendieron la luz de alarma en el cerebro de Lucan que trabajaba a toda velocidad y avanzó un brazo para volver a cubrir a Manon que ahora se encontraba a su lado.

—Mi madre también cometió la equivocación de enamorarse de una bestia —explicó Jarold—. Abandonó a mi pobre padre para largarse con aquel monstruo, ojalá me hubiera dejado con él. Sí, se amaban mucho, ella le quería incluso más que a su propio hijo, yo. Pero lo que no sabía es que aquel demonio, aquel desecho de Dios, me trataba como a una mierda —hizo una pausa para escupir, sin duda en recuerdo de aquellos tiempos—. Así que cuando ella, por fin me relegó al olvido, intenté por todos los medios hacerle ver la verdad, de apelar a su condición de madre cariñosa, pues lo había sido hasta que conociera a aquel con el que se fugó. Todo fue en vano, estaba como hechizada, como ida, completamente ajena a la realidad. Sólo tenía ojos y entendimiento para él, nada ni nadie más existía.

»El día que le dije que mataría a aquel monstruo, me abofeteó y me apartó de su lado. Mi propia madre me repudió, y sólo era un niño. Un niño que incluso tuvo que llegar a prostituirse en las frías calles de Londres, a cambio de dormir una noche bajo techo y conseguir algo caliente que llevarse a la boca.

»Años después, y con el cuerpo ya de un hombre, volví para enterarme de que ella había muerto tiempo atrás tratando de dar a luz, sin duda al fruto de aquella abominación. Entonces fue cuando prometí vengarme. Dedicué todo mi

empeño en buscarlos y estudiarlos, aprender de ellos, saber de todo aquello que les incumbiera.

»Poco después supe que esta mujer había sido violada por uno de aquellos monstruos y me las ingenié para no perderle el rastro.

»Así es como llegué a parar a este país. Cuando apareció Lycaon para trasladarla a Méjico, reconocí en él todos los rasgos de los de su raza, fui tras él, siempre leal a mis planes. En pocos días conseguí trabajo como celador en la misma clínica y me establecí. Entablé amistad con algunos de los médicos y me enteré de que ella estaba preñada y que al nacer te darían en adopción.

»Conocí a Marie, una mujer sola que también había emigrado y que necesitaba compañía. Me las ingenié para que se enamorara de mí y nos casamos en seguida, así podría quedarme con la niña que nacería de su vientre —continuó, refiriéndose a Gea—. Una híbrida. Sabía que tarde o temprano me llevarías hasta ellos. Sabía que algún día ellos te encontrarían. Siempre lo hacen. Yo solo allané el camino para que ocurriera. Es como si os reconocierais por el olor. Como los animales. Como los perros.

Manon lloraba amargamente mientras escuchaba la historia de su padre. Toda su vida había sido un engaño, un cuento, una patraña inventada y completamente planificada. Los pasos de un loco en la búsqueda de la venganza pura y simple.

—¡Ya tienes lo que quieres! ¡Estamos aquí! ¡Suelta a la mujer! —exclamó Lucan tratando de agilizarlo todo, oír y ver sufrir a Manon le estaba matando, y maldijo dos veces al eclipse por impedir su transformación, por mantenerlo durante aquellos largos minutos como un simple hombre normal.

—No me tome por idiota Lycaon. Primero los amuletos ¡Vamos! —les ordenó mientras apretaba el cuchillo peligrosamente en el cuello de Gea hasta conseguir que un fino hilo de sangre lo recorriera perdiéndose entre las ropas.

Lucan levantó los brazos despacio hacia su propio cuello, tanteando el cordón que sujetaba el medallón, necesitaba rápidamente una salida. Tratando de encontrar la forma de acabar con el asunto y rescatar a Gea sin necesidad de ofrecer el talismán, se demoró todo lo que pudo en sus movimientos.

Atrox, por su parte se agachó buscando algo en la parte baja de sus piernas.

—No pienso acatar ninguna orden dictada por un humano —dijo cuando por fin pareció encontrar lo que buscaba.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lucan alertado ante el tono calmado de Atrox.

—Matar a la mujer por supuesto. Muerto el perro se acaba la rabia ¿no es

así? —respondió éste mientras volvía a erguirse.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Manon alarmada, sintiendo como un nuevo pavor le atenazaba todo el cuerpo.

—Claro que puedo —dijo Atrox encogiéndose de hombros— Nadie obtendrá mi anillo, a menos que ese alguien sea yo mismo —sentenció mientras echaba la mano hacia atrás.

Un brillo metálico fue lo único que registraron los ojos de Lucan, pero fue también lo único que necesitó para reaccionar rápidamente e impedir que Atrox lo lanzara. Se tiró sobre él sin pensarlo dos veces, sujetándole fuertemente los brazos y tratando por todos los medios de quitarle el arma de las manos.

—¡No! —gritó Manon siguiendo la trayectoria de un cuchillo con los ojos desorbitados.

Lucan y Atrox, aún forcejeando en el suelo, reaccionaron al tremendo alarido, sin entender que ocurría.

Amarok, anticipándose al movimiento de Lucan, había terminado por ejecutar lo que Atrox se había propuesto hacer. La afilada hoja cortaba el viento con facilidad. Abriéndose paso a gran velocidad. Mortalmente directa a su blanco.

El sonido de un disparo resonó en los oídos de todos, haciéndose eco en las montañas colindantes y levantando una bandada de aves nocturnas que espantadas por la tremenda detonación, alzaron el vuelo temiendo la muerte.

Boquiabierta Manon observó un chispazo en el aire cuando la bala dio en el cuchillo lanzado, apartándolo de su trayectoria y partiéndolo en dos.

—¿Qué estás tramando Lycaon? ¿A quién tienes escondido? —preguntó Atrox usando el mismo tono bajo y amenazante.

—A nadie. Los que me acompañan son los que ves.

—El disparo se hizo desde allí —dijo Amarok señalando el lugar exacto.

—¡Jarold! —Una mujer armada con un rifle de largo alcance salió de la espesura del bosque, llamando la atención de todos los presentes, y apuntaba directamente al hombre —¡suelta a la mujer! —gritó con lágrimas en los ojos.

—¡Marie! —exclamó un sorprendido Jarold.

—Madre —musitó Manon incrédula. De pronto recordó la conversación telefónica que había mantenido con ella días atrás.

—¡Oh vamos! —exclamó Atrox alzando los ojos al cielo— Ahora tenemos una reunión familiar. ¿Quién será el próximo? ¿El abuelo?

—¡Cállate Atrox! —ordenó Lycaon en beneficio de Manon. Pero ella, ni

siquiera prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor, sólo tenía ojos para lo que ocurría unos metros más adelante.

—¡Suéltala Jarold! —volvió a gritar Marie.

—¡Jamás! ¡Antes la mataré!

—Sabía que estabas tramando algo. ¿Creías que era tan tonta como para no darme cuenta? Lo he oído todo. Jamás amaste a nadie Jarold, ni siquiera a mi ¿verdad? ¡Tan sólo me usaste! —Las lágrimas corrían por su rostro, y la voz le temblaba ahogada por la tristeza y el dolor—. Sólo querías una pareja para la adopción. ¡Maldito! —Gritó con furia contenida— Yo te quería ¿sabes? Aprendí a quererte aunque tú jamás mostraste el mismo afecto por mí. Pero no quise verlo. Me mentía a mi misma diciéndome que existían personas así, que no necesitaban exteriorizar lo que sentían. ¡Dios que idiota fui! Y pensar que incluso aborté por ti. Sí ¿te sorprende Jarold? —Preguntó al ver la cara de incredulidad de su marido—. Claro, tú ni siquiera lo sabías, pero me quedé embarazada al poco tiempo de conocernos. Cuando hablamos de los hijos y vi tu reacción, tuve miedo, miedo de decirte que ya venía uno en camino y decidí deshacerme de él, porque te amaba Jarold y no quería perderte. Después me enteraste tanto con aquel bebé que pensé que había estado equivocada, y tratando de encontrar algo que aquietara mi propia culpa y el pecado que había cometido ante Dios, accedí a adoptarla con la esperanza de que más adelante podríamos tener uno propio. Pero fue imposible. Ya no pude concebir —sentía el corazón destrozado, la misma alma lloraba de dolor.

—No lo entiendes Marie... —comenzó Jarold.

—¡Basta! —gritó furiosa, presa de una ira que le recorría el cuerpo, incapaz de parar aquella energía rabiosa que fluía por sus venas, y que sostenía sus brazos apuntando a su marido—. No hay nada que entender, suelta a la mujer. No dejaré que destruyas más vidas.

—¡Nunca!

El sonido de otro disparo volvió a romper la quietud del bosque. Marie había accionado el gatillo y dado en el blanco. Jarold cayó al suelo arrastrando a su rehén consigo pero incapaz de sujetarla.

Gea, con la cabeza cubierta por aquel tejido, y presa del miedo, sintió como el hombre ya no la sujetaba. Se levantó como pudo y corrió hacia delante, sin saber si era la dirección correcta. Su cerebro sólo era consciente de que su cuerpo había quedado libre, y corría, y corría en busca de la salvación.

De pronto, algo se interpuso en su camino que la hizo caer. Sintió como



todo su cuerpo se precipitaba irremediabilmente hacia delante, en busca del frío suelo. Durante la caída, el saco que le cubría el rostro salió despedido y pudo ver dónde se encontraba justo antes de recibir un fuerte golpe en la cabeza que la sumió en una profunda negrura.

Manon sólo vio que su madre maniatada y cegada, caía al suelo al tropezar con una pequeña roca. No había podido llegar hasta ellos, pero ella le ayudaría. Sin pararse a pensar si hacía lo correcto se lanzó en su busca.

—¡No! —gritó Lucan incapaz de pararla.

El rugido lanzado por Lucan alertó a Atrox que miró en la dirección de la mujer que yacía en el suelo.

—¿Gea? —musitó. No podía creerlo. ¿Era Gea? ¿Su Gea? La mujer a la que había amado y a la cual había atacado en un arrebato de locura incontrolada. ¡Por todos los demonios! De nuevo los dioses se reían de él. Si de verdad ella era quién había creído ver, quería decir que Manon...

Un tercer disparo llamó la atención de todos hacia un moribundo Jarold, quien aun habiendo perdido su rehén, se resistía a echar por tierra todo lo que había estado planeando meticulosamente. Había calculado todo hasta el más mínimo detalle pero Marie, la del corazón tierno y sensible, se había interpuesto, pensó con furia. Había sido la culpable de todo y por ese motivo la había matado sin pensarlo dos veces. Nadie, ni siquiera ella, impediría que terminara aquello para lo que había vivido.

Precariamente apoyado sobre el cuerpo muerto de la mujer, apuntó hacia el lugar donde Manon se reunía con su madre inconsciente, e hizo fuego de nuevo.

—¡Nooooo! —gritaron Atrox y Lucan que ya corría hacia el lugar, seguido por el resto del grupo.

Atrox sintió como la conocida energía que animaba el monstruo que anidaba en su interior, le advertía de que el eclipse había terminado. Sin pararse ni un segundo, y a la carrera, su cuerpo se transformó en un enorme y poderoso lobo. Saltó sobre el cuerpo aún vivo de Jarold y lo desgarró por completo, regocijándose con el simple acto de matarlo, disfrutando de cada dentellada y cada zarpazo que le arrancaba las entrañas, destruyéndolo, acabando con su ruín existencia.

La imagen de Manon en el suelo penetró en su mente como un huracán destructor que arrasó con todo pensamiento racional. El terrible dolor que sintió abrió la puerta a su demonio interior y sintió como su alma humana se partía en dos, aplastada por el lobo herido que habitaba en él. Sus ojos

refulgieron en la noche y su cuerpo comenzó a mostrar los primeros signos de la transformación.

—¡Dios no! —exclamó Lucan tomando su cuerpo de los brazos mientras hundía el rostro en su cuello. Su perfume se coló en sus fosas nasales, impregnándolas con su acaramelado olor.

Todo su ser temblaba de rabia incontenida por la injusticia perpetrada por aquel loco. Su Manon, su dulce Manon, herida de muerte.

Alzó la mirada hacia el cielo y el terrible aullido que salió de lo más profundo de su corazón, gritaba a los cuatro vientos la agonía que durante tantos años había estado sufriendo y que tan sólo ella había sido capaz de aplacar con su amor por él.

Una terrible herida abierta en el pecho, dejaba escapar un abundante manantial de sangre, caliente y viscosa que enseguida empapó sus ropas. Sintiendo que Lucan estaba con ella, y haciendo alarde de un gran esfuerzo, abrió los ojos para mirarle aunque sólo fuera por última vez. Trató de decirle algo, quería que supiera cuanto le amaba y que le esperaría allá donde fuera, pero no podía emitir sonido alguno. La vida se le escapaba rápidamente.

—¡Aún vive! —exclamó Koram.

—¡Anpu! —gritó Lucan fuera de sí— ¡Tú eres un Nagual! ¡Realiza el ritual!

—¿Estás loco? Está casi muerta, demasiado débil. No puedo hacerlo.

—Anpu, no te lo estoy diciendo, te lo estoy ordenando. ¡Hazlo! Es la única forma de salvarle la vida.

—Pero Lycaon, no podré sujetar su espíritu yo solo, está prácticamente muerta.

—Yo te ayudaré —dijo Amarak colocándose junto a él.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Anpu a Lycaon.

—Sí, puede. La sangre Inuit corre por sus venas —respondió Atrax aún transformado y sin apartar los ojos de Gea, que aunque respiraba, permanecía quieta, tirada en el suelo como una muñeca de trapo, presa de la inconsciencia. Aún teniéndola frente a él, tan cercana que podía casi tocarla, no podía creer que fuera cierto. La miraba como si un fantasma del pasado hubiera vuelto para reírse en su cara, para vengarse por todo lo que le había hecho, para terminar con sus malditos días.

—Está bien. Empecemos —dijo Anpu resuelto.

Lucan se apartó de ella lo suficiente para dejarlos que tomaran posiciones junto al cuerpo de Manon. Se resistía a apartarse de ella, temeroso de perderla. Su alma y su corazón gritaban de sufrimiento y deseó para sí aquello

por lo que estaba pasando, anheló tener el poder para cambiar la vida de Manon por la suya propia.

Ambos licántropos comenzaron a entonar un extraño cántico en una lengua que ya muy pocos recordaban.

El cuerpo de Manon comenzó a temblar presa de convulsiones repetitivas que accionaban cada uno de sus músculos. Las voces de los dos nagueles se intensificaron, llamando a su alma, clamando por ella, exigiendo su entrega.

Koram jamás había presenciado algo así. Llevaba mucho tiempo haciéndose cargo de los *Iniciados*, pero jamás había tenido el privilegio de presenciar la metamorfosis. El poder que ostentaban Anpu y Amarak era increíblemente fuerte. En el mismo ambiente se notaba una energía poderosa que los envolvía, dotándoles de una fuerza extraña.

Lycaon sentía como el miedo se apoderaba de su cuerpo con cada nueva nota de aquel cántico ancestral. El alma animal de Manon no reaccionaba. Cerró los ojos, rezando por primera vez en toda su vida para que no fuera demasiado tarde. Si ella moría, él se quitaría la vida. No podía concebir volver a vivir sin ella.

Un ronco sonido de satisfacción emitido por Atrox que también observaba la escena sin perder detalle, llamó de nuevo su atención y abrió los ojos esperanzado.

El cuerpo de Manon, iluminado por completo por una luz diáfana y extraordinaria que emergía del mismo centro de su cuerpo, flotaba unos centímetros sobre el suelo. La magia surtía su efecto.

De pronto abrió los párpados para dejar ver unos ojos demudados, vueltos hacia atrás, de un blanco inmaculado, y de su boca comenzó a manar una finísima y transparente bruma que levitó sobre ella, tomando la forma de un lobo.

En ese momento, un nuevo vapor del color del oro emergió del cuerpo, el espíritu humano que también la abandonaba.

Mientras el indio seguía con el cántico y alzaba las manos frente a él, Anpu comenzó a recitar otra serie de palabras, en el mismo lenguaje antiguo y mágico. Cada vez más alto, imprimiendo seguridad y poder en cada sílaba pronunciada. Casi gritaba cuando por fin, la dorada neblina comenzó su descenso, cayendo sobre el alma del lobo, fundiéndose y haciéndolo brillar. Reposó sobre ella unos instantes, suspendida a unos centímetros del cuerpo de Manon, e implosionó, colándose de nuevo a velocidad vertiginosa en el pecho femenino.

## Capítulo veinte

Atrox había cedido su automóvil para que Anpu y Koram llevaran a Gea a casa de Lucan. La mujer parecía resistirse a volver a la consciencia y debían trasladarla cuanto antes para que la visitara un médico. Después, y siguiendo las órdenes del *Alfa*, debían mandar a alguien a retirar los cuerpos de Jarold y Marie y les dieran sepultura.

Mientras, Lucan introdujo el cuerpo inmóvil de Manon en su propio coche ayudado por Amarak y juntos habían puesto rumbo al Santuario. Ella viviría pero necesitaba el poder de aquellas tierras para fortalecerse y despertar a su nueva vida. Atrox también había estado de acuerdo en ello, era una forma de asegurarse que Lucan no olvidaría que le debía algo, lo que le había prometido bajo palabra. Su amuleto.

—¿Te dejo en alguna parte? —preguntó Varulf poniendo en funcionamiento su Harley. El ronroneo de su motor era música celestial para sus oídos.

Consideró las posibilidades que tenía, pero ninguna, por raro que le pareciera, se le antojaba lo suficientemente atractiva.

Un vacío dentro de él necesitaba ser llenado, una laguna de información, acerca de aquella mujer que durante tantos años había creído muerta. Había abandonado su cuerpo maltrecho justo cuando recuperó la suficiente conciencia como para darse cuenta de lo que había hecho. Horrorizado por sus propios actos huyó como un cobarde, esperando que la muerte se apiadara de ella. Se ausentó del país buscando por unos años la paz en los bosques de Rumania, para después volver. Nadie recordaba ya lo sucedido y él siguió con su oscura existencia como si todo aquello jamás hubiera ocurrido.

—Llévame al Santuario —contestó.

—No creo que a Lycaon le guste mucho verte por allí.

—Lo que le guste o no le guste a Lycaon no es de mi incumbencia, y conociéndote tampoco creo que lo sea de la tuya. Además, aún tiene una cuenta pendiente conmigo que tiene que saldar.

Varulf se encogió de hombros y le tiró un casco a los brazos. Montó sobre su motocicleta, sintiendo las poderosas vibraciones del motor entre las piernas, aquello sí que era placer elevado al cubo.

En pocos minutos ya estaban en camino rumbo a las tierras de Lycaon.

\*\*\*

Amarok le había pedido que esperara fuera a que terminara con Manon, y había accedido sin ofrecer ningún tipo de objeción. Se sentía impotente sin poder hacer nada por ayudarla y pensó que quizá sería mejor seguir el consejo del indio y desaparecer para no entorpecer su labor.

Estaba más tranquilo pues tenía la seguridad de que Manon saldría adelante. Imaginaba que le costaría un poco aceptar su nueva condición y adaptarse a ella, pero no le preocupaba demasiado pues él estaría allí para ofrecerle su ayuda y su apoyo siempre que lo necesitara. Por fin su vida dejaría de ser gris para convertirse en un arco iris de color. Pero Manon aún dormía presa de los cambios que su alma animal, ahora mezclada con su espíritu humano, ejercían en su cuerpo debilitado.

Miró el cielo, todavía teñido de negro, parecía que la noche se alargaba inquieta y no deseaba dar paso al día.

Había subido hasta el promontorio desde el que había mostrado a Manon la belleza del lugar, buscando así estar más cerca de ella. La rugiente cascada resonaba como música en sus oídos acostumbrados a su cantar. Respiró profundamente esperando que las horas que ella necesitara para reponerse pasaran rápidamente.

El sonido de un motor llamó su atención y se giró para ver de quién se trataba.

Varulf llegaba acompañado de Atrox. Sintió el peso del anillo en uno de sus bolsillos e introdujo la mano para tocarlo, mientras observaba como desmontaban y se acercaban a él.

Ninguno dijo nada, Lucan pensó que tampoco era necesario. Extrajo el amuleto de entre sus ropas y se lo entregó a su legítimo dueño sin más ceremonias.

Atrox lo cogió y lo sostuvo por un momento para mirarlo. “Alea jacta est”, recordó que figuraba inscrito. La suerte, definitivamente, había sido echada, y había jugado su papel maquiavélicamente, pensó. Lo deslizó en su dedo y sintió el peso en su mano al dejarla caer a un lado.

Había supuesto que al volver a sentirlo, al volver a poseerlo y ser dueño seguro y absoluto de su destino se sentiría más libre. Pero no era así, había algo más que necesitaba aquietar, su propio espíritu.

—¿Qué será de ella? —preguntó Atrox.

Lucan le miró sin comprender ¿desde cuándo Atrox se preocupaba por nadie?

—De Gea, ¿qué será de ella? —repitió.

—¿Qué te importa? ¿Qué sabes de ella? —seguía sin entender qué le motivaba a preguntar aquello.

—Más de lo que imaginas. Yo fui el responsable de su violación —confesó.

Si Atrox le hubiera clavado un puñal le hubiera dolido menos que escuchar lo que acababa de decir. No obstante, prefirió no demostrar ningún tipo de emoción frente a él. Decisión de la que Varulf no tomó parte pues empezó a reír sonoramente.

—¡Vaya! —exclamó—. No era el abuelo el de la reunión de hace un rato ¿eh? Sino el padre.

Encolerizado por la mofa del sueco, Atrox rugió furioso, dispuesto a cerrarle la boca.

—¡Varulf! Ya basta —ordenó Lycaon, llamando al orden a ambos.

Incapaz de dejar de reír, optó por alejarse de ellos para no suscitar la ira de ninguno, y se retiró hasta donde había aparcado su motocicleta.

—Hablaré con ella. Organizaremos su visita a la clínica para obtener su alta. Después, lo que ella haga con su vida, sólo estará sometido a su elección —contestó Lycaon a la pregunta de Atrox.

—Me gustaría poder visitarla.

—Eso sólo empeoraría las cosas. Ya tienes lo que viniste a buscar —dijo refiriéndose al anillo—. Ahora vete.

—No lo entiendes Lycaon, necesito verla, quiero explicarle los motivos. Rogarle que me perdone.

—Fuiste el causante de todo cuanto le ocurrió. Con tu terrible acción desencadenaste un infierno a su alrededor, además de violarla y destrozar así su futuro, intentaste matar a su hija ¿qué perdón pretendes recibir?

Atrox, daba la imagen de un rey destronado, de alguien que había gozado de un poder infinito para de pronto darse cuenta de que había regresado a la tierra antes de poder asegurar los pies para la caída. Lycaon sintió algo parecido a la lástima por él.

—Uno que le devuelva la paz a mi alma y me proporcione el descanso de conciencia que no he tenido desde que aquello ocurrió —contestó volviéndose ya para partir—. Y olvidas que Manon... también es hija mía.

## *Capítulo veintiuno*

Los encargados de terminar los arreglos de la casa de Lucan habían hecho un buen trabajo. La habitación donde se encontraba su madre era una preciosidad en tonos pastel. Sin estar demasiado recargada respecto a decoración, en pocas palabras, rezumaba elegancia. Los muebles todos de madera noble, tenían un estilo colonial hermoso y atemporal. La bella cama con dosel que presidía la estancia era sencillamente un sueño materializado en la realidad.

Manon se acercó a ella, temerosa de despertarla demasiado rudamente.

Sabía por boca de Lucan que había tratado de acompañarle al Santuario, y ante su negativa, le había soltado una serie de insultos e improperios que no imaginaba dónde podía haberlos aprendido. Lucan incluso tuvo que montar una guardia permanente alrededor de la casa para evitar que saliera de ella y llevara a cabo una fuga con la intención de verla.

Con cuidado infinito se sentó a su lado. En su sien aún se apreciaba el tremendo golpe recibido cuando cayó al suelo.

Gea se removió inquieta en la cama.

—Arom —escapó de sus labios en un susurro.

—Shhh, madre tranquila. Soy yo, Manon —le dijo acariciándole el rostro dulcemente.

—¿Manon? —preguntó aún debatiéndose entre el surrealismo del sueño. Por fin abrió los ojos y le sonrió—. Manon, hija mía. ¡Oh, estás bien! —exclamó ya despierta por completo y abrazándola fuertemente—. ¡Dios creí que nunca más volvería a verte!

—Estoy aquí —le sonrió— y estoy bien.

Los siguientes minutos los dedicaron a mirarse la una a la otra, a acariciarse el rostro, tratando con ello de aprenderlos de memoria, recuperando el tiempo que les había robado la vida. Apenas intercambiaron palabras, las miradas de ternura que se dedicaban lo decían todo consiguiendo que aquel silencio fuera el mejor entendido.

Era bien entrada la mañana cuando bajaron al comedor hambrientas. La mesa, repleta de gustosos y apetecibles alimentos, les estaba esperando completamente dispuesta. Tomaron asiento y se sirvieron con la intención de saborearlo todo.

—Madre.

—¿Sí cariño?

—¿Quién es Arom? —preguntó mientras se llevaba un pequeño trozo de pan a la boca.

La sonrisa, que hasta aquel momento, Gea había mantenido en su rostro, desapareció por completo.

—¿Dónde has oído ese nombre? —preguntó dejando los cubiertos. De pronto la comida había perdido su atractivo.

—Tú ... oh lo siento, no importa, olvídale —respondió Manon, quitándole importancia para que su madre volviera a su anterior felicidad.

Pero la curiosidad que sintió al verla reaccionar de aquella forma hacía que le picara la lengua. No obstante, decidió que había tantas cosas que no sabía de ella, que una más no importaba demasiado. Ya le contaría todo cuando estuviera preparada.

—Arom es el nombre de tu verdadero padre —le dijo de pronto. Calló durante unos segundos como tratando de decidir si debía hablar más—. Vivía en un pueblo con pocos habitantes. Yo era joven e inexperta. Tenía fama de ser muy atractiva ¿sabes? Por aquel entonces los hombres gustaban de mujeres con curvas, y me rondaban, solicitaban mis atenciones continuamente. Ese hecho conseguía elevar más mi orgullo hasta el punto de permitirme jugar con aquellos que se mostraban más audaces. Arom era uno de ellos.

»Era un hombre muy apuesto aunque humilde, o al menos eso creía yo, y aún sabiendo que mis padres ya habían elegido marido para mí, un tipo desagradable pero con cierto poder económico, me interesé por él y alimenté su interés.

»No me siento orgullosa por ello créeme —dijo bajando un poco la mirada — pero tampoco merecí lo que ocurrió.

»Fue una noche en la que había conseguido salir con la intención de asistir a una fiesta de unos conocidos —explicó, y mientras hablaba parecía como si estuviera reviviendo una vez más aquella noche—. Encontré a Arom en la puerta, no le dejaron entrar, no estaba invitado y decidí acompañarle.

»Arom se mostró más atrevido que de costumbre, alentado claro está por mis pullas y mis atenciones. Comenzó a llover torrencialmente y buscamos un lugar donde refugiarnos. Encontramos un pajar desierto y entramos. Allí compartimos besos y abrazos envueltos por la intimidad de la noche. Me confesó que me amaba, que me deseaba y que haría cualquier cosa por tenerme. Vi tanta convicción en sus ojos que me asusté. Tontamente pensé en el



problema que aquello suponía y traté de explicarle que lo nuestro no tenía futuro, que yo estaba ya prometida a otro hombre. Arom enfureció de pronto.

»Traté de calmarlo, de hacerle entender. Yo no quería esa boda pero alentaba la esperanza de que él pudiera tener un futuro más feliz, más agradable del que a mí me esperaba compartiendo mi vida con un hombre al que no amaba. Le mentí. Le dije que mi familia sabía de nuestra relación, que lo habían descubierto y que no permitirían que siguiera adelante bajo ningún concepto. Y de pronto, ante mis ojos, el hombre al que creía conocer cambió por completo convirtiéndose en un enorme monstruo de aterradoras fauces.

»Grité. Grité con todas mis fuerzas presa del miedo, pero mis gritos lo enfurecieron aún más.

»Me violó. Abusó de mi cuerpo mientras con una peluda y horrible zarpa impedía que siguiera gritando, era tan tremendamente grande que me cubría todo el rostro, impidiéndome respirar. Cuando todo terminó yo estaba destrozada, por dentro y por fuera, desgarrada en mi interior y herida por sus garras. Me miró y desapareció.

Lágrimas de dolor por el recuerdo surcaron lentamente las mejillas de Gea que miró a su hija por un momento para después esconder el rostro entre sus manos.

—Lo demás ya lo sabes.

Manon se levantó y rodeó la mesa para consolar a su madre. Entendía perfectamente cómo debió haberse sentido y recordó el terror que había sufrido la primera vez que viera a su pareja en su forma animal.

—No voy a tratar de quitarle responsabilidad —dijo Lucan que las miraba desde el vano de la puerta. Ninguna le había oído llegar—. No tengo por costumbre hacer eso con los que han intentado matarme. Pero hoy he visto a otro Arom, uno que no veía hace demasiados años.

Gea y Manon le miraron sin comprender.

—¿Pero tú?

—Sí, le conozco y tú también Manon —respondió—. Arom no es otro que Atrox.

—¿Atrox? Pero... él intentó matarme. ¿Mi propio padre?

—Él no lo sabía. No lo ha sabido hasta esta noche. Siempre había creído que Gea estaba muerta.

—¿Pretendes decirme que se arrepiente? —preguntó Gea y en su tono de voz Lucan reconoció la fiereza y la determinación que la mujer había mostrado desde que la conociera—. Tú mismo eres uno de ellos y no veo que mi hija

haya sufrido daño alguno de tu mano.

Lucan dejó su posición en la entrada, para acercarse a ellas.

—No pretendo disculparle Gea. Pero hay acontecimientos en su pasado que desconoces y que quizá sea lo que necesitas para explicarte el porqué —clavó la mirada en un punto del mantel que cubría la mesa y apoyado sobre sus manos comenzó a relatar el pasado—.

»Cuando Atrox y tú os conocisteis, él ya había pasado por un infierno debido a otra mujer. Alguien a quien amó con toda su alma. Le confió su secreto. El secreto máspreciado de todos nosotros. Le reveló su verdadera naturaleza. La mujer, asustada corrió a contárselo a los suyos. Hubiera dado su vida por ella, sin embargo, ella murió a manos de su familia, acusada de copular con el demonio.

»Después tuvo que lidiar con grupos enteros de cazadores que le perseguían día y noche para darle muerte. Sufrió mucho y no tuvo a nadie para compartir ese sufrimiento más que a sí mismo. Imagina a un animal herido con ligeras reminiscencias de raciocinio humano, ese estado puede volverte loco para siempre. Después de aquello ya no volvió a ser el mismo y otra clase de situaciones le curtieron haciendo de él, el Arom que conociste. Supongo que lo sucedido contigo le trajo a la mente aquellos amargos tiempos y enloqueció imaginando que tendría que volver a pasar por todo de nuevo —Lucan calló un instante—. Como te digo Gea, no pretendo disculparle y supongo que para comprenderlo del todo hay que estar en la piel de uno de nosotros, saber hasta qué punto el bien o el mal pierde su sentido y aumenta el instinto de la bestia hasta que no existe otra cosa que el único respeto hacia la propia supervivencia.

Lucan terminó su explicación y volvió a levantar la mirada buscando el rostro de ambas mujeres, pero éstas ya no le miraban a él. Sus ojos coincidían en algún punto a su espalda.

—Yo no lo hubiera explicado mejor —dijo Atrox justo tras él.

—Lo siento Lucan —se disculpó Koram desde la puerta— no pude impedir que entrara.

—No pasa nada —le respondió—. Yo le invité.

Koram no entendía nada de lo que sucedía y prefirió no entrometerse. Llevaba mucho tiempo con Lucan como para evidenciar sus decisiones, así que con un encogimiento de hombros, se marchó por donde había venido.

En el comedor, reinó el silencio por unos interminables instantes. Parecía como si unas pocas y simples palabras costaran una vida entera de esfuerzo

para poder pronunciarlas.

—Manon... yo... —comenzó Atox.

Ella le miró, buscó en sus ojos la verdad, pero sólo leyó en ellos dolor y arrepentimiento. Se acercó a su pareja y lo tomó de la mano, haciéndole saber así que deseaba salir de allí. Pero antes de comenzar a caminar, ofreció a Atox un gesto de aceptación, acariciando su hombro. El agradecimiento que leyó en su rostro fue para ella suficiente. Después se marchó, acompañada de Lucan, dejándolos a solas para que pudieran obtener cada uno lo que necesitaba del otro.

Gea, sintió un resquicio del miedo que padeció la noche en que le agredió. Él no había cambiado nada, seguía siendo igual de apuesto. Pero habían pasado muchos años, años en los que ella había sufrido por su causa.

—No temas. No pienso hacerte daño.

—Es imposible que me hicieras más daño del que ya me has hecho. No deberías haber venido.

—Tenía que hacerlo.

—¿Qué has venido a buscar? ¿Qué quieres de mí? ¿Acaso no tomaste ya suficiente? —la agonía que sentía al tenerlo frente a frente, conseguía que las palabras salieran de su boca sin pensar.

—No creas que para mí ha sido todo un camino de rosas Gea. Sé lo que te hice. Sé por lo que has debido pasar. Ahora lo sé —reconoció cabizbajo—, y sólo puedo ofrecerte mis disculpas y esperar que las aceptes.

—¿Qué pretendes? ¿Que olvide todo? ¿Que te ofrezca un perdón que no mereces? Gracias a ti no he tenido una vida que disfrutar. Por no hablar de otras muchas cosas. Lo siento Arom, pero no puedo perdonarte. No ahora.

Con los puños apretados a los costados y la mandíbula tensa, por el rechazo. Atox hizo de tripas corazón y se giró dispuesto a salir de aquella sala que ahora se le antojaba opresiva.

—Quizá el tiempo consiga ese perdón Arom. Cuando sea capaz de retomar mi vida donde me la arrebataron —le dijo. Y esa vez, Gea había hablado con el corazón. Deseando que aquellas palabras algún día se convirtieran en realidad.

## Epílogo

Lucan corrió como un desesperado.

Nada más recibir la noticia, olvidó cuanto tenía entre manos para acudir rápidamente. Había dejado a Koram a cargo de todo por lo que no se preocupó más. Sólo se retrasó para tomar un poco de ropa, para él y para Manon, y salir de la casa disparado.

El camino hasta el Santuario jamás se le había hecho tan largo. No veía el momento de llegar junto a ella. Por fin, el sonido de la cascada le anunció que estaba cerca y sonrió feliz.

Bajó la pendiente prácticamente a saltos hasta llegar tras la cortina de agua donde Anpu le recibió sonriente.

—Adelante, te están esperando —le dijo.

Sólo con esas simples palabras, su amigo se lo había dicho todo. El corazón le martilleaba en el pecho y recorrió los metros que le separaban de su esposa, jadeante por la falta de aliento. Hubiera querido poder acompañarla en semejante acontecimiento pero por lo visto todo había ocurrido demasiado rápido.

Giró por el último recoveco y la gran sala circular se abrió ante él. En el centro mismo de aquel lugar, donde se alzaba el altar, el mismo sitio donde habían hecho el amor en varias ocasiones, Manon le esperaba sonriente, amamantando al fruto de ambos que acababa de dar a luz.

Se acercó a ellos y los abrazó con extremo cuidado. Acarició tiernamente la mejilla del bebé y besó los labios de su esposa.

Si alguna vez había soñado algo tan maravilloso, no lo recordaba. Si alguna vez había imaginado una vida más feliz, sin duda debía estar loco, pues no concebía un futuro mejor del que veía reflejado en los ojos de la mujer que le había robado el corazón, justo al llegar la noche.

\*\*\*

*“Magnífico hallazgo histórico en la Sierra Madre Occidental. En tierras cercanas a Durango, la excavación dirigida y planificada por la antropóloga Manon C., ha sido de gran ayuda a los historiadores, que han alabado el trabajo de la profesional, poniendo al descubierto una antigua batalla entre grupos indígenas mesoamericanos de la zona, los indios Aztatlánes y los grupos más primitivos habitantes de las montañas de Sierra*

*Madre, por el dominio del territorio y quizá con intenciones antropófagas. Los restos, tratados por la prestigiosa compañía Dux Lab, Inc., han sido datados con quinientos años de antigüedad y trasladados para su posterior exposición en el Museo de Historia Natural de la Ciudad de México.*

*Aixa S., declara: “aun desconocemos detalles sobre las armas que pudieron utilizar”. Las investigaciones realizadas en los alrededores no han arrojado más luz sobre el asunto aunque según unas declaraciones de la señora Capwell en las que afirma: “estoy segura de que la tierra esconde mucho más, solo que no estamos preparados para comprenderlo”, nos da a pensar que no cesará en sus investigaciones al respecto.”*

Varulf resopló cansinamente ante la lectura del recorte que había enviado Anpu desde Los Ángeles. El egipcio siempre tan atento, pensó.

Lycaon y Manon se habían tomado muchas molestias para disfrazar toda la historia. Seguramente él lo habría hecho de otro modo, rió interiormente, aunque el resultado quizá no hubiera sido el mismo.

Salió del despacho de Lucan y caminó despacio frente a la mesa de Camila, la secretaria del *Alfa*, dejando conscientemente que la mujer paseara la mirada sobre su cuerpo duro y musculoso. Aquella joven, aunque no extremadamente bella, sí era un tierno bocado para una tarde aburrida, y aunque no era el caso, nunca se sabía cuando podía producirse.

Bajó hasta la planta inferior, tomó de encima de la mesa de centro que decoraba el salón, la pequeña mochila que había dejado preparada, riendo a carcajadas. Él no la había dejado exactamente allí. Sí en la mesa, pero justo encima de una bella y carísima pieza de artesanía en forma de frutero, sabiendo que Koram sucumbiría a la necesidad de retirarla para colocarla en un lugar menos... peligroso.

Salió al exterior aún sonriendo y el sol hirió sus ojos claros, como si dos cuchillos afilados se abrieran paso en las retinas. Frunciendo un poco el entrecejo, tanteó la cazadora en busca de sus gafas oscuras.

Muchos kilómetros tenía por delante hasta el aeropuerto de Ciudad de México, donde Amarok le esperaba. La escueta nota del indio no adelantaba demasiado, tan sólo que Atox les requería.

Esperaba que la fría educación inglesa únicamente fuera un mito. De todos modos tenía pensado ponerla a prueba. Se iba a divertir de lo lindo viendo como esas estiradas mujeres caían a sus pies rogándole que las poseyera, pensó y en sus labios se dibujó una traviesa sonrisa lobuna, mientras ponía en marcha su motocicleta y se lanzaba veloz a la carretera.

*Fin*

## *Jezz Burning*

Escritora precursora de la novela romántica paranormal en España desde que en 2006 fuera ganadora de la convocatoria internacional I Premio Terciopelo de Novela Romántica y Presidenta de ADARDE (Asociación de Autoras Románticas de España). Hasta el momento ha publicado los cinco volúmenes que componen la primera saga española de novela romántica paranormal completa, con distribución nacional y en Latinoamérica, entrando por varias semanas consecutivas en los primeros puestos de la prestigiosa Lista Nielsen de los libros más vendidos de todos los géneros. Galardonada con dos premios Dama en 2010 como Mejor Autora Romántica Nacional y Mejor Novela Romántica. Además también es escritora de thriller con una obra más en el mercado, recibiendo inmejorables críticas, firmando con su nombre real: Raquel Barco

---

[1] Igvyi wahya: del cherokee que significa, primer lobo.

[2] Wahya del cherokee, lobo y gihli del mismo dialecto, perro.